

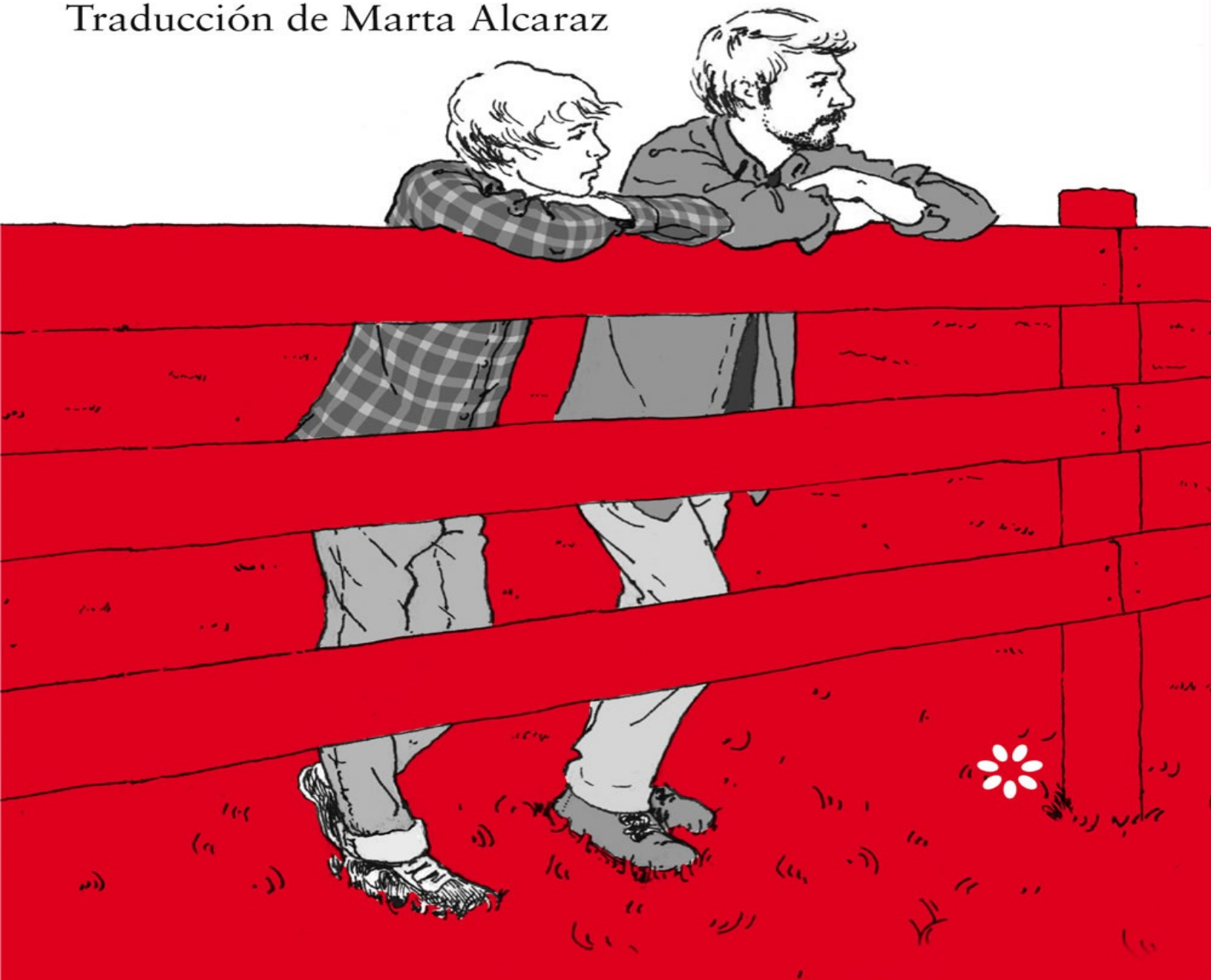
Libros del Asteroide



Nickolas Butler

El corazón de los hombres

Traducción de Marta Alcaraz



Nickolas Butler

El corazón de los hombres

Traducción de Marta Alcaraz

Libros del Asteroide 

Índice

Portada

El corazón de los hombres

Primera parte. Verano, 1962. El Corneta

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

Segunda parte. Verano de 1996. Stardust, restaurante y club nocturno

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

Tercera parte. Verano, 2019. Orientación

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

Cuarta parte. Otoño, 2019. Montes Drakensberg

48

Agradecimientos

Colofón

Nota biográfica

Primera edición, 2017

Título original: *The Hearts of Men*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

The Hearts of Men © 2017 by Nickolas Butler

© de la traducción, Marta Alcaraz Burgueño, 2017

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Ilustración de cubierta: © Juliet Pomés, 2017

Fotografía del autor: © Olive Juice Studios, 2013

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-17007-26-3

Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Duró

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

*Para mi madre y para todas las madres
que ponen libros en las manos de los niños.*

Para mi padre, que lo hizo lo mejor que pudo.

Y para Regina, Reina del Norte.

Where stars that died gave out, gave up, gave in—
Where no one meant the promises they made.
Oh, and one more thing. I send my love
However long and far it takes—through light,
Through time, through all the faithlessness of men.*

JAMES GALVIN, «Dear Miss Emily»

Have faith, old heart. What is living, anyway, but dying.*.*

SHARON OLDS, «Known To Be Left»

PRIMERA PARTE

Verano, 1962

El Corneta

1

Al Corneta no le hace falta despertador. En la cerrada oscuridad de moho y lona, sus manitas buscan a tientas las cerillas, raspan la punta sulfurosa de una contra la caja, la cerilla prende y arde, y, por fin, el farol, con su dorada luz de queroseno, la mecha, que quema como un pulmón ardiente. Bosteza; se quita el sueño de los ojos a restregones. Con esta luz nueva, busca las gafas y las encuentra, y ahora distingue los detalles de la tienda, sus sombras, sus cosas. Un búho ulula desde la copa de un arce cercano mientras el chico abre los faldones de la tienda y se estremece en el frío que precede al alba. Sus pies descalzos avanzan ligeros sobre esa tierra del campamento que tantos han pisado ya. Se baja los calzoncillos blancos y, temblando, proyecta un arco de pis sobre las frondas grandes y tolerantes de los helechos ocultos. Es un sonido agradable. Como el de la lluvia que rebota en un toldo de lona. Y vuelve a meterse en la tienda, que ahora, con la llama del Coleman, está mucho más calentita. Hasta el alba, una carrera.

Nelson, el menor de una tropa de treinta, duerme solo. Tiene sus pertenencias pulcramente organizadas en montones: calcetines, ropa interior, libros. Camisas y pantalones cuelgan de una cuerda que ha dispuesto siguiendo la varilla central de la tienda. Por las mañanas se alegra de su soledad, pero de noche el campamento y el bosque bullen con los murmullos graves y las risitas agudas de los chicos y sus conversaciones nocturnas, y le recuerdan lo solo que está. Es el quinto verano que pasa en el campamento Chippewa y el segundo que duerme solo en la tienda. A veces, a medianoche, sale a hurtadillas a contemplar el kabuki que escenifican las linternas de otros chicos, a oír el ruido de páginas de cómics al pasar y el crepitar de papeles de caramelos, y a oler sus cigarrillos de contrabando. Su padre se ofreció a regañadientes a compartir tienda, pero tanto padre como hijo vieron en ese gesto, en última instancia, algo embarazoso. No, lo mejor para Nelson sería quedarse solo. Tal vez en algún momento de la semana le asignaran un compañero de tienda, algún otro *scout* de los pequeños que echara mucho de

menos a su familia o a quien sus compañeros le hicieran el vacío y necesitara refugio. Algún chico que hubiera mojado el saco de dormir sin querer. Nelson estaría listo. Listo para agrupar sus pertenencias a un lado de la tienda, listo para montar otro catre, listo para ser: *servicial, simpático, educado, amable y alegre.*

Ahora sale de la tienda con un cesto de corteza de abedul, se dirige al círculo de piedras negras chamuscadas de la fogata del campamento. Deja atrás tiendas de paredes de lona que parecen ondularse con los ronquidos y los ruidos de los sueños que escapan a la noche. Allá en lo alto, la Vía Láctea se derrama sobre las copas de los árboles en bolsas diminutas, centelleantes y púrpuras como amatistas o de un azul tan pálido como el corazón de un glaciar. Se agacha al lado del círculo de piedras, acerca las manitas a las brasas de la noche anterior. El calor residual que se eleva hacia sus manos le calienta las blandas yemas de los dedos. Se arrodilla y, acercándose a las piedras, empieza a soplar las ascuas con pulmones que la corneta tiene ya bien acostumbrados. Tras un par de minutos de pacientes soplidos, el fuego empieza a desprender un adormecido resplandor rojo. Saca del cesto una bola de hierba seca y unas piñas, y dispone la yesca sobre las brasas. Y entonces sopla y vuelve a soplar hasta que por fin asoman lenguas de fuego, llamas pequeñas como los pétalos de una primigenia orquídea nocturna. La yesca prende, y ahora las manos vuelven al cesto a por más ramitas, más piñas. El fuego brinca cada vez más alto.

Se levanta, desentumecido y despierto, y se dispone a armar un tipi de fuego con palos más grandes, hasta que la hoguera crepita y ahuyenta la oscuridad, la ahuyenta hacia el techo del bosque, donde el búho se aleja entre suaves aleteos, lejos de las chispas que revolotean y del cono de fuego que asciende hacia el cielo del alba. Ahora Nelson se dirige a la mesa de pícnic y encuentra la tetera mugrienta llena de cenizas y creosota. La agita y no oye nada. Vuelve a su tienda y regresa al fuego, que ya crepita, con una cantimplora pesada. Llena la tetera y la pone a hervir en la parrilla. Se permite por fin soltar aire. Encender fuegos siempre se le ha dado bien.

Nelson no tiene amigos. No tiene a nadie aquí, en el campamento Chippewa, y tampoco donde vive, en Eau Claire, en el barrio o en el colegio. Entiende que el asunto tendrá algo que ver con su banda, tan llena de

insignias al mérito: veintisiete hasta la fecha, que le confieren el rango de Estrella. No es que ganarse insignias esté mal visto, pero la velocidad y la determinación con las que ha añadido peso a su banda parece envidiable y hasta lamentable. Es posible que su falta de popularidad también tenga algo que ver con sus gafas, aunque también podría deberse a su incapacidad de driblar con una pelota de baloncesto o lanzar un pase de espiral con una de fútbol o, peor aún, al reflejo casi automático con que se le dispara el brazo para ofrecerse a responder una pregunta en clase. A Nelson le gusta el colegio; le encanta, se desvive por ganarse la aprobación de sus profesores, por ese gesto de sorpresa que les asoma en la cara cuando expone algún oscuro dato histórico relacionado con nuestro sistema legal, por ejemplo, o los elementos más raros de la tabla periódica. Nelson no lo identifica, no consigue aislar ese rasgo en su personalidad, en su ser, que, de poder cambiar, le reportaría más amigos. Pero cuánto le gustaría lograrlo. Desea que sus mañanas y sus tardes no se limiten a un deambular por los pasillos o a interminables partidas de solitario en unas mesas de la cantina que, por lo demás, siempre están desiertas. Aunque puede que él sea así y punto, claro está, y a veces, cuando se envalentona, se regodea y todo con esa idea, se ve como un lobo sin manada, vagando libre, una solitaria criatura del bosque.

La fiesta de su decimotercer cumpleaños, una sofocante tarde de junio, la pasó en el jardín trasero esperando a que sus compañeros de los Boy Scouts llegaran con su carabina de aire comprimido y su gorro de piel de mapache, con el papel de regalo húmedo del sudor del verano y un poco rasgado. La víspera, consciente de ser poco realista, Nelson se había permitido imaginar un montón de regalos: libros y aviones de aerodelismo, cromos de béisbol y caramelos.

Una jarra gigante de limonada sudaba a mares en una mesita auxiliar, como en pleno interrogatorio. La bandeja de magdalenas glaseadas ya estaba de vuelta en el refrigerador; después de un rato a la intemperie, había acabado despertando el interés de moscas y avispones. Su madre y él habían enviado invitaciones a casa de todos los chicos con un mes de antelación. Pero la tarde transcurría y no llegaba ni un solo niño, y Nelson se pasó las horas disparando flechas hacia los colores primarios de una diana sujeta al tronco del más majestuoso de los olmos del jardín. Al caer la tarde, durante la cena,

le costó contener las lágrimas, y cuando llegaron, corrieron cálidas y desbocadas por sus mejillas quemadas por el sol mientras su madre y su padre miraban desde el otro lado de la mesa de pícnic: un mantel de algodón de cuadros rojos y blancos pegado a las tablas con la humedad de junio; dos globos inmóviles enmarcándolo a él en esa bochornosa atmósfera de estío, atados a sus cintas planas de plástico. Su madre rodeó la mesa, se sentó a su lado y le pasó un brazo por el hombro.

—¡No lo entiendo —lloraba Nelson—, les enviamos las invitaciones! ¡Se las enviamos hace semanas! ¿Dónde está todo el mundo? ¿Dónde están?

No había querido que su voz sonara como ese lamento que era, por supuesto, pero ahí la tenía, más aguda que la de la vecinita de ocho años que justo en ese momento pasaba brincando descalza delante de su casa arrastrando su querida comba. Ya puestos, Nelson podría haber inhalado el helio de esos globos tan poco festivos que tenía junto a la cabeza.

—Es verano, cariño mío —le dijo su madre, acallándolo—. Estoy convencida de que están todos en sus cabañas o de vacaciones. ¿Y por qué...? Has pasado un día fantástico, ¿verdad? Aquí, con tu padre y conmigo. ¿No ha sido un día magnífico? Y todavía quedan regalos por abrir, ¿no es cierto, papá?

Clete Doughty lo miraba a través de sus gafas gruesas de lentes turbios como el cuarzo. Dio un manotazo para espantar un avispon que volaba describiendo una órbita alrededor de su cabeza.

—Va, Nelson —dijo sin emoción—, los lloriqueos estos... tanto lloriqueo... Voy a contarte algo, y puede que te parezca duro, pero no lo es. Estos chicos, estos a los que tú llamas amigos, ¿sabes?, a la larga, como quien dice, te dejarán de lado. Te lo aseguro. Siempre te dejan de lado. Mírame a mí, por ejemplo. ¿Tú me ves a mí de aquí para allá con los amigotes? No. Llega un momento en el que toca estar solo, ¿sabes?, y, siento decirlo, puede que el momento sea este —gruñó indignado.

El chico, a pesar de sus esfuerzos por sofocar las lágrimas ardientes y los hipidos de incomodidad y soledad y vergüenza, lloraba cada vez más.

—¡Se acabó el lloriqueo! —exclamó Clete—. ¡Tienes trece años, Nelson! Los hombres no... ¡ya no se llora! ¿Entendido? —Déjalo en paz —dijo su madre con una dureza que Nelson no recordaba, pues Dorothy

Doughty rara vez se atrevía a desafiar a su marido—. Pobre chico. Déjalo en paz.

Hacía un año que Nelson notaba un ambiente tenso en la casa, una ansiedad en cuyo origen solo se veía él; algo iba mal. Portazos cada vez más frecuentes y estruendosos. Papá, que llegaba tarde a cenar y enfilaba derecho al dormitorio o se desplomaba en la butaca. Mamá, que lloraba en silencio mientras fregaba los platos y que, cuando le preguntabas qué pasaba, corría al baño, cerraba la puerta y echaba el pestillo, con el ruido del agua cayendo al lavamanos por respuesta. En el jardín, el césped de festuca, antaño immaculada, perdía batalla tras batalla contra los dientes de león y la hiedra terrestre.

—Pero es verdad, Dorothy. ¡Y lo sabes! Dime el nombre de una amiga del instituto a la que todavía veas. Una.

—No se trata de mí, Clete, ni de ti, ya que estamos. Este es el día de Nelson, y el pobre...

—Te diré yo dónde se hacen los amigos. Los amigos se hacen en el ejército, en las trincheras, en el frente. Hombres que se llevarán un tiro por ti, que compartirán su único Lucky Strike y las últimas gotas de su cantimplora. Las tartas de cumpleaños y las velas no importan, Nelson. Cuando eres amigo de alguien, lo que importa es la lealtad. La lealtad para toda la vida. Ya casi tienes una edad en la que eso lo verás cada vez más. Dentro de poco ya no habrá ni juguetes ni tarta, ni fiestas ni amigos. No habrá más que una sucesión de días, uno encima de otro, ni te acordarás de lo que has desayunado por la mañana. Siento tener que decirte esto el día de tu cumpleaños, pero aquí la tienes: la verdad.

Nelson se quedó callado un momento.

—Pensaba que les caía bien —gimoteó a continuación—. Bastante bien, al menos. Lo bastante como para venir a mi fiesta de cumpleaños. ¿Y ni uno se molesta en aparecer? ¡Ni uno! —El volumen de su voz era algo que parecía fuera de su control, igual que un globo amarillo suelto que escapara flotando cielo arriba. —Cariño... —Su madre lo abrazó; él percibía el calor de sus cuerpos, y cómo su ropa se pegaba a la de ella. Se daba cuenta de que su cuerpo no era lo bastante pequeño como para que ella lo abrazara de ese modo, pero también de que su corazón no era lo bastante grande como para

afrontar la ruptura, el rechazo que sentía—. Te quiero tanto —le susurró su madre al oído—. Te quiero tantísimo.

—Yo solo quiero caerle bien a la gente. ¿No soy buena persona? A ver, ¿es que no lo soy?

—Pues claro que sí, Nelson. Claro que sí.

—¿No soy buena persona? ¿No soy buena persona, mamá?

—¡Deja de lloriquear! —ordenó Clete—. ¡Ahora mismo!

—Tú no le hagas caso a este viejo gruñón, Nelson —le susurró su madre—. Podemos quedarnos aquí todo el rato que quieras. Feliz cumpleaños, chiquitín.

—Siento mucho llorar —atinó a decir él—. Yo no quiero llorar. No quiero, de verdad que no.

—No pasa nada, cariño.

—¡Basta ya! —gritó su padre—. ¡Basta de lloros!

Lo dijo con una voz tan tensa como el dedo con el que apuntaba, cual pistola, a su hijo. Las gafas se deslizaron por la pista de esquí de su nariz sudada. Se había puesto en pie, y ya estaba desabrochándose el cinturón y tratando de sacárselo de los pantalones, pero el algodón de las trabillas estaba húmedo y el cuero, pegajoso. Tiró con violencia, como si tirara de la cuerda de un cortacésped, pero el cinturón seguía pegado a su cintura, y las gafas, que el sudor había vuelto resbaladizas, se le cayeron de la cara y aterrizaron en el verde césped artificial del porche trasero.

—¡No, Clete! —dijo su madre—. Hoy no, ¿de acuerdo? ¡No, Clete!

Últimamente, las reprimendas de Clete a Nelson habían adquirido una intensidad nueva que había llevado a Dorothy a absorber parte de la violencia dirigida a su hijo, fenómeno que causaba un gran sobresalto en los tres, incluso en Clete, que en una ocasión se había quedado de pie junto al cuerpo de su mujer, tumbada cerca del fregadero, con un temblor visible en las manos y el labio inferior.

Pero el cinturón suelto serpenteaba ya cual culebra. Su hebilla, una amenaza centelleante a la última luz de la tarde; el pitón, un colmillo solitario. Clete Doughty hizo restallar el cinturón en el aire para que chasqueara como un látigo.

—¡Basta de lloros, jovencito!, ¿me oyes? ¡No voy a tolerarlo más!

Cómo se encogía Nelson, cada vez más pequeño en las faldas de su madre, tan dolorosamente consciente de su tamaño y también del abismo al que se asomaba: a punto de crecer, de convertirse en algo parecido a un hombre, pero todavía un niño, nada más que un niño, agazapado, gimoteando pegado al pecho de su madre, esperando a que llegara el golpe... *No va a azotarme aquí, en sus brazos, aquí no, seguro...*

Últimamente los azotes eran más frecuentes. Si no era el cinturón, era una cuchara de madera o una vara del sauce llorón del jardín del vecino cuidadosamente escogida. Nelson no había sentido jamás odio por un árbol, por una especie concreta de árbol, hasta entonces; hasta que su padre lo había mandado escoger el mismísimo instrumento que le dejaría el trasero tan dolorido que durante dos noches solo podría dormir boca abajo. Y elegir una vara endeble tampoco era una opción viable, porque su padre la habría usado hasta que se rompiera y luego le habría pedido otra.

—Con permiso —titubeó una voz en ese preciso instante; el sonido venía del garaje, del caminito de entrada, inesperado como el timbre de un teléfono o como si todas las campanas de la ciudad se hubieran puesto a repicar al unísono.

El sol, tan cálido, encaramado en el cielo del oeste, parecía haber apagado un poquito sus llamas. Un par de cardenales se posaron en el comedero del jardín trasero y echaron a cantar como si fueran el acompañamiento del invitado de la entrada. Apartándose el pelo de la frente, Cleve se agachó a coger las gafas mientras Dorothy, relajando los brazos, levantaba los ojos con el pecho cada vez menos agitado.

Y el llanto de Nelson se apagaba, pero ¿cómo? ¿Cómo? ¿Cómo era eso posible?

—Caramba, lo siento —dijo Jonathan Quick, que ahora asomaba doblando la esquina de la casa—. Siento muchísimo... el retraso.

—¡De ninguna manera, Jonathan! —respondió Dorothy—. Llegas justo a tiempo para el pastel y el helado.

Nelson, frenético, se secó la nariz y los ojos. ¡*Milagro de milagros!* Jonathan Quick: *scout* con rango de Vida, quince años, más de un metro ochenta. Titular del equipo de natación del instituto, defensa central titular del equipo de fútbol americano, torpedero suplente del equipo de béisbol,

miembro de la coral y del club de modelismo ferroviario. Era Jonathan Quick y estaba de pie en el caminito de entrada de su casa, sujetando una caja envuelta en papel de tiras cómicas de periódico y rematada con un lazo rojo. Le dirigió una mirada furtiva con el regalo en la mano cual patata caliente que desearía pasarle a quien fuera.

—Vaya, Jonathan. Qué sorpresa tan agradable. —El cinturón volvía a su lugar a hurtadillas, mientras Clete rodeaba la mesa de pícnic para tenderle una mano a Jonathan—. Encantado de que nos acompañes.

—Mis disculpas, señor —dijo Jonathan, que ahora parecía desandar muy despacio el caminito por el que había asomado—. Es que no puedo quedarme mucho rato. A mi abuela se le cayó una rama en el jardín anoche y le he dicho que pasaría por su casa para dejarlo todo limpio y arreglado. Tendría que haber llegado más temprano, pero a Frank, mi hermano pequeño, le han picado unas abejas y hemos tenido que llevarlo corriendo al hospital. No sabía que se pudiera tener alergia a las abejas. ¿Tú lo sabías, Nelson?

Nelson estaba contentísimo de que Jonathan Quick le brindara semejante reconocimiento; de repente, las lágrimas de hacía tan solo unos instantes le parecían una nadería.

—¿Quieres que vayamos a disparar unas flechas? —soltó.

—Pues... claro —dijo Jonathan—. Solo que... que decía que no puedo quedarme mucho rato. Por mi abuela y eso.

Nelson estuvo a punto de coger a Jonathan de la mano para llevarlo al jardín trasero. Clete se repantigó en una silla echando chispas, embutiendo un huevo ranchero tras otro en sus frenéticas mandíbulas mientras Dorothy alisaba el mantel con manos temblorosas. Pasaba las palmas y las volvía a pasar como si fueran dos planchas ardientes.

El invitado al cumpleaños de Nelson se quedó unos veinticinco minutos. Hubo tiempo para que disparara unas cuantas flechas con puntería aceptable y acompañara a Nelson y a sus padres en una versión demasiado entusiasta del *Cumpleaños feliz*. Hubo tiempo para un trozo de tarta y una bola derretida de helado de vainilla. Hubo tiempo para que Nelson abriera el regalo y descubriera dentro una cesta de corteza de abedul.

—La he hecho yo, en realidad —dijo Jonathan—. La he hecho para ti.

Las manos de Nelson sostenían la cesta con reverencia.

—La has hecho para mí —tartamudeó.

—Sí, siento que el tejido no esté más apretado, pero... solo he hecho dos. La tuya fue la primera. —Lo torpe de su franqueza lo sonrojó—. La otra se la he dado a mi abuela —añadió solemne, aunque lo cierto era que su segundo intento se lo había regalado a Peggy Bartlett, una chica a la que quería invitar al baile de bienvenida del instituto en octubre.

—¡Oh, es preciosa! —exclamó Dorothy dando una, dos, tres tímidas palmas—. ¡Qué jovencito tan talentoso!

—Bueno —dijo Jonathan tendiendo la mano cuan ancha era para envolver con ella la de Nelson—, feliz cumpleaños, amigo. —Gracias —respondió Nelson sin dejar de maravillarse de la cesta—. Muchísimas gracias.

Y ahora el mayor de los chicos huía camino abajo mientras Nelson seguía de pie sujetando la cesta, notando su ligereza, la imperfección de su trenzado, preguntándose con qué podría llenarla, algo que, por su importancia, pudiera hacer honor a la extraordinaria generosidad de su amigo mayor.

Dejó la cesta en la mesa de pícnic, junto a los regalos que le habían comprado sus padres: unos pantalones nuevos, un kit para montar un reloj de pared y un libro sobre la guerra de Secesión. Pero sus ojos siempre regresaban a la cesta, esa coronita maravillosamente imperfecta.

2

La tetera empieza a silbar. Nelson la retira de la llama y la lleva a toda prisa a su tienda, donde apunta con ella hacia su uniforme, sobre cuya tela verde oliva escupe agua caliente y borbotea vapor. Existen diversas maneras de planchar la ropa sin la ayuda de una plancha, y Nelson domina ya algunas. Su otro método preferido es el de rociar con vinagre la prenda arrugada, aunque este impregna de una marca olfativa tanto el uniforme como al *scout*, y bastante le cuesta ya hacer amigos.

Corre dos veces con la tetera entre la hoguera y la tienda, aplicando el vapor a la camisa y a los pantalones cortos que están dentro, colgados de una cuerda. Satisfecho por fin de lo impecable de su uniforme, y sabedor de que al este, en el horizonte, empieza a clarear tímidamente, recorre el kilómetro y pico que lo separa de la explanada del campamento Chippewa. Le da tiempo a calentarse los labios, a practicar con la corneta sin miedo a despertar a la tropa, a sus jefes de patrulla o a su padre, que ha accedido a hacer de supervisor adulto durante su semana en el campamento, aunque mucho no lo ha supervisado. En lugar de eso, su padre, después de las comidas, prefiere regresar al campo, donde se sienta a una avejentada mesa de pícnic a leer una biografía de Gabby Hartnett, nada menos, el jugador de los Chicago Cubs que pasó a formar parte del Salón de la Fama, o a desenredar el nudo rebelde de un hilo de pescar que siempre fastidia el carrete. Y tampoco es que confraternice demasiado con los otros padres; los otros padres, que andan detrás de sus hijos mientras los chicos corren de una actividad a otra: perfeccionando sus técnicas culinarias, buscando su camino en una carrera de orientación, fabricando un portamonedas con unos retazos de cuero. Muchos de estos padres, intuye Nelson, ven el campamento como unas vacaciones de su trabajo, de su esposa, del resto de su vida. Incluso los padres que solo van a cubrir el expediente apenas parecen interesados en las actividades de la semana, y raras veces ofrecen ni guía ni conocimiento si no es para decir

«Nos hace falta más leña para el fuego». O «Cuidado, anoche oí un coyote». Siempre con un codazo jocosos, con un guiño de complicidad.

Nelson se ha marcado el objetivo de ganar al menos cinco insignias durante la semana. Le gustaría alcanzar el rango de Águila antes de cumplir los dieciséis. Clete fue un *boy scout* del montón: Nelson ha visto el apolillado uniforme de su padre, sus insignias al mérito y las de grado, todas de poca monta. Pero cuando lleva sus buenos tragos, su padre siempre le recuerda lo que importa: que sirvió con honor en la segunda guerra mundial y que, del norte de África, pasó a Italia primero y a Francia después antes de que le concedieran la baja con honor a los veintidós, cuando ya era cabo. En el fondo, sin embargo, Nelson cree que las habilidades adquiridas en el campamento Chippewa y en las reuniones semanales de la tropa que se celebran en el nártex de la iglesia luterana de San Lucas ya lo están preparando para un futuro consagrado al ejército de Estados Unidos. Solo necesita que su cuerpo dé caza a su cerebro. Tal vez así su padre se sentiría orgulloso de él —una vida en el ejército—, aunque Nelson no tiene ni idea de qué aspecto tendría ese orgullo, y mucho menos de la sensación que le produciría. ¿Sería como un abrazo, tal vez? Lo más probable es que fuera como un firme apretón de manos acompañado de una escueta sonrisa. Aun así, es una meta por la que trabajar.

La corneta que Nelson tiene en sus manos menudas era de su abuelo, que sirvió en la primera guerra mundial, medio siglo atrás. Durante los primeros años de la vida de Nelson, la corneta había reposado sobre la polvorienta repisa de la chimenea, al lado de una bandera americana doblada dentro de una caja de vidrio con marco de roble. Nelson tuvo que suplicarle a su padre durante meses para que le dejara tocar la corneta en su cuarto, con la puerta cerrada. Desde entonces, siempre lo ha acompañado, y el metal nunca deja de relucir, es un objeto bellísimo.

En el campamento, Nelson duerme casi todas las noches con el instrumento dentro del catre por miedo a que los otros chicos traten de robárselo; no envidian su corneta, pero saben lo valiosa que es para él. Ve cómo lo señalan con el dedo durante las comidas desde el otro extremo de la mesa del comedor.

Como también ve lo poco que su padre hace por ahuyentar esos dedos, tan poco como los otros padres o los jefes de patrulla que, aunque algunas veces coman con los muchachos, casi siempre acaban reunidos en una mesa para ellos. Nelson no es capaz de imaginar esas conversaciones, las de esos hombres mayores con uniforme de niño pequeño, que comen el mismo rancho y musitan las mismas oraciones y las mismas canciones de campamento, los mismos juramentos y los mismos conjuros. La única voz que Nelson ha oído alzarse en su defensa es la de Jonathan Quick, y hasta él parece más movido por la irritación o el aburrimiento, por la repulsión, incluso, o por un deseo de llevar la contraria, que por la lealtad o la compasión.

«Cerrad el pico, chicos —les suelta—. Somos una tropa, ¿entendido? Pues comportémonos como corresponde.» O: «El próximo que quiera meterse con el Corneta, que se meta conmigo, a ver si le gusta lo que pasa».

Así lo llaman los otros chicos, él lo sabe: Corneta. El nombre no es un homenaje a la tarea por la que se lo conoce, sino tan solo un apodo humillante. Otra forma de rechazo.

El sendero serpentea entre lagos abiertos por antiguos glaciares. Protegidos por los árboles, los ciervos espían a Nelson, se agitan inquietos y, de un brinco, se internan en el bosque. En una ocasión, una mofeta pasó correteando por su lado, pero lo hizo sin levantar la cola, afortunadamente. El sendero conduce a la explanada que queda cerca del campamento donde se aloja el personal, y de allí ya llega el rumor de actividad: voces vagas, portazos como palmadas en las cabañas. Los monitores y otros miembros del personal viven en cabañitas pequeñas, y hay quien dice que, un día, hasta los que acampan se mudarán a ese tipo de alojamiento.

La niebla es tan cerrada que Nelson no ve el asta que tiene a unos dos metros de distancia; y el aire está tan cargado que se pregunta si no se habrá planchado la camisa en vano. Avanza con las botas húmedas de rocío. Se planta al lado del asta, mira su reloj de bolsillo, hace unas escalas y, a las siete en punto, junta los pies, se pone bien derecho y se lleva la corneta a los labios para tocar diana.

La corneta resuena sobre la explanada, un descampado con hierba que se extiende hasta un montículo en cuya base de piedra, rodeada de altos arcos que forman una herradura, se eleva un asta. Piensen lo que piensen los demás, Nelson se deleita con su tarea: esta consagrada autoridad musical metálica que sujeta en las manos y que toca desde la tripa y el diafragma, estas ráfagas de notas que cortan la niebla y se internan en la arboleda, rasgan las paredes de lona de las tiendas, sobresaltan a las criaturas del bosque que andan en busca de algo que comer y hasta le hacen cosquillas en los pelos blancos de las orejas a Wilbur Whiteside, el jefe de tropa, un hombre de unos ochenta años que, al jubiloso sonido del toque de Nelson, pegará un brinco, prácticamente, para levantarse de la estrecha cama que ocupa en una de las cabañas reservadas al personal de administración, con una toalla alrededor del cuello y otra de la fina cintura, y unas gafas gigantescas que le hacen unos ojos grandes como los de una rana, y se dirigirá de puntillas al lago Bass, en cuyas aguas serenas, apartando los tallos de enea, entrará desnudo para hacer un par de largos con sus brazos de anciano hendiendo el agua. Nelson no ha visto nunca la ronda matutina de Wilbur, claro está, pero se la han contado; un chico de los mayores, tal vez, que se despertó temprano para ir a pescar chernas y se asustó al ver al viejo Wilbur, palidísimo, abriéndose paso por el lago.

Ahora Nelson ve a un par de monitores del campamento dirigiéndose al asta; remetiéndose los faldones de la camisa en los pantalones cortos, abrochándose el cinturón, subiéndose los calcetines verde oliva por unas piernas de rodillas flaquísimas. Se le acercan hablando con voz ronca, ahora ríen. Oye el ruidito de sus botas en la hierba húmeda de rocío, la música de la calderilla de sus bolsillos, los escupitajos. Si tuviera que darle un nombre a la admiración que siente por estos jóvenes, los llamaría héroes. Pero nadie se lo pide, claro, y la opinión que ellos le merecen sigue sin desvelarse. Algunos tienen a Nelson por un pelota y un lameculos, pero la mayoría son bastante amables y considerados en sus interacciones con él.

Son, por supuesto, lo que él se desvive por ser: más altos, más fuertes, más bronceados, más capaces, con una broma siempre a punto, valientes,

devotos, bondadosos. Algunos son acólitos; otros, monaguillos. Algunos participan en programas escolares, hacen de senadores o de embajadores en las Naciones Unidas. Otros son capitanes de equipo, delegados de su clase, directores de periódico. Estos jóvenes no expulsan a Nelson de la manada por su endeblez, y tampoco se burlan de él por ser diferente. Se limitan a pasar a su lado en las mesas de pícnic o en la galería de tiro al arco, instruyéndolo, compartiendo con él complejas técnicas para hacer nudos, enseñándole cómo sintonizar una emisora de radioaficionado, cómo dar con agua en lugares en los que no hay. Señalan las constelaciones en el firmamento, saben el nombre de ciertas estrellas, identifican diversos tipos de nube en sus idas y venidas de oeste a este y saben qué consecuencias tendrán estas migraciones celestiales para el tiempo del día siguiente. Reconocen los rastros de los animales y el canto de los pájaros, saben de la cría de palomas y conejos. Y, casi todas las mañanas, al dirigirse al asta, lo saludan con la amable indiferencia de un hermano mayor. Algunos cabeceos, un «Eh, Corneta», tal vez, o quizá un cariñoso «Nelson». Siempre ha deseado tener un hermano.

Ahora toca diana por segunda vez y, al poco, más y más chicos asoman entre la niebla con su risa desmañada, sus pies pesados y sus puñetazos juguetones. Se distribuyen por tropas en dos largas filas, de cara al asta. Algunos retuercen cabos por pasar el rato o practican sus nudos. Vistos desde donde está Nelson, podrían ser un ejército en los últimos días de una guerra larga y desesperada, cuando los jóvenes y los viejos son ya los únicos reclutas. Formando una fila distinta en la cuesta, de cara a los campistas, están los monitores, los cocineros y los intendentes, cuya postura es mucho más rígida, cuyas rodillas tienen pelos más oscuros y cuya loción de afeitar lo impregna todo. Nelson ve cómo su tropa ocupa su posición en el extremo oriental de la explanada, cerca de las pantanosas orillas del lago Bass. Su padre está allí, entre los demás, con la barba matutina sin afeitar y la pañoleta torcida, levantando los brazos entumecidos para estirarlos y ofreciendo el descuidado bostezo público de un gorila de espalda plateada que se aburre y tiene todo el tiempo del mundo para salir a buscar comida.

Wilbur, el jefe de tropa, se dirige a grandes zancadas a la fila de monitores con las manos enlazadas en la base de su erguida espalda, y Nelson toca diana por última vez. Unos pocos rezagados irrumpen entre la niebla

cada vez más ligera como si huyeran de algún enemigo oculto en el bosque. Ellos también, colorados y sin aliento, adoptan posición de firmes. Un portaestandarte se acerca al asta con el mayor de los respetos; Wilbur es muy insistente al respecto. Y a continuación, con la delicadeza y la parsimonia con las que la mejor camarera de hotel del país haría una cama, desdobra la bandera, la engancha a una driza y, con ademán elegante y acompasado, la iza al cielo. Wilbur no tolera movimientos bruscos durante el izado de las barras y las estrellas, y es algo digno de admiración: la bandera se eleva con tanta suavidad y determinación que parece inconcebible que detrás de su vuelo no haya más maquinaria que la de un grupo de adolescentes.

Mientras el portaestandarte se retira, en el campamento todos se llevan la mano al corazón y juran lealtad a la bandera. Entonces Wilbur pronuncia los mensajes de la mañana. Para muchos chicos cuyo estómago resuena estruendoso, estos mensajes interminables son el momento más pesado y rutinario del día. No hay manera de que acaben a tiempo y empezar la loca carrera al comedor, la gran estampida del hambre.

—*Scouts* —empieza Wilbur—, esta semana hemos sido bendecidos con unos días radiantes, y confío en que todos emplearéis vuestro tiempo provechosamente. —Da pasos por la hierba, cerca del asta, y Nelson se endereza al verlo acercarse—. Porque, como en una ocasión nos preguntó Benjamin Franklin, «¿Apreciáis la vida? Entonces cuidad bien vuestro tiempo, porque de él está hecha la vida». *Scouts*, sé que el ocaso de vuestra vida os parece algo muy remoto, pero estoy aquí para deciros que la vida no es sino un instante, y no soporto la idea de que algún *scout* de entre vosotros se dedique a desperdiciar su valiosísimo tiempo en el campamento Chippewa.

Ahora la inquietud cruza fugazmente el marchito rostro del viejo Wilbur.

—Me han llegado noticias preocupantes, *scouts*. Noticias que, a decir verdad, son anteriores a vuestra llegada esta semana al campamento Chippewa, pero que, sin embargo, han vuelto a mis oídos en fecha tan reciente como la de anoche. Me faltan datos, pero aquí y allá se oyen voces de chicos preocupados y confundidos que hablan de reuniones clandestinas, de celebraciones vulgares... Por lo visto —y aquí se detiene y, sobre sus labios secos, apoya un dedo de uña bien cortada cuya punta le roza el blanco

bigote francés—, algunos de vosotros habéis exhibido un comportamiento de una zafiedad preocupante, un comportamiento que no representa en absoluto la filosofía de los Boy Scouts. Un comportamiento que me parece inquietante y, la verdad, pervertido. Aún es más: me temo que no fueron chicos, *scouts* jóvenes, quienes introdujeron estas conductas en el campamento, sino que es posible que fueran mis propios monitores... mi equipo, me atrevo a decir, quienes las perpetraron. En la explanada se hace de repente un silencio total. El ruido de la driza —e incluso el chasquido de la tela mientras la bandera aletea al viento— parece ensordecedor. Tras un discurso teñido por el abatimiento y el desengaño, en la voz de Wilbur asoma una furia creciente. Bajo el uniforme, sus hombros desfallecen.

—Tal vez —continúa— no sea capaz de corregir el comportamiento de los que, mucho me temo, están detrás de estas acciones lamentables. Tal vez tengan en su interior algo tan torcido que no se pueda enderezar. Pero como jefe de tropa del campamento, mi obligación es dirigirme a aquellos cuyo corazón sigue siendo piadoso, cuya brújula no yerra.

»Veréis, esforzarse por ser hombres buenos es difícil. El mundo entero tratará por todos los medios de que os desviéis de vuestro camino, de que renunciéis a vuestros principios. No hará falta que entremos en detalles. Pero si habéis leído vuestro manual, sabréis a lo que me refiero.

»La cuestión es esta: sois los caballeros de la nación. Vosotros seguís unos códigos, tenéis sentido del deber, de lo que está bien y lo que está mal. Sois vosotros a quienes desafiarán, a quienes les pedirán que hagáis trampas, a quienes tratarán de corromper. Y a los que estáis ante mí ahora, a los puros de corazón, quiero deciros que ser bueno, que ser decente, que ser amable, tiene su recompensa. Es esta: no habréis de mentir sobre vuestro comportamiento, no habréis de ocultar nada ni avergonzaros de nada. No habréis de pedir perdón, jamás. Seréis líderes y paladines. Los débiles de nuestra sociedad, los oprimidos y los desventurados, volverán el rostro hacia vosotros en busca de ayuda o de consejo. Y por eso debéis perseverar, por eso debe resistir vuestro espíritu.

Ahora se vuelve hacia los *scouts* del campamento Chippewa y hacia sus monitores, hacia los secretarios de su despacho y los cocineros del comedor, algunos de los cuales asisten al izado de la bandera en representación del

resto de sus compañeros, que mientras tanto preparan una docena de huevos revueltos tras otra o fríen libra tras libra de tocino y salchichas.

—Soy ya demasiado viejo para entrar en los detalles del comportamiento del que se me ha informado. Y muchos de los jóvenes aquí presentes, me temo, sois demasiado jóvenes, demasiado inocentes y demasiado puros para que se os exponga a un asunto semejante en este momento de vuestra impresionable vida. La verdad es que me avergüenzo de hallarme entre vosotros mientras esta nube ponzoñosa se cierne sobre nuestras cabezas. Esto no es propio de los Boy Scouts. Confío, entonces, en que las palabras que os he dirigido esta mañana basten para poner fin a la situación; para poner fin a este comportamiento abominable. Para que los cómplices en el crimen os sintáis tan avergonzados, tan atormentados, que los hechos lleguen a su final de manera completa y definitiva.

Se toca las puntas enceradas del bigote.

—Y ahora, a los maravillosos voluntarios que cada día, después de cenar, trabajan en nuestra red de senderos, en la cantina, en los servicios del lago Bass y en el viejo anfiteatro, arreglando el escenario y las gradas —recapitula Wilbur—, os doy las gracias. No hay mayor gloria que la del voluntario cuya espalda se resiente del honrado trabajo entregado sin recompensa.

»Un anuncio final. Preparad las cuerdas, por favor.

A la orden, todos los chicos presentes sujetan ante él su metro de cabo de cáñamo, un extremo en cada mano y la parte central columpiándose.

—Ahora —dice Wilbur—, haced un nudo llano.

Cientos de manos infantiles empiezan a hacer el nudo. Nelson desea con toda el alma que lo incluyan en el ritual —a fin de cuentas, ¿quién podría terminar el nudo antes o hacerlo más prieto que él?—, pero como le han encomendado la misión diaria de sujetar la corneta, está exento de la tarea. Aun así, todo su ser recita: *Por encima, por debajo y dentro; por encima, por debajo y dentro. ¡Ya está!*

Poco a poco, los chicos van levantando sus nudos al cielo hasta que no queda un solo *scout* que no haya completado esta tarea básica.

Tras un examen somero entre las filas, Wilbur asiente con la cabeza, satisfecho.

—Eso es todo, caballeros.

Esa mañana, la procesión hasta el comedor es más lúgubre. Sin chicos que se adelanten al grupo para hacer cola delante de la entrada, olisqueando el humo grasiento del tocino que chisporrotea y las salchichas que susurran. Sin niños que pateen los charcos o que persigan culebras o ranas entre la hierba alta.

Nelson se sienta sin hacer ruido cerca de Jonathan Quick.

—¿Qué ha pasado, Jon? ¿Sabes de qué hablaba Wilbur?

—¿Y qué más da? —Jonathan se encoge de hombros—. ¿Es que estás en el ajo?

—¿Qué? No... solo preguntaba... ni se me pasaría por la...

—Entonces olvídale, Corneta. ¿Entendido? Además, todos saben que estás demasiado ocupado tratando de ganar insignias al mérito como para hacer algo malo. Ni de broma. Tú no te habrás metido en un solo lío en toda tu vida, ¿verdad? —Jonathan ya ni mira a Nelson, ni siquiera altera su marcha.

Nelson nota las mejillas coloradas. Menuda estupidez, pensar que iba a impresionar a Jonathan con su empeño por llegar a Águila.

—Lo siento —dice Jonathan aflojando el paso de manera casi imperceptible—, eso ha estado muy feo. Eres un buen chico. No, no sé de qué hablaba Wilbur. Ni me lo imagino, la verdad. A ver, los chicos traen a escondidas barajas guarras, y dicen que un monitor tiene una pila de *Playboys*, pero... no sé. Alguien podría estar fumando maría o algo así.

Nelson levanta los ojos hacia Jonathan.

—Marihuana, burro.

—Lo siento, Jon... ¿Qué es marihuana?

—Déjalo.

Las puertas del comedor se abren y los *scouts* entran en fila para sentarse a la mesa asignada a su tropa. Como era de prever, Nelson se sienta a un extremo de la suya hasta que por fin su padre se reúne con él, desliza sus piernas gruesas y pálidas sobre el banco y se sienta.

—¿Has dormido bien esta noche? —pregunta su padre rascándose las picaduras de mosquito de los brazos peludos.

—Sí.

—Ojalá pudiera decir yo lo mismo. Estuve oyendo un búho hasta casi las tres de la madrugada. De haber tenido una pistola, le habría pegado un tiro.

—Me parece que está prohibido dispararles a los búhos —masculla el niño.

—¿Qué?

—Nada.

Nelson se queda mirando la mesa fijamente y farfulla:

—Vaya enfado llevaba encima el jefe Wilbur esta mañana.

—Bueno, Nelson, no olvides que el señor Whiteside es de una generación que no ve con buenos ojos lo de fumar cigarrillos y toda la pesca, echar unos traguitos de brandy... el catálogo entero de supuestos pecados, vaya. Yo no me preocuparía demasiado por el asunto. Habrán sido algunos monitores jugándose la paga. —Su padre lo mira con cara rara, bizqueando —. La obligación de Wilbur es meterte miedo, ¿sabes?

Las bandejas de comida ya están casi vacías cuando llegan al extremo de la mesa que ocupa Nelson.

—¿Te importa que me vaya con los otros padres? —pregunta Clete por fin.

Nelson se queda callado mientras le da un bocado a una tajada de tocino renegrida. Sí que le importa, no quiere que lo abandonen.

—No pasa nada —alcanza a decir.

—Pues muy bien, voy a buscar más café, Nelson —dice Clete poniéndose en pie—. ¿Te traigo un vaso de zumo de naranja?

—Sí, por favor —responde Nelson en voz baja.

Y ahora está solo, el espacio que media entre él y el siguiente chico es tan grande que cabrían tres *scouts*.

En el comedor, los muchachos se apoyan en la mesa, encorvados sobre el plato, hablando del discurso de Wilbur. Un murmullo de complicidad recorre la enorme sala, con sus banderines colgados de las cerchas y todas las paredes llenas de bustos de ciervo, alce y oso disecados que observan a los *scouts* desde lo alto. Con esos techos abovedados, rústicos pero majestuosos, la construcción tiene la lúgubre atmósfera de una antigua casa comunal

noruega. El tiempo avanza con lentitud dolorosa para Nelson mientras, otra vez, atacando en solitario silencio sus huevos fríos, nota cómo el cuello y la cara se le enrojecen de vergüenza. Entonces, justo cuando está a punto de doblegarse bajo el peso de su aislamiento, una mano se posa en su hombro, cálida y firme. Nelson se estremece.

—Hacía años que no teníamos un corneta de tu nivel, hijo. Sigue así.

Nelson levanta la cabeza y ve los ojos azules de Wilbur, que lo miran tristes por encima de una boca fruncida en una sonrisa apesadumbrada.

—Gracias, señor.

—¿Puedo sentarme?

—Eh... Por supuesto. —Nelson señala con un breve gesto el sitio libre de su padre. Al otro lado, parece que los chicos de su tropa, por contracción colectiva, se han apartado todavía más. —Nelson, ¿verdad?

El chico asiente en silencio.

—¿De dónde has sacado esa corneta? —pregunta Wilbur—. No parece salida de la típica tienda de artículos musicales de un pueblo.

—Hummm... era de mi abuelo.

—Déjate de tanto *hummm...* y de esos *eh...*, chico. No te hacen ningún bien. A ver, sé que eres un jovencito de... ¿cuántos años, doce, trece?, pero lo cierto es que debes responder a la autoridad con fuerza y aplomo. Que necesitas dudar, ordenar las ideas, eso es comprensible. Pero oculta tu vacilación tras una mirada firme y habla cuando estés listo y dispuesto. A mí, esos *hummm* y esos *eh* me suenan a escopeta que se encasquilla. ¿Y de qué sirve una escopeta si no dispara, dime? —El viejo oculta una sonrisa tras el bigote.

—Sí, señor.

—¿Fue a la primera guerra mundial, tu abuelo?

—Sí.

—¿Vive?

—No, señor. —Nelson mira su plato de huevos revueltos.

Wilbur toma aliento.

—El mundo es un lugar extraño. Cualquiera diría que, para sobrevivir a una guerra mundial, hay que ser invencible, inmortal. Pero eso es una tontería, claro. Todos morimos cuando nos llega la hora. Si me permites el

atrevimiento, ¿cómo murió tu abuelo? Nelson vacila y después mira a Wilbur compungido.

—No lo sé, señor. Se puso enfermo y ya está. Fui a verlo antes de que se muriera, pero... entonces ya no hablaba. Solo se comunicaba apretando la mano. Yo era muy pequeño. Tendría unos cinco años, creo. —Nelson recuerda la mano, su frialdad, las venas, las uñas más largas que de costumbre, la sábana de algodón subida primero hasta la barbilla y que después tapaba la cara de su abuelo.

Su padre no pronunció jamás una palabra amable sobre su abuelo, quien, por lo que Nelson llegó a deducir con los años, había sido un borracho de cuidado y un desastre como granjero. El padre de Nelson, víctima de los fracasos de su padre, había tenido que encargarse de las tareas más pesadas y onerosas de la granja. Al final, la granja se la embargaron y los vecinos la compraron por una miseria. Por lo que Nelson había podido sacar en claro, el terreno era magnífico: ciento sesenta hectáreas de campos y colinas, arroyos trucheros de aguas cristalinas y acantilados de piedra caliza. Decían que incluso había un túmulo funerario indio, uno con forma de oso, y todas las primaveras asomaban puntas de flecha entre el suelo franco de los surcos del arado, y el padre de Nelson las recogía para vendérselas a un profesor de universidad a un níquel, es decir, cinco centavos, la pieza. En vez de deslomarse en los campos detrás de una yunta de caballos o de un tractor, al abuelo de Nelson le había parecido más conveniente beberse el patrimonio de la familia en las tabernas de Eleva y Strum.

—Bueno —dice Wilbur con tono algo más amable, fijándose, tal vez, en los ojos gachos y los hombros caídos de Nelson—, estoy seguro de que, si ahora pudiera verte, estaría orgulloso de lo bien que tocas la corneta. A la gente se le olvida, pero en las unidades de caballería, el corneta era casi tan importante como el general. Sin el corneta, todo era caos y confusión. La comunicación es fundamental en el campo de batalla.

Nelson trata de no moverse, demasiado nervioso para tocar la comida, profundamente consciente de las miradas de sus compañeros de tropa, de la ausencia de su padre, a quien todavía puede ver, de pie al lado del termo de café, echando azúcar y crema en una taza, tan tranquilo. *Mi abuelo era un borracho* —quiere decir Nelson—. *Se murió a los cincuenta y cinco de tanto*

beber. La corneta se la robó a un alemán muerto. Era un ladrón y un cobarde y una mala persona, malísima.

—A los otros chicos no les caes muy bien, ¿verdad, Nelson? Esta vez algo crece dentro del chico, y sin la menor duda, volviéndose para mirar a Wilbur a los ojos, contesta:

—No, no les caigo bien.

—¿Sabes por qué, Nelson?

—No, señor.

—Porque ven en ti un desafío. Tu lugar no está entre la chusma, entre esa gentuza. Y precisamente por eso tú serás un líder. Eso es lo que, lo creas o no, me ha transmitido tu jefe de patrulla. Y también algunos de los monitores a los que tu sagacidad ha causado una gran impresión. — Whiteside escudriña el comedor dejando escapar una gran bocanada de aire —. Pero lo cierto es que no todos esos chicos se convertirán en hombres buenos, Nelson, en seres humanos buenos. Hacemos cuanto podemos, no dejamos escapar una maldita oportunidad para guiarlos e instruirlos. Pero al final... Alguno de los chicos de este comedor será un asesino; otro, un atracador de bancos. Algunos de los chicos de este comedor engañarán al fisco; otros, a sus mujeres. Me gustaría que las cosas fueran distintas. Pero cuando te oigo tocar la corneta, oigo más que a un chico soplando aire. Oigo algo que resuena en el tiempo. Algo bueno. No dejes que te corten las alas, Nelson.

Nelson trata de digerir todo eso; no sabe qué decir, exactamente.

—Gracias, señor. —Es lo único que se le ocurre.

—Cuando son desagradables contigo, lo que quieren, más que ninguna otra cosa, es arrebatarte la belleza, la belleza de esa corneta. Quieren robártela, acabar con ella. No dejes que lo hagan. Sé más fuerte que ellos.

Wilbur vuelve a apoyar la mano en el hombro de Nelson, y esta vez el chico se da cuenta de lo pequeña que es esa mano, no es mayor que la de su madre, a decir verdad, y en ese instante la añora. Añora a la persona que siempre es amable con él, que siempre le ofrece algo que comer o un libro que leer, que siempre revolotea por casa cantando *Que sera, sera* o se sienta en las escaleras de la entrada con el periódico abierto en la falda como una manta, fumando el Pall Mall del día sin dar apenas caladas, pero sujetándolo

a la perfección, con el humo flotando ante la cara como un velo, y sus dedos preciosos que despegan un trocito de papel de cigarrillo del labio inferior. Cerrando los ojos durante un instante brevísimo, Nelson nota la mano de Wilbur en el hombro y huele el cigarrillo vespertino de su madre y el olor a tinta y papel del periódico, y daría lo que fuera por estar de vuelta en casa con ella en ese preciso momento, aunque tuviera que secar los platos o pasar el aspirador por la sala de estar. La mano desaparece y Nelson abre los ojos.

—¿Qué quería el señor Wilbur? —le pregunta su padre, de pie delante de él y sujetando el vaso de zumo de naranja que le había prometido.

Nelson acepta el zumo y se lo bebe. Por lo general, la reacción inmediata a la voz de su padre consiste en bajar los ojos y mirarse los pies o el dorso de las manos, pero esta vez decide poner en práctica el consejo de Wilbur. Mira a su padre a la cara. Lo que pasa es que su padre está mirando la taza de café, y luego mira por la ventana, y más tarde por el comedor; lo mira todo menos a su hijo. Nelson no dice nada, aquello es casi un experimento para ver si su padre esperaba, de verdad, una respuesta. Levanta la cabeza y se queda mirando fijamente a su padre hasta que los ojos del adulto se cruzan con los suyos.

—¿Qué? —pregunta Clete.

«Echo de menos a mamá», querría decir Nelson.

—Me hacía compañía.

—¿Quién?

—El jefe Wilbur.

—Ah, sí, claro.

—¿Papá?

—¿Qué, Nelson?

¿*Me quieres?*, querría preguntar el chico.

—Gracias por el zumo de naranja.

—Creo que voy a servirte otro plato de huevos —dice su padre antes de alejarse otra vez a zancadas hacia la cocina con el plato tendido ante sí como un mendigo.

3

Esa noche, Nelson se queda en la cama leyendo su *Manual para chicos* a la luz del farol. Una polilla choca contra el globo de cristal; Nelson apoya el libro en su pecho pálido. Fuera de la tienda suenan las risas y el chisporroteo y el estallido de las llamas y los ladridos de las cremalleras y los portazos de las letrinas, sonidos que van apagándose hasta que el silencio solo lo interrumpe alguna tos ocasional o la nota larga y grave de un cojín de pedos recién salido de una tienda de baratijas. La polilla rebota contra el globo otra vez, y otra, y otra más, hasta que, alargando la mano, con cuidado de no hacerle daño a la criatura, Nelson la captura con el puño. Nota la cosita esa, los pelos de las patas, el cosquilleo de desesperación de las alas, la curiosidad de las antenas. Abriendo los dedos, examina la polilla que descansa en la palma de su mano.

A pesar de lo mucho que sabe de nudos, de constelaciones, de setas venenosas, de rocas, de minerales y de arroyos trucheros del norte de Wisconsin, los conocimientos de Nelson sobre las polillas son casi nulos. Le dirige un soplido y la criatura alza el vuelo y retoma su fascinación por el farol. *¿Qué instinto será este?* —se pregunta Nelson—. *¿Creerá que ha tocado la luna? ¿El sol?*

Y entonces, el sonido de botas moviéndose veloces por el bosque. El corazón de Nelson se acelera. Más pisadas, ramas que se rompen, hojas apartadas a un lado. Embutiéndose en una camisa, forcejeando para ponerse los pantalones y calzándose las botas, se prepara. Y cerrando los ojos muy tranquilo, sopla para apagar el farol y cuenta hasta cinco. Se desliza las gafas en la cara. Cuando sale de la tienda, tiene las pupilas abiertas, grandes como platos, bebiendo la luz que derraman la luna y las estrellas. Aguanta la respiración y escucha. A lo lejos los oye, son los otros *scouts*, supone, abriéndose paso por el bosque. Él los sigue acercándose al suelo.

Esta caza nocturna es emocionante. *¿Y dónde están sus linternas? ¿Y sus faroles de queroseno? ¿Ni una antorcha rudimentaria? ¿A qué viene tanto*

misterio? Entonces cae en la cuenta: Tienen que ser los pervertidos tras los que anda Wilbur. Y aviva el paso.

Cómo se abre paso entre los peludos centinelas que el viento ha abatido, con su tupida moqueta verde de musgo; entre los helechales y los frambuesos de tallo afilado como alambres de púas, entre los latigazos de unos álamos tan jóvenes y tan tupidos que bien podrían ser bambú. Y cada pocos minutos, para estar bien seguro nada más, Nelson apoya una rodilla en el suelo, se lleva las manos a las orejas, le ordena a su corazón que afloje el ritmo y se concentra en los sonidos de la noche que lo rodean. El fluir de su sangre casi le ensordece: en las venillas más diminutas de sus orejas, en sus manos y sus pies hinchados, pero es sobre todo en la frente y el pecho donde nota el crepitar excitado de su sistema de circuitos.

Pero nada llega a sus oídos. Ni el ulular de un búho, ni el gorjeo de una rana arborícola, ni una cigarra chicharreando en la noche. Nada. Y ahora, advierte Nelson, está muy lejos de su tienda, en un bosque muy oscuro, sin sendero bajo las botas, sin linterna que toque el sudor frío de su mano.

Ahora el latido de su corazón parece redoblar su ritmo. No sabe ni qué hora es, y lo primero que le viene a la cabeza es el toque de diana de la mañana siguiente. No puede defraudar al jefe Wilbur. Y, así, se vuelve con un sigilo extremo confiando en poder desandar lo andado y dar con el camino por donde ha venido.

Y entonces, un ruido. El crujir de una rama.

No llega de muy lejos. Nelson se agacha, su cabeza a ras de la fronda. Más ruidos, ramitas que se rompen, plantas apartadas a un lado. Se pega al suelo del bosque, donde las salamandras y las serpientes y los caracoles, eso Nelson lo sabe, se retuercen contra el frío mantillo.

Quien esté en el bosque en estos instantes, sea quien sea, no será su amigo. Pero ahora no puede pedir socorro a gritos. No puede contar con los jefes de patrulla para protegerlo, ni con Jonathan Quick, ni siquiera con su padre.

Cuchicheos. Dos chicos; tres, tal vez. Y entonces:

—Corneeetaaa. Eo, Corneeetaaa. Sabemos que estás ahí. Tendrías que haberte quedado en tu tienda, Corneta.

Contiene la respiración, no se atreve a moverse ni un centímetro.

—Dinos, Corneta, ¿sabes volver a tu tienda?

Los latidos de su pecho se redoblan mientras el corazón le da un vuelco. Es una sensación de lo más extraña y triste. Imagina que será eso lo que siente un jugador cuando las cartas no le cuadran. Cuando se da cuenta de que le han fallado.

—Porque nosotros sí que sabemos, Corneta. Y, bueno, tampoco sería una tragedia que la corneta del pobre Corneta se llevara una galleta. Bua, buaaa...

Y ahora en el bosque estallan las risas maliciosas y el movimiento súbito. Porque salen volando y se alejan. Ve cómo desaparecen sus hombros, que resplandecen con el blanco azulado de la luz de la luna que se cuele entre las hojas en lo alto, igual que hombreras.

Se levanta para dar comienzo a la caza.

Esta vez, sin embargo, el bosque parece conspirar en su contra. No hay árbol que no tienda unas ramas afiladas para arañarle la cara. No hay tronco medio podrido que no ruede hacia sus espinillas y sus rodillas. El suelo del bosque ahora está sembrado de docenas de bloques erráticos: piedras y rocas, algunas grandes como automóviles, que surgen del bosque oscuro para entorpecer su marcha.

¡Destruirán su corneta! ¡La corneta de su abuelo! ¡El único recuerdo que redimía al hombre!

Ahora se ha quedado sin resuello, sangra, suda y está asustadísimo de que le roben la corneta o se la destrocen. Por delante, los chicos parecen ganarle terreno. Las lágrimas empiezan a resquebrajarle la cara, pero cuando se limpia las mejillas, el dorso de la mano no aparta ni gafas ni montura metálica: allí no hay más que la piel mojada y desnuda de su cara ardiente. Deteniéndose en seco, parpadea al mundo borroso, aterrorizado y todavía más triste que unos instantes antes. Así que también ha perdido las gafas.

Quiero irme a casa, no acierta a pensar otra cosa, y también: Quiero a mi mamá.

Se detiene y se sienta. Ya no hay apremio. Le ganarán, llegarán al campamento antes que él, entrarán en su tienda a escondidas, darán con la corneta y, para cuando él llegue, suerte tendrá si puede volver a tocar el instrumento. Se los imagina tirándolo al lago o, peor aún, usándolo para

mofarse de él, colgándolo de un árbol para que se humille en público al tratar de recuperarlo. La corneta de su abuelo, que en 1917 robó a algún soldado muerto en un sangriento campo de batalla y se llevó a casa desde Europa en un barco de vapor. Todas las terroríficas pesadillas que ha tenido que superar —el gas mostaza, la guerra de trincheras, la caballería contra las metralletas— antes de cruzar todo el Atlántico y un buen trecho de América hasta llegar a Wisconsin para después, a saber cómo, pasar por el padre de Nelson y sus tías y tíos y acabar como regalo para Nelson, que se las ha ingeniado para perderla de este modo tan bochornoso, dejándola en la tienda en plena noche como un tonto para salir a perseguir infractores por el bosque. ¿Qué esperaba conseguir... o, lo que es aún más vergonzoso, encontrar?

Se queda sentado dándoles manotazos a los cientos de mosquitos que para entonces ya se han abatido sobre él, y se acuerda de Wilbur, el viejo jefe de tropa que casi ha predicho los acontecimientos de esa noche, que le ha dicho qué esperar y por qué. *Tengo que ser más listo, tengo que ser más listo que ellos. No puedo luchar contra todos a la vez.* Por fin, resignándose a lo que vaya a encontrar, se levanta y echa a andar despacio en la dirección en la que cree que está el campamento.

4

Es media noche pasada y la luz inunda la casa —lámparas, bombillas, apliques—, que arde contra la soledad. La radio está encendida, muy alta. Dorothy, que ha sintonizado una emisora de música de *big bands* y está junto al fregadero, silba la melodía de *In the Mood* y lava y seca con cacofónico estrépito los pocos platos que ha ensuciado. En sus tiempos, su padre y su madre solían bailar esa música, y Dorothy siempre ha sentido una debilidad nostálgica por Glenn Miller, Tommy Dorsey, Count Basie. Puede verlos —a sus padres— bailando en un abarrotado salón comunal con una sonrisa enorme en la cara mientras dan pasos y brincos y giran y se mecen al son de la música.

Ni esta casita del acogedor barrio obrero de East Hill, ni el ruido constante de la fábrica de neumáticos, ni siquiera el ruido del tren al cruzar el río: nada le sirve de consuelo. Ha echado la llave a todas las puertas y ventanas de la casa y hasta ha apoyado una mesa de comedor contra el picaporte de la puerta de entrada. A veces, rondando por la casa, se ríe sola o canta: quiere que su voz la proteja de cacos o de mirones.

Dorothy está *asustada*; qué estupidez, piensa.

—No seas tonta —rezonga—. Hay más peligro cuando él anda por aquí.

Se refiere a Clete. Es como si se hubiera convertido en otro hombre, en alguien muy distinto del joven soldado de infantería del que se enamoró, con el que pasó la luna de miel en St. Paul, con el que compartía la cama. Está tan frustrado, tiene tanta rabia contenida, es tan bravucón. Unos meses atrás, después de ir a la iglesia, Clete paró a comprar una Coca-Cola en una gasolinera y los dejó en el coche, a Nelson y a ella, y durante unos instantes contempló la posibilidad de arrastrarse hasta ponerse al volante y abandonarlo, de irse donde fuera, pero la bloqueó una absurda sensación de esperanza. La esperanza de que Clete dejara su malestar atrás para buscar un trabajo nuevo o incluso para matricularse en la universidad... de que aprovechara las becas para los veteranos, lo que fuera con tal de escapar del

sector de las ventas y de la frustración que lo acompañaba siempre al volver a casa. Dorothy era rehén de la esperanza.

Pasa el aspirador por tercera vez desde que Clete y Nelson se marcharon. Se entretiene con el aparato, abriendo en la alfombra peluda del salón unas líneas profundas y rectas como surcos. A las dos de la madrugada, la emisora de radio despide la transmisión y Dorothy, agotada, se desploma en la butaca de Clete y cierra los ojos.

Se despierta con el ruido de la lluvia que golpetea sobre el tejado y de los truenos que zarandean la porcelana del aparador. La mañana ha llegado, oscura. Las luces siguen todas encendidas, la radio retoma sus trinos. Dorothy lleva la ropa de ayer. Entra tambaleándose en la cocina y prepara café de filtro. Se da un masaje en los hombros. Le duele la espalda.

Se pasa la esponja por la cara, se cepilla el pelo, se cambia. Con una taza de café en la mano, aparta la silla de la puerta de la calle y encuentra el periódico de la mañana en los escalones. Y se queda sentada en la entrada leyendo el periódico, fumando un cigarrillo y echando algún que otro vistazo a las alcantarillas de la calle, por las que corren raudales de agua de lluvia hacia los dos ríos de la ciudad. De día la cosa no está tan mal: puede verlo todo, por ejemplo, y de no ser por la lluvia, alguna de sus vecinas andaría por ahí tendiendo la colada o arrancando los hierbajos del jardín, se supone, o empujando un cochecito o cortando un seto. Será una semana tranquila, había pensado ella, con tiempo para levantarse tarde y sentarse en el jardín trasero a leer una novela, quizá, o para bajar al centro a ver tiendas. Esa soledad la ha pillado desprevenida. Que sean Nelson y Clete los que tienen el coche y ella no pueda salir a dar una vuelta no contribuye a mejorar las cosas.

Así sería tu vida. Tendrías que trabajar —piensa—. Eso mismo. Si lo dejaras, tendrías que trabajar. Dinero para los recibos, para la compra, para un coche...

Cuando piensa en todos los escollos, en todos los retos que conllevaría dejar a Clete, su primer impulso es quedarse quieta, absorber la frustración de ese hombre, proteger a Nelson. Conoce a muchas otras mujeres en esa misma situación, más de una tía y de una prima. Mujeres a la expectativa... Le

gustaría, por el bien del chico, que hubiera otra respuesta, un sustituto. Pero ya ha perdido a sus padres, y es hija única. De todos modos, dentro de seis años Nelson irá a la universidad y entonces, espera Dorothy, todo estará más tranquilo. Tal vez podría limitarse a evitar a Clete; si ni siquiera duermen en la misma cama desde que Nelson nació. Por lo visto, el interés que Clete pueda tener por Dorothy depende de que pueda contar con que ella le dé de comer y le prepare una copa.

Antes de la hora del almuerzo, Dorothy espía al cartero, que camina de puntillas alrededor de los charcos y echa a correr bajo la lluvia con el agua resbalándole gorro y chubasquero abajo. Siempre ha sentido una admiración secreta por Gordon, el cartero. Atracción y todo, quién sabe; Gordon tiene una cara cuadrada y amable, y las mejillas marcadas por unos hoyuelos profundos, y sus ojos son claros y sinceros. Hombre de un optimismo inagotable, siempre luce una sonrisa, por mucho que llueva o que truene o que le pese la cartera. Cada día, Gordon le recuerda que el mundo no está exclusivamente habitado por hombres como Clete, sino que también hay optimistas, hombres felices que cantan y silban mientras patean las calles. Hombres que, de manera espontánea, lanzan la pelota de béisbol a los niños del barrio o les regalan caramelos de mantequilla a las niñas.

Levantándose, Dorothy empuja la puerta de la calle para abrirla, se queda plantada en el porche, alarga el brazo para sacarlo del alero y nota la lluvia en la palma de la mano.

Subiendo el caminito a toda prisa, el cartero se levanta la gorra. — ¡Menudo aguacero!

— ¡Caray, estás calado hasta los huesos, Gordon! — exclama Dorothy—. Pasa un momentito y tómate una taza de té.

— No puedo, Dorothy — contesta él negando con la cabeza—. Y de todos modos, ya casi he acabado la ruta. — Echa un vistazo alrededor y dentro de la casa—. ¿Y por dónde anda Nelson? Cuéntame.

— Está en el campamento de los Boy Scouts. Con Clete. Vuelven dentro de unos días.

— Apuesto a que lo echas de menos — dice Gordon.

Dorothy repara en que ha usado el singular en vez del plural, en vez de «los». Asiente en silencio.

—Es un buen chico. —Ahora asiente Gordon—. A veces me acompaña cuando hago la ruta. Y no solo a un par de casas. ¡El chico recorre manzanas enteras! Se interesa por los sellos extranjeros y por la caligrafía. Por los tamaños de los sobres y por los distintos tipos de tinta y de máquinas de escribir. El otro día me preguntaba por la grafología. Tuvo que explicarme él qué era eso. Y no es cosa de niños, ¿sabes? Que era buena compañía, vamos. Con curiosidad por todo. Un chico listo.

Dorothy nota cómo el rubor le cubre la cara. Es verdad, es un buen chico.

—Gracias —alcanza a decir. A saber cómo sería Gordon como marido, como padre. Siente la culpa al instante. No, ella no es de esas esposas, no es de las que se ponen a fantasear con el marido de otra.

—Bueno —dice Gordon, rebuscando en la cartera—. Me había parecido ver solo una carta. Para Clete. De Wrigley Field, mira por dónde. —Se echa a reír y menea la cabeza.

—Disculpa, ¿Wrigley qué? —pregunta Dorothy.

—Sí, el estadio de los Chicago Cubs. Ernie Banks. Ese muro lleno de hiedra. Wrigley Field. Ya sabes.

Dorothy no sabe, pero da una palmada de desconcierto fingido.

—¡Qué tonta! Pues claro, los Cubs. —¿*Los Cubs?* ¿*Para Clete?* Gordon asiente en silencio con aire compungido.

—En fin, aquí la tienes. El sobre está un poquito mojado. —Se encoge de hombros—. ¡Qué se le va a hacer! Está diluviando. Bueno, mi padre era granjero. Aprendí a no quejarme nunca de la lluvia. ¡Que tengas un buen día, Dorothy!

Y sin más, el cartero se interna otra vez en la tormenta con la cabeza bien hundida en el pecho y el uniforme empapado.

Esa noche, en la desnuda mesa de la cena, Dorothy mira fijamente el sobre, su solapa casi abierta. No imagina qué habrá dentro. A Nelson le encanta el béisbol, sí, pero Clete no ha demostrado jamás interés alguno por el deporte profesional. El sobre está hinchado y todo, como si la invitara a leer su contenido, como si aguantara la respiración. Se le ocurre que, tal y como está

ahora, Clete podría llegar a acusarla de haberlo abierto. Tal vez lo mejor, resuelve, sea leer lo que contenga deprisa y volver a cerrar el sobre, un poco mejor y todo, visto y no visto. ¿Y si Clete hubiera comprado entradas para el béisbol? ¿No sería fabuloso? ¡Un viaje a Chicago, padre e hijo! ¡Cómo le gustaría a Nelson! ¡El museo Field! ¡El instituto de arte! Ay, un viaje a la ciudad sería de lo más estimulante para Nelson.

Alarga la mano con cuidado para coger el sobre y, pasando una delicada yema bajo la solapa, la levanta y la abre. El gesto es lento y paciente. Ahora el sobre está abierto y ella examina la solapa. Está completamente intacta. Dentro, Dorothy ve un membrete. Saca el papel, lo desdobra y lo lee con mano temblorosa:

1060 West Addison Street
Chicago, Ill. 60613
21 de junio de 1962

Sr. Clete Doughty
1325 Fairway Street
Eau Claire, Wis. 54701

Estimado señor Doughty:

Tras estudiar la cuestión con detenimiento, los Chicago Cubs y Wrigley Field se complacen en ofrecerle el puesto de subdirector general de concesiones y ventas. El nombramiento será efectivo a partir del 12 de agosto de 1962. Le rogamos que se persone en la entrada de Clark Street en la fecha indicada.

Lo saluda atentamente,

MACK PRIOR
Director general de concesiones y ventas

Atónita, Dorothy vuelve a meter la carta en el sobre, como el secreto que es, y deja escapar un gran suspiro. La lluvia sigue cayendo.

Al cabo de un rato —no sabe cuánto, la verdad—, Dorothy se levanta de la mesa, revuelve un cajón hasta que encuentra un tarrito de cola y vuelve a cerrar el sobre. Lo lleva a la cesta metálica que hay junto a la puerta de entrada, donde el resto de su correspondencia la está esperando.

Se saca un paquete rojo de Pall Mall del delantal y, encendiéndose uno, se queda de pie en la puerta echando el humo afuera. —¿Qué voy a hacer? —susurra—. ¿Qué diablos voy a hacer? Así que la suerte ya está echada, y se diría que algunos de sus deseos se han hecho realidad de la más triste de las maneras. Así, como si nada; ve con cuidado con lo que deseas... porque podrías conseguirlo.

Apaga el cigarrillo, vuelve a la cocina, coge una pila de platos del armario y se queda allí en medio unos instantes con toda la loza sujeta sobre la cabeza y los hombros, temblando de miedo y pena; pero no tira los platos al suelo. No puede. Y, así, se sienta en el suelo sosteniendo los platos en equilibrio sobre la falda y se echa a llorar. No la educaron para desperdiciar las cosas buenas, y menos aún por rabia. Y qué demostración tan ridícula habría sido esa, sin testigos, en una casa en la que, por lo demás, siempre reina el silencio. No hay radio que pueda consolarla ahora, ni ruido de aspiradora que pueda ahogar su tristeza.

Al cabo de un rato, toma aliento y empieza a buscar respuestas para su pregunta.

5

Unas horas más tarde, con los pies llenos de rozaduras y los calcetines sudados, Nelson se tambalea de vuelta en el campamento. Es la nariz la que lo ha guiado durante los últimos trescientos metros: el olor a letrina recubierto de humo de madera. Todo está en silencio; nadie parece haber advertido su desaparición. Se mete en la tienda a escondidas, se quita la camisa, los pantalones y, de una patada, las botas; tira de los calcetines empapados de sudor y se tumba en el catre, aliviadísimo de estar por fin en reposo y libre de mosquitos. No sabe cómo le explicará lo de las gafas a su padre, pero está demasiado agotado como para ponerse a pensar.

Alarga el brazo hacia la derecha, donde todas las noches cuelga la corneta de un clavito diminuto clavado en un poste de madera, y se asusta al sentir el frío metal ahí donde solo contaba con mover los dedos en el aire húmedo. Agarrando con fuerza la corneta, tira de ella y se la lleva al pecho notando las frías curvas metálicas, ahora groseramente deformadas.

El pabellón está muy torcido, y con esos bordes doblados, le recuerda a lo que, imagina, debe de ser una oreja en coliflor en sus primeros estadios: un cuerpo que empieza a plegarse sobre sí mismo. La boquilla también está deformada, aunque la caña, para su alegría, parece intacta. Pasa las manos por el metal y vuelve a pasarlas sintiendo cada abolladura, cada rasguño, cada marca.

Y entonces cae en la cuenta: la corneta también huele a pis. Los imagina rociando de pis su instrumento. A saber cuántos han vaciado la vejiga ahí. Menea la cabeza, ya no está cansado. El amanecer se acerca, y con la corneta en este estado, no puede tocar; habrá que lavarla, repararla, tal vez.

Tiene una palangana en la tienda para evitar los viajes a las duchas en la medida de lo posible; no se siente seguro en esos claustrofóbicos cubículos de hormigón, con su suelo embaldosado lleno de moho y la mortecina luz amarillenta de una bombilla solitaria cubierta de telarañas, con los otros chicos, entre la cacofonía de los chorros de agua, los gritos crueles, el

restallido de las toallas. No, su palangana y su espejo siempre le han bastado. Encendiendo el farol, se sienta en el catre, se lava la cara y se hace la raya del pelo.

Sigue presentando un estado lamentable: cortes, magulladuras, ojeras bajo unos ojos inyectados en sangre. Esta mañana no se ocupará de la hoguera. Con un pulverizador lleno de agua con vinagre, humedece el uniforme, se viste y sale de la tienda. Ya se oyen los chotacabras, los petirrojos y los zorzales maculados. Las estrellas, docenas de ellas, se pierden en el cielo que palidece.

Presionando con las manos en el metal, Nelson repara algunas abolladuras, pero la corneta está echada a perder, no tiene arreglo. Ni toda la paciencia del mundo lograría borrar los rasguños y los arañazos que ahora la adornan; es como si el instrumento hubiera pasado una guerra mucho peor que la primera. Nelson se dirige hacia la explanada con paso firme.

Las nubes bajas prácticamente se confunden con la niebla, y aunque es temprano, el día promete lluvia. Nelson está agradecido: podrá regresar a su tienda entre los talleres de insignia al mérito y reuniones, y tal vez hasta echar una cabezadita furtiva sin que nadie se dé cuenta. Nunca ha dormido la siesta en un campamento, no como algunos de los chicos mayores, que prácticamente se pasan la semana entera durmiendo, pero ahora se muere de ganas.

A medio camino de la explanada, Nelson enfila un desvío hacia el lago Bass. Metida en el bolsillo, una cajita con lavavajillas. En la orilla, se desata las botas, cuelga los calcetines de la rama de un aliso y se interna en las sombras.

Nota el fondo pedregoso del lago en los dedos de los pies, el agua fría de la mañana. No ve casi nada, pero siente el cosquilleo de los pececitos que nadan veloces alrededor de sus tobillos, y en un instante de dolor casi cómico en su intensidad, el pellizco de un cangrejo de río en el dedo gordo del pie. Arrodillándose en el agua, tira del cangrejo y, sujetándolo, lo saca del agua y examina su rojiza armadura y sus furiosas pinzas, sus antenas inquisitivas.

En una ocasión, sus compañeros de tropa y él pescaron cientos de cangrejos, pusieron los crustáceos a hervir y, bien cocidos, los desparramaron sobre una mesa de pícnic y estallaron en rugidos de júbilo antes de reventar

los caparazones para chupar la carne del tórax y las diminutas pinzas. Ahora, el recuerdo se le antoja imposible. Lanza el cangrejo al lago, lejos, y luego echa un poco de jabón en la corneta y empieza a lavar el pis que mancilla su amada reliquia.

Se pone los calcetines con los pies todavía húmedos, se ata las botas y emprende la marcha final hasta la explanada. De pie junto al asta desnuda, Nelson se lleva la corneta a los labios agrietados, nota el sabor del lavavajillas azul de su madre y sopla.

La melodía que escapa renqueante de la corneta es lamentable, tan maltrecha como el instrumento mismo. Nelson pierde fuelle, espera a que pasen diez minutos y vuelve a soplar. Ahora ya han empezado a congregarse todos: los *scouts*, en la explanada, y los monitores, bajo el manto del inmenso arce; los pájaros empiezan a cantar con más brío mientras el cielo se oscurece y el retumbar de un trueno recorre el bosque.

Después del apagado toque de diana final, Nelson abandona el puesto que le correspondía y se incorpora a la hilera de monitores. Advierte un runrún taimado en los *scouts* que tiene ante sí, y casi los disculpa. Es el hazmerreír, tiene los brazos y la cara llenos de rasguños y, más que a una incitación a la batalla, el sonido de la corneta recuerda al grito de un ave acuática herida. Agacha la cabeza mientras el portaestandarte iza la bandera; todos saben que tendrá que correr a bajarla en cualquier momento, en cuanto llegue la lluvia. Durante unos instantes, con el mundo convertido en manchurrón borroso, se alegra de no ver nada.

Si Wilbur ha reparado en el toque de diana desafinado, no lo deja entrever.

—Se acerca el mal tiempo, chicos, una auténtica borrasca. Recordad las directrices de meteorología y seguridad. Hoy no saldremos al aire libre, nos apañaremos como podamos. Os recuerdo que será una buena oportunidad para que escribáis a vuestra madre y para leer vuestro manual. Una cabeza despierta es tan importante como un cuerpo en forma.

»Ahora, por favor, preparad los cabos y haced un as de guía. La mente de Nelson empieza a enfocar, cristaliza: *Tenemos un lago y un árbol, una serpiente sale del lago, rodea el árbol y se mete en el lago.*

Uno a uno, cientos de cabos asoman en el aire en forma de nudo, y Wilbur inspecciona el trabajo de los muchachos.

—Muy bien —dice Wilbur con un cabeceo de asentimiento—. Bien, pues... rompan filas.

Procurando camuflarse entre un grupo de monitores más altos que él, Nelson se pierde entre la muchedumbre. En el comedor, ocupa el sitio que le corresponde, en un extremo de la mesa, y nota la cara roja de vergüenza. En esos instantes se siente tremendamente solo, tremendamente listo para volver a casa.

Su padre se sienta a su lado sin darle una triste palmada en la espalda, sin acariciarle el hombro, nada. Nelson lo mira de reojo. *Ni siquiera se da cuenta de que ya no llevo gafas.* Su padre parece descansado, casi contento. Nada que ver con la cara que siempre tiene en casa, ojerosa y enfadada.

—Buenos días, papá —le dice.

—Buenos días, Nelson —responde Clete dando un sorbo al café.

¿Te lo estás pasando bien?, quiere preguntarle Nelson. Espera que sí. Le gustaría imaginar un fin de semana idílico en el que su padre y él pudieran salir a acampar juntos, los dos solos, sin los problemas que su padre se trae de la oficina, sin sus botellas de brandy ni el graznido del televisor. Los dos solos, nada más, explorando los rincones perdidos de un parque natural o remando en canoa por el Red Cedar. Se pregunta si alguna vez esta fantasía pudo haberse hecho realidad, o si podría hacerse realidad algún día. ¿O tal vez la excursión sería una escapada llena de frustración y rabia, todo el rato en la canoa sin cruzar palabra, destilando rencor?

Nelson mira a los demás chicos que ocupan la mesa. Aunque no lleva las gafas, algunos le parecen agotados, con la frente adornada de picaduras de mosquito y los antebrazos maltrechos, con unos cortes y unas magulladuras como las suyas. «Los vándalos», piensa. Los chicos lo ignoran, esperan inquietos la oración de la mañana rascándose el pelo grasiento con uñas sucias. «Bárbaros», piensa.

Desayunan tortitas, salchichas y rodajas de naranja. Nelson desfallece de hambre, y cuando le llega la bandeja, se sirve con gula y come deprisa y con voracidad, agradece esa boca llena que le ahorra tener que trabar conversación con su padre. No es que en casa hablen mucho, la verdad.

Aunque Nelson sabe que, en algún lugar, existen padres e hijos que hablan, que se sientan juntos a ver algún partido, a lanzar alguna pelota de béisbol en el jardín, que limpian las hojas caídas en equipo. Solo que esta no es su experiencia, no es su vida. En casa, una noche normal es aquella en la que su padre llega tarde y se refugia en la butaca a leer el periódico antes de que su madre entre en el salón con una mesita auxiliar sobre la que reposa un bistec suizo o una pechuga a la Kiev y un Old-Fashioned de brandy. Algunas veces, Nelson se arrodilla para desatarle los cordones de los zapatos y descalzarlo; otras, se limita a permanecer en silencio en la misma estancia, esperando a que su padre se interese por cómo le ha ido el día en el colegio, pero esas preguntas casi nunca llegan, y su padre casi siempre se queda dormido allí mismo, con la boca abierta, la copa vacía y el periódico pulcramente doblado en cuatro, al lado de la butaca.

Cuando, concluido el desayuno, los *scouts* ya pueden retirarse, Nelson sale del comedor a toda prisa hacia el aire cargado de humedad. Ahora el trueno resuena grave y estruendoso sobre el campamento y no se ve ni un solo pájaro; ni la menor brisa altera las hojas de los árboles. Camina deprisa de vuelta al campamento y entra en la tienda justo cuando los primeros goterones de lluvia, morosos, baten contra el techo de lona como dedos que dieran golpecitos a la tela.

Nelson se mete en la cama muy despacio, se echa una manta blanca encima y, mordiendo un par de calcetines enrollados, rompe a llorar hasta quedarse dormido.

6

—¡Eh, Corneta! Despierta. Despierta, Corneta.

Las palabras son como una cuerda, tiran de él y lo sacan de las profundas aguas del sueño, aunque lo hacen despacio, pues Nelson es un ancla pesada en el lecho de un lago del norte, frío y negro.

—Despierta, Corneta. Te has saltado el almuerzo.

Ahora Nelson emerge del sueño de sopetón, como si rompiera una capa de hielo para salir a tomar bocanadas de aire frío. Sentado bien derecho, alarga el brazo instintivamente hacia un lado del catre para coger las gafas, pero no da con nada; durante unos instantes siente pánico, luego lo recuerda: ya no las tiene. —No, Nelson —dice Jonathan Quick—, están aquí. Aquí mismo, en mi mano. Aquí las tienes.

Tendiendo la mano, Nelson nota la forma de la montura, se las coloca en las orejas, las apoya en la nariz, un poco torcidas, tal vez, pero aun así... está agradecido. Uno de los cristales tiene una rajadura, pero al menos puede ver.

—¿Dónde las has encontrado? —pregunta.

—En el bosque. De pura casualidad —dice Jonathan mirándose las botas—. Oye, siento lo del cristal, puede que haya sido culpa mía. Pero bueno, las gafas las encontré así. Oí un chasquido, miré hacia abajo, hacia la bota, y... allí estaban. —Pasea la vista por la tienda—. Mira, te he traído una cosa. —Le entrega a Nelson lo que parece un sándwich de pan de molde con mantequilla de cacahuete—. No has comido nada desde el desayuno. Nelson saca las piernas del catre y se sienta, se coloca las gafas en la frente y se frota el ojo con la mano que le queda libre. Mastica el sándwich con aire suspicaz, evita mirar a Quick.

—¿Las encontraste en el bosque? —pregunta.

—Claro, bueno, había salido a orientarme con la brújula y entonces, bueno, como te decía, lo siento, Corneta, pero oí un chasquido, y allí estaban. Pensé que serían tuyas, porque como esta mañana, en el toque de diana, no las llevabas...

—Así que con todo este bosque interminable, resulta que vas y pisas mis gafas. —Mastica despacio, sin leche fría que lo ayude a bajar el sándwich; tiene la boca sequísima.

La lluvia sigue martilleando la lona mientras el agua baja resbalando por el poste central de la tienda hasta el suelo. Será una noche húmeda, Nelson lo sabe. El buen humor de Jonathan Quick se ha esfumado.

—Eso mismo —dice Jonathan—. Pensé que me lo agradecerías.

—Alguien... Anoche... anoche alguien me destrozó la corneta. Se meó dentro. La dobló y la deformó.

Jonathan trata de no sonreír, de no reír, se lleva la mano a la boca.

—No tiene gracia.

—Va, Nelson, un poco gracioso sí es.

—Esta no es una corneta común y corriente, Jonathan. Era de mi abuelo. Es antigua, de la primera guerra mundial. Y esos... esos hijos de puta... ¡Se mearon encima! ¡Iros al cuerno, todos! —Cuidado, Corneta, que soy el mejor amigo que tienes.

—Y mira de lo que me sirve. Nadie habla conmigo si no es para burlarse de mí. Nadie come conmigo. Y ahora tengo la corneta destrozada. En realidad, creo que tú saliste anoche. Con ellos. Tal vez te measte en la corneta con todos los demás, ¿no? —Venga ya, Nelson. Solo habíamos salido... Mira, estábamos fumando, ¿sí? Y los asustaste. Eso es todo. Yo no sabía que iban a estropear la corneta. Con que... mira, te pido perdón, de verdad, Dios...

—¿Tú también fumas?

Jonathan se pasa una mano musculosa por la tupida mata de pelo castaño. Asiente en silencio.

—Puede que algunos de los mayores se trajeran algo más entre manos, pero, fueran donde fuesen, a mí no me invitaron. Creo que los interrumpiste.

—¿Y por qué no me dijiste nada?

—No sabía que eras tú.

—Anda ya, Jonathan, menuda trola de mierda. Los otros chicos lo supieron enseguida, joder. —Nelson no acostumbra a decir tacos, pero acaba de soltar dos ante Jonathan, y advierte la fuerza de ese idioma prohibido. Ve cómo coge al chico mayor por sorpresa, cómo le hace abrir bien los ojos y

enderezarse al instante. Nelson se siente mayor en el acto, más sabio, hasta más curtido y todo. Le gusta decir tacos, le gusta esa expresión, «trola de mierda». Es buena.

Jonathan agacha la cabeza y se examina el dorso de las manos. —Lo siento, Nelson. Te he defraudado.

Nelson ya ni se acuerda de la última vez que alguien le pidió perdón. Y, además, se da cuenta de que Jonathan tiene razón: ahora mismo, es el mejor amigo que tiene.

—No pasa nada, Jonathan. Gracias por encontrar mis gafas. Jonathan alza la vista hacia él.

—¿Todavía ves con estas gafas? Están hechas polvo.

—Esto es mejor que quedarse ciego, seguro. Anoche estuve andando por el bosque... no sé... horas, tratando de dar con el campamento. No veía ni torta.

Jonathan se revuelve incómodo, carraspea, parece a punto de marcharse. Pero ahora Nelson se muere de ganas de que se quede, de que se quede este joven al que tanto admira y que, inexplicablemente, lo trata con cierta amabilidad.

—Tengo chocolate —suelta—, y *pretzels* salados. Podríamos jugar a *cribbage*, o... me he traído unos cromos de béisbol, por si alguien quería hacer intercambio. Podrías echarles un vistazo; hasta podría regalarte uno o dos y todo.

Medio encorvado, el chico mayor aparta los faldones de la tienda, mira afuera, hacia el mundo verde y mojado, empapado bajo un diluvio que no da señales de amainar. Nada se mueve, solo las hojas tiemblan con el repiqueteo de esa descarga de lluvia vespertina. Vuelve a entrar en la tienda.

—Claro —contesta Jonathan—, tenemos tiempo.

Se sientan uno en cada extremo del catre de Nelson; los separa el tablero de *cribbage*, una tableta de chocolate Hershey's y unos *pretzels* salados dispuestos con orgullo sobre una pañoleta. El farol lo baña todo de una luz cálida y alegre, y al cabo de poco los chicos ya se pasan una cantimplora. Juegan tres partidas de *cribbage* —Jonathan gana dos— y entonces Nelson

saca una pila de medio palmo de cromos de béisbol que sujeta con una goma elástica y que guarda en la misma caja que contiene sus tentempiés.

—¿Coleccionas cromos? —le pregunta a Jonathan.

—Un poco —responde el chico mayor—. Coleccionaba más cuando era pequeño, ¿sabes? —La diferencia de edad de los dos chicos, que él acaba de subrayar, hace que se sonroje—. Ahora mismo estoy tratando de ahorrar para un coche. —Se encoge de hombros.

—Ah —responde Nelson. La idea de conducir un automóvil le queda a años luz, la incognoscible realidad de una galaxia muy remota—. ¿Y cuánto cuesta?

—Más de lo que yo tengo —dice Jonathan soltando las gomas y poniéndose a examinar los cromos—. Mi padre dice que me ayudará... pero bueno. Tendré que reunir unos doscientos, probablemente. Eh, ¿tienes algún cromo de Eddie Mathews?

—Creo que sí. Lo que de verdad quiero coleccionar son los cromos de los novatos.

—¿Por qué?

—Creo que acabarán teniendo más valor.

Jonathan sostiene en equilibrio un cuadradito de chocolate sobre un *pretzel* salado y entonces se lo mete en la boca con cara de disfrutar de cada mordisco.

—¿Más valor?

—Bueno, me refiero a que si conservas los cromos durante el tiempo suficiente, puede que acaben valiendo algo, ¿sabes? Mi abuela colecciona primeras ediciones de libros, y algunos valen docenas, puede que cientos de dólares. Tal vez más. Así que se me ocurrió que si conservo estos cromos de jugadores novatos y los cuido, puede que algún día valgan un montón de dinero, como esas primeras ediciones. Porque eso es lo que son los cromos de los novatos, en realidad: primeras ediciones.

Jonathan estudia los cromos con lo que parece un ademán ligeramente más respetuoso.

—Ya. Yo pensaba que los enganchabas a los radios de la bici o los usabas para hacer prácticas de tiro al blanco. O como marcapáginas.

—En realidad, tampoco debería atarlos con una goma —continúa Nelson—, porque la presión deja muesquitas en el canto del cartón, ¿sabes? Eso no parece importarle a nadie, pero yo me fijo. Mi abuela casi no toca sus primeras ediciones, y a veces, esto no te lo creerás, se pone guantes blancos para tocarlas.

—No me digas —dice Jonathan pasando despacio los cromos del montón antes de estudiar uno durante un buen rato—. ¿Y este Pete Rose? ¿Es bueno?

—Buena elección. —Nelson asiente en silencio—. Podría llegar a novato del año. Dicen que a principios de temporada anotó una base por bolas. ¿Te lo puedes creer? ¡Base por bolas!

—Solo tienes un cromo suyo. ¿Estás seguro?

—No pasa nada, quédatelo —dice Nelson—. Ah, gracias por encontrar mis gafas. De verdad, en serio.

Jonathan se mete el cromo de béisbol en el bolsillo de la pechera del uniforme, suelta aire despacio y se agacha dirigiéndose a los faldones de la tienda.

—Jonathan —dice Nelson.

—Sí.

—Somos amigos, ¿verdad?

—Claro, Nelson, claro que somos amigos.

Nelson mira el catre con una sonrisa y piensa: «Estoy contentísimo».

—Entonces, ¿qué hacían los tipos esos anoche, en el bosque? Jonathan lo mira con ojos serios y tristes y deja escapar un suspiro.

—No lo sé, amigo. Pero no practicaban nudos ni técnicas de primeros auxilios. —Y ahora Jonathan le da la espalda y saca la cabeza fuera, a la lluvia—. A veces —continúa en voz baja—, acabas mezclado en algo y es como meterse en un río. La corriente te lleva, y antes de que te des cuenta ya estás nadando... Se endereza del todo y ya se ha ido; los faldones ondean a su paso como cortinas de lona verde.

—Jonathan —grita Nelson sentado en su catre, sujetando dos puñados de cromos de béisbol. Pero para cuando asoma la cabeza bajo la lluvia, Jonathan está a treinta pasos, con las manos metidas en los bolsillos y la

barbilla apuntando al fango, y en sus pisadas se forman ya charquitos de agua.

Después de cenar, varios monitores interpretan una parodia de título *Buche de hierro*. Tras ellos, cuatro jefes de patrulla forman un conjunto vocal y se entregan a los gorgoritos durante casi media hora; más tarde disponen una radio en medio del comedor, y no hay niño ni padre que no se incline hacia el aparato —un partido vespertino que se juega muy al oeste, en San Francisco— para pillar a Warren Spahn lanzando contra Juan Marichal. El manto de la noche empieza a cubrir el bosque, aunque una lluvia constante sigue batiendo contra el inclinadísimo tejado del comedor. Hasta los *scouts*, deschavetados como están después de pasar el día entero encerrados, parecen poco dispuestos a dejar sus tazas de chocolate caliente, de té con azúcar o de café con leche. Se enciende la imponente chimenea de piedra y la luz de la alargada estancia vira a un anaranjado color calabaza mientras sombras oscuras invaden los rincones. Ahora, mientras los cocineros hacen circular cestas de galletas aún calientes —el aire huele a chocolate y a mantequilla de cacahuete y a masa dulzona—, y cuando la noche se ha asentado del todo en el campamento, el señor Blanton, el jefe de patrulla de Nelson, se dirige hacia las dos puertas del comedor, exageradamente grandes, sale fuera, saca una mano del bolsillo calentito y seco, la extiende más allá del amparo del alero y luego vuelve a la mesa de la tropa.

—Vamos, chicos —declara—. No creo que vayamos a deshacernos.

La lluvia de la tarde y el anochecer, constante, violenta por momentos, se ha visto remplazada por una niebla oscura, de las que calan, que parece haber bajado de un banco de nubes encaramado justo encima de las copas de los árboles. El aire mojado le sienta bien a los pulmones de Nelson, que camina con la tropa; los chicos repasan el partido de béisbol y la actuación de los dos grandes lanzadores. Las ranas saltan delante de los muchachos en la carretera asfaltada que serpentea por el campamento, mientras el vapor escapa del pavimento y se eleva para reunirse con las nubes.

De repente, Nelson tiene a su padre al lado.

—Has encontrado tus gafas.

¡Se había dado cuenta!

—Ah, sí... se me habían caído debajo de la litera. Esta mañana no había manera de encontrarlas.

—¿Están rotas, Nelson?

El chico se revuelve nervioso, se quita las gafas y se frota el puente de la nariz.

—Sí. Lo siento, papá. Las pisé esta tarde, en mi tienda, mientras las buscaba. Fue sin querer.

—Tienes que ser más cuidadoso con las gafas, Nelson. ¿Cuántas veces hemos tenido que arreglarlas?

—Tres... no. Esta será la cuarta, supongo.

—Carajo.

—Lo siento. —Nelson se encoge ligeramente y, sin dejar de caminar, se separa un poco de su padre, preparado para el golpe que llegará, incluso aquí, incluso en el campamento.

Ahora su padre lo mira en la oscuridad con una preocupación que Nelson pocas veces le ha visto.

—Tienes que cuidar tus gafas, Nelson —insiste su padre—. ¿Entendido? ¿Y si tu madre y yo no pudiéramos permitirnos el arreglo, eh? ¿Entonces, qué? ¿Qué harías tú? ¿Cómo sobrevivirías? ¿Lo entiendes?

—Sí, papá —responde Nelson. *Aunque, ¿por qué iba a faltarles a sus padres el dinero para arreglarle las gafas? Eso es absurdo...*

Su padre tararea descontento, es una nota grave y profunda. —Bueno, todo en orden, que duermas bien, Nelson. Descansa bien para mañana. Hoy has tocado... Vaya, que es como si también hubieras pisado la corneta...

Y, así, sin añadir nada más, el padre de Nelson se aleja hacia la noche incognoscible.

De vuelta al campamento, se levanta cierto revuelo cuando un *scout* de los pequeños se encuentra con un puercoespín en la letrina, pero la asustada criatura regresa con andares pesados al helechal y no vuelve a saberse de ella. Nelson enciende la hoguera de la noche, amontona yesca y troncos al lado del círculo de piedra, y después se interna en las sombras más cercanas y presta

atención a los otros *scouts*, que hablan del partido de béisbol que han estado escuchando.

El señor Blanton y varios padres ríen juntos, todos de pie, y una petaca plateada que pasa de mano en mano lanza destellos a la luz de la fogata mientras la vacían echando un chorrito o dos en las tazas de café. El padre de Nelson se ha colocado a un lado, habla en voz baja con otro padre que mira fijamente la hoguera y asiente en silencio de vez en cuando. Las gafas de Clete brillan a la luz como espejos, y sus manos se mueven con un frenesí que lo único que hace es empujar al otro hombre más lejos, hacia la hoguera. Nelson se pregunta si no estará hablando de trabajo, de sus seguros, probando, tal vez, a venderle algo al tipo. Lo que le faltaba a Nelson: no solo no hay nadie que quiera ser su amigo, sino que tiene un padre que se ha pasado los días de campamento tratando de vender pólizas de seguro a otros padres que lo único que quieren es pasarlo bien. El chico meneaba la cabeza y se retira a la tienda. Lo que está es... cansadísimo. Nelson se desviste sin encender el farol. La humedad de la tienda le da escalofríos. La temperatura ha bajado, y un viento suave alborota los bajos de lona y empuja contra la tienda los goterones de lluvia que resbalan por las hojas de los árboles. Se mete en su grueso saco de dormir de plumas, feliz, como siempre, de estar solo cuando nadie esperaría otra cosa de él. Se acurruca formando una bolita y se frota los brazos con manos húmedas. Al poco, ya duerme.

Lo despierta el murmullo de risas y la tienda que se desploma mojada a su alrededor: el poste le golpea la frente, la lona húmeda abofetea el saco de dormir seco, y después, un hecho aún más preocupante, el farol que se vuelca, el peligroso olor de queroseno, la terrorífica idea de un nuevo robo de la corneta, de los cromos de béisbol repentinamente empapados de lluvia y barro. Entonces, tan deprisa como han llegado, las risas se apagan, y Nelson se sienta en el catre alargando los brazos para sacarse de encima la lona mojada, tratando de encontrar el farol con los pies y después buscando las cerillas, confiando en no prenderse fuego.

El farol sisea poniendo al descubierto sus posesiones, que parecen, en su mayoría, intactas y secas. Solo el saco de dormir está empapado. Vistiéndose a toda prisa, Nelson logra resucitar la tienda, y después, inmóvil en el húmedo frío de la medianoche, levanta la cabeza hacia los cielos. Ni una sola estrella, ni siquiera la linterna de la luna que alumbra entre el pelo ralo y gris de una nube.

Ahora a Nelson no le apetece dormir solo. Conque echa a andar por el campamento —está en silencio, del todo, ni siquiera se oye un ronquido— y llega a la tienda de su padre. Se detiene; anunciarse a la entrada de una tienda siempre cuesta muchísimo: no hay puerta a la que llamar ni pomo ni timbre. Tan solo la derecha línea de una cremallera vertical. Carraspea con fuerza. Nada.

Se acerca a la lona y con voz cortés y ronca dice: —¿Papá? ¿Papá? Soy yo.

Entonces, el inconfundible ruido que hace su padre al resoplar, el catre protestando bajo el cuerpo en movimiento, el frufrú del saco de dormir.

—¿Papá?

—¿Nelson? ¿Estás bien, chico?

—¿Puedo entrar?

Se abre una cremallera.

—Deprisa —dice su padre.

Nelson se agacha y entra, cierra la cremallera, a salvo, y deja la noche afuera. *Nadie va a derribar esta tienda*, piensa sintiéndose más seguro al instante.

La tienda es muy parecida a la suya: está immaculada, pero flota en ella un olor a lona en el que se aprecian leves rastros de tabaco y loción de afeitar. Los efectos de su padre están todos en orden: los artículos de afeitado, la ropa, las botas, un ejemplar de la revista *Life*, sus manuales de técnicas de venta. Nelson dispone su saco de dormir al lado del de su padre, en el catre y, metiéndose dentro, bien abrigado, trata de conciliar el sueño, pero el sueño no llega.

—¿Papá? —susurra por fin—. ¿Estás despierto todavía?

—Duérmete, Nelson. Por el amor de Dios.

Nelson está decidido a continuar.

—ECHO de menos a mamá.

Oye a su padre volverse a mirarlo.

—¿Tú también la echas de menos? —pregunta Nelson.

—Claro que sí. Ahora duérmete.

—Papá, ¿por qué estás tan...? ¿Va todo bien en el trabajo?

Su padre se queda callado.

—¿Papá?

—Te he dicho que te duermas.

—Es que... Mamá llora todo el rato.

Oye que su padre suspira, le huele el aliento. Entonces nota la mano, esa mano gruesa y pesada, en la cabeza, acariciándole el pelo. Nelson espera a que su padre diga algo, *lo que sea*, pero no dice nada. Se limita a tocarle las orejas, las mejillas, la nariz, los labios. Como si fuera ciego y Nelson, un desconocido, una cara nueva que memorizar.

—¿Papá?

La mano de su padre se retira y se oye el ruido que hace su hombro al volverse.

—Duérmete, hijo.

Nelson cierra los ojos.

Poco después de quedarse dormido, el chico tal vez sueña, o imagina, quién sabe, que nota una mano cálida apoyada en la cabeza, en los hombros, y que oye el sollozo apagado de un adulto llorando en voz baja.

8

Nada con más brío. Cuando recuerda las bayonetas. En sus peores pesadillas, siente el mango del arma, hunde la hoja en un cuerpo tras otro; en una ocasión, la punta se le rompe entre las costillas de un chico de ojos castaños. Las ametralladoras resuenan como los tambores del infierno, y el sonido húmedo de las balas desgarrando a los muchachos a sus espaldas es algo que no podrá olvidar jamás, como metralla psicológica alojada en su memoria.

El combate es desigual: morteros de trinchera y ametralladoras contra bayonetas y fuego de rifle esporádico y poco diestro. En un momento dado, Wilbur cae sobre un lecho de trigo francés y ve a sus hombres, a sus *chicos*, pasar corriendo entre alaridos, piernas por los aires, ojos desorbitados. El mundo, todo estruendo; el aire, lleno de plomo ardiente y sangre y fuego. Y entre medias, los alaridos atemorizados de los soldados moribundos, apenas unos niños, esos chicos.

Nada con más fuerza, más deprisa, abriéndose paso por la fría agua del lago.

¿Cuánto tiempo pasó echado en el suelo oyendo a sus hombres morir a su alrededor? Lo bastante como para que el día se tornara noche. Lo bastante como para que una bengala le cayera a menos de un metro y medio y el trigo se pusiera a arder: esa luz entre rosada y rojiza, como el ojo de un dragón, y el olor a azufre. Y después, un siglo de sed mientras el humo se cernía sobre él, flotando, y el ruido de los moribundos también, sus heridas abiertas, chamuscadas, goteando sobre el suelo. ¿Cuántos habrían tratado de sacar hojas de papel arrugadas y lápices romos para garabatear unas últimas palabras a madres, padres, hermanas o hermanos? Sin estrellas para alumbrarles el camino a otro mundo. Sin una luna de curtido rostro que escrutar. Sin aves nocturnas ni murciélagos ni bestias de la noche. Tan solo toses desordenadas y llantos llenos de vergüenza, nada más. Aquí y allá, disparos casi desganados, y después, silencio.

Wilbur se hacía el muerto. Dejó que docenas, cientos de hombres, tal vez, corrieran dejándolo atrás en el campo de batalla. Oyó a los camilleros acercarse con sus cruces rojas y sus banderas blancas. Ellos también murieron, todos. Al cabo de tres días —más, tal vez—, delirando de hambre y de sed, lo descubren unos soldados; es un héroe, declaran, un superviviente de extraordinario valor. Todos los integrantes de su unidad han muerto avanzando a la carrera, parece, mientras que él ha sobrevivido tumbado de espaldas.

De vuelta a casa, en Durand, Wisconsin, lo nombran maestro de ceremonias de un desfile que discurre por el centro de la ciudad. Las muchachas le arrojan flores y le envían besos. Los niños le suplican un autógrafo. Los agentes de policía le dan palmaditas en la espalda. Hasta un sastre le regala un traje nuevo. Durante dos años, antes de marcharse de Durand, no lo dejarán salir de un solo bar sin estar borracho como una cuba, y tampoco podrá pedir una cerveza sin que lo inviten.

Encuentra trabajo en el campamento Chippewa, un lugar tranquilo. Un lugar donde su pasado militar es un punto a favor, aunque los muchachos a los que sirve no puedan hacerse una idea de a qué le debe su fama.

Todos los otoños, cuando los *scouts* se van, coge la camioneta del campamento, una International azul marino, y sube a Hurley, donde se acuesta con mujeres de pago. Tanto da que sean jóvenes o viejas, o especialmente guapas. Lo que más le importa es que le dejen descansar la cabeza sobre los pechos, el vientre o el regazo, aunque sea diez minutos. A veces le acarician la cabeza o le cantan.

Va dando tumbos de bar en bar bebiendo whisky con cerveza, dejando que los mineros del lugar la emprendan contra él a puñetazos. Muchos también fueron a la guerra. Muchos perdieron a hermanos, tíos y primos en la guerra. Ninguno, supone Wilbur, habrá recorrido las calles principales de su pueblo en una carroza.

Transcurridas dos semanas, coge el coche hasta los montes Porcupine, en el norte de Michigan, y vaga por esos bosques vírgenes de tsugas, bebe agua de arroyos, asusta a los osos negros. Durante los primeros cinco años,

escoge un altísimo acantilado sobre un río serpenteante que desemboca en un lago largo y estrecho. Más allá del lago se extienden cientos de kilómetros de bosque primario. A espaldas de Wilbur, el lago Superior. En ese acantilado, se mete una pistola en la boca y rodea el gatillo con el dedo. Cierra los ojos. Pero no es capaz de apretarlo, de apretar esa afilada coma de metal.

En una de esas ocasiones, abrió los ojos, y allí mismo, delante, parado, vio un halcón con el conejo que acababa de cazar entre las garras.

Ese año fue el último que intentó suicidarse. El primero en que se resignó a llevar una vida decente, una vida libre de vicio, de disipación y de violencia.

Justo después de que amanezca, Nelson se queda un rato en la base de piedra del asta. Salvo la driza y el acollador, que repiquetean contra el poste metálico, todo está en silencio, hasta el campamento de los monitores. Nelson sujeta la corneta, todavía abollada. Hace lo posible por eliminar los hoyos del metal, pero tiene los dedos pequeños y sudados y le resbalan por la caña del instrumento. Buena parte del orgullo que sentía al ser el corneta del campamento ha desaparecido, y ahora sujetar la corneta de su abuelo se le antoja una payasada. Las insignias de la faja, el uniforme, todo... su actuación en la farsa ha sido entregadísima, y resulta que ahora alguien baja el telón: ahí está él, solo. ¿Para qué?

—¿Puedo sentarme contigo un rato? —le pregunta Wilbur, que se encuentra a diez pasos pero va acercándose.

Nelson levanta la vista. Su sonrisa de agradecimiento, de entusiasmo desmedido, amenaza con resquebrajarle la cara. Trata de mantener los labios bajo control, de impedir que, de alivio, si no de pura felicidad, las comisuras echen a correr hacia las orejas. —Por favor —responde, señalando un sitio que queda justo a su lado, en la base de piedra.

Wilbur se sienta con la gracia y el desparpajo de un niño de doce años. Tiene las piernas musculosas, la piel bronceada y el fino pelo de las espinillas blanco y sedoso. Huele a jabón de brea y a otra cosa que Nelson no logra identificar, pero que parece desprenderse de las puntas del bigote: alguna cera, tal vez, que Wilbur sigue tocando mientras ahora se retuerce los bigotes contemplando la explanada entre la niebla que empieza a levantar. —¿Cómo va la semana, hijo? —pregunta Wilbur—. Ayer no se me escapó que el toque de queda se te resistía un pelín.

Con Wilbur, no hay niño que no quiera causar la mejor impresión. Se tiene la sensación de que no se tolerará ni lloriqueos ni ningún tipo de queja. Eso se debe, en parte, a que Wilbur ve el movimiento Scout como algo fundamental para el crecimiento de los jóvenes. Y, por consiguiente, ¿cómo

va a permitir que interfiera negatividad alguna? *¿Una semana en un campamento Scout del norte de Wisconsin? ¿Qué iba a ser más beneficioso, más terapéutico, para el alma de un niño?* Así las cosas, Nelson no espera mucha comprensión por parte de Wilbur. A fin de cuentas, se trata de un hombre que sirvió en la primera guerra mundial, y aunque raras veces habla de su experiencia, se intuye que tuvo que aguantar algo más duro que las vejaciones de Nelson a manos de sus compañeros de campamento.

—Mi corneta... —empieza Nelson—. Me la... bueno, se estropeó, señor.

Wilbur sujeta el instrumento y le da la vuelta, como si, con esas volutas de metal, fuera una adornadísima concha marina de otro planeta.

—Esta corneta ha pasado lo suyo —dice Wilbur.

—Sí, señor. Como le conté, era de mi abuelo. Estuvo en la primera guerra mundial. —No menciona el saqueo al alemán muerto.

—Ah. —Wilbur hace girar la corneta despacio entre sus manos bronceadas y llenas de venas; no lleva reloj de pulsera ni anillo de casado ni de graduación. Uñas perfectamente cortadas; cutículas a raya.

—Señor —dice Nelson—, le... le agradezco lo que me dijo a principios de semana en el comedor a propósito del liderazgo y todo...

—Nelson —responde Wilbur sin esperar a que el chico haya terminado—, el cuerpo me ha servido bien, casi nunca me ha fallado. Y eso se debe a que lo he entrenado para que sea fuerte. Para que no ceda bajo la gravedad o bajo las frecuentes quejas como el de tantos hombres de mi edad o incluso más jóvenes. »Cada mañana me levanto temprano y cruzo el lago a nado. Cuando empecé a nadar, hace mucho tiempo, apenas si alcanzaba a recorrer cien metros sin ahogarme. A los cincuenta años, ya podía cruzar el lago cinco veces, ida y vuelta, como si nada.

»Cada día hago doscientas flexiones y trescientos abdominales. Diez años atrás, hacía el doble. Me avergüenza decir que tal vez esté aflojando un poco.

»Hijo, me doy cuenta de cuándo está al caer un motín, de cuándo estoy perdiendo a mis hombres por alguna rebelión perversa. Lo noto: hay algo en su cara. Cuando me miran a los ojos no lo hacen como siempre. Se está cociendo algo, pero no logro descubrir qué. A simple vista, todo está en

orden. El campamento sigue marchando como un barco a buen ritmo. Y sin embargo... —Menea la cabeza—. Me gustaría cortar el asunto de raíz, pero, por lo visto, no puedo.

—¿Y usted cree que yo podría? —pregunta Nelson—. ¿Podría ayudar a cortarlo de raíz?

—Hijo, si me ayudas a identificar esta amenaza, me encargaré de que el año que viene te nombren monitor del campamento. Y también supervisaré yo mismo la cabaña que te asignen. Podrás escoger a otro monitor para que comparta cabaña contigo o, si lo prefieres, podrás dormir solo. Voy a ser franco, Nelson: tú no vas a quedarte en *scout* con rango de Águila; puede que llegues a Harvard o a Yale, quién sabe, puede que hasta al Congreso de Estados Unidos y todo. He conocido a esta clase de hombre, hijo, y creo que eres de su especie, de su calibre. Lo veo en ti. En el peso que cargas. ¿Crees que no me doy cuenta de cómo se meten contigo los otros? Te lo dije en el comedor, y no lo olvides: se meten contigo porque los asustas.

»Pues bien, les daremos algo que los asuste. Ya verás.

—Sí, señor —dice Nelson asintiendo en silencio.

—Y Nelson —añade Wilbur—, espero que esto te ayude en vez de confundirte todavía más, pero esta no es una auténtica corneta militar.

Nelson se vuelve hacia Wilbur y clava la mirada en los ojos tristes y pensativos del hombre.

—Tendría algún tipo de insignia —continúa Wilbur sujetando el instrumento para que Nelson lo vea—, una insignia del ejército, muy probablemente, justo aquí.

—Bueno, señor, para serle sincero, lo que me contaron es que mi abuelo se la cogió a un alemán muerto. Así que no es que yo crea que la corneta es americana. Es lo que me contaron. Señor. Wilbur asiente en silencio mientras examina la corneta.

—Entonces cabría esperar la presencia de una marca alemana grabada en algún lugar de la corneta, ¿sabes? La marca de algún fabricante cabeza cuadrada, una adusta superáguila bicéfala o algo así, pero eso tampoco lo veo. Hijo, para ponértelo más fácil, puede que esto no sea más que una buena corneta de Sears and Roebuck. Salida de algún catálogo o del carro de un buhonero.

—¿No era de mi abuelo, entonces?

—Bueno, no estoy diciendo eso, exactamente —responde Wilbur—. No, no, no. Lo que te digo es que, muy probablemente, esta corneta en particular no vio batalla alguna en la primera guerra mundial. Supongo que tu abuelo se la compró a tu padre hace mucho tiempo y se inventó la historia para que tu padre la cuidara. Y funcionó, ¿ves? La corneta auténtica, de existir, estaría en algún lugar mucho más seguro que este campamento. —Oh —exclama Nelson, apenado—. Supongo que eso es bueno. —*Debió de empeñar la auténtica*, piensa el muchacho.

Wilbur le devuelve el instrumento.

—No desfallezcas, chico.

La manita del anciano se encuentra con el hombro de Nelson y le da un apretón firme; los ojos le brillan como estrellas.

—¿Te gustaría que te prestara una corneta menos estropeada, hijo?

El chico asiente en silencio, agradecido.

—Ven a mi cabaña. Todavía queda tiempo para el toque de diana. Te daré una.

—Gracias, señor.

10

Después del desayuno, mientras los muchachos marchan de regreso al campamento, Jonathan Quick se acerca a Nelson.

—Eh, Corneta, más vale que te prepares, amigo. La Tropa Dieciséis nos ha retado a un asalto a la bandera. Justo después de comer. Será una buena partida... Te necesitaremos, amigo. Habrá que arrimar el hombro. ¿Puedo contar contigo?

Por lo general, Nelson odia los juegos del campamento. Fútbol, el juego del látigo, béisbol, baloncesto, waterpolo. En casi todos los casos, con su constitución menuda, su mala coordinación óculomanual y su falta de destreza atlética, va vendido y se convierte en un estorbo para la tropa. Un blanco para el equipo rival. Se ve como un impala cojo en las llanuras del Serengueti. El asalto a la bandera, sin embargo, siempre le ha encantado. De todos los juegos del campamento en los que su tropa participa, este es su preferido, sin duda.

—Pues claro —dice Nelson—. Por supuesto.

En el asalto a la bandera, se designa un campo de juego imaginario en un bosque o una pradera y se acuerdan los límites. En el caso del campamento Chippewa, lo mejor es jugar en el bosque que queda entre las aguas del lago y la carretera que serpentea por el campamento y va a dar a Birch Road. Son hectáreas y hectáreas de bosques, ciénagas, altiplanos y senderos, y, por fin, la llanura de la explanada.

Se acuerda una línea que discurre por el centro del campo de juegos y que, al igual que la de los límites exteriores del campo, es invisible. A un lado de la línea, tu territorio. Al otro, el del rival. En algún lugar de tu lado de la línea se oculta una bandera, aunque no está tan escondida como para hacerle la partida imposible al rival, eso no sería deportivo. La bandera suele estar a la vista, colgada de la rama de un árbol o atada en lo alto de un poste en mitad de un claro.

El objeto del juego consiste en cruzar a territorio enemigo, robar la bandera y regresar con ella a tu lado del campo sin que un rival te pille. Para Nelson, este último punto es crucial, pues en cuanto te identifican como el ladrón de la bandera, el bando contrario no tiene por costumbre darte un educado golpecito en el hombro para indicarte que te han pillado. No, te empujan sin piedad contra el suelo del bosque, donde acabas tragando puñados de ramitas y de hojas antes de gritar «¡Me rindo!».

La mañana de Nelson transcurre sin novedad. A casi todos los demás *scouts*, esta semana de campamento les servirá para programar talleres en los que trabajar con los monitores para ganar insignias al mérito. Pero como Nelson ya tiene tantas, le cuesta más dar con talleres que le resulten útiles. Este verano se ha apuntado a: radio, cocina, piragüismo, talla de madera y tiro al arco.

Por las mañanas, él y otros doce chicos se congregan junto al lago, alrededor de un pequeño círculo de piedras, para poner en práctica sus destrezas culinarias. A principios de semana, habían tenido que demostrar su pericia haciendo unas hogueras pequeñas que calentaran lo suficiente. Con el paso de los días, aprendieron a usar una sartén de hierro colado y una olla de hierro, y a cocinar un trozo de carne sobre una llama. Nelson ha pasado casi todo el rato aburrido, limitándose a fingir curiosidad o atención. El misterio de Wilbur no deja de rondarle por la cabeza: ¿qué podría inquietarlo tanto? ¿Quién está detrás de esas acciones que por lo visto son tan espantosas? ¿Y las travesuras de la noche del lunes? ¿Tienen algo que ver con el asunto?

—Esa tarta de melocotón tiene una pinta fabulosa, Nelson —dice su monitor de cocina—. La cocción es muy uniforme. Mirad la tarta de Nelson, aquí. Fijaos en el tostado de los bordes. Y ahora, prestad atención: pongamos que pincho el centro de la tarta con un palito limpio o con un palillo. Si el palillo sale seco, veréis que la tarta está cocida. Pero si sale con masa pegada, sabréis que hay que dejarla un poco más.

—Maldita sea, Corneta, cocinas mejor que mi madre —masculla un *scout* mayor ante otros que sueltan bufidos y risitas.

Más tarde, casi todos los muchachos se sientan a la mesa de pícnic a comer la tarta de Nelson. Unos pocos se acucillan junto a la hoguera mortecina. Nelson se arrodilla a unos pocos centímetros de las plácidas aguas del lago, donde las eneas pueblan la orilla y los guijarros se congregan como millones de preciosos huevecitos. Solo él ha pensado en llevar la cantimplora, y se la pasa a los *scouts* más jóvenes, que beben con avidez, con el agua chorreándoles cara abajo. Le apetecería un buen vaso grande de leche, pero el campamento no es el lugar indicado para esos lujos, por supuesto. Ahora mismo, hasta un sorbo del café de su padre estaría bien.

—¡Caray con tu tarta, Nelson! —lo felicita de nuevo el monitor—. Húmeda, densa, caray... me parece que no tiene ni un centímetro quemado. Cocinar en una hoguera no es fácil.

—Gracias —dice Nelson en voz baja.

—¿Querías contarles a los chicos cómo la has hecho, cómo has conseguido que te salga tan requetebién? —El monitor pone una cara seria y amable. Ya estudia en la universidad, y la malicia y la inmadurez de la secundaria le quedan tan lejos que las caras de burla y desprecio dirigidas a Nelson se le escapan. El monitor está vivamente impresionado por su habilidad en el campamento—. ¿Y qué haces ahí, por todos los santos? Acércate al fuego. Cerca del humo no hay tantos mosquitos.

—Gracias, monitor Tim, pero no quieren que me ponga a hablarles de mi tarta, hazme caso. Preferirían que lo hicieras tú. El monitor deja que pase el momento, despreocupado, y después le entrega sus platos a un novato para que los lave, antes de acercarse a Nelson e hincar una rodilla en el suelo, a su lado. Desde la orilla, pasa los dedos entre los guijarros y las piedras, como si buscara algo que se le hubiera caído, un anillo, tal vez, o una moneda valiosa. Entonces saca la mano del agua y, sin levantarse del suelo, lanza una piedra plana a la lisa superficie del lago, donde rebota: una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve veces.

—Vaya —dice Nelson—, muy bien.

—¿Cuántos años tienes? —le pregunta Tim.

—Trece, señor.

—Trece. Llegará un día en el que dirigirás el campamento, ¿lo sabes?

Como Nelson no sabe cómo responder al cumplido, clava los ojos en el suelo.

—¿Puedo preguntarte algo?

El chico asiente en silencio, nota cierta rigidez en la garganta. El monitor Tim es de belleza clásica y altura y constitución medianas, pero tiene unos ojos azulísimos, y mientras se agacha al lado de Nelson, el chico advierte en su cara algo más que amabilidad. Ahí también hay tristeza. Tim dibuja en el blando lodo de la orilla, dibuja una figura arrojando una lanza. El Corneta dibuja un búfalo algo tosco.

—Estoy trabajando con unos amigos en el antiguo anfiteatro —le dice Tim—. Ya oíste que el viejo Whiteside lo comentaba durante su charla. Sería genial que pudieras hacernos un par de esas tartas y llevárnoslas. Caray, nos servirá para montar una fiestecita de trabajo. Los chicos van trayendo cosas, tú ya me entiendes. Hasta te compraré los ingredientes y todo, y te pagaré dos dólares por las molestias.

Nelson levanta la cabeza y lo mira. *¡Dos dólares! ¿Y una invitación a una fiesta?* Se esfuerza por recobrar la compostura. —Hummm... claro — responde despacio—. *¿En el antiguo anfiteatro?* —Está bastante seguro de saber dónde es.

—Eso mismo —responde Tim poniéndose en pie y borrando el dibujo con la punta de la bota—. Te dejaré los ingredientes en la tienda esta noche con más instrucciones. —Le tiende la mano a Nelson para que se la estreche—. No me falles, ¿de acuerdo? Y después, dándole la espalda a Nelson, Tim se pone a dar palmas tan tranquilo y les dice a los demás chicos que se reúnan en la mesa de pícnic para una clase de pan casero.

A Nelson empiezan a picarle los mosquitos en los tobillos; los calcetines se le han escurrido sobre los cordones de las botas. Se los sube hasta media pierna y se pega manotazos en la piel desnuda. Con la navaja, corta varias ramas bajas de una píceca cercana y las dispone sobre la hoguera, donde tardan un buen rato en prender, pero acaban ardiendo con un ruido alegre que recuerda al de las bengalas que chisporrotean y estallan el Cuatro de Julio. El aire se va espesando cada vez más con un fragante humo gris, y los mosquitos dan tregua, al menos un rato.

Durante el almuerzo, los muchachos se entregan a una apasionada elaboración de estrategias para su inminente juego de asalto a la bandera. Pasan bandejas de fiambres, jamón y mortadela y salami y pavo, dispuestos en abanico. También pasan el queso, y más tarde hacen lo propio con la lechuga, la cebolla y los tomates. Corren las cestas de pan blanco, los tarros de mostaza y de mayonesa y, después, una enorme bandeja de *brownies*.

—¡Los gilipollas esos tienen un mapa! —Suelta Jonathan Quick.

—¡Y son mayores que nosotros! —dice Billy Bowden, un chico de unos catorce años, más menudo que Nelson pero ya muy apreciado por la facilidad con la que recicla los chistes verdes de su padre—. Y más grandes.

Aficionado a la lucha libre, Bowden tiene acné en la cara y, según dicen, el cuerpo cubierto por una tiña pertinaz. En el colegio, todos han oído la anécdota de cuando a Bowden lo empujaron y cayó de espaldas sobre la colchoneta, donde, por lo visto, docenas de granos estallaron con gran violencia empapándole el uniforme y manchando el vinilo azul.

—Bueno, no es una carrera de orientación —dice Jim Tolliver, uno de los mayores de la tropa, que el año próximo ingresará en la Universidad de Notre Dame—. Si lo fuera, usaríamos Corneta. No, esto va de estrategia. Tenemos el mismo número de *scouts*. La cuestión es, ¿dónde escondemos la bandera? ¿Quiénes de nosotros atacan? ¿Quiénes defienden? ¿O nos olvidamos del plan y vamos a divertirnos? Es decir, ¿sálvese quien pueda? Los chicos empiezan a lanzar ideas a gritos hasta que los hace callar Jonathan Quick, que con un silbido cosecha un coro de risas y aplausos del resto del comedor antes de que la tropa se cierre formando un corro.

—A ver —dice muy serio—, aquí no puede reinar la anarquía. Nunca he sido de hacer planes, pero puede que haya llegado la hora. No me gusta perder, eso os lo aseguro.

Los chicos asienten en silencio llevándose *brownies* a la boca, nerviosos y con los ojos abiertos de par en par, mientras las migas caen en la mesa.

—Necesitamos una apuesta —apunta Morris Redman—, ¿sabéis? Algo que le dé más emoción.

—La tropa que gane... —masculla Jonathan entre dientes. Tamborilea con dedos sucios sobre su barbilla grasienta. Es de todos sabido que, en el transcurso de la semana en el campamento Chippewa, la higiene personal de

hasta el más escrupuloso de los muchachos acaba empeorando. El pelo se vuelve indomable, descuidados bigotes empiezan a empolvar el labio superior de los chicos mayores, el blanco de los dientes se apaga, florecen los forúnculos, rojos y blancos, como setas asomando entre la marga—. La tropa que gane...

Los chicos, que ahora guardan silencio, examinan los cabios y los banderines de la cantina, los polvorientos animales disecados y las secas vigas de pino. Por todo el comedor, otras tropas empiezan a levantarse de la mesa para retomar las prácticas de insignias al mérito, para ir a nadar, a pescar o a leer tranquilamente cómics o historias de Mickey Spillane.

—La tropa que gane —dice Nelson con una seguridad extraña en él— recibirá veinticinco dólares a repartir entre sus chicos para gastarlos en la cantina.

Veinticinco dólares es una fortuna, claro está, sobre todo con la semana ya en su final, después de que los chicos se hayan fundido buena parte de su dinero en la cantina, en Coca-Colas, palomitas, caramelos, dulce de algodón y helados de cucurucho. Pero parece una apuesta lo bastante tentadora, una suma que solo puede alcanzarse haciendo un fondo común. Y significa que la tropa ganadora pasará lo que queda de semana viviendo a cuerpo de rey, atiborrándose de su comida favorita. Van a ser famosos.

Jonathan Quick alarga el brazo y le da a Nelson una palmadita cariñosa en el hombro.

—Me gusta —dice—. ¿Objeciones?

La tropa está callada, tiene los ojos muy abiertos, llenos de esperanza y entusiasmo.

—¿Y la que pierda? —pregunta Morris.

Los muchachos miran primero a Jonathan y después vuelven la vista despacio hacia Nelson, la oveja negra, que sacude la cabeza, totalmente desconcertado. *Si perdemos —piensa—, vendrán por mí. Por favor, Dios, déjanos ganar.*

—¿No basta con que los que pierdan apoquinen? —dice.

—No —continúa Morris—, a esos tipos los odiamos. Que paguen. El doble.

El comedor está casi vacío, de la cocina empiezan a asomar cocineros, van a pasar el trapo por las mesas, y la escoba y la fregona por el suelo. Allí solo queda la tropa de Nelson. Y la Dieciséis, claro, todos a un lado de su mesa, codo con codo, brazos cruzados sobre el tablero, mirando a Nelson y a sus compañeros de tropa con la severidad de un equipo de rugby.

Jonathan tiende las manos para pedir tranquilidad.

—Dejad que esto lo consulte con Jack Lovell —dice—. Veamos si tiene ideas para la tropa que pierda. ¿Estamos todos de acuerdo? —pregunta.

Los muchachos le responden con pulgares enhiestos, cabeceos de asentimiento, aplausos.

Jonathan se levanta de la mesa, se dirige hacia la tropa Dieciséis y le estrecha la mano a otro *scout* alto y desgarrado, un chico pelirrojo pecoso con el pelo al rape y unos ojos que parecen emitir destellos dorados. Los dos chicos mayores hablan un par de minutos y después se dan un apretón de manos, y Jonathan vuelve a su mesa mientras la tropa Dieciséis estalla en gritos de alegría.

—Hay trato —anuncia Jonathan con tono irónico—. Pero más valdrá que no os diga qué tendrá que hacer quien pierda. —¿Ya lo has cerrado? —pregunta Billy nervioso.

Jonathan asiente en silencio, muy parco.

—El trato es el siguiente: la tropa ganadora escogerá a un miembro de la perdedora para que... —Su voz se apaga.

—¿Qué? —pregunta Nelson. Los otros chicos se inclinan para acercarse a Jonathan, su capitán.

—Bajar a la letrina.

La tropa deja escapar un grito ahogado.

—¿Cuánto rato? —pregunta alguien.

Jonathan traga saliva, como si estuviera pensando en vomitar. —El equipo ganador tira un níquel a la letrina. El equipo perdedor tiene que encontrarlo.

—¿Y tú has aceptado eso? —grita Nelson.

—Tenemos una hora para plantar la bandera —responde Jonathan—. A ver, ¿cuánto dinero tenemos? Vamos, amigos.

Meten las manos hasta el fondo de los oscuros pozos de sus bolsillos en busca de billetes mojados de lluvia y sudor, plegados con la firmeza del origami. Tocaban monedas grasientas y relucientes o llenas de pelusa y de trocitos descompuestos de envoltorios de chicles Bazooka. Cada chico tiene que poner un dólar, aproximadamente. Con Jonathan de secretario de la tropa, recogen veintitrés dólares y siete centavos y dejan la hucha en una bolsa de cuero que él se cuelga al cuello, en depósito.

—Un momento —dice Jonathan—. ¿Estáis seguros de que ese es todo vuestro dinero?

Los chicos se sacan el forro de los bolsillos en una bochornosa muestra de transparencia total.

—¿Palabra de *scout*?

Levantaban la mano derecha en señal de promesa solemne, como los senadores durante su juramento.

—Palabra de *scout* —repiten a coro.

—Muy bien —dice Jonathan—, vamos a esconder la bandera.

—Aquí —dice—, justo aquí.

Los chicos siguen a Jonathan apartando mosquitos a manotazos y secándose el sudor de la frente. La tarde se va haciendo más calurosa. Las nubes de lluvia de los dos últimos días han puesto por fin rumbo a Michigan, y ahora el cielo despliega su lona de un azul intenso sobre la tierra y el sol les envía sus rayos ardientes. El vapor se eleva de los senderos del bosque y de los caminos asfaltados.

Jonathan se ha encaramado a una cresta, el único accidente topográfico de cierta entidad en su lado del campo de juegos. Rocas desperdigadas aquí y allá con líquenes pegados como percebes a sus cristales de cuarzo. En lo alto, un roble joven hace castañetear sus hojas, y más arriba todavía, un ratonero de cola roja vuela describiendo círculos.

—Aquí —repite—. Morris, clava el asta aquí.

Señala un lugar determinado apartando el musgo con la bota. Morris sube a la cresta y, martillo en mano, clava el asta en el suelo rocoso.

—¿No la verán muy fácilmente? —pregunta Thomas Salkin, un chico de la edad de Nelson—. ¿No queremos, no sé..., esconderla un poco más?

—No —responde Jonathan—. Queremos que la encuentren. —¿Por qué? —pregunta Thomas. Se muerde un padraastro—. No quiero entrar en esa letrina. No voy a jugar. Llamaré a mi madre y a mi padre.

—Cállate —le dice Morris—. Cállate, mariquita.

—Nos dividiremos en tres grupos. Uno recorrerá el límite occidental. Quiero que los de ese grupo se queden allí parados para repeler un posible ataque envolvente. El segundo grupo, lo mismo, pero se quedará en el límite oriental. Un tercer grupo se ocultará en la ladera de la colina que queda a barlovento, y si alguien del otro equipo se acerca, bueno, tendremos una fuerza allí, esperando a pillarlos. No quiero que nadie entre en territorio enemigo. ¡Nadie! Me da igual si tardamos un día entero en ganar la partida, pero no vamos a forzar el desenlace. Dejaremos que sean ellos los que vengan a nosotros, y cuando los hayamos capturado a casi todos, formaremos, y solo entonces lanzaremos el contrataque. ¿Entendido?

Los chicos saludan a su general.

—Morris, escoge a seis *scouts* y llévatelos al límite oriental. Jim, tú escoge a seis y llévatelos al oeste. Los demás, venid conmigo.

Echa a andar, deja atrás la bandera y baja por la ladera a barlovento, donde escuálidos pinos de Banks, cedros y enebros crecen en macizos raquíuticos. Nelson, a quien Morris y Jim adelantan, sigue a Jonathan colina abajo.

Se esconden entre las escasas sombras de la media tarde, bajo las faldas de coníferas, donde afiladas agujas secas les pinchan las blandas palmas de las manos y la savia se les pega al pelo y a los uniformes. No sopla el viento. Los saltamontes asoman de las briznas de hierba secas y las moscas agitan el aire. El corazón les brinca como si estuvieran en una cama elástica, y el sudor les baja por los ojos y por sus columnas de chicos flacos. Ni un pájaro con sus gorjeos, ni una ardilla con sus risitas y sus burlas. Durante lo que le parecen horas, Nelson se concentra en las rocas que tiene a su alrededor, esperando que una serpiente cruce deslizándose en busca de un poco de sol. Se pasa las manos por el pelo para sacarse tábanos y ramitas. Cierra los ojos, duerme. El sol, que le mancha las mejillas y la frente, le recuerda a la cálida mano de su madre, a quien tanto echa de menos en esos momentos. Nelson sonrío al recordarla de pie frente al fregadero de la cocina, tarareando una

canción viejísima y regando la maceta de hierbas con una pipeta de las de salsear el pavo.

Los gritos lo despiertan. *Scouts* que irrumpen entre la maleza a su alrededor. *Scouts* que gritan y meten ruido.

Scouts que sujetan su bandera bien arriba y que corren colina abajo, organizados, una línea ofensiva como una robusta punta de flecha a la que siguen los bandidos que sujetan la bandera robada. *Scouts*, su tropa, que los persiguen con caras enrojecidas al sol. *Scouts* que corren deprisa por el bosque, brincando sobre inmensos tocones de pino blanco vuelto leño, saltando sobre troncos de arce abatidos, aullando mientras se abren paso entre zarzamoras y cardos. Colina abajo, allá se precipitan los más fornidos de la tropa Dieciséis, empujando las divisiones oriental y occidental de la tropa de Nelson como una torpe línea ofensiva derribando a un equipo de renacuajos.

—¡Detenedlos! ¡Detenedlos, maldita sea! —Nelson oye los gritos desesperados de Jonathan.

Salen del bosque en tropel ondeando en alto la bandera que acaban de birlar, corren hacia la explanada con la tropa de Nelson pisándoles los talones pero sin acercarse lo bastante, porque los ladrones ya alcanzan el asta central del campamento Chippewa y, con un rugido unánime, provocan a Jonathan Quick y a sus confederados gritando «¡A comer mierda! ¡A comer mierda! ¡A comer mierda!»

Sus cánticos solo cesan cuando un monitor aparece en un extremo de la explanada rascándose la cabeza y cruzando los brazos. Al ver la bandera que han capturado, saluda con la mano a los muchachos y a sus tontas travesuras antes de retirarse a su cabaña.

Jack Lovell, el pelirrojo Jack Lovell, que dentro de diez años morirá en Vietnam tras pisar una mina, baja por la ladera de la colina hacia Jonathan Quick con la mano derecha tendida para recoger sus ganancias. Jonathan coge la bolsa de cuero que lleva al cuello y se la ofrece a Jack, como un olímpico que hubiera perdido una medalla de oro. El panocha le dirige una sonrisita a Jonathan y a la tropa de hombros caídos que el chico tiene a sus espaldas.

—Bueno —pregunta Jack—, ¿dónde tenéis a ese corneta vuestro?

—¡Por el amor de Dios! —dice Jonathan—, primero lo bajáis y después tiráis el níquel.

—No —responde Jack—. Los perdedores os quedáis aquí. El níquel lo tiraré yo, así solo yo sabré dónde ha ido a parar.

Nelson se ha quedado en ropa interior, blanquísima, y tiembla de miedo. Morris le sujeta el uniforme. Es como si, antes de fallecer, Nelson hubiera doblado y apilado pulcramente sus efectos para después saltar a su muerte. Arriba, el sol sigue ardiendo. La letrina bulle de moscas.

—¿Estás seguro de que no tenéis nada más? —pregunta Jack, exultante—. ¡Ni siquiera habéis aflojado los veinticinco dólares! —¡Es todo nuestro dinero, capullo! —grita Jonathan—. Ahora tira ese níquel y acabemos con el asunto.

Jack abre la puerta de la letrina de un puntapié y, en ese calor de media tarde, el olor ofende. Otros muchachos de la tropa Dieciséis sujetan la puerta para que todos puedan presenciar el lanzamiento.

—Dios —suelta Jack con un grito ahogado—. Asqueroso. —Siente náuseas—. Y allá abajo está muy oscuro, oscurísimo. Y entonces pega un salto de más de un palmo como si fuera a hacer un remate con una pelota de voleibol y, cuando está en lo más alto, y con todas sus fuerzas, arroja el níquel a la penumbra del pozo. La moneda no hace ningún ruido.

La tropa Dieciséis deja escapar una estridente descarga de carcajadas, aplausos, palmadas en la espalda y pisotones estruendosos. Jack el Panocha sale de la letrina y da un portazo, se dirige directamente hacia Nelson y, cogiendo al chico por el hombro con delicadeza, dice:

—Siento que te haya tocado, amigo. Pero bueno, al menos así tendrás más dinero que tus colegas, ¿no?

Jonathan Quick empuja a Jack para alejarlo de Nelson; de hecho, le da al pelirrojo en el pecho con tanta fuerza que este se tropieza con la raíz de un árbol y cae al suelo de tierra, de donde se levanta a toda prisa.

—Muy bien —dice Jack, decidido a no ceder—, ahora os toca pagar el pato. A ver cómo baja.

Con varios largos de cuerda, Jonathan y Jim construyen un arnés que pasan alrededor de los muslos y los hombros de Nelson. Hacen los nudos con gran precisión.

—Lo siento, Nelson —dice Jim—. Lo siento muchísimo. Esto es horrible. Aquí me tienes para lo que necesites, lo juro, ¿de acuerdo? —Se arrodilla y comprueba los nudos de las piernas. No sería el momento de que alguno se aflojara y dejara a Nelson ahí tirado; no, de ninguna manera.

La tropa de Nelson guarda la distancia, y entre los más jóvenes, muchos se han vuelto de espaldas y parecen a punto de echarse a llorar, tanto por ellos y sus monederos recién vacíos como por Nelson. Casi todos vienen de familias que a duras penas pueden permitirse la semana de campamento de sus hijos, y ya no hablemos de perder un billete de dólar por una apuesta estúpida. Algunos *scouts* se enfrentan a una paliza de las buenas si sus padres se enteran de su apuesta.

Jonathan, inmóvil, casi pegado a la cara de Nelson, revisa los nudos y las lazadas de hombros y brazos. Después abraza a Nelson y, sujetando la cabeza del chico entre sus manos, susurra: —Tengo un níquel en el bolsillo de delante, el izquierdo. No, no, no. No te muevas todavía. No podemos dejar que piensen que hemos hecho trampas. Necesito que te echas a llorar ahora mismo, haz un numerito. Será nuestra distracción. Ahora.

Nelson solloza sin parar, y algunos de sus sollozos son auténticos. A fin de cuentas, todavía tienen que bajarlo a la letrina. Pero parte de su llanto es de pura felicidad, porque Jonathan acaba de salvarlo.

—Ahora meterás la mano en el bolsillo —continúa Jonathan—. Pero cuando lo hagas, hazlo deprisa, y mantén el puño apretado. Ahora.

Nelson hunde la mano en el bolsillo de Jonathan y desliza el níquel en la palma de su mano.

—¡Eh! —grita Jack—, ¿qué andáis haciendo por aquí, mariquitas? Metedlos en el maldito agujero. Si al anoecer falta el Corneta para el toque de silencio, nadie se dará cuenta.

—No subas enseguida —le susurra Jonathan—. Tienes que quedarte allá abajo unos cinco o diez minutos, al menos. Cuanto más, mejor. Tienes que

convencerlos de que has logrado hacer un maldito milagro. Cuando oigas que me peleo con Jack, será el momento de que nos llames para que te subamos, ¿entendido? La señal será esa. Estarán todos distraídos, pero el manejo del tiempo tiene que ser perfecto.

—Gracias, Jonathan —susurra Nelson—. Pero tú súbeme en cuanto puedas, por favor.

Jonathan le acaricia el pelo en un gesto cariñoso y se aparta. —¿Preparado? —pregunta a gritos.

Nelson se limpia las mejillas con el dorso del puño, muerto de miedo de perder el níquel.

—Muy bien —dice Jonathan—, adelante.

Se acercan al retrete; el hedor aumenta.

—Lo siento —dice Jim—. Caray, lo siento.

—No pasa nada —lo tranquiliza Nelson—. Alguien tenía que bajar.

Dentro de la letrina, en ese espacio cargado y oscuro, el aire bulle de moscas y de los vapores que emanan del pozo de excrementos. De hecho, a Nelson le da tal asco la letrina que lleva tres días sin hacer de vientre. Prefiere ponerse en cuclillas en el bosque, con los muslos apoyados en un tronco talado y el culo en pompa, o agarrado a un abedul, y hacer sus cosas como una vez vio hacer a su madre, una vez que fue de acampada con su familia por el lago Superior.

Jonathan levanta el asiento del inodoro.

—Santo Dios —exclama—, la cosa pinta difícil ahí abajo, amigo.

La distancia entre la base del inodoro y la parte superior del pozo será de un metro y medio. Al principio, bajan a Nelson despacio, yendo con cuidado con su arnés de andar por casa, no sea que el muchacho se caiga. Pero mientras se columpia hacia los lados de la letrina, con los pies, las caderas y los hombros rozándose contra quién sabe qué horrores, Nelson grita:

—¡Soltadme! ¡Rápido! ¡Vamos!

Conque lo sueltan con un *plop* que pone los pelos de punta, al que sigue el vómito de Nelson. Ahora la tropa Dieciséis corre a rodear la letrina, y Jack el Panocha se abre paso a empujones entre los muchachos para entrar en el retrete.

—Hijo de puta —masculla bajando los ojos hacia Nelson—. Pues sí que lo ha hecho.

—Bueno —dice Jonathan—, nosotros no somos de esos *scouts* que se escaquean. Y el Corneta es un tipo rematadamente duro, ¿o no, muchachos?

Los compañeros de tropa de Nelson lo aclaman, convertidos, de repente, en sus paladines, en sus hermanos. En los gritos de ánimo que llueven sobre él no hay nada falso, aunque, entretanto, algunos chicos hayan vuelto sus hombros convulsos, sus bocas abiertas, sus ojos enrojecidos, y se hayan dirigido con paso tambaleante hacia los helechales para vomitar el estómago vacío. El pobre Nelson está rebozado de pies a cabeza, tiene papel en el pelo, y los ruidos que hace... Esos lloriqueos tan terribles que anuncian gemidos y sollozos y más vómito.

Cómo se afana en esa letrina oscura y profunda, batiendo los brazos con los ojos cerrados mientras finge rebuscar con las manos entre la porquería, y nada más ponerse a hurgar en las profundidades, aparta las manos y las levanta para vomitar. Cada segundo es una hora.

—Sacadlo de ahí —dicen ahora algunos muchachos de la tropa Dieciséis—. Sacadlo de ahí, por el amor de Dios.

—No, un trato es un trato —insiste Jack. Se encorva sobre el asiento del retrete rascándose la frente reluciente.

—Hemos ganado la apuesta; vamos. Sacadlo.

—¡No! —brama Jack; su recién estrenada voz de contrabajo hace que los chicos se echen hacia atrás.

Ahora Jonathan agarra a Jack de la camisa, aferra un puñado de tela, y lo empuja fuera de la letrina.

—Sácalo ahora o te juro que te rompo la cara.

—¿Y qué le explicarás a Wilbur? —replica Jack con una sonrisa—. ¿Que hiciste una apuesta de las gordas? ¿Que, según la apuesta, uno de tus chicos podía acabar metido en una letrina? A ti también te hará picadillo. Vamos, adelante.

Jonathan suelta la camisa de Jack, da un paso para alejarse del pelirrojo y después se vuelve y le hunde un puño en el estómago. Las dos tropas estallan con el entusiasmo y la curiosidad que siempre rodea una pelea. Ahora Jonathan tiene a Jack en el suelo de tierra, placado, le está dando una

paliza, lo tiene en el suelo, inmóvil, lo aporrea. Y entretanto, desde las profundidades del pozo, Nelson grita.

—¡Lo he encontrado! ¡Lo he encontrado, chicos!

Jonathan corre a la letrina y se pone a tirar de la cuerda que un chico más pequeño sujetaba entre las manitas.

—¡Ayudadme, maldita sea!

Jim no tarda en aparecer, se pone a tirar de la cuerda hasta que la cabeza de Nelson asoma por el inodoro con las gafas llenas de churretones de mierda, mierda y papel en el pelo, y una peste horrible, también. Pero en la mano derecha, agarrado entre índice y pulgar, sostiene un níquel, y a pesar de la mierda, Nelson exhibe una sonrisa blanca, como si acabara de zambullirse hasta el mismísimo lecho del océano para pescar la perla más valiosa del mundo.

La tropa de Nelson se une alrededor del muchacho de todas esas maneras que les han enseñado y que, sin embargo, tanto tiempo llevan sin poner en práctica. Dos chicos se encargan de reunir jabón, champú, pasta de dientes y elixir bucal, y Jonathan lleva a Nelson a las duchas y monta guardia fuera mientras él frota y frota. Hay donaciones: una navaja, un cortaúñas, una brújula, un cinturón de cuero, hasta un reloj y todo. Todos estos regalos van cayendo en un sombrero que colocan de inmediato delante de la tienda de Nelson, recién montada.

Jonathan se inclina hacia la puerta de la ducha y grita.

—¡Tienes unos veinte minutos hasta el toque de silencio, Corneta!

Nelson cierra el agua y alarga la mano para coger una toalla limpia. En los ojos aún nota un escozor preocupante, y después de una hora lavándose los dientes y haciendo gárgaras con el elixir, todavía conserva el sabor a letrina. Se pregunta si volverá a sentirse limpio. Apretujado en la mano derecha, el níquel. Cree que no lo soltará jamás. Nelson se viste deprisa, sale de las duchas y cruza el campamento en dirección a su tienda. Jonathan lo sigue de cerca.

—Nelson —dice—, Nelson, lo siento. No tendría que haber aceptado la apuesta. Lo sé. Espero que me perdones, ¿sabes? Y espero que esto quede entre nosotros, tú ya me entiendes. Que no salga de la tropa, quiero decir. ¿Nelson?

Nelson desaparece dentro de la tienda y vuelve a aparecer al cabo de unos instantes con la corneta de repuesto en la mano, caminando muy resuelto hacia la explanada. Jonathan corre un trecho para alcanzarlo.

—¿Nelson? ¡Por el amor de Dios, Nelson!

Pero Nelson no responde al chico mayor: se limita a tocar unas notas de prueba y a escupir de vez en cuando en el bosque. —Recuérdalo, Nelson, viejo amigo: quien te dio el níquel fui yo. ¿De acuerdo? Quien te salvó fui yo.

Nelson se detiene de repente, baja la corneta y, sin dejar de darle la espalda a Jonathan, responde en voz baja:

—Lo recordaré.

—¡Como tú me diste el cromó de béisbol! —La voz de Jonathan es casi desesperada—. Somos amigos, ¿ves? ¡Estamos en el mismo barco!

—Cuando me pongo a pensar —dice Nelson pasándose una mano por el pelo y por las suaves líneas de la mandíbula, tirándose de las orejas—, cuando me concentro de verdad y trato de recordar, no sé si alguna vez he llegado a tener un amigo. Mi madre, tal vez...

Piensa en ella entonces, en los ratos que pasan juntos por las mañanas, antes del colegio, cuando ella le prepara el desayuno, poniéndole siempre delante una tostada untada de mermelada de naranja amarga o de frambuesa, la que hace en casa, su cuerpo justo detrás de él, tan cálido, como si desprendiera su propia luz y su propio calor, casi, como si su corazón fuera un cristal que emanara amor imperturbable...

Se vuelve hacia Jonathan.

—Tendría que haberme guardado un níquel. Todos deberíamos haberlo hecho. Tú fuiste el único que se acordó. Pero créeme, Jonathan, no lo olvidaré jamás.

—¿Qué no olvidarás?

—El lema.

—¿El lema?

—Siempre listos. No creo que fueras previsor, Jonathan: creo que fuiste avaricioso. —Levanta el níquel como si fuera un talismán—. Dime —le ordena Nelson con la voz llena de tristeza y de una energía nueva—, ¿cuánto dinero te queda en los bolsillos?

—Nada, per... Nada, Nelson, lo juro.

—Vacíate los bolsillos, entonces. Vacíatelos. Enséñamelos.

Jonathan lo mira fijamente.

—Te oí —dice Nelson—. Te oí mientras me subías. Cuando corrías, oí las monedas de tu bolsillo. No soy idiota. —Está cada vez más enfurecido—. ¡No soy idiota! ¡Ahora lo sé! ¡Lo entiendo todo!

—Lo siento —dice Jonathan en voz baja con los ojos clavados en el suelo—. Te hemos fallado, colega. Yo te he fallado.

—Y ya está. La lección es esta.

—¿Cuál?

—Que todos te fallarán. Todos.

—Lo siento, Nelson.

—Dime una cosa, ¿llegó a dudar alguien de que el que bajaría a la letrina iba a ser yo? ¿De que yo sería el cordero al que iban a sacrificar?

Jonathan mira al suelo.

—Porque tú no ibas a bajar, eso segurísimo —continúa Nelson, temblando—. La apuesta la hiciste tú, pero quien la pagó fui yo. Yo pagué la apuesta. Yo cumplí tu palabra. Y tú me fallaste. Me fallaste.

Da media vuelta y echa a andar sendero abajo, y por primera vez esa semana, toca la corneta con fuerza... con tanta fuerza como si estuviera arengando a la caballería a su última y épica carga.

13

Después de cenar, Nelson se niega a encender la hoguera de su tropa. No hace falta que se encargue de eso. Otro chico recoge astillas a toda prisa y se arrodilla alrededor del círculo de piedras, afanándose en levantar la estructura de la fogata. Nelson se queda en la tienda con los ojos clavados en el poste central, por el que trepa una araña. El farol lo consuela, el pálpito tenue y regular de su combustión.

Antes de que anochezca, el monitor Tim anuncia su presencia con un carraspeo.

—Adelante —dice Nelson.

Tim levanta los faldones de la tienda y se encoge para entrar, apoya una rodilla en el suelo y examina ese espacio angosto.

—Este rincón que tienes aquí está muy bien, Nelson —dice—. Muy ordenado. Aunque no debería sorprenderme. Como te dije, un día dirigirás el campamento.

Nelson se incorpora en el catre. Tim ha traído una bolsa de lona llena de provisiones: dos cazuelas de hierro colado, harina, sal, azúcar, leche en polvo, melocotones en almíbar, vainilla y hasta una caja de cerillas.

—Entendido —dice—. ¿El antiguo anfiteatro?

—¿Sabes llegar?

—No estoy seguro —responde Nelson, cansado.

—Te enseñaré. Ven, sígueme. —Tim se levanta y se dispone a salir de la tienda; entonces se da la vuelta—. Pero con calma, Nelson. No pasa nada por contar que te has ofrecido de voluntario para trabajar en el teatro, pero no vayas dando voces por ahí, ¿de acuerdo? Nuestras fiestas son supersecretas. Nuestras tareas, no, por supuesto, de eso puedes hablar. Pero las fiestas son otra cosa. Una especie de recompensa por nuestro trabajo, ¿sabes? Ahora ya estás enterado, claro, pero no podemos dejar que cualquier novato se suba al carro, ¿entiendes?

Los ojos de Nelson son tranquilos y transparentes.

—Entiendo —dice—, pero ¿el jefe Wilbur está al tanto de vuestras... fiestas? ¿Cómo guardáis el secreto?

—Oh, el viejo pellejo ese... —Tim se echa a reír—. Vamos, te lo explico cuando lleguemos.

Ahora el sol se pone deprisa en el oeste, como un globo magenta que se desplomara a toda velocidad. Tim y Nelson caminan uno al lado del otro, al amparo de las hojas, hacia la explanada, y Tim se vuelve de vez en cuando para comprobar que no los vigilan.

—¿Se lo has contado a alguien? —le pregunta a Nelson.

Nelson niega con la cabeza, agotado.

—No.

—Bien. —Empuja al joven hacia el bosque—. Sígueme.

Es un camino viejo tomado por los helechos, pero ahí sigue, como el lecho de un antiquísimo arroyo seco. Pasan al lado de algún que otro pino blanco, en cuya gruesa corteza Nelson toca una marca tallada.

—¿Conocías este sendero? —le pregunta Tim avanzando con paso firme.

—No —murmura Nelson—, me parece que no.

Él conoce muchos senderos cuya existencia hasta los más mayores ignoran, pero solo ha ido una vez al antiguo anfiteatro, y por una ruta distinta. Con todo, antes incluso de su primera visita al campamento Chippewa, él ya se había propuesto estudiar la topografía del lugar para, en caso de que llegara a perderse, poder orientarse por la configuración del terreno. Este sendero solo lo ha visto en mapas antiguos, y sabe que conduce al viejo teatro al aire libre, donde, según parece, se habrían celebrado ceremonias de las sociedades secretas de Boy Scouts, sociedades integradas por chicos mayores, por sus padres y sus tíos, por sus abuelos, incluso, ancianos que se habían unido al movimiento en sus primeros días, los más puros. Hombres como Wilbur, piensa Nelson. El nuevo teatro, dotado de un moderno sistema de luces y sonido, se había levantado hacía tan solo cinco años a orillas del lago Bass.

Perder la noción del tiempo es muy fácil. De vez en cuando, Tim se detiene y retrocede, o echa un vistazo pausado a los troncos cercanos. Al cabo de unos instantes, los dos vuelven a avanzar por la oscuridad hasta que,

por fin, en el bosque se abre un claro y, en lo alto, las estrellas incontables echan chispas y parpadean, algunas incluso sueltan amarras de improviso, trazan un arco perdiéndose en ese azul oscurísimo, y Nelson se queda quieto, mudo de asombro, como siempre le sucede ante aquella apabullante inmensidad, ante la pasmosa gravedad del cosmos iluminándolo en su pequeñez. Y pensar que tan solo unas horas atrás no era más que una pútrida rata de cloaca a la que habían sumergido en unas tinieblas abyectas en busca de un tesoro que, de tan insignificante, muchos adultos conocidos suyos ni se molestarían en agacharse a recogerlo de una acera limpia y seca. Ese era él. Una estrella abandonó su fondeadero y se sumergió en el vacío, girando y girando sin la menor esperanza de recuperar su amarre.

Soy libre —piensa Nelson—. *A la mierda todos.*

Y de repente allí están: diez filas de bancos comidos por el sol y roídos por la intemperie se levantan en un barranco, y al fondo, como acurrucado, se yergue un pequeño escenario. En ese anfiteatro no se aprecia depravación alguna. No es más que un lugar hermoso en el corazón del bosque.

—Te pago mañana por la noche —dice Tim—. Tú trae aquí tu famosa tarta a las nueve de la noche. Yo tendré tu dinero, y si te apetece, hasta puedes quedarte rondando por aquí y todo. —¿Rondando por aquí? ¿Qué hacéis? ¿Fumáis cigarrillos? —pregunta Nelson tartamudeando—. ¿Marihuana? —Se siente orgulloso de usar la palabra, de conocerla, de saber, si no qué significa, sí cómo se dice, al menos.

—Por supuesto, sí. Pero lo bueno son las películas. Lo tenemos muy bien montado. A lo grande. Uno de los monitores encontró unas latas con películas en el sótano de un tío suyo que se murió. Las cogió. Ya verás... Bueno, en marcha, volvamos.

Nelson todavía no acaba de entenderlo. *¿Qué tendrá de terrible una tontería de película?*

—Dime, Tim —pregunta—, ¿cómo mantenéis las fiestas en secreto? El jefe Wilbur sabe que estáis aquí. Hasta os felicita por vuestro trabajo. No lo entiendo.

Tim le da una palmada en el hombro.

—Ya, pero eso es lo único que hace. Cuando viene a vernos, siempre aparece a la misma hora. Justo antes de que anochezca. Como un reloj. Así

que no empezamos la fiesta hasta un buen rato después de que se haya ido. Así vamos sobre seguro. A ver, ¿qué posibilidades hay de que un viejo soldado vaya a romper su rutina? ¿Por qué iba a venir a vernos dos veces en una misma noche? —Ahora le masajea el hombro a Nelson—. ¿Qué? No estás nervioso, ¿no? No hay ninguna necesidad. ¡Qué narices! Si al principio del verano hasta nombramos espías para que vigilaran todos los senderos que van al teatro. Y nunca ha llegado ni a acercarse nadie. Esto está a plena luz y, a la vez, demasiado alejado de los caminos transitados. Es perfecto.

—Hábil —comenta Nelson—. Muy hábil.

—Siempre listos, no hay más —replica Tim con una sonrisa—. ¿No es eso?

Los dos se separan en el camino principal, y Nelson regresa al campamento caminando muy decidido entre las sombras.

Wilbur está sentado al lado del fuego, solo; con un palo en la mano empuja las brasas y recoloca los troncos ardientes. Su rostro no deja entrever emoción alguna. El chico se sienta a su lado preguntándose dónde estará su padre. El campamento está en silencio.

—No voy a preguntarte dónde has estado —dice Wilbur—. Mirando las estrellas, tal vez.

Nelson levanta los ojos y los clava en la cara de Wilbur, en la nariz del viejo, larga y fina, que el fuego perfila de oro y carmesí. Nelson decide contar más o menos la verdad.

—Con el monitor Tim. Me estaba enseñando los avances del teatro al aire libre.

Wilbur se pasa una mano por la cara y ladea la cabeza en un gesto de asentimiento.

—Sí, claro —dice—. Los muchachos están haciendo un buen trabajo allí.

Nelson advierte lo cierto de las palabras de Tim. El viejo no sospecha nada de ellos, de sus fiestas.

—Hoy he enviado a casa a cuatro chicos. ¿Sabes por qué? Uno estaba arrancándole las patas a una rana viva. Otro le ha pegado un tiro a un cárabo no muy lejos de tu campamento, ¡a un cárabo! ¿Puedes creerlo? —Menea la cabeza, decepcionado—. Los otros dos... me duele decirlo, pero estaban fumando cigarrillos. ¡Cigarrillos! Los *scouts* no fuman. Ni cigarrillos ni pipa ni puros, nada. La misión de un muchacho, su responsabilidad, es fortalecer su cuerpo con ejercicio y juegos y una dieta adecuada. Y ahora, dime tú cómo vas a fortalecer el cuerpo inhalando humo, Nelson. Dímelo, porque a lo mejor soy demasiado viejo y no entiendo cómo funcionan las cosas. ¿Puedes explicármelo?

Nelson se arrodilla al lado del banco, agarra un tronco de los que ha apilado por la mañana y lo enciende.

—Lo siento, jefe Wilbur.

—¿Por qué? Tú no has hecho nada malo, Nelson.

Nelson se queda callado. Trata de decidir si contarle o no a Wilbur lo de la fiesta del jueves por la noche, consista en lo que consista. No sabe si quiere agobiar al anciano con otra carga, con otra decepción, sobre todo sin la certeza de que en esas reuniones vaya a suceder algo inadecuado.

—No he tenido hijos —dice Wilbur en voz baja—. Nunca me he casado. No sé por qué. Me convertí en el jefe de tropa de este campamento al volver de la guerra. Entonces esto no era nada. Cuatrocientas hectáreas de bosque boreal de alerces y una cabaña podrida que fue una auténtica ganga. Lo puse todo en este campamento. Todo. Todo mi cuerpo y todo mi cerebro, hasta la última gota. Y la idea de tener hijos, de casarme, nunca llegó a pasarme por la cabeza. Porque con el tiempo, cada vez venían más chicos al campamento. Más padres jóvenes. Y ellos se convirtieron en mi familia. Yo los vi crecer, los vi cambiar. Algunos se convirtieron en hijos, casi, hasta me invitaban a su casa en Navidad y el día de Acción de Gracias.

»Pero si de verdad fueran mis hijos, hijos míos, quiero decir, sé que habría algo más... Algo más profundo, más fuerte. Los sentimientos y las sensaciones que tengo serían más naturales, tal vez, más plenas, como moléculas de mi cuerpo. Como algo arraigado en mi interior. Supongo que a eso se le llama amor. »El caso, Nelson, es que sé que no me quieres. Puede que me aprecies. Puede que me respetes, sí. Pero no me quieres, no como

quieres a tu madre o a tu padre o a tus abuelos. Cuando yo ya no esté, tal vez sientas mi ausencia, pero será como la del libro favorito de tu colección, un vacío en la estantería. Lo echarás de menos, pero tal vez encuentres otro. O no.

Wilbur está de pie al lado del fuego.

—Si necesitas contarme algo, Nelson, mañana por la mañana podría ser un buen momento. Antes del toque de diana. De hecho, yo tengo algo que contarte a ti.

Nelson le dirige a Wilbur un cabeceo de asentimiento y oye al anciano perderse en la oscuridad; lo ha dejado solo a cargo del fuego.

Nelson no duerme bien. El peso de los acontecimientos de la semana, sumado a una furtiva nostalgia, conforma una nueva clase de inefable angustia existencial. Y encima ahora está lo de la fiesta del monitor Tim; no tiene la menor idea de qué esperar exactamente, pero le da la sensación de que la propia naturaleza secreta de dicha fiesta, la avanzadilla de espías que Tim ha mandado al bosque, el modo en que le ha hablado de Wilbur... Todo esto no promete nada bueno.

A la luz del farol de queroseno, lee durante horas *Operación Trueno*, la nueva novela de Ian Fleming, hasta que, sin darse cuenta siquiera de que se ha dormido, interrumpen su sopor unas suaves pisadas que se acercan sigilosas. Desde que le tendieron la emboscada en la tienda, ha dormido mal, con un sueño somero.

—Ven conmigo. —Es el jefe de tropa, que le susurra a través de la lona —. Te quiero enseñar algo especial —dice Wilbur.

El chico se viste enseguida, abre la tienda y se reúne con el viejo en el frío que anuncia el alba.

Echan a andar por el bosque; Wilbur, agilísimo, se interna en la espesura por lugares donde Nelson nunca se había atrevido a aventurarse. La tipología de los árboles cambia a medida que avanzan, la topografía del terreno parece hundirse e ir cuesta abajo, todo va perdiendo lozanía a medida que pierden altura y se alejan de los robles y arces cercanos al campamento y llegan a ese bosque de cedros y alerces, donde los árboles crecen más juntos y el aire huele a alquitrán y a podredumbre. Aquí el follaje es menos alto, pero las copas son más tupidas. Wilbur camina en silencio mientras Nelson va tropezándose con las nudosas raíces de los cedros y los alerces, que asoman en el terreno.

Entonces llegan a un pantano boreal completamente rodeado por alerces muertos y a una pequeña charca en la que se refleja la luz de la luna. El aire huele a turba y al fuerte aroma de colonia. Wilbur se pone en cuclillas.

—Los he estado observando durante varias generaciones, cuando vienen a beber de esta charca —susurra—. Nunca le había enseñado este sitio a nadie.

Nelson no tiene la menor idea de a qué se refiere Wilbur, pero allí reina un silencio absoluto. Esperan juntos, más juntos no pueden estar.

—Jefe —susurra Nelson—, creo que...

Pero Wilbur agarra al chico con firmeza por la rodilla y, con la otra mano, señala algo.

Hasta sin luna en el cielo, el ciervo habría brillado en la tenue luz de la mañana, pero bañado en esa claridad lunar, el macho albino casi refulge mientras se acerca a la charca sin hacer ruido. Una voluminosa cornamenta corona su gruesa cabeza: ojos de color rosa, *muy rosa*. Da lengüetazos en la charca y levanta pequeñas olas onduladas en la superficie. Nelson tiembla de la impresión.

Wilbur se acerca mucho al chico, aproxima cada vez más la cara a los oídos de Nelson, hasta que el muchacho le nota el bigote en la piel, una piel que muy pocas veces le toca alguien, por no decir nunca.

—¿Has visto alguna vez algo tan bonito? —musita Wilbur.

Ahora el anciano se aleja, pone la mano en el hombro de Nelson, le da un apretón y sonrío.

Otros ciervos salen del bosque y se sitúan a orillas de la charca, gruñendo por lo bajo y rumiando despacio la hierba del pantano. Nelson oye cómo la vegetación les roza el pelaje, cómo les rechinan los dientes, y percibe lo húmedos que tienen los hocicos. Unos cuantos de estos ciervos son también albinos.

—Antes venía aquí una vez por semana, los sábados, cuando ya se habían ido los campistas. Venía a meditar, a...

Wilbur se queda callado, aunque sigue moviendo los labios; ha centrado la vista en el ciervo blanco.

—¿A qué, señor? —pregunta Nelson, con la mirada aún clavada en el animal.

—A recobrar la calma, muchacho. Bueno, y a rezar. Venía los sábados y me dedicaba a observar estas criaturas. Algunos los llaman ciervos fantasma. Los avistamientos de ciervos blancos cerca del campamento son muy poco

frecuentes, pero alguno ha habido. Yo suelo quitarles importancia. —Wilbur baja la vista, pasa la mano por el musgo rugoso—. Me temo que reconocer su presencia supondría estropear este paraje. Y no me cabe duda de que también serviría para que algún padre poco civilizado, o algún monitor rebelde, matase a alguno de estos animales. Para disecarlo: uno de estos ciervos podría valer cientos, quizá miles de dólares. —Esboza una sonrisa—. Si un *scout* me dice que ha visto un ejemplar albino, le contesto que ha debido de ser un efecto de la luz, algún contraste extraño de las hojas del bosque, tal vez, o quizá un ciervo de pelaje algo más claro.

Suelta una pequeña carcajada.

—Me preocupa lo que les pueda pasar cuando yo muera —añade en silencio.

—Entonces es una suerte que el campamento esté aquí —dice Nelson—, para que podamos protegerlos.

Wilbur baja la vista, suspira, mira a Nelson y dice quedamente: —Eso es.

Los ciervos siguen rebuscando y la luna baja hacia el horizonte, como si se marchara a toda prisa con una noticia importante. En el campamento, Thomas Salkin está encorvado delante de la hoguera que arde al aire libre, y sopla con furia sobre un enorme armazón de troncos formado por palos, madera partida y astillas. A pesar de sus esfuerzos, el humo no sube. Nelson se acerca con audacia a la fogata y, sin mediar palabra, desmonta la estructura de la gran hoguera de Salkin; después vuelve a armar otra mucho más pequeña: un solo tronco, algunas piñas, periódicos arrugados y un puñado de astillas. Entre las ascuas de la hoguera de la noche anterior encuentra una que sigue caliente y, utilizando un palo, la empuja a un lado y la obliga a cobrar vida de nuevo soplando con cariño. Empieza a brillar: primero roja, después naranja, a continuación azul tirando a blanco. Vuelve a poner el periódico en la parte inferior de la leña y sopla con paciencia; añade combustible, rama a rama, hasta que no cabe ninguna duda respecto al vigor del fuego.

—¿Cómo lo has conseguido? —le pregunta Thomas Salkin—. Lo había organizado todo, pero no prendía. Hasta le he echado un chorro de queroseno.

Nelson se sacude el polvo de las manos y después de las rodillas. Está agotado, más de lo que lo ha estado cualquier chico de trece años en toda la

historia del campamento Chippewa.

—Es fácil sofocar un fuego antes de que alcance siquiera a respirar — explica—. Primero hay que empezar por el material que más arde. Tener a mano un buen montoncito de trozos pequeños de leña. Lo que mejor funciona es el tronco de abedul, o las piñas. Ramitas secas de álamo. Entonces, cuando ya ha prendido todo, tienes que alimentarlo, darle aire.

—Es como si te estuvieras refiriendo a una persona—dice Salkin en tono burlón.

—De las personas yo no sé nada —contesta Nelson mientras se dirige a su tienda.

Nelson pasa casi todo el día sin acudir a los talleres de insignia al mérito y sin rondar por el campamento; se dedica a encender una hoguera junto a una bahía alejada del lago Bass. No sabe muy bien por qué se esmera tanto cocinando las tartas clandestinas, pero así es: en todo lo que hace hay un ansia de perfección. Y quizá lo que espera es que, cuando Wilbur y él aparezcan en el destartado anfiteatro, resulte que los *scouts* allí reunidos estén preparando en secreto una sorpresa milagrosa: una catapulta gigante para lanzar agua por la explanada, por ejemplo, o una escultura de Wilbur tallada con motosierra; algo distinto de lo que Nelson teme y que está relacionado con el aviso que Wilbur dirigió a todo el campamento el lunes: que si eran buenos, decentes y honestos, no tendrían que ocultar ningún aspecto de su vida. Sin embargo, no cabe duda de que el monitor Tim, y, por lo visto, muchos otros *scouts*, sí que ocultan algo. ¿Pero qué? ¿Qué son esas películas de las que Tim ha hablado? ¿Viejos largometrajes de James Cagney? ¿Infumables películas de gánsteres llenas de metrallas, ráfagas de bala y mujeres de mala vida que fuman pitillos?

Hace un día precioso, y Nelson lamenta, hecho nada raro en él, no tener un amigo con el que pasar el rato. Otro chico con el que sentarse junto al fuego para hablar de béisbol o libros..., de insignias al mérito o del colegio. Pero está solo, por supuesto; la hoguera es su única confidente.

Al aire libre, la clave para que todo quede bien cocinado consiste en distribuir con uniformidad un lecho de carbón; esto garantiza que toda la olla de hierro colado recibe la misma cantidad de calor. Como Nelson va a preparar unas tartas, ese día sale temprano para recoger astillas y trozos de leña más grandes. Recogerlos cerca del campamento llamaría la atención, y por eso se marcha solo; además, tras el episodio de la letrina, los otros *scouts* lo tratan ahora con un respeto nunca visto y una avergonzada distancia. Antes no lo invitaban a compartir su espacio y ya está; ahora, sin embargo, reconocen en sí mismos algo feo y embarazoso, algo que los distancia de él.

Se acuerda de las palabras de su padre sobre la amistad verdadera y la lealtad. Se pregunta si llegará a conocer un vínculo semejante.

Con un suspiro, saca por fin la pluma y el cuaderno que ha llevado a la orilla del lago y empieza a escribirle una carta a su madre:

Querida mamá:

Esta ha sido la peor semana de mi vida. Es como si alguien me hubiera quitado una venda de los ojos y ahora pudiera ver. Papá tenía razón, estos chicos no son mis amigos. ¿Qué amigo iba a estropear me la corneta del abuelo y a echarme abajo la tienda? ¿Y a obligarme a meterme en la letrina para coger una moneda ridícula?

Papá casi no me habla. Nadie me dirige la palabra. Tengo muchísimas ganas de volver a casa. Durante esta semana creo que me he dado cuenta de que eres mi mejor amiga. Siempre me has querido como soy y me has defendido sin dudarlo.

No te escribo esta carta para darte pena. Te escribo para que sepas lo mucho que te quiero.

Tu hijo,

NELSON

Relee la carta. Oye cómo el fuego crepita y chisporrotea. Los mosquitos le acribillan las orejas, le atacan la nuca. Sabe que no puede enviar algo así; hace una bola con el papel y lo tira a la hoguera.

Comienza a redactar otra carta:

Querida mamá:

He pasado una semana estupenda en el campamento con papá. Los monitores me han dado muchos ánimos, ¡y espero haber conseguido otras cinco insignias al mérito el viernes por la tarde!

He hecho un nuevo amigo. Se llama Wilbur, y esta mañana me ha enseñado algo de lo más increíble: ¡una pequeña manada de ciervos albinos! Ojalá los hubieras visto, mamá. El año que viene tengo que acordarme de traer una cámara.

Espero que estés bien. No sé qué tal te habrá ido la semana, ¿qué haces? Te echo de menos. Aunque aquí me divierto, también tengo ganas de volver a casa.

Con cariño de tu hijo,

NELSON

PD: ¡Ahora mismo estoy preparando dos tartas de melocotón para una fiesta especial que hay esta noche! (Imprescindible invitación...)

Dobla la carta, forma un pequeño cuadrado con ella y se la mete en el bolsillo de la pechera. Después de la cena se pasará por la cantina, comprará un sobre y un sello, y le mandará esta segunda carta a su madre, que quizá la reciba el lunes o el martes. Para entonces él ya estará en casa esperando a que empiecen las clases a finales de agosto, aunque ahora con el objetivo de graduarse anticipadamente y salir a emprender una nueva vida, muy lejos. Se presentará de voluntario en el ejército, formará parte de una nueva hermandad, su cuerpo cambiará, pondrá en práctica sus habilidades y les demostrará a todos, a todos sin excepción, que ya no pueden acosarlo ni ignorarlo.

Nelson es pacientísimo trabajándose esta hoguera. La hace larga y ancha; alimenta las llamas durante toda la mañana con los trozos de roble y arce que encuentra, así dispone de una base de ascuas que no se enfrían. A la hora del almuerzo se dirige al comedor, come sin hacer aspavientos y sin hablar, y, cuando termina, vuelve junto a la fogata. Sabe que abandonar el fuego tal como ha hecho es algo imprudente, que contraviene todos los principios de los Boy Scouts; aun así no le importa; el fuego lo ha hecho al lado de un lago, no puede expandirse por ese lado, y tampoco hay que olvidar el día de lluvia a mediados de semana. La hoguera no podría haberse propagado por ningún sitio. Se siente más fuerte al haber puesto en peligro miles de hectáreas de bosque, las vidas de cientos de *scouts* y a todas las criaturas invisibles de la espesura. Sabe que debería estar avergonzado.

Hacia las tres de la tarde aviva otra vez las llamas y, entonces, apoyado en el grueso tronco de un abedul, se sume en un sueño inquieto y agitado.

Sueña con los ciervos fantasma. Sueña con ellos en invierno, cuando, pese a su aspecto sobrenatural, parecen encajar a la perfección en su hábitat, el bosque pelado bajo la nieve. En el sueño, Wilbur yace moribundo al lado de una hoguera pequeña, y Nelson corre sin parar entre el bosque y el fuego, tratando de que las llamas crezcan, convencido de que, de un modo u otro, la fogata pueda impedir que Wilbur se enfríe, que muera. Los ciervos contemplan la escena parpadeando tontamente.

Corre de un lado a otro, de un lado a otro, rompiendo ramas de árboles vivos, oyendo sus gritos leñosos, sin lograr nunca combustible suficiente para vencer el frío que está llenando de escarcha las pestañas de Wilbur, su bigote, que vuelve frágil su piel fina y arrugada. La humedad de sus ojos ya se ha congelado, los párpados se le han quedado abiertos para siempre, a la fuerza. Nelson sopla las llamas sin parar, echa más y más leña al fuego menguante mientras la claridad se apaga cada vez más deprisa; llega la noche, fría y cristalina, de un silencio absoluto; las estrellas deslumbran de pronto,

inquietantemente cercanas, como si el paraíso fuera real y no estuviera más lejos que las copas de los árboles.

Los ciervos espectrales rodean el fuego agonizante, observan el cadáver congelado de Wilbur, y Nelson cobra conciencia de su propia vulnerabilidad, del frío que se le cuele por la ropa, que le atraviesa la carne, que se le asienta bien al fondo de la médula de los huesos doloridos. A lo lejos, el sonido de un único lobo. El tiempo se estira hasta convertirse en una incertidumbre infinita e ilimitada; Nelson se esfuerza por volver a oírlo; otro aullido largo y grave.

Pero esta vez son cien, mil aullidos, todos tan cercanos como la línea de los árboles, como un collar de dientes que esperan a cerrarse sobre él y, de un soplido, apagar las estrellas para siempre.

Entonces los ciervos fantasmales gritan, como siempre gritan estos animales al sobresaltarse, y, con la misma rapidez, el sueño termina y Nelson se despierta entre jadeos.

Se quita las gafas rotas, se frota los ojos, se limpia la saliva seca de los labios, se pone otra vez las gafas y escudriña su mundo verde y exuberante.

El fuego donde cocina crepita alegremente, contenido en su pequeño corro improvisado, mientras un tupido lecho de ascuas irradia oleadas de calor. A lo lejos: risas de muchachos, el hueco golpeteo de los palos de *lacrosse*, el sonido de los remos que protestan metidos en oxidados escálamos de aluminio, un socorrista que toca el silbato con desgana.

Nelson aviva el fuego por última vez y regresa al campamento a buscar la corneta. Falta poco para que llegue el momento de dar el toque de silencio con el instrumento.

Para cenar hay carne asada, tan poco hecha que cada vez que alguien pasa la fuente, una ola de sangre grasienta y aguada se derrama por un lado y cae a la mesa. Cuencos de puré de patatas con cráteres de mantequilla derretida circulan de mano en mano, y también los guisantes, y pan blanco caliente para rebañar los platos y dejarlos limpios.

Nelson no tiene hambre y espera con paciencia a que acabe la comida. Ha empezado a darle sorbos a una taza de café mientras escucha las

conversaciones de otros chicos. Esta noche cuchichean cosas sobre él, debaten si está «bien» o no después del episodio de la letrina, si la experiencia lo ha «dejado tocado». Algunos de los chicos menores hablan entre ellos; quieren volver a casa. Uno se acerca a otro, y parece que le pregunta algo de una «película nueva», pero Nelson no llega a enterarse a cuál se refieren.

A lo mejor se dedica a eso cuando regrese a Eau Claire. Le pedirá a su madre que lo lleve al teatro del centro, con todo su esplendor de terciopelo de algodón color burdeos y esas palomitas con mantequilla; con el burbujeo de la Coca-Cola y el desquiciado clamor de las pisadas de los niños, que suben quedos por las escaleras de gruesas alfombras; y después, en rincones secretos y oscuros de santuarios situados en la última fila, parejas recientes cuyos integrantes se echan el uno sobre el otro mientras sus padres están muy lejos. A continuación, imagina un asiento desvencijado en el que acomodarse delante de la gran extensión rectangular que forma la pantalla. Puede que vaya a ver una película del Oeste, con esos paisajes tan raros y tan poco parecidos a los de Wisconsin: llanuras desérticas de un naranja oxidado, mesas y otros protuberantes, plantas rodadoras y cactus, arroyos y serpientes y tiroteos en lo alto de trenes o diligencias que van a toda velocidad. Es posible que en el cine también se duerma, que deje que el cuerpo se quede inerte en el cojín de la butaca hasta que un acomodador, por ejemplo, lo despierte con un zarandeo y lo lleve al exterior guiándolo con una linterna, que lo devuelva al brillo demasiado intenso de la última hora de la tarde mientras el sol se pone entre los dos ríos anchos de la localidad, la fábrica de neumáticos, la cervecera y la fábrica de papel que expulsa entre jadeos su corriente con olor a huevo podrido, sus gases asfixiantes.

Nelson no recuerda que Wilbur les haya permitido dar la cena por concluida, ni tampoco se acuerda del momento en que se ha levantado de la mesa con el resto de la tropa, solo la sensación de caminar junto a ellos por ese sendero conocido, de volver al campamento sin nada planeado al margen de tostar nubes de azúcar o leer relatos de Algernon Blackwood, con el perverso

objetivo de tratar de aterrorizar a alguno de los más pequeños de la tropa para que tenga pesadillas.

Quedan varias horas para que el sol se ponga por el oeste cuando Nelson se marcha con sigilo del campamento y regresa a la hoguera del lago, cuyas ascuas, a estas alturas, ya prácticamente han alcanzado la perfección. Ahora va a mezclar la masa, a echarla en dos cacerolas de hierro colado untadas con mantequilla, y a esperar a ese excelente tueste uniforme en el que confía Tim. Advierte que lo más complicado será llevar las cacerolas hasta el viejo anfiteatro, algo que no será pan comido, teniendo en cuenta que cada una pesa más de cuatro kilos y medio. Decide envolver una con toallas y meterla en su gran mochila de la Duluth Trading Company. La otra tendrá que llevarla a pulso; para entonces ya estará casi fría del todo, aunque también tendrá que envolverla en una toalla o una manta, o igual ponerse un par de guantes de horno. No cree que haya nadie en el campamento que le pregunte adónde va: advierte que el episodio de la letrina ha hecho crecer su prestigio hasta el punto de convertirlo en una especie de leyenda, y que ahora inspira una gran admiración en los otros chicos, por no decir miedo.

Nelson coloca las dos ollas sobre las ascuas; luego vuelve tranquilamente a su tienda, coge lo que necesita y regresa a la fogata. Las tartas tardarán unos cuarenta y cinco minutos en estar hechas, pero ya le llega el olor de los melocotones y de la masa, como de bizcocho, que empieza a subir en torno a las rodajas de fruta naranja. Nelson se imagina un helado derritiéndose y una pizca de canela fresca, se imagina que está sentado a la mesa de la cocina mientras su madre tararea una de sus melodías favoritas, con un cigarrillo ardiendo incandescente en su cenicero preferido mientras el café gotea en el fogón y, en el exterior, los pájaros posados en los cables de las líneas telefónicas emiten sus cantos, que se pierden en el vecindario a última hora de la tarde. Su madre se gira, le da la espalda a la encimera de formica en la que hace un crucigrama, el bolígrafo entre los labios, sostenido con delicadeza, y se saca del delantal tres o cuatro sobres de cromos de béisbol. «Para ti, cariño. Hoy he tenido que pasar por la ferretería a hacerle un recado a tu padre. Espero que te toquen algunos buenos.»

Ahora, la pequeña bahía ya huele como si fuera una cocina; con unos guantes de horno y unas pinzas muy recias que el monitor Tim le ha metido en la bolsa de suministros, Nelson aparta las ollas de las ascuas y deja que se enfríen cerca de la orilla. Al levantar las tapas, descubre dos tartas perfectas. Satisfecho, se sienta y contempla el lago, en el que se están zambullendo dos somormujos.

Nada le garantiza que en la fiesta de esa noche se vayan a quebrantar por fuerza las leyes de los Boy Scouts, pero Nelson sí que intuye que está sucediendo algo inmoral. Las tartas serán su caballo de Troya, la distracción que necesita para introducir a Wilbur en la escena del crimen. Lo que espera es que el anciano jefe de tropa no lo felicite por su participación ahí mismo, delante de todos; espera que recurra a alguna mentira piadosa y que la cuente en ese momento: «Pues resulta que, por casualidad, he visto a Nelson con esta olla tan pesada y se me ha ocurrido echarle una mano. Él se ha negado, pero no podía aceptar un no por respuesta. Pero bueno, ¿qué pasa aquí, muchachos? Un momento... ¿y esos puros que os estáis fumando? ¡Y estáis apostando!». En todo caso, se le han pasado las ganas de hacer amigos. Mentalmente se imagina estudiando con ahínco en el instituto para poder marcharse, forjarse una nueva vida, una nueva identidad, aprender nuevas técnicas. Se ha comprometido con esta idea. No quiere ser el Corneta durante toda su vida, quiere ser un líder, un capitán de otros hombres, teniente o quizá general. A las ocho, el ocaso empieza a extenderse por el bosque, el sol está bajo en el horizonte occidental, donde cubre las copas de los árboles con franjas de color rosa, morado y naranja. Nelson retira las tartas del fuego, las envuelve con cuidado y mete una en la mochila.

En la tienda, se viste con esmero, como si fuese a acudir a una fiesta de los *scouts*. Le presta mucha atención al uniforme, lustra las botas hasta que relucen con un tono marrón apagado. Se peina, tuerce el gesto al ver el estado de sus gafas, los cortes y los rasguños que aún le adornan la cara. Deja las tartas dentro de la tienda; pasará a buscarlas antes de marcharse.

Se dirige a la tienda de su padre. Clete Doughty está tumbado en su catre y ronca un poquito.

—Papá... —le dice metiéndose entre los faldones abiertos de la tienda. Los leves ronquidos continúan.

—Papá... —repite Nelson, un poco más fuerte.

Su padre se remueve, se frota la nariz y se incorpora apoyándose en un codo.

—¿Nelson?

—Papá, le he prometido al jefe Wilbur que iba a ayudarlo esta noche a llevar unas cosas al comedor. Creo que han encontrado una cubertería antigua en el sótano y Wilbur quiere empezar a usarla. Lo que quería saber es si vas a estar aquí esta noche, en la fogata.

Su padre lo mira con ojos cansados y sin brillo.

—¿Por qué? —le pregunta, casi molesto.

—Porque estaría bien sentarnos esta noche al lado del fuego antes de tener que volver a casa —contesta Nelson—. Como es nuestra última noche juntos y todo eso...

El padre tose dos veces, se rasca la parte de atrás de la cabeza, suelta un bostezo.

—Nelson, la cosa es que a lo mejor esta noche otros padres y yo nos pasamos por el campamento de otra tropa. Por lo visto, uno de los tipos tiene una botella buenísima de whisky añejo. —Hace una pausa—. Sería bueno para mi trabajo que los acompañara. ¿Lo entiendes?

—Papá —repite Nelson—, por favor. Quédate aquí esta noche. Hay una cosa que necesito contarte.

—Nelson, vete ya antes de que Wilbur crea que se te ha olvidado. Y me pensaré lo de quedarme. —Entrelaza las manos por detrás de la cabeza y aprieta los labios—. Eres un buen chico —dice al fin—. Vete a ayudar a Wilbur.

Nelson hace una última parada antes de dirigirse a la cabaña de Wilbur.

—¿Hay alguien ahí? —pregunta delante de la tienda de Jonathan.

—Un momento —dice Jonathan—, que me pongo una camiseta. —El chico mayor tarda unos instantes en abrir la tienda y en aparecer delante de Nelson—. ¿Qué pasa?

—Solo quería avisarte..., bueno, que si esta noche pensabas salir del campamento para fumar, te aconsejaría muchísimo que no lo hicieras.

—Nelson, ¿qué dices?

Nelson nota cómo su mano se alza y se posa en el hombro de Jonathan.

—Por favor —le suplica—. No salgas hoy. Quédate en la tienda. Tú hazme caso. —Es posible que Jonathan sea lo más parecido a un amigo que tiene, y a Nelson no le interesa en absoluto torpedearle una posible carrera en los Boy Scouts.

—¿Pasa algo, amigo? ¿Te encuentras bien? Pareces un poco..., no sé, raro.

—Estoy bien —afirma Nelson—. Buenas noches, Jonathan.

—Buenas noches, Nelson.

Se marcha del campamento en silencio y nadie le hace el menor caso.

Mientras sostiene la olla de hierro ante él, podría parecer que la está llevando a casa de un nuevo vecino, que es un regalo de bienvenida. No se encuentra ni a un solo *scout* en el camino a la explanada; pero sabe que algunas de las tropas se han reunido en torno a un telescopio, situado en una dársena del lago Bass, para observar la galaxia y hacer prácticas de identificación de cuerpos astrales, una actividad en la que se debe participar para lograr la insignia al mérito en astronomía. Otros, sin duda, están liando el petate para la salida inminente del día siguiente por la noche, o de la mañana del domingo.

Es como si hubiera pasado una eternidad desde el lunes, piensa Nelson.

Wilbur está sentado ante una mesita, dentro de su cabaña; desde la relativa oscuridad del exterior, Nelson lo mira un instante a través de la mosquitera. El interior es espartano: algunas fotografías enmarcadas, unas cañas de pescar con mosca y nasas que cuelgan en la pared, una estantería ancha. Un farol brilla en la mesa que Wilbur tiene al lado, y, aunque no comenta nada, Nelson se alegra al ver que es un Coleman de color verde bosque, igual que el suyo. Parece que el anciano jefe de tropa está escribiendo una carta.

—Entra —dice sin darse la vuelta.

Sobresaltado, el chico abre la puerta. La pared del fondo la forman dos grandes ventanales por los que se ve el lago. En el centro de la cabaña hay una enorme chimenea de piedra. Nelson no alcanza a distinguir el dormitorio de Wilbur.

—¿Cómo ha sabido que...?

—Para empezar, Nelson, he notado que te acercabas por el olor. ¿Sueles acercarte sigilosamente a la gente cargado con tartas? Serías un espía malísimo. Soldado, igual no. Creo que serías buen soldado.

El chico suelta una carcajada estridente. Tiene la impresión de estar sonriendo por primera vez en una semana entera, le parece que la risa podría acabar transformándose en llanto, en una crisis total. Clava la vista en el suelo.

—Bueno, me has traído el postre. Qué atento por tu parte.

El anciano lo mira mientras pronuncia las palabras en un tono uniforme, pausado.

—No —dice Nelson en voz baja. *Este es el momento. Después de esto, es posible que nunca quiera regresar al campamento, que nunca vuelva a ser bienvenido en él*—. Jefe Wilbur, tengo que contarle... que uno de los monitores me ha pedido que lleve estas tartas a una fiesta, esta noche.

Traga saliva y se le mueve la incipiente nuez de Adán; trata de coger mejor la olla con las manos sudorosas.

—¿Y?

Un reloj hace tictac en otra estancia.

—La fiesta es un secreto. La hacen en el viejo anfiteatro.

Wilbur suspira, deja el lápiz en la mesa, junto a una navaja de bolsillo y un montoncito de virutas.

—Siéntate —le pide.

—Tendría que llegar a las nueve —le explica Nelson.

—Siéntate —repite Wilbur, más firme. Aparta una silla de la mesa con el extremo de una bota para que quede delante del chico—. Y deja las tartas en la puerta, haz el favor.

Nelson obedece, se sienta, carraspea, entrelaza los dedos sobre el regazo y mueve los pies como si estuviera a punto de soportar lo que podría ser un sermón larguísimo. Nota cómo Wilbur lo mira.

—Ahora tienes dos alternativas, Nelson —dice—. Puedes venir conmigo a esta... fiesta, y todos sabrán lo que has hecho. Ya no harás nuevos amigos, eso te lo aseguro. Hasta podrías sufrir consecuencias imprevistas cuando vuelvas a casa, problemas de los que no puedo protegerte.

Nelson se acuerda de su padre, del cinturón. Si se chivara de varias docenas de campistas, no cabe duda de que aquello no le haría ningún favor a su padre a la hora de captar nuevos clientes. Piensa en su madre y en la posibilidad de que ella también sufra un castigo, solo por tratar de impedir la inevitable agresión de su padre. Los dos recibirán golpes, y, cuando su padre haya terminado, Nelson tendrá que oír el llanto de su madre desde el otro lado de la puerta cerrada del dormitorio de sus padres.

—O puedes volver a tu tienda —prosigue Wilbur—, y mañana por la mañana, todo habrá cambiado en el campamento; aunque puede que los chicos sospechen que el informador has sido tú, yo lo negaré. Les diré a los culpables que te vi andando por el camino con las tartas y que, al preguntarte adónde ibas, no quisiste decírmelo, a mí me entraron las sospechas, y al amenazarte con castigar a toda tu tropa, con mandaros a todos a casa y contárselo a vuestros padres, te ofreciste a asumir la culpa. De hecho, te presentaré como a un mártir. Es posible que los *scouts* de esta fiesta salgan sin castigo. Pero, evidentemente, todos los monitores y empleados del campamento que hayan participado serán despedidos de inmediato.

»En todo caso, y sea cual sea tu decisión, estoy en deuda contigo por este gesto, Nelson. Me parece increíble haber estado tan ciego. Los *scouts* hacen cosas malas todos los veranos, eso no falla. Pero lo de los monitores cuesta imaginarlo, jamás habría creído que pudiesen participar en algo tan repugnante. Ay, Nelson. Gracias por lo que has hecho, muchacho. Espero que no dudes en pedirme todas las recomendaciones que te hagan falta. Conozco a los directores de muchos centros de secundaria privados de todo el país, y también a unos cuantos políticos y empresarios que ocupan posiciones importantes.

Wilbur meneaba la cabeza.

—Estos chicos... cuánto me sonreían cada vez que me separaba de ellos. Yo creía que estaban completamente entregados a todo esto, al trabajo. Pero me han engañado, supongo, como a un abuelo viejo y senil.

Ahora hasta los últimos rayos de sol se han teñido de azul antes de apagarse. El humo de una docena de fogatas flota en el aire por encima del lago.

—¿Qué nos vamos a encontrar ahí? —pregunta Nelson—. ¿Qué cree usted que hacen?

—No lo sé, muchacho. Observar un código de conducta no resulta cómodo. Lo que tendríamos que tratar de enseñaros a los jóvenes es un compromiso de por vida con unas virtudes que os servirán de guía a lo largo de vuestra existencia. Los años de adolescencia son complicados, eso está claro. Pero, sin duda, no más que ser padre, o marido, o que llevar a otros hombres a la guerra... No es más complicado que ser responsable de cientos de empleados.

»Lo que está pasando ahí esta noche, te lo puedo asegurar, no se corresponde con las leyes ni con el juramento de los Boy Scouts. Eso ya lo sabes sin que yo te lo diga.

Nelson asiente despacio con la cabeza.

—Entonces, ¿qué decides? —le pregunta Wilbur.

—¿Existe la esperanza de que nos hayamos equivocado?

—Querer creer lo mejor de tus compañeros te deja en muy buen lugar —contesta Wilbur mientras se levanta—. Y la verdad es que no me gustaría que

perdieras ese optimismo. Pero no permitas que te tomen el pelo, Nelson. Bueno, ¿qué decides?

—Lo acompaño —dice el chico, lanzándose a la corriente.

No cruzan ni una palabra mientras se internan en las profundidades del bosque. Wilbur avanza sin esfuerzo por el viejo sendero, sin necesidad de mapas, sin siquiera tener que consultar las antiguas fogatas grabadas en los troncos de algunos árboles. A Nelson le cuesta seguirle el paso. Una olla le pesa, aún caliente, entre las manos; lleva la otra a la espalda, como si fuera una criatura de hierro en un extraño portabebés.

Incluso a quinientos metros de distancia les llegan carcajadas y distinguen la danza de las llamas. Y hay otra cosa. Parece que en ese sitio hay algo que emite un sonido intermitente, un continuo chasquido rítmico, el susurro levemente mecánico de un grillo que Nelson reconoce a medias pero que no alcanza a identificar...

—Un momento —le dice Wilbur en voz baja—. Quédate aquí. Quiero echar un vistazo antes de irrumpir ahí dentro. Es posible que algunos de esos tipos pongan pies en polvorosa, y quiero verles las caras antes de acusarlos de algo, antes de tener que despedirlos.

Así, sin más, vuelve a marcharse y desaparece entre la maleza con el sigilo de un ciervo. Nelson se arrodilla en el camino, cierra los ojos y se concentra en ese sonido. *¿Qué es?*

Prestar tanta atención es algo esencial en ornitología, cuando, tras haber madrugado mucho, una persona no distingue los pájaros que tantas ganas tiene de catalogar. Por eso, para aprender todo lo posible, Nelson ha estado en el bosque más de una vez antes del alba junto a un grupo de hombres y mujeres mayores con prismáticos apoyados en el pecho, que siempre le recomendaban escuchar, aguzar el oído y aislar los cantos que bajaban desde las copas de los árboles. Pautas, eso es lo que son, pautas de sonidos y melodías, ciertas notas que se repiten, ciertos tonos, imitaciones, silencios, reclamos y repeticiones.

Fue una tal señora Patton quien tuvo la amabilidad de agacharse a su lado y enumerar los pájaros invisibles que él tanto ansiaba identificar.

—Cualquiera puede identificar un ave con una guía y unos prismáticos —le había dicho—. Pero nosotros te estamos enseñando a hacerlo a oscuras.

»Ahora —había añadido entre susurros al cabo de unos instantes—, ¿oyes eso? Un buen punto por donde empezar. *Carduelis tristis*, el jilguero norteamericano. —Escucharon—. Vaya por Dios, sí que se está explayando hoy, ¿eh? Bueno, pero es un pájaro precioso, y se encuentran por todas partes, como es lógico. Algunos los llaman canarios salvajes. No sé qué me gusta más, jilguero o canario... los dos nombres son muy bonitos.

La señora se quedó callada y siguieron escuchando.

—Ahora fíjate bien. ¿Oyes eso? *Pi-ti-pi-pi-pi...* Viene bien reconocerlo, y nunca lo olvidarás. El nombre científico tampoco cuesta recordarlo: *Cardinalis cardinalis*. —Esbozó una sonrisa llena de cariño—. Aquí no les damos ninguna importancia porque en Wisconsin hay muchos, pero invita a un europeo a tu jardín y se quedará impresionado al ver el color de nuestras aves. Los cardenales y las urracas, las oropéndolas, el gorrión azul, la tångara rojinegra y los picamaderos...

De pronto, Nelson distingue el sonido, gracias a sus docenas y docenas de sesiones de tarde en Eau Claire, en el viejo cine. Es el mismo sonido, por encima y por detrás de su cabeza, entrecortado pero incesante, apenas levemente filtrado por el bosque: el sonido inconfundible de un proyector de cine. Los helechos se agitan; entonces, Wilbur vuelve a aparecer junto a él, algo corto de resuello, enjugándose la frente con un pañuelo de repuesto que lleva en un bolsillo trasero. Nelson no recuerda haberlo visto sudar hasta ese momento.

—Están viendo una película —dice el chico en voz baja.

Wilbur aprieta los labios. Rasca el suelo con un dedo extendido.

—Vas a ver una cosa —susurra— que sospecho que no has visto hasta ahora, y te pido disculpas por ello. Lo que está pasando ahí detrás... bueno, no respeta ninguna de las leyes de los Boy Scouts. Es una aberración, Nelson, y... Bueno, me avergüenzo de que estés conmigo ahora. —Hace una pausa—. En cualquier caso, tenías razón. El monitor Tim está con ellos, igual que muchos de mis mejores monitores. También hay muchísimos *scouts*, muchísimos chicos a los que tenía por espléndidos, buena parte de los cuales están muy borrachos. No lo entiendo...

Nelson no dice nada.

Por la oscuridad avanza la mano de Wilbur, que se aproxima al hombro del chico.

—Lo siento, muchacho. Que sepas que has actuado bien. La verdad es que a lo mejor sí que serías buen espía...

—Ojalá... —trata de decir Nelson—. Ojalá... Lo siento, señor. —Me has sido fiel, Nelson, y me has demostrado respeto. Así que ahora tienes que ser valiente, ¿de acuerdo? No bajes la barbilla, míralos a los ojos y olvida lo que veas. Mira sin ver, si eres capaz. Espero que nunca tengas que ir a la guerra, pero, si lo haces, entonces... eso será lo que quizá te impida volverte loco, mirar sin ver.

Ayuda al chico a incorporarse, le sacude el polvo de rodillas y codos.

—Avanza tú primero —le pide Wilbur—. Yo te sigo dentro de un momento. A lo mejor así creen que te he seguido hasta aquí y no te echan la culpa. Muy bien. Adelante.

Nelson recorre el camino en la oscuridad sosteniendo la olla de hierro colado por delante de él, acercándose al sonido del proyector, a las carcajadas, al olor cada vez más acre del humo de puros, pipas y cigarrillos. También flotan en el aire otras fragancias, olores de mofeta o de pino. Tazas de hojalata que se besan en los brindis, palmadas en la espalda, sonoras risotadas. Aquellos son los sonidos de la camaradería, de la hermandad, de esa comunión masculina que con tanto afán ha buscado Nelson durante sus días, sus años, en ese campamento. Y entonces, Nelson Doughty, de trece años, cargado con sus tartas de melocotón de ejecución impecable, sale del bosque.

¡Y sale al encuentro de lo que parece ser una bienvenida sincera! ¡Vítore! Todas las caras se vuelven para mirarlo, y las sonrisas no son forzadas, eso resulta evidente. Chicos que nunca le han dirigido la palabra, chicos de su tropa, abandonan sus conversaciones para saludarlo, ¡para saludarlo a él! Y está Jack Lovell, el pelirrojo del grupo, que le hace un ademán para que se acerque mientras se quita un sorprendente puro de la boca y exclama: «¡Nelson! ¡Aquí está nuestro chico!». Jack se saca un

puñado de habanos del bolsillo de la pechera para que Nelson los vea, como si fuera un orgulloso padre primerizo que quiere repartir alegría.

Ahora, unas manos le cogen la olla, le quitan a Nelson la mochila de los hombros y, de repente, se encuentra sosteniendo una fría lata de acero, que le parece aún más fría después del plato caliente que ha estado sujetando durante... ¿cuánto tiempo?, ¿veinte minutos? Se lleva la lata a la boca, como le ha visto hacer a su padre en las barbacoas y en las reuniones familiares. El olor es de lo más interesante, dulce y agrio... Pero el sabor del líquido en sí es asqueroso: podredumbre, calcetines de gimnasia y maíz mojado y pasado. *Cerveza* —piensa, algo estupefacto—. *Mi primera cerveza*. Mira la pantalla de cine, que es una gigantesca sábana blanca tendida entre dos pinos blancos, o más bien varias cosidas o hilvanadas. Tendrá unos seis metros de largo y unos tres y medio de alto. Nelson le pega otro trago a la cerveza mientras agarra la fría humedad de la lata como si le fuera la vida en ello.

Ahí arriba, en la sábana, aparece una joven, la mujer más guapa que Nelson ha visto en su vida, con un sedoso pelo como el de Audrey Hepburn y la piel blanca como la leche; la película es en blanco y negro, pero las tonalidades de gris presentan una sutileza extraordinaria, brillos, matices, sombras, sugerencias. Y ella está desnuda, recostada en un sofá cama; mueve los brazos con languidez, como si aquello formara parte de una danza acuática de una lentitud exasperante. Tiene las pestañas con rímel exquisitamente cerradas, pero de pronto las abre y mira a Nelson. Él la esquiva y se fija en el público; filas y más filas de muchachos mirando con la boca abierta, los ojos como platos, algunas manos metidas en cuencos de palomitas, o bebiendo latas de cerveza, o dando sorbos a tazas de hojalata que, por lo que imagina Nelson, deben contener whisky o brandy. Algunos chicos se rozan el labio con el dedo de forma reflexiva, como si fueran ingenieros de la NASA que se enfrentan a un complicadísimo problema matemático, mientras, en sus rostros, una felicidad infantil se extiende sin trabas por esos labios brillantes. La joven de la pantalla se recoloca como si estuviera ahuecando cojines o doblando una mantita, y ahora se ha puesto a cuatro patas y se ríe mirando a la cámara que la filma, mirando a todos esos chicos reunidos en este bosque de Wisconsin tan embriagados por su belleza,

tan faltos de aliento. De pronto, Nelson empieza a percatarse de que alguien quiere hablar con él.

—¡Nelson!

Es el monitor Tim, que le está zarandeando los hombros con una sonrisa tan franca que Nelson bien podría haber pensado que acababa de hacer un *home run* al final del partido que habría eliminado a los New York Yankees de la World Series. Cierra los ojos, nota el sabor de la cerveza en la boca, al fondo de la garganta. Se siente mal, aturdido..., y también contento y triste a la vez. *Todo acabará dentro de muy poco...*

—¡Nelson, tío! Llevo aquí ya un minuto, tratando de que me hagas caso. ¿Qué pasa? ¿Nunca habías visto a una chica desnuda? Eh, ¿qué tal está la cerveza? Oye, por cierto: tengo tu dinero aquí mismo, como habíamos hablado.

Tim le tiende los billetes de dólar para que los coja, pero a Nelson no le apetece tocar la mano de nadie. Lo único que quiere es contemplar el firmamento nocturno, las hojas de los arcos que se agitan levemente, como un sinfín de lentejuelas que se rozan entre ellas. *Pero...* Su vista acaba volviendo a dirigirse a la mujer. Ahora parece que hay un hombre encima de ella, cuyos músculos, todos ellos, se marcan mientras él suda y empuja. Cubre su cuerpo un vello oscuro: las nalgas, los tobillos, los hombros. La mujer mueve la cabeza, se alborota el pelo, se chupa los dedos. Nelson no sabe muy bien si le duele algo o si ha entrado en una especie de éxtasis brillante.

—¡Coge el dinero! —exclama Tim mientras se lo mete en los bolsillos delanteros—. Bueno, ¿quieres sentarte y ponerte cómodo? Te puedo buscar un pitillo si quieres probar uno. ¿Qué dices, Nelson, colega?

—No, no hace falta, Tim, en serio.

Nelson advierte de pronto que no ha visto que Jonathan ande por allí. Esa idea, al menos, le causa cierto alivio.

Tim esboza un gesto de preocupación.

—Vale, vale. Oye, ¿estás bien? No hace falta que te quedes si no quieres. Pero esto no se lo puedes contar a nadie, ¿entendido? Aunque te puedes ir. ¿Es lo que quieres?

Nelson es incapaz de apartar la vista de la pantalla, desea con todas sus fuerzas desviar la mirada, pero no puede. Todo aquello es demasiado. La

mujer sigue a cuatro patas, con la espalda tan recta que, de no ser por el hombre que la embiste por atrás, de una taza de café que le hubieran puesto encima no se derramaría ni una gota.

—¡Scouts! —brama de repente una voz indignada, y con razón—. ¡Parad esta porquería pornográfica ahora mismo!

Es Wilbur, que está en la linde del bosque con los nudillos apretados contra la cintura, los codos formando ángulos de una armonía perfecta, las rodillas marcándose por encima de unos calcetines altos, el bigote encerado y formando dos cuernos pequeños. De sus ojos saltan chispas.

El proyccionista se equivoca, la película se rasga o se sale de la bobina, y ahora la pantalla blanca brilla en la noche mientras las filas de espectadores se revuelven y se recolocan con rostros que telegrafían vergüenza y pavor. Algunos de los asistentes ya se han escabullido, envueltos en un ruido de ramas que se parten y de maderas que se quiebran mientras su apresurada retirada resuena por todo el bosque. Muchos de los monitores presentes se limitan a bajar la cabeza, derramando bebidas al suelo. Unos chicos menores parecen a punto de echarse a llorar.

—Una película guarra —dice Wilbur con indignación—. Tabaco, alcohol, ¡pornografía...! —Está que echa humo—. Ni uno solo de vosotros es un verdadero *boy scout*, ¿me oís? Ni uno solo es un hombre de verdad.

Mira a los *scouts* que aún no han huido, los contempla con tanta furia, con tanta indignación y, lo que es peor, con tanta *decepción*, que Nelson sabe que todos tienen la vista clavada, como él, en las botas.

—Mañana os marcháis todos a casa. Todos. Chicos: vuestros jefes de tropa serán informados. Trataré de decidir si hay que informar también a vuestros padres. En cuanto a los monitores que estáis aquí, empezad a hacer las maletas esta noche. A las tres de la tarde de mañana pasaré revista a vuestras cabañas, y cualquier objeto que dejéis en las instalaciones del campamento será quemado. Deberíais estar avergonzados. ¿Ejemplos de conducta? ¿Líderes? ¿Ciudadanos? —Escupe al proyector, que le queda a unos tres metros—. Pervertidos, eso es lo que sois. Incompetentes. Indecentes. Me he planteado llamar a la policía, ¿sabéis? Pero estoy... asqueado.

—Oiga, espere un momento —dice un chico mayor que asoma entre las sombras.

Es muy alto, tiene ya un aspecto magnífico, con hombros anchos y cintura esbelta. Nelson advierte enseguida que se trata de Rand Cook, un muchacho conocido en todo el estado por ser hijo del dueño de una papelería, un magnate que en cierta ocasión se presentó a gobernador. Estrella del atletismo del estado, Rand vive junto a su familia en el lado oriental de Wisconsin, a orillas de los ríos por los que los cazadores franceses y los sacerdotes jesuitas entraron a explorar América y donde ahora grandes fábricas eructan vapores nocivos y se mean en los mismos ríos de rápida corriente. No resulta extraño ver a Rand Cook en un rincón del fondo del comedor mientras los demás comen, rodeado por una U formada por chicos menores que le rinden pleitesía mientras él gesticula con dedos largos, manos anchas y la elocución sonora y enérgica de un muchacho que rebosa confianza y a quien rara vez interrumpen o ponen en duda. —Un momento, jefe —dice con una risa suave y cortés, acercándose a Wilbur con movimientos fluidos—, no hace falta precipitarse. Ya sabe cómo somos los chicos, ¿no? Y esto es solo... —¡Estoy tratando de convertirlos en hombres! —ruge Wilbur mientras se da la vuelta para interceptar a Cook, y de la boca, por ese bigote espléndidamente anacrónico, le sale un reguero de saliva mientras los finos y venosos brazos le tiemblan—. ¡Hombres de honor! Hombres que no se divorcien de sus mujeres. Que no abandonen a sus amigos en el campo de batalla. Que paguen impuestos, voten y se esfuercen. ¿Me entendéis? Esto no solo es un insulto para mí, sino para vosotros. Es algo lascivo y pernicioso, y tú, pedazo de bobo, ¡deberías sentir vergüenza! De verdad. ¡Qué bochorno!

—Vamos, señor Whiteside. No saquemos las cosas de quicio, ¿eh? Parece usted un poco alterado.

Cook pone una mano condescendiente en el hombro trémulo de Wilbur.

Con un solo movimiento, Wilbur se quita de encima la mano del joven, se acerca a Cook, agarra al chico por el cuello, lo empuja contra el tronco de un árbol, lo sostiene contra él el tiempo suficiente para que todos los que quedan en el anfiteatro contengan el aliento, den un paso hacia ellos y luego se lo piensen mejor.

—Vete de mi campamento —dice Wilbur—. No vuelvas. ¿Entendido? Anda, llama a tu papá y cuéntale por qué te he echado a patadas. —Lo suelta—. Todos: volved a vuestras tiendas. Haced el equipaje ahora mismo. Quiero que os hayáis ido a la hora de comer. —Le da una patada al polvo—. ¡Ya! —exclama con brusquedad.

Nelson se oculta entre la maleza, espera a que el anfiteatro se vacíe. Observa cómo Wilbur baja la cabeza y da patadas a botellas de ron, whisky, brandy. Observa cómo se agacha para recoger colillas y cómo se las mete en los bolsillos. El hombre trata de bajar la pantalla de la sujeción situada por encima de la tarima, y Nelson sale de entre las sombras para ayudarlo, sube al estrado y empieza a darle fuertes tirones a la tela.

—Gracias, muchacho —le dice el anciano—. Debo decir que esta noche estoy agotado.

—¿Quiere que lo acompañe a su cabaña?

—Lo que quiero que sepas, Nelson, es que esa película... Debes olvidarla. Porque así no es como... Es posible que tu mujer no tenga ese aspecto. No puedes esperar que todas las mujeres, que cualquier mujer... Esas películas deforman la mente del hombre. —Wilbur tira con energía del último agarradero de la sábana, pero esta no quiere ceder—. La cosa se convierte en algo semejante a cualquier otro vicio. No sé cómo expresarlo, muchacho. Los muchachos vienen al campamento para... Para ver, no, para que les enseñen, no...

Ahora la tela se suelta y cae ondeando, como un estandarte de derrota cubre a Wilbur, le tapa la cabeza y los hombros y llega hasta sus botas relucientes. El anciano ni siquiera trata de quitársela de encima, se queda donde está y, con el bigote algo torcido y apuntando al suelo, espera a que Nelson se la retire como si estuviera inaugurando una estatua de otra época.

El campamento bulle de actividad cuando Nelson vuelve: competiciones de gritos entre padres e hijos, tiendas desmontadas que forman montones apresurados, ropa metida en bolsas a toda prisa. Mira cómo un padre pega a

su hijo adolescente, un chico que quizá sea más corpulento que su progenitor, y, sin embargo... Un guirigay se ha adueñado del lugar, y algunos chicos ya avanzan por el camino que lleva al aparcamiento, con sus padres detrás de ellos, soltando insultos, diciendo: «Es que no me lo puedo creer...», o «Espera a que tu madre se entere de...».

Nelson encuentra a su padre sentado al lado de la fogata.

—Tú no andarás mezclado en este desastre, ¿no? —le pregunta Clete mientras menea la cabeza—. No sé qué ha pasado, pero... ¡carajo! Whiteside se ha vuelto loco.

—No, papá —contesta, colocándose a su lado, en un banco de madera. Se sienta lo bastante cerca para que se rocen sus brazos, sus rodillas; ese contacto levísimo, a saber por qué, lo consuela, lo asienta—. ¿Qué ha pasado?

—No lo sé. No lo entiendo. Pero esto me recuerda al ejército. Parece que muchos chicos se han ausentado sin permiso, o algo así. Cuesta enterarse.

—Ah.

Se quedan mirando el fuego un rato.

—Pero tú eres buen chico —añade Clete—. Sé que a veces he sido duro contigo, pero eres buen chico.

—Gracias, papá.

Clete bosteza.

—Hablamos mañana, ¿eh, hijo? Creo que me voy al catre.

—Yo también.

Los párpados le pesan. Apoya la cabeza en el hombro de su padre, lamenta no ser lo bastante pequeño para que lo lleve en brazos a la tienda y lo arrope en el saco de dormir.

Ciento cuarenta kilómetros entre la entrada del campamento Chippewa y el caminito de entrada de su casa, en Eau Claire, y durante el trayecto reina un silencio colosal. Su padre baja la ventanilla, saca un codo al sol, de vez en cuando le echa un vistazo al chico por el retrovisor y fuma un cigarrillo tras otro, algo infrecuente; guarda una cajetilla furtiva en la guantera para episodios esporádicos de ruedas pinchadas, multas por exceso de velocidad o choques casi mortales. Las volutas de humo le llegan a Nelson y hacen que se ponga verde.

A su toque de diana de la mañana ha faltado una cuarta parte de los campistas, y había muy pocos monitores situados al lado de Wilbur. Incluso estaban ausentes algunos cocineros, y el desayuno se ha servido con lentitud, el beicon estaba muy poco hecho, los huevos revueltos, aguados, y las tostadas quemadas han llenado el comedor de humo.

Unos coches llenos de chicos de semblante asustado y de padres enfadados y taciturnos se han marchado del campamento en un desfile velocísimo de humo de tubo de escape y colillas voladoras. Wilbur se ha quedado inmóvil en la entrada del campamento. Nelson le ha saludado, pero el anciano se ha limitado a dirigirle un ademán de cabeza, nada más.

—No me puedo llegar a creer lo que he tenido que oír en el desayuno — dice su padre al fin, las primeras palabras que cruzan desde hace más de una hora—. Que un grupo de *scouts* montaron una especie de sala de cine pornográfico... ¡En el bosque! ¡Y que tú los delataste! ¿Has sido tú el chivato? —Clava la vista en Nelson por el retrovisor—. ¿Es eso cierto?

Nelson baja la cabeza.

—Sí, señor.

—¿Y que incluso acusaste a algunos chicos de tu maldita tropa? El chico asiente con la cabeza.

—Pues maldita la gracia —musita Clete—. A ver si, al final, estaré dejando el negocio en el momento indicado...

—¿Cómo?

—Nada, Nelson. —Vuelve a mirarlo por el retrovisor—. Muy bien, habrás conseguido algo a cambio, digo yo, ¿no?

—¿Cómo?

—El rollo ese del *quid pro quo* —continúa Clete—. ¿Qué favor le has sacado a Wilbur?

Nelson se remueve un poco en el asiento.

—Papá, he hecho lo que había que hacer, no... Vamos, que no me hacía falta una recompensa, si te refieres a eso.

Clete se encoge de hombros.

—Mira, Nelson, la cosa es que casi todo el mundo hubiera sacado algo de esto. Porque a nadie le caen bien los chivatos, y al acusica no se le trata precisamente como a un héroe de guerra, ¿me sigues?

—Yo no soy un chivato —insiste el chico.

El silencio se instala de nuevo en el coche; con la barbilla en las manos, Nelson se apoya en la ventanilla y escudriña los campos que van pasando a toda velocidad.

—¿Y de dónde sacaron las películas?

Nelson esboza un gesto de indiferencia.

—Creo que se murió el tío de alguien. No lo sé. No me han contado mucho. Estaban en un sótano, o algo así.

Al oír eso, Clete se echa a reír. Suelta una carcajada tras otra mientras tose humo y da manotazos en el volante.

Nelson se queda perplejo, aturdido.

—Papá, no lo entiendo. ¿Dónde está la gracia?

—Nada, solo que... todo este jaleo, y es probable que estuviesen mirando a la tía de alguien, a la madre de alguien.

Nelson no puede evitar sentir una gran tristeza.

Días después, Nelson, su madre y su padre están sentados a la mesa de la cocina ante una cazuela de gran tamaño, un cuenco de ensalada, una barra de pan y mantequilla. Los días se van haciendo más cortos de manera infinitesimal, pero todavía se oyen las voces de los niños que juegan en la

calle antes de que sus madres los llamen por última vez, en tono severo, desde la entrada de las casas. Desde que han regresado del campamento, ese silencio de la mesa se ha hecho más asfixiante, incluso demoledor. El secreto a voces que aloja la casa es que los jefes que Clete tiene en el trabajo, por lo visto, están a punto de despedirlo. Esto lo ha deducido Nelson a raíz de una conversación nocturna entre sus padres, tras salir de la cama con sigilo para pegar la oreja a la puerta del dormitorio y escuchar a escondidas lo que se decía en la cocina, al final del pasillo. Ahora teme mirar a su padre a los ojos, teme darle la espalda; le preocupa que, por culpa de su delación en el campamento, haya perdido clientes. Desde luego, cuesta imaginar que esta delación haya beneficiado a su padre.

—Dorothy, eres una buena mujer —farfulla su padre de forma poco habitual mientras pincha con el tenedor unos guisantes fríos que le quedan en el plato—. Siempre has sido una buena esposa. —¿Cómo dices, cariño? —pregunta la madre, muy sorprendida.

Ahora Clete traga, se limpia la cara mal afeitada con una servilleta de cuadros rojos y blancos, y mira a Nelson.

—Hijo, también estoy orgulloso de ti. Eres independiente, siempre lo has sido. La verdad es que no siempre he entendido en qué consiste tu independencia, pero...

—Clete —dice Dorothy—, ¿se puede saber de qué demonios hablas? No entiendo nada.

El padre se levanta de la mesa, algo tambaleante.

—Creo que voy a descansar un rato —anuncia en voz baja.

—Muy bien, muy bien —dice Dorothy—. Te voy a preparar un Manhattan, cariño. Tú estira las piernas, ve a descansar.

Nelson termina la cena y se dirige al salón, donde su padre está recostado en su butaca, contemplando la pantalla apagada del televisor. El cóctel que sostiene parece casi a punto de resbalar entre sus dedos y caer en la moqueta. Nelson le coge la copa y la deja en la mesita.

—Papá, ¿te encuentras bien?

Clete parpadea despacio y mira a su hijo.

—Ven —le dice.

El chico se aproxima con cautela, medio temiendo recibir un bofetón.

Pero Clete lo estrecha contra sí, se incorpora y lo abraza con vehemencia; luego le da un beso en la coronilla. *Un beso.*

—Me voy a la cama —dice Clete—. Estoy cansado. Que tengas un buen día mañana en el colegio, ¿eh?

La noche siguiente, Dorothy y Nelson pasan casi una hora ante la mesa de la cocina hasta que aparece Clete. Está borracho, huele a alcohol y tabaco. Le cuesta abrir los párpados; tiene los ojos rojos y mirada colérica. Se abalanza sobre el pollo asado de tal modo que Dorothy contiene el aliento, como si él fuera un animal salvaje. No les dice ni una palabra.

—Cariño, ¿qué tal ha ido hoy el trabajo?

Él se empieza a reír.

Lo que sucede a continuación no se desarrolla en un solo movimiento, al estilo de James Cagney en el cine, no. Las piernas de Clete rozan la mesa al levantarse, la silla cae hacia atrás lentamente y después se desliza por la pared, en cuyo papel pintado deja una marca. Luego, cuando trata de volcar la mesa, su mano resbala y él está a punto de desplomarse antes de lograr agarrarse mejor, y entonces levanta solo su lado de la mesa, con lo que toda la comida, toda la vajilla, toda la cubertería se desliza en una sola oleada por delante de su mujer e hijo. Ahora, como la mesa pesa menos, Clete logra lanzarla contra la encimera de la cocina. Lleva las gafas torcidas, como un loco, tiene la frente rojísima, le sobresale la mandíbula y se le ven los dientes, unidos por una capa de saliva.

—Mi hijo, el chivato —dice Clete—. Qué, ¿el viejo te ofreció chocolate? ¿Una mierda de cromos de béisbol?

—¡Clete! —grita la madre—. ¡Déjalo en paz!

La mujer se interpone entre Nelson y su padre; está temblando, y, cuando toca a su hijo con la mano, este le nota la fuerza y el miedo en los dedos y los antebrazos.

—¡Me han despedido! —ruge Clete—. Y adivina qué me ha comentado el jefe después de darme la noticia. Me ha preguntado por el chivato de mi hijo. Resulta que su sobrino es uno de los chicos a los que Nelson acusó. Así que gracias, pedazo de mierda.

Ahora está frente a ellos, a punto de hacerles notar su rabia con la misma contundencia de siempre. Ha alzado una de sus manazas, y con la otra empuja a su mujer a un lado para que deje de molestar, como es habitual.

—¡Para! —grita ella.

—¡Eso, tú protéjelo! ¡Así se hará un hombre! No puede ir por la vida con su madre dándole la mano, defendiéndolo en todas partes.

La empuja con tanta fuerza que ella se desploma. A Nelson se le ponen los ojos como platos mientras se prepara para contemplar lo que está a punto de suceder.

Pero Dorothy se ha hartado. Coge un tenedor que ha caído al suelo y, durante un instante, casi parece que se le va a escurrir, que no va a ser capaz de mantenerlo agarrado. Entonces lo levanta y, gritando, corre en dirección a Clete, empieza a clavárselo en el brazo y luego saca a su marido a empellones de la cocina, lo tira al suelo del salón, se abalanza sobre él, le hunde los dientes del tenedor en la cara, le araña la frente y las mejillas, en determinado momento el cubierto se le queda enganchado en el lóbulo de la oreja de Clete, en esa carne delicadamente curvada y traslúcida. A él se le abre una herida y, durante unos instantes, da la impresión de que la oreja podría acabar desprendiéndose. Sangre por todas partes. Ahora Clete también chilla mientras se acerca a gatas a la puerta de la calle, y Dorothy lo sigue a lo largo de todo el recorrido clavándole el tenedor en la espalda y dándole torpes patadas en el culo, gritándole que se vaya, que no vuelva nunca, que adiós y hasta nunca.

Por fin, Clete sale de la casa y corre hacia el Chevrolet.

—Dale las llaves —ordena la madre al hijo con un tono grave y extrañamente imperioso.

Nelson se acerca deprisa al perchero, rebusca en los bolsillos de la chaqueta de su padre, encuentra las llaves y se las da a su madre.

Ella sale por la puerta y las lanza hacia el coche.

—Vete, feo, imbécil. ¡Vete!

Por toda la calle, las luces de los porches se encienden, los perros ladran, las ventanas se abren y las puertas también, con discreción; las caras observan y nadie dice ni una palabra; los gritos jubilosos de esos niños del verano han cesado, el volumen de las radios de onda media ha bajado mucho,

muchísimo, y las conversaciones del café y el postre se han visto reducidas a unos susurros de frente arrugada: «¿Se puede saber qué pasa en casa de los Doughty?». Entretanto, Dorothy tiembla violentamente por la adrenalina, se agarra los hombros y se apoya en la puerta, con sangre en las manos.

Clete coge las llaves del suelo.

—Hace años que no estoy enamorado de ti —dice, señalando a Dorothy—. Adiós, so bruja.

Sube al coche, da un portazo, sale a la calle dando marcha atrás y, con un aullido de los Firestone, se marcha; el coche queda reducido a dos luces traseras rojas y rabiosas que van desapareciendo manzana abajo. Ah, qué silencio hay ahora en la calle; se oye cómo se encienden las farolas, que zumban mientras retoman su cometido estable y nocturno. Y cómo la casa del número 1325 de Fairway Street se ha vuelto mucho más grande de repente por esa ausencia, mucho más silenciosa. La puerta mosquitera se cierra; madre e hijo se sientan callados en el salón; ella, tendida en el sofá, y Nelson, conmocionado, echado en la moqueta del suelo.

—Lo siento —dice el chico, dándole la mano y sin saber qué hacer con ella. Se la aprieta.

—¿El qué sientes? —pregunta ella cansada, con los ojos cerrados.

—Cuando estaba en el campamento pensé: «Durante toda mi vida has sido mi mejor amiga». Te eché muchísimo de menos, mamá.

Ella le besa la coronilla.

—La carta que me escribiste era preciosa. Gracias.

Él se hace un ovillo a su lado, en el sofá, y sollozan juntos sin que les importe quién pueda oírlos, quién pueda enterarse de lo que ha pasado. Pasan varios minutos. Nelson piensa que llorar sienta muy bien.

—Gracias, Nelson —dice por fin su madre—. Te quiero muchísimo, que lo sepas.

Él asiente con la cabeza y se seca los ojos.

—Eres un chico estupendo. Siempre has sido tan bueno, tan sensible...

Él asiente de nuevo, se seca más lágrimas y luego se echa a reír con unas levísimas carcajadas.

—¿Qué? —pregunta ella, y le da un leve cachete en el hombro—. ¿Qué pasa?

—Nada, que... ¡has apuñalado a papá con un tenedor!

Ella resopla dos o tres veces. Entonces los dos empiezan a soltar risas nerviosas. A Nelson le encanta arrancarle esos resoplidos.

—Sí que le has dado bien en la oreja. ¿Lo has visto? ¡Si hasta tenía un agujero!

Ella respira profundamente, pero entonces, con un hipido, se tapa la boca.

—Ay, Dios —dice; se tapa la cara con las manos y habla a través de los dedos—. Nelson, por Dios... ¿qué he hecho?

Dorothy levanta la vista; tiene los ojos rojos e hinchados, la mirada desorbitada.

—¿Qué vamos a hacer? ¿De qué comeremos? ¿Y... esta casa? —Alza las manos, como si señalara al techo, el tejado, la cubierta de la vivienda—. Yo nunca he trabajado. No tenemos otro coche. —Menea la cabeza y se muerde un labio.

Se levanta de repente, pasa por delante de él, entra en la cocina, empieza a recoger el caos de comida, vajilla rota, cubiertos sucios, la mesa que está ahí volcada como un animal de madera con *rigor mortis* y las patas boca arriba. Nelson la sigue.

—Por mí no te preocupes —le dice, sorprendiéndose a sí mismo.

—¿Cómo?

—Ha sido culpa mía —afirma—. Que papá se haya ido es culpa mía.

—Nelson, no digas eso. No es verdad.

—Bueno, es que tengo un amigo que puede echarnos una mano. Para que no tengas que preocuparte por mí.

—¿Qué? ¿Quién? Nelson, ¿qué dices?

—El jefe Wilbur... se ha ofrecido a ayudarme. A encontrarme un sitio donde estudiar.

—Nelson, calla. No te entiendo. Colegio ya tienes.

—No, hablo de uno bueno de verdad, mamá. En el que podría empezar de cero. A lo mejor hacer amigos. Él me ayudaría, lo sé. Quizá también pueda ayudarte a encontrar trabajo.

—¿Lo harías? ¿Te irías sin más? Y qué... Nelson, no sé. ¿En serio?

—Sería mejor. No tendrías que preocuparte por mí. Y volvería a pasar las vacaciones y los veranos. Pero es que así no tendrías que preocuparte por mí.

Ella suspira.

—Nelson...

—¿Qué?

—La verdad es que... —Le lanza a la puerta mosquitera un guisante, que rebota y aterriza cerca de su pie extendido—. No he ido a la universidad, ni siquiera sé escribir a máquina. No tengo currículum ni ropa bonita. ¿Qué trabajo voy a hacer? —No lo sé.

—No lo sabes.

Nelson se queda callado unos instantes y a continuación pregunta:

—¿Crees que se ha ido de verdad para siempre?

Ella asiente en silencio. Se acuerda de la carta de Wrigley Field. Decide contarle la verdad al chico:

—Nelson, tu padre ha aceptado otro empleo. En Chicago. Creo que ya tenía intención de irse. Lo de esta tarde ha sido... su adiós —dice, meneando la cabeza.

—Oh. Pero ¿por qué?

A Nelson le duele el corazón.

—Pues imagino que porque aquí no era feliz. No sé.

—Entonces ¿no va a volver? ¿Nunca?

—No lo sé, Nelson. No lo sé. Eres un chico estupendísimo. Pero sigues siendo un niño. No tomemos ahora ninguna decisión precipitada, ¿eh?

Sigue recogiendo desperdicios y echándolos al cubo de la basura. La noche se ha extendido de forma uniforme por el horizonte.

El chico se pone en pie, coge el teléfono, llama a la operadora, espera y dice:

—¿Operadora? Buenas noches, señora. Quiero hablar con el campamento Chippewa. En Haugen, Wisconsin. Sí, señora, espero.

—Nelson, ¿qué haces? —pregunta su madre, levantándose del suelo de la cocina mientras la sangre le sube al rostro—. ¡Nelson! ¿A quién llamas? —pregunta con voz aguda e incisiva.

Él no le hace caso. Ha vuelto a zambullirse en el río, ha tomado una decisión, y ahora nota que la corriente lo rodea y lo arrastra.

—¡Nelson!

—¿Jefe Wilbur? Lamento molestarlo a esta hora, señor, pero... iré directo al grano.

Menos de un minuto después cuelga el auricular.

—Tengo que estar listo dentro de dos horas. El jefe Wilbur me ha dicho que lo mejor sería que esperase en casa de los vecinos. Y que tú puedes venir, si quieres.

Se da la vuelta y se dirige a su dormitorio.

—Nelson... Eres mi hijo, no puedes marcharte así como así.

—Mamá, si no va a volver tenemos que empezar a pensar. Tenemos que estar preparados, contar con un plan para el futuro. Su voz transmite confianza, y Nelson advierte que está recitando lo que ha aprendido en la instrucción.

—Nelson...

—Dime, mamá.

—Eres un chico bueno y cariñoso, pero es que...

Se deja caer al suelo de la cocina, con la espalda recta y apoyada en la pared. Sostiene dos mitades de un plato roto.

—Por favor, mamá, ven.

Ella dice que no con la cabeza.

Entonces se oyen sus pisadas de niño que desaparecen escaleras arriba; ella se queda sola en el suelo, entre esquivas de vajilla, la sangre que ya está secándose, el guiso desparramado por todas partes. Los perros han empezado al fin a ladrar menos. Las luces de los porches de la manzana se están apagando. Cada vez que un coche pasa por la calle, ella mira a la ventana. Se pone en pie, se seca los ojos, saca la escoba del armario y empieza a limpiar la cocina.

Oh, Dios mío —piensa—, protege a mi hijo. Protege a mi dulce niño.

SEGUNDA PARTE

Verano de 1996

Stardust, restaurante y club nocturno

Las bicicletas se apoyan aburridas en sus soportes y esperan tranquilamente una decisión.

—Cariño, la verdad es que deberíais llevároslas —dice Sarah Quick con los brazos cruzados—. Os van a sobrar un par de días al principio y al final del viaje. ¿Que no las usáis? Al menos las tenéis. ¿Cuál era tu lema, «Siempre listos»?

—Mamá —protesta Trevor, su hijo—, que nadie dice estas cosas en voz alta.

—¿No puedes decir tu lema en voz alta?

—Da igual.

—«Siempre listos.» Me gusta. Pronto irás a la universidad. Ahí también tendrás que estar listo. Tu padre y yo te compraremos una caja de preservativos. Qué narices, un montón de cajas. ¿Qué más? Pañuelos de papel, desodorante, colonia, bastoncillos para los oídos, papel higiénico, ropa interior... ¿Se me olvida algo?

—Papá, ¿podemos irnos ya, por favor?

Jonathan Quick, de cuarenta y nueve años, presidente y consejero delegado de Camiones y Transportes Quick, está en el camino de entrada de su casa, un sendero que acaban de pavimentar de nuevo; examina su sombra y piensa: *Siete de los grandes por un montón de hormigón es tirar la pasta.*

—Tu madre tiene razón —dice distraído mientras se pasa la mano por la cara bien afeitada—. Vamos a llevarnos las bicis. Quién sabe, a lo mejor nos aburrirnos cuando termine el campamento y queremos dar unas vueltas por ahí. Por esa zona conozco algunos recorridos.

Sacan del garaje una estructura de tubos negros de la que cuelgan unas abrazaderas también negras y la fijan a la parte posterior de la furgoneta; a continuación, sujetan las bicicletas a este soporte con una variada colección de correas elásticas y cuerdas adicionales. Sarah aprovecha esos momentos libres para arrancar dientes de león del jardín; después se levanta y evalúa el

progreso de su marido mientras frota los dedos de sus pies contra el césped húmedo de la mañana.

—Papá, se te da fatal hacer nudos.

—Ya, bueno. ¿No te acuerdas de que nunca llegué a Águila? —contesta Jonathan con una sonrisa encantadora.

Y pensar que había estado cerquísima de alcanzar ese prestigioso rango en una organización para chicos... Pero la verdad es que ¿de qué le serviría ahora esa insignia? No es exactamente lo mismo que ser comandante en jefe del ejército, por ejemplo, o capitán de los Yankees. Si ni siquiera equivale a ser presidente del Rotary Club de la zona... Ser Águila de los Boy Scouts se parece más a haber sido bastonero de la banda de música del instituto o secretario de la asociación de alumnos. Algo bastante inútil, la verdad.

El chico está rehaciendo los nudos del padre, y lo cierto es que todo parece más sujeto. Es buen muchacho. Algo han hecho bien, Sarah y él. Saben que, al menos, de Trevor pueden estar seguros.

—Dame un abrazo —le pide Sarah al joven antes de acercárselo de un tirón.

Él es más alto que ella, y también amenaza con superar pronto a Jonathan. El abrazo es torpe, unilateral, breve, y Trevor se instala sin perder un instante en el asiento del copiloto de la furgoneta familiar, se pasa el cinturón por encima del pecho y se queda contemplando con gesto inexpresivo el aspersor del vecino, que lanza su constante abanico de riego matutino.

Jonathan piensa que es posible que el chico se esté haciendo un poco mayor para todo el tema este del campamento de Boy Scouts. Vamos a ver, si hasta tiene carné de conducir, y escucha a Dr. Dre y a Snoop Dogg con sus colegas. *Rollin down the street, smoking indo, sippin on gin and juice / Laid back (with my mind on my money and my money on my mind)*...* Ese mundo de las insignias al mérito, de dejarte caer de espaldas para ver si los demás te cogen, de las canciones a coro, ¿no resulta más apropiado para niños de doce y trece años? Son realidades tan distintas como las que separan a un niño que cree en Santa Claus de otro que no. ¿Cómo se define este fenómeno? Magia o ausencia de magia. ¿Y no es precisamente eso un campamento de los Boy Scouts? Un intento de crear magia. Nada que ver, pongamos por caso, con

buscarse un trabajo en Shopko y llevar un sueldo a casa para ayudar con el seguro del coche o las entradas para los Smashing Pumpkins por las que el chico lleva implorando toda la primavera: esa es la realidad de un adolescente.

—Te quiero —le dice Sarah.

Le da a Jonathan un beso en la mejilla y un cachete en el culo, como para desearle buena suerte. O, según piensa él, como si le diera un azote a un caballo para precipitar una despedida. *Ciao*. Hala, que vaya bien el viaje. Llevamos ya veinticinco años casados y a él le da por volver al campamento de los Boy Scouts, cuando podría estar cortando el césped o haciendo un filete de falda de ternera a la parrilla, preparando una salsa chimichurri, encendiendo un Partagás muy gordo con un trozo de cedro. La rodea con los brazos; ella se pone de puntillas, le da otro beso más intenso y le dice:

—Échame de menos.

—Ya lo hago —contesta él.

Entonces él también le da un cachete en el culo a su mujer. Sarah saluda a Trevor con la mano por última vez; luego vuelve por el camino de entrada a buen paso y roza el macizo de balsaminas, repleto de flores bajo la luz plena de la mañana. Jonathan baja la cabeza unos instantes, se rasca el cuello. *Campamento de Boy Scouts*.

Trevor se inclina hacia el otro lado del vehículo y toca el claxon. — Papá, vamos —dice en tono de queja.

Ya, hijo. Ya.

También podría haberse ido de Wisconsin, pero ¿para qué? El negocio familiar estaba firmemente asentado en Eau Claire, la red de contactos que había conseguido en los clubes universitarios, desperdigada por el estado, por toda la zona septentrional del Medio Oeste... Sus padres seguían aferrados a la casa del barrio de Third Ward, en Eau Claire, un gran cubo de ladrillo en el que se está instalando un olor que él no llega a identificar del todo, con cajones llenos de viejas tarjetas de felicitación, armarios atiborrados de los proyectos de manualidades de su madre y rollos de papel para regalos de Navidad, un sótano que es una tumba de enmohecidos ejemplares de

National Geographic, *LIFE* y mapas de carreteras gratuitos de la asociación de automovilistas, todos mal doblados. Él ha estado en París, Londres, Ciudad del Cabo, Moscú, Tokio, Sídney. Ha visto mundo y ha pasado fuera el tiempo suficiente para saber que el truco consiste en ganar bastante dinero para largarse del pueblo en invierno e irse a un sitio más cálido. A Sarah le gusta Florida, ha encontrado un centro de ciencias marinas en el que puede hacer de voluntaria una semana y dar de comer a los delfines, acariciar peces manta o las chorradas esas a las que se dedica, a saber cuáles son. Jonathan prefiere Nuevo México, donde el aire es más seco, no hay tráfico y puede contemplar a todas las mexicanas desde detrás de sus Ray-Ban. Como es de esperar, pasan casi todo el tiempo en Florida y cada uno hace su vida. Trevor se escabulle al jacuzzi del complejo turístico, incluso con treinta y tantos grados, o al salón recreativo, donde se deja una pequeña fortuna en un videojuego llamado *Terminator 2*, que viene con dos fusiles de asalto, parecidos a los Uzi, que masacran a hordas de cíborgs de plata metálica y ojos rojos. Sarah juega con los delfines o limpia la persistente película verde de cieno que se posa sobre el vidrio del acuario mientras Jonathan se marcha a un campo de prácticas de golf y se ventila seis o siete cubos de maltrechas bolas Titleist, para después dirigirse al bar de un centro comercial a tomarse unas copas que saben a crema de coco o a bronceador; ambas sustancias están tan fusionadas en su mente que ya no las distingue. Se queda ahí toda la tarde, frotándose las ampollas hinchadas que tiene repartidas por la palma de la mano. Hace un gesto de dolor porque se le ha quemado la piel del puente de la nariz, flirtea con la camarera y ve los resúmenes de la NASCAR. Allí se vive bien. A veces la camarera se pone justo delante de él, se inclina por encima de la barra, anuda tallos de cereza utilizando solo la lengua y después se traga los nudos. Él le da una propina de cinco dólares cada vez que lo hace, es un juego al que se entregan toda la tarde, y al final de la semana cabe la posibilidad de que los dos reserven una habitación en el Silver Palm de la autopista A1A, el que queda a poco más de un kilómetro del bar. Un año, la mujer se empeñó en que hicieran una lucha cuerpo a cuerpo, con aceite de bebé, antes de follar, detalle que Jonathan incorporó con éxito a su vida matrimonial en una torpe tarde en que Trevor se había ido a dormir a casa de

un amigo. Sarah se quejó de que aquello les estropeaba las sábanas, lo que era cierto, pero esa no era la cuestión.

Una especie de metáfora de la vida de casado, piensa Jonathan. Trevor y él están apenas a dos manzanas de la casa, acercándose con lentitud a una señal de stop, cuando a Jonathan se le ocurre preguntar:

—¿Quieres conducir?

El chico lo mira, absolutamente anonadado.

—Tienes el carné. ¡Que si quieres conducir!

Una oportunidad de lo más infrecuente. Solo hace unas semanas que Trevor se ha agenciado el carné; el viaje de hoy al norte sería el primer desplazamiento por carretera para el chico, por una carretera interurbana de las de verdad, kilometraje por autopista; no un simple paseo al instituto o al Dairy Queen a comprar un helado Blizzard o algo así. Se le presenta la ocasión de darle caña a ese motor V6.

Trevor esboza una sonrisa y dice:

—Gracias, papá.

Con el semáforo en rojo, se bajan y cambian de asiento. Ya en el del copiloto, Jonathan piensa que lo que acaban de hacer constituirá una infracción de tráfico, seguro, y con razón.

—Una cosita —dice—. ¿Conoces la licorería esa de Clairemont, una vieja y hecha polvo?

—Sí.

El chico emplea un tono cauteloso. Le hace ilusión ir por la carretera, no le interesa desviarse, quizá como mucho para pillar una bolsa de papel grasienta, blanca y azul, llena de hamburguesas de Culver's, las que tienen el bollito tostado con mantequilla: más combustible para ese horno adolescente que arde en su interior.

—Para ahí. Tengo que comprar unas botellas.

—Papá...

—No tardaré nada, vuelvo en un segundo. Tú quédate aquí. Oye, ¿has traído tus CD? Podrías ir buscando música para el trayecto.

Jonathan le da una palmada en el hombro y sale del coche. Gran parte de la labor de padre consiste en un falso entusiasmo como este, pequeñas tareas en torno a algo que les interese: trucos mentales propios de un Jedi, por

decirlo de algún modo. En la licorería hay un silencio y un frescor deliciosos, aquello es como meterse en una piscina cuidadísima, de color aguamarina y centelleante. La luz transmite la misma sensación, los fluorescentes titilan levemente, como los rayos del sol cuando se filtran a través de las hojas de un álamo. Y la luz de la mañana se cuele oblicua y optimista en el edificio. Como sabe que Trevor estará distraído con el estuche lleno de CD, Jonathan coge un carrito y lo guía por los estrechos pasillos mientras se lleva lo que necesita. Ginebra, tónica, vodka, algunas cervezas importadas de esas que vienen en botellines verdes, unas cuantas limas de aspecto lamentable, tequila, unas botellitas de brandy para el café de la mañana. Varias. Cuando estén en la «reserva» (así es como llaman al campamento en la actualidad), costará tener acceso al alcohol. No será imposible, pero... Jonathan sabe que puede camelarse a un par de supervisores. Tardará unos días en estudiar a cuáles puede aislar para después sobornarlos; siempre hay un par de ovejas negras. Puede empezar a distinguir a los candidatos por lo largo que llevan el pelo, los zapatos que calzan (los aspirantes a hippy prefieren las sandalias Chacos o Texas), los *piercings*, los collares de cáñamo, los adornos de los Grateful Dead o Phish, los tatuajes. Los amigos de Trevor ya han empezado a identificarse de este modo. Qué pronto encontramos algunos nuestras tribus.

Después de pagar, empuja el carrito al exterior y se adentra en el pegajoso aire estival. La acera está mojada; el tendero ha salido temprano y, con una manguera, ha quitado las colillas y los envoltorios de caramelo de su cemento y los ha echado a la alcantarilla. Trevor mueve la cabeza al ver tanto alcohol.

—Pero, papá... Si apenas tenemos espacio. Además, ¿cómo vas a conseguir meter eso en el campamento?

—No seas tan responsable —dice Jonathan—. Ya me ocupo yo de eso. Vamos a ver, por Dios, ¿cuántos años tienes?

—Es que no quiero que te pases borracho toda la semana.

—Por eso no te inquietes. Tú y tus colegas apenas me vais a ver.

Estamos de vacaciones —piensa Jonathan—. *¿Por qué no voy a poder pasarme toda la semana borracho?*

El chico sabe cuál es su público, de eso no cabe duda; con las ventanillas bajadas, bronceándose los antebrazos y los codos, avanzan al límite de velocidad mientras suben y bajan la cabeza al ritmo de los Creedence, al tiempo que Jonathan le da sorbos a una cerveza, con los pies descalzos en el salpicadero polvoriento, calientes bajo el sol que va saliendo. Trevor agarra el volante con firmeza, la mandíbula tan apretada que de vez en cuando se produce un chasquido audible a pesar del estruendo de la carretera. Hay que ver lo *meticuloso* que es el chico este. —Oye, Trev, relájate un poco, ¿eh? Te va a dar algo con tanta tensión. No pasa nada. Vamos en una furgoneta, ¿vale? Ningún poli sensato va a darle el alto a un vehículo así. Vas a ochenta y cinco, la matrícula está al día, el seguro, pagado. Tranquilo. De hecho, ¿por qué no pisas el acelerador hasta ponerte en... no sé, en *noventa*? Porque es que me estás poniendo de los nervios. Nos va a adelantar un tractor, por el amor de Dios.

—Papá, ¿de verdad vas bebiendo en el coche? —pregunta Trevor con la voz temblorosa—. Si nos pillan...

—Quiero que pares cuando llegemos a Blommer —dice Jonathan mientras da otro trago de cerveza, señalando al norte con la lata en un ademán impreciso.

—¿Ya? ¿Tan patética es tu vejiga?

—Cierra el pico y hazlo.

—¿Dónde?

—Me da igual. Donde haya buenas vistas.

El chico suelta un suspiro justo en el momento adecuado, mueve la cabeza y agarra el volante con fuerzas redobladas. Jonathan nunca se imaginó que llegaría a tener una Chevrolet Astro; la furgoneta parece una nave espacial en forma de caja, con un parabrisas que tiene la visibilidad del Halcón Milenario. Se siente como si fuera Han Solo y le hubiera dejado los mandos a un *wookie* adolescente. La cerveza está de lo más fría y reluce: es como tragarse una luz de invierno en la que persiste el recuerdo de las estivales flores silvestres, del heno recogido.

Jonathan bebe cerveza para recordar la libertad de su época de instituto y de universidad; bebe vodka para olvidar la realidad de su situación actual: casi cincuenta años, un burgués de clase media alta, casado, aunque no del

todo felizmente, con una furgoneta y una flota entera de camiones de dieciocho ruedas, y otra colonoscopia a dos años vista...

—Papá, hay áreas de servicio. Dios...

—Las áreas de servicio son para el vulgo —afirma Jonathan—. Los Quick preferimos mear en la naturaleza.

Salen de la autopista y Trevor se dirige al este internándose en la campiña y detiene el vehículo en una carretera secundaria en la que el terreno es liso como un plato llano y los árboles, jóvenes y escasos; de la tierra solo brota el maíz y las hierbas altas. —¿Ves por aquí algo que me tape? —pregunta Jonathan mientras abre la puerta y tira la lata vacía a la cuneta. Extiende los brazos para señalar la amplia vulnerabilidad de la posición en que se encuentran—. Ni siquiera hay un arbolillo en el que pueda mear.

—Bueno, es que nos podríamos haber parado en un restaurante, papá.

—Ya lo sé.

Jonathan se desabrocha el cinturón, se abre un poco los vaqueros azules y se arrodilla en la grava, junto a la rueda delantera del lado del copiloto. Hace un gesto que ha copiado de los jugadores de fútbol profesional que compiten en partidos largos e intensos, y finge estar atándose las zapatillas. La orina sale tímida al principio, después urgente, levantando una nubecilla de polvo claro. Se la menea, se la mete, se pone en pie y se estira de forma ostensible para que lo vea toda la pradera.

—Ya hemos cruzado el cuarenta y cinco —anuncia muy contento, rascándose el vello del vientre; después ejecuta unos someros estiramientos: se toca los dedos de los pies, extiende las piernas, hace unos doce saltos de tijera.

—Vale, ¿y? —pregunta Trevor, aburrido hasta la extenuación, tan agitado como una hoja de periódico al viento. Se pasa una adolescente mano por la frente de pura exasperación.

—El paralelo cuarenta y cinco. Ya hemos recorrido más de la mitad de la distancia entre el ecuador y el polo norte. Menuda cosa, ¿eh?

—Papá, no es más que una línea arbitraria que no sé qué cartógrafo dibujó sobre la Tierra hace mucho tiempo. No significa nada. ¿Nos podemos

ir?

—Trev, el campamento empieza mañana. ¿A qué viene esa prisa?

—Quiero llegar al motel.

—¿Por qué?

—No sé. Por la tele.

—¿Quieres que nos demos prisa para ver la tele?

—Es mejor que *esto*.

—¿Sabes por qué he parado aquí?

Esta vez, nada. Ninguna reacción por parte del chico. Ni siquiera un suspiro de cansancio o un avergonzado «Papá...».

—Siempre que mi padre, tu abuelo Jasper, y yo íbamos al campamento, hacíamos una parada más o menos por aquí. A veces, un poco más avanzada la carretera. Y él me decía lo mismo todos los veranos, y todos los otoños también, durante el campamento de caza. Me decía: «Jon, muchacho, todo lo que pase a partir de aquí, de aquí al norte, es nuestro secreto. Queda entre tú y yo». Me inició en esta filosofía cuando yo tenía doce años. Y ahora ¿tú cuántos tienes? ¿Dieciséis, a punto de cumplir cuarenta? ¿Cincuenta? ¿Sesenta?

—Papá.

—Setenta. No sé. Seguro que eres el adolescente más soso que he visto en mi vida.

—Papá...

—Lo que te estoy diciendo es que te relajes. Esta noche vamos a ir a un club nocturno famosísimo, es toda una institución. Creo que una vez Theodore Roosevelt cenó allí. O a lo mejor fue Franklin, no sé. En todo caso, quiero que conozcas a un amigo mío. Vamos a pasar una cena estupenda y civilizada. Si quieres pedirte una cerveza o una copa de un buen vino, no pasa nada. No se lo voy a decir a tu madre. O si prefieres un cóctel, tampoco pasa nada. Pide lo que te apetezca. Qué carajo, si vas a seguir dándotelas de abstemio, pide un puto Shirley Temple, me la suda. Puedes seguir siendo mi chófer oficial, como si fueras Morgan Freeman y yo... eh, Jessica Tandy. Bueno, lo que iba diciendo es que estamos de vacaciones, ¿vale? A eso me refiero. No te pongas tan recondenadamente criticón. Eres joven. Relájate.

—Ya, bueno, es que alguien tiene que ser responsable.

—Pero ¿qué eres, Trev, un maldito republicano? ¿Dónde están tu esperanza, tu ilusión, tu irresponsabilidad, tu despreocupada inconsciencia, joder?

—¿Has terminado?

—Sí. Solo quería soltarte este discurso, que resulta que forma parte de la historia de tu familia. O lo tomas o lo dejas.

—Muy bien.

—Me da la sensación de que lo dejas, por así decirlo.

—Papá...

Los Creedence ceden el paso a los Doors. Jonathan ya lleva tres cervezas en el cuerpo cuando pasan junto a la localidad de Rice Lake, que les queda a la derecha; se internan completamente en una zona que se conoce por el nombre de los Northwoods, y que se distingue, sobre todo, por su cocina grasienta, sus carreteras de dos carriles, sus bosques talados y una nostalgia generalizada y vinculada a los años de oro del lugar (la década de los cincuenta), cuando los padres, hermanos y tíos de todo el mundo habían vuelto sanos y salvos de la segunda guerra mundial, había dinero que gastar y, oye, ¿por qué no nos compramos una de esas cabañitas de mierda o una autocaravana, y qué carajo, la plantamos en lo que queda de naturaleza virgen, y pasamos el verano en ella, dándoles manotazos a los mosquitos y a las plumas de bádminton, cenando perca y robaleta fritas todas las noches, jugando al *euchre* o tratando de dispararle a la luna, todo ello con nubes de azúcar asadas y telarañas en el pelo?

—¿El Corneta va a venir a la cena de esta noche? —pregunta Trevor con un tono de voz algo serio.

—No deberías llamarlo así —dice Jonathan, mostrando por primera vez en ese día cierto atisbo de sensatez.

—Lo siento. El señor Doughty. ¿Viene a la cena de esta noche? —No lo sé. Le he invitado. Le mandé una carta con la fecha, la hora de la reserva, el restaurante. No me ha contestado.

—Espero que venga.

Un profundo, sensible y reflexivo silencio adolescente llena la cabina de la furgoneta, un silencio que, según decide Jonathan, presenta más o menos el color y la densidad de un pudín de limón. Trevor idolatra a Nelson, le encanta verlo todos los años en el campamento; Jonathan se entera de todo lo relacionado con él cada verano. Nelson hace nudos con los ojos vendados y a una velocidad impresionante. Nelson da en las dianas desde distancias imposibles. Nelson levanta ciento cincuenta kilos mientras hace sentadillas sin derramar ni una gota de sudor... Las anécdotas son legión.

—Papá, ¿puedo preguntarle a Co..., puedo preguntarle al señor Doughty por Vietnam?

—Yo no lo haría.

—¿Por qué no?

—Trev, porque es de mala educación. Joder, al tío casi lo matan en ese sitio, y lleva la espalda ensamblada con metralla y pegamento. Como conversación durante la cena no resulta muy agradable que digamos, ¿vale? La forma de abordar estos temas, como adulto, es esperar con paciencia, hasta que la persona en cuestión *quiera* contarte algo de su experiencia, y, entonces, ¡zas!, ya lo has conseguido y te lo empieza a soltar. Lo que no puedes es sacar el tema de buenas a primeras, hacerle preguntas sobre el Viet Cong, las minas antipersona de los cojones, las estacas *punji* y demás putas mierdas que vio por allí, lo que fuera. No mientras te estás tomando un cóctel de gambas con buñuelos de pan.

Así, sin más, la sincera curiosidad adolescente desaparece, se convierte en un silencio venenoso, y Jonathan lamenta a medias su discurso. No lo *dicho*, no el contenido. Pero por Dios, qué sensible es el chico. Ya está, ya se ha encerrado en sí mismo; Trev tiene la vista clavada en el horizonte, a lo lejos, como el chófer de un presidente, la mirada completamente inexpresiva, a excepción de ese punto de rabia que recorre su cuerpo adolescente. *Dios mío*.

—Lo siento, Trev. Pero bueno, ya sabes lo que quiero decir, ¿no? — Solo era curiosidad, nada más. Jo, papá, ni que fuera a preguntarle a cuántos chinorris se cargó, joder.

Jonathan suelta un suspiro.

—¡Esa lengua, eh! Di vietnamitas, por favor. O camboyanos, bueno, según... Da igual; mira, a lo mejor la pregunta tendría un pase si hubieras llegado a ir a la guerra y hubieras perdido a tus colegas, pero eres un chico de dieciséis años de Eau Claire, Wisconsin. Así que tranquilo, ¿eh? No voy a permitir que sueltes una retahíla de insultos racistas.

Qué agotador, el rollo este de ser padre; qué rápido se vuelven las tornas.

Campos y más campos de maíz Cargill crecido hasta la altura de la cintura y soja Pioneer a la altura de la rodilla, embarrados rediles de vacas Guernsey y Holstein manchadas de mierda, campings de caravanas mustias y amarilleadas por el sol, graneros desvencijados que piden a gritos un chorro de gasolina y una cerilla, cementerios rodeados de cipreses tirando a marrones y vallas metálicas, silos de piedra abandonados, ríos septentrionales pequeños y medianos, bosques de arces, robles y pinos silvestres que van pasando a casi noventa kilómetros por hora.

Al fin, el chico rompe el silencio:

—Lo siento, papá.

Jonathan abre los párpados pesados, se remueve. Otro consejo para padres: tratar de no decir nada durante todo el tiempo que haga falta. Casi siempre, hacer de padre se parece a negociar un contrato. Que ellos lo saquen todo. Que se acerquen a ti. *No vayas persiguiendo cataratas*, proponen las TLC por la radio.

—No te preocupes.

Sigue siendo un niño. Se limita a imitar lo que escucha, como un puto tucán o algo por el estilo. Un loro.

—Bueno, entonces... ¿mató a alguien por ahí, o algo?

Jonathan mira por la ventana, aparta la vista de su hijo y se acuerda del Corneta, de los muchísimos años que el Corneta y él estuvieron sin hablarse, cuando como mucho se carteaban dos o tres veces al año, sobre todo cuando el otro estuvo en Vietnam; después llegaron años de silencio absoluto, hasta que, de repente, se enteró de que habían contratado al Corneta para que sustituyese a Wilbur Whiteside, el legendario jefe del campamento Chippewa. El periódico decía que Wilbur había salido a darse el chapuzón de todas las mañanas y había vuelto a su cabaña, pero no se había presentado en

la ceremonia de la bandera, y, al retrasarse, todo el mundo supo que había pasado algo espantoso. Aun así, cuesta sentir demasiada pena por un hombre que vivió una vida tan buena y larga, que incluso sobrevivió a una guerra mundial, y que logró dejarle más de tres millones de dólares al campamento que ahora lleva su nombre, la Reserva Whiteside de los Boy Scouts.

—Me parece —contesta Jonathan con tiento— que el señor Doughty mató a mucha gente por allá, y la verdad es que no creo que le haga mucha falta que se lo recuerden.

—Ah.

—Los Boinas Verdes, Trev. El señor Doughty es un malo malote.

—Oh.

Jonathan decide reorientar la conversación en una dirección inesperada. Carraspea.

—Bueno, ¿y qué tal va esa novia tuya? —pregunta trastabillándose un poco—. Perdona, ¿se llamaba Robin, Raquel, Rose...? Échame una mano.

Siempre le toma el pelo a Trevor con el nombre, en parte porque nunca ha dedicado tiempo a memorizarlo, convencido de que esta novieta no va a durarle demasiado. Solo es una fase por la que el chico está pasando.

—Rachel —le corrige el joven en tono inexpresivo—. Rachel Gunderson. Hay que ver, papá. Llevamos saliendo seis meses o por ahí.

—No me digas. Qué maravilla, Trev. Cuantísimo me alegro. Jonathan no tiene una opinión particularmente buena de la novia de Trevor. Para empezar: a ver, que tienen dieciséis años. Están en la época de las exploraciones sin compromiso en el asiento trasero. «Tocamientos intensos», según los denominó Jimmy Carter. Eso sí, Rachel es mona. Unos ojos castaños grandes grandes, con un brillo tirando a tontorrón. Fina de caderas y quizá algo falta de pecho, pero mona, de todos modos. Aunque él solo alcanza a imaginársela ejerciendo de niñera, o quizá trabajando en un McDonald's para coches. No tiene la menor pinta de ser lo bastante lanzada para unas travesuras sexuales adolescentes verdaderamente satisfactorias. Siempre lo llama «señor Quick» (incluso después de que él se haya empeñado en que lo llame Jon), es parca en el contacto visual y, de forma preocupante, afirma que su libro preferido es *Misty de Chincoteague*. Jonathan le da un sorbo a la cerveza con los ojos cerrados. Escucha cómo los

dedos de Ray Manzarek van flotando de un lado a otro del órgano Vox Continental.

—¿Papá?

—No me he movido de aquí.

—Creo que estoy enamorado de Rachel.

El pudín de limón se adueña del coche, un ambiente cítrico cargadísimo, un séptimo cielo rebosante de putos rayos de mantequilla o de luz de girasoles o vaya usted a saber qué. Da un poco de vergüenza lo feliz que está ahora este coladísimo muchacho.

—Qué bien, Trev.

—Jo, papá, es que es una chica increíble, la verdad. Tiene muchísimo talento. Creo que algunas universidades van a venir a verla el año que viene para que entre en sus equipos de *softball*, ¿a que es increíble? ¡Y gracias a ella he descubierto un libro chulísimo, *Las nueve revelaciones*, que me ha cambiado completamente la forma de ver el mundo!

—Cuánto me alegro por ti, Trevor. Un amor así... es un sentimiento maravilloso, sí, señor.

Jonathan revisa los archivos de su memoria en busca de esa sensación adolescente, *estar enamorado*. ¿Y ahora? ¿Está *enamorado* de Deanna? No, está bastante seguro de no estar *enamorado* de ella. No exactamente. Bueno, a lo mejor. ¿Está *enamorado* de Sarah, su mujer? No. Piensa que ese barco zarpó hace mucho tiempo. Ay, Dios, de eso hace décadas... Pero ¿por qué? ¿Cómo? *Estuvo* enamorado de ella, eso lo recuerda. Su luna de miel en Hawái...

Qué blanca tenía la piel debajo del biquini, aquella tela ondulante de su vestido en la cena de cierta noche, el sonido del oleaje al fondo mientras él pensaba: *Somos adultos. Estamos iniciando nuestra vida en común*. Alquilaron un pequeño jeep y recorrieron la isla; se iban deteniendo a lo largo del camino para meterse en la selva y hacer el amor; luego volvían al coche riéndose como dos ladrones de bancos con bolsas de dinero en las manos. Subieron por la ladera de un volcán y estuvieron cerquísima de un río de lava que siguieron hasta el océano, donde la porción más reciente del planeta acababa de enfriarse, negro y humeante, *justo delante de ellos*; aquella cosa era la más nueva del mundo. De noche, bajo antorchas *tiki*, cenaban grandes

banquetes de cerdo a la barbacoa con fruta exótica y fresca, y pescado a la parrilla. Ella se ponía una flor tropical en el pelo todos los días, y cuánto le quemó la piel el sol; sufrió una fotodermatitis la noche antes de coger el vuelo de vuelta. Cuánto dolor debió de sentir durante ese largo vuelo, sin ningún lugar donde tumbarse cómodamente, sin poder gemir, llorar o quejarse sin llamar la atención. Así que se limitó a apoyar la cabeza en el hombro de Jonathan y a tiritar de dolor, roncando un poco. —¿Qué pasa? —pregunta Trevor, apartando la mirada de la carretera un instante para fijarse en la cara relajada de su padre—. No te cae bien, ¿verdad?

Jonathan suspira, se recoloca en el asiento, apura la lata de cerveza y la tira por la ventanilla. Entonces baja la música de los Doors, justo cuando empieza *The End*. No es precisamente una canción indicada para escuchar a media mañana en una autopista y en verano.

—Mira, Trev. El tema es este. Tienes dieciséis años, ¿eh? ¿Por qué quieres comprometerte con algo tan serio como el *amor* ahora mismo? Porque puedes ir a Baskin-Robbins y probar todos los sabores. *Los treinta y un sabores*. No me malinterpretes; si te gusta un sabor, pues claro que sí: prueba dos, tres bolas. Pero ¿por qué...?, a ver, ¿por qué un chico de dieciséis años va a limitarse a la vainilla durante el resto de su vida? No lo entiendo. Yo no lo hice. Ni tampoco tu madre, me parece.

Cree recordar que, mientras estaba de intercambio en un instituto de Venecia, Sarah se enamoró de un chico que se llamaba Gianmario, recuerda haber estado muy celoso de ese fantasma italiano, incluso tras cinco años de casados. Imaginaba a su mujer haciendo el amor con un semental de pelo negro y piel aceitunada mientras las góndolas surcaban las románticas aguas a los pies de su nidito de amor del siglo XIV.

—Rachel no es la vainilla, papá.

—Ya, Trev, pero tampoco es una piña colada. Ni un cóctel *blue moon*. Ni un helado de menta con pepitas de chocolate. Es una chica de dieciséis años a la que le gusta jugar al *softball* y leer libros de autoayudaseudorreligiosos. Vamos a ver, ¿no quieres ingresar en el Cuerpo de Paz? ¿Enamorarte de una chica..., no sé, de alguna colombiana de los cojones? ¿Una nepalí? ¿Una etíope? ¿Una iraní? Las iraníes están como un tren.

—Papá, las otras chicas no me interesan. Quiero a Rachel.

—Pues vale. Y la universidad ¿qué? ¿Eh? En el futuro irás a la universidad. ¿Qué vais a hacer, ir al mismo sitio? Eso es más bien propio de personas inmaduras, ¿no crees? ¿No quieres conocer gente nueva, diversificarte, echar los clásicos polvos de una noche?

—Papá, eso suena fatal. Así es como la gente pilla el VIH.

¡Qué tío!

—¿Eres mormón? —pregunta Jonathan.

—¿Qué?

—Nada, da igual.

—Bueno, me parecía que iba a gustarte saberlo. Te pasas el día preguntándome cosas de mi vida y tal.

—Trev, cuando te pregunto cosas de tu vida, lo que de verdad quiero saber es si te estás drogando o si vas con malas compañías o si necesitas ayuda para conseguir gomas... Hablando de lo cual, supongo que es un buen momento para preguntártelo... Imagino que estarás tomando precauciones para protegerte de las enfermedades de transmisión sexual, o también de la posibilidad de un embarazo no deseado, ¿no?

—Dios mío... Papá...

—Eh, que has sacado tú el tema del amor eterno que te inspira Rachel, y ahora no quieres poner los puntos sobre las íes. A ver, para vivir el amor a nivel profesional, como en el matrimonio, siempre hay que estar poniendo los puntos sobre las íes. El trabajo de los cojones, las hipotecas, el seguro de salud, los impuestos, los apliques, el papel pintado, los planes de pensiones y el «cariño, nos hemos quedado sin levadura, ¿puedes ir a comprar?», los cambios de aceite y llevar a tu hijo al entrenamiento de fútbol y otro millón de cosas más que no he dicho y que son un coñazo. *Capisce?* Pues bien, pongamos los puntos sobre las íes. ¿Lo hacéis con condón?

Trevor agarra el volante con una fuerza que bastaría para arrancarlo de la columna de dirección.

—Hasta ahí no hemos llegado.

—Pues qué pena. Bueno, pero ¿quieres condones? Podrías practicar con ellos, cuando estés solo, como tú veas.

—¡Papá!

Jonathan levanta las manos: no dispires.

—¿Y si se queda embarazada?

—¡Te acabo de decir que no nos hemos acostado!

—Ah, es verdad. ¿Y qué pasa, que las cosas no se pueden complicar, o qué? En esta etapa te estará haciendo algunas pajas, es posible que estés aprendiendo a desabrocharle el sujetador. Pero fíjate en lo que te digo: dentro de un mes estaréis jugando a lo de solo la puntita, y te voy a contar una cosa: después de eso, cuidadito. Ha llegado el momento de encargar niños.

—Eres un cerdo y lo sabes, ¿verdad? Pareces... no sé, un viejo verde. Un salido.

Jonathan hace caso omiso.

—Entonces, ¿ella qué opina? Si se queda embarazada mañana... ¿lo tendría o no?

—No lo sé.

—¿Quieres ser padre ahora, con dieciséis años?

Trevor pone cara de vergüenza detrás del volante.

—Creo que no.

—Buena respuesta, porque yo tampoco quiero ser abuelo. ¿Y ella?

—Bueno, estoy bastante seguro de que ninguno de los dos quiere tener un hijo ahora...

—Pero ¿y si pasara? ¿Se plantearía abortar? ¿Habéis hablado de la posibilidad?

—Seguramente no. Su familia es muy conservadora.

—Vale. No pasa nada. Pero los dos deberíais opinar lo mismo. Piénsatelo. Lo digo en serio, Trevor. A eso me refiero con lo de poner los puntos sobre las íes.

Se dirigen muy al norte del campamento, pasan por Haugen, por Trego, la minúscula localidad de Seeley, por Hayward y Drummond, también, y llegan a Cable, el pequeño municipio de Cable: apenas una gasolinera, un supermercado, una cafetería, un bar y una biblioteca. A las afueras está su motel, el BelAire, un vestigio de la década de los cincuenta con unas sillas de plástico montando guardia delante de unas puertas exteriores numeradas del uno al ocho. En la entrada hay una piscina pequeña y una máquina de Coca-

Cola y, detrás, un destartalado campo de minigolf de nueve hoyos con césped artificial desgastado; al molinillo del hoyo número tres le faltan dos de los brazos.

El Bel-Aire ha resistido con valentía a lo largo de los años, y a Jonathan esto lo conmueve un poco. No solo eso, sino que además los dueños lo conocen, aceptan efectivo sin problemas, y la tarifa es lo bastante baja como para poder pillar tres habitaciones. (Trevor no se ha interesado por el asunto de las habitaciones: Jonathan ronca como un oso pardo —o eso le han dicho—, y Trevor agradecerá esa intimidación, sin duda, para poder llamar por teléfono a Rachel.) Una es para su hijo; otra, para él, y otra, con suerte, para su amiga Deanna, una mujer a la que Jonathan conoció hace casi dos años justos, cuando llevó a Trevor al campamento en 1994.

Jonathan había tenido que enfrentarse al típico papeleo lioso de la inscripción y el registro de su hijo en el campamento. Leguleyadas, copias duplicadas en papel carbón y documentos de exención de responsabilidad en el caso de que el joven Trevor se ahogara después de caerse de una canoa, por ejemplo, o de que se le acabara clavando una flecha perdida en la órbita ocular, de que contrajera el hantavirus debido a la gran cantidad de excrementos de ratón de su cabaña, o de que quizá se cayera encima de un puercoespín. Blablablá. Sí, tuvo que firmar todos y cada uno de los dichos formularios y después llegó el largo, pesado y sentimental paseo por el comedor y el cuartel general antes de dirigirse al lugar concreto en que ese año se ubicaba el campamento, con todos los padres y todos los *scouts*, que llevaban mochilas, no todas igual de preparadas para la intemperie, pero sí llenas a rebosar, eso no fallaba, de caramelos Starburst, galletas Oreo, ositos y pececitos de goma, pastillas de chocolate de colores y cien tipos de chocolatinas en miniatura, todo destinado a derretirse y convertirse en una masa pringosa antes de que hubiera acabado el segundo día. Después tenías que dejar instalado a tu hijo en su nueva cabaña (porque ya no se utilizaban las tiendas de lona de antes) y esperar con los dedos cruzados que fuera lo bastante popular para atraer a algunos compañeros de cuarto que fuesen decentes, o que sufriera la humillación propia de los chicos preadolescentes y adolescentes llorosos que, con una mochila colgada de unos hombros protuberantes, se dedicaban a buscar a otros dos o tres chicos que aguantasen

su compañía de forma no violenta. Afortunadamente, Trev siempre daba la impresión de tener amigos.

Sin embargo, el momento de instalar a Trev en la cabaña de otros muchachos siempre hacía que Jonathan se acordase muchísimo del Corneta. Pobre Corneta. Su empapada tienda de lona desplomada con malicia sobre el ocupante, sus gafas rotas. Su corneta. La letrina...

Cuando Trevor hubo elegido catre, hubo guardado la ropa y hubo sacado el saco de dormir, Jonathan le dio un abrazo de despedida; después dio las gracias a los jefes de tropa y a los otros padres supervisores antes de volver a toda prisa al Stardust, restaurante y club nocturno, a tomarse un vodka Martini, un buen filete, una patata asada y, quizá, a mantener una fascinante conversación con una mujer perdida de su misma edad o más joven, antes de volver a Eau Claire (o no) esa noche.

Y así fue como conoció a Deanna, quien, ironías de la vida, también andaba por la zona, pues había dejado a su hijo en un campamento, aunque en otro distinto, y, llevada por un impulso, había decidido visitar el Stardust, un venerable club nocturno al que solían llevarla sus padres cuando iban de camino a la casa que la familia tenía a las afueras de la bulliciosa localidad turística de Hayward, en Wisconsin, famosa por la estatua de un gigantesco lucio rayado y las Olimpiadas del Leñador.

Deanna se parecía de forma inquietante a Sarah: el mismo color de pelo y de ojos, la misma altura, el mismo peso y cuerpo. Su marido era un fiscal de Milwaukee que, sospechaba ella, le era infiel con su secretaria, una «niñata» mucho más joven y con tetas falsas, sin estrías, sin cicatrices de cesárea, sin niños que vigilar...

—Bueno —le preguntó Deanna—, ¿y tú? Tu media naranja ¿se puede saber dónde está?

Jonathan podía estar bastante seguro de que Sarah estaba en casa, sin duda arreglando el jardín, o quizá sentada sin más en los escalones de entrada, cosa que solía hacer, donde leía libros de John Grisham, tomaba limonada y hablaba tranquilamente con los vecinos que iban pasando.

—Lo que quiero es que me hables más de ti —dijo Jonathan de modo artero mientras le acariciaba el antebrazo con el dedo índice de la mano derecha—. ¿Te apetece otro cóctel?

Por lo general, cuando uno se echa una amante, espera mejoras en la cama; si no, ¿qué sentido tiene? Y aunque nadie podría afirmar que Deanna fuera *mala* amante, o, ya que estamos, que Jonathan fuera un adonis americano, el primer encuentro fue... incómodo. Deanna tenía desgarrados dos ligamentos colaterales mediales desde la época en que jugaba al voleibol en la universidad y le dolían, así que lo de ponerse a cuatro patas... ni pensarlo. Por otro lado, Sarah había dado a luz a Trevor por parto vaginal, y Jonathan no estaba preparado para la cicatriz de la cesárea de Deanna, que pareció sonreírle mientras él le separaba las piernas y empezaba a chupar.

—Ya, a mí tampoco me gusta —dijo ella con una sonrisa de tristeza—. Es como si nadie lo hiciera bien.

Eso estuvo *a punto* de dejar a Jonathan desprovisto de todo deseo, pero él pensó que, si habían llegado tan lejos, aquello ya podía considerarse una infidelidad, y que por qué no llegar hasta el final. Cosa que hicieron en la postura del misionero, y que fue tan agradable como un cuenco de pudín de vainilla, aunque mientras él la abrazaba se fijó por primera vez en su perfume, la piel de su cuello, el modo en que le frotaba las pantorrillas con los pies, sus orejas y sus pendientes, y había algo en su compañía que le brindaba... consuelo y que lo ayudaba a olvidar el estrés de casa. Jonathan se dio cuenta de que notaba un nudo en el interior de la garganta, el corazón tan desbocado como el de una cría de conejo.

En los dos años transcurridos desde aquel primer encuentro, Deanna y él solo se han acostado en pocas ocasiones, se han arriesgado a llamarse algunas veces a la desesperada; la distancia entre ellos solo contribuye a avivar las llamas del deseo de Jonathan. Quizá, supone él, porque es un hombre acostumbrado a conseguir más o menos lo que quiere; Deanna es ese postre que lo obliga a esperar y esperar, a dar golpecitos con los pies por debajo de la mesa hasta desgastar la suela de los zapatos.

—Aquí tienes la llave —dice Jonathan mientras le tiende a Trevor una tablilla de roble pintada de color azul celeste con un aro de acero de siete centímetros del que cuelga la llave.

El chico suelta una carcajada y dice:

—¿Llevas una llave de motel en el bolsillo o es que te alegras de verme?

—Muy fino —contesta Jonathan con una risita.

—No, en serio, ¿por qué son así?

—Ya sabes cómo son estos negocios familiares. Les costará un riñón y parte del otro hacerlas nuevas si se les pierden, seguro. A lo largo de los años, los dueños se cabrean y las llaves se van haciendo cada vez más grandes. Cuando llegues a mi edad, esa llave irá enganchada al madero de un barco naufragado o al remo de una canoa. Igual a una rueda de repuesto.

—Es posible que llame a Rachel. ¿Te parece bien?

—Claro, pero trata de no pasarte de los veinte minutos. No vayamos a arruinarnos con nuestras conferencias de enamorados, ¿eh?

—Vale —contesta Trevor, y cierra la puerta.

Jonathan entra en su habitación. Una cama de matrimonio pequeña, una televisión que descansa sobre una cajonera, una mesa y dos sillas cerca de la ventana, una mesilla de noche, un armario, un baño. Todos los adornos de las paredes son láminas en las que aparecen colonos que persiguen presas, en algunos casos pumas y osos pardos; en otros, grupos de indios americanos que empuñan sangrientas hachas de guerra. Esto le recuerda una noche de hace varios años, cuando Trevor se quejó de que unos amigos se burlaban de él y lo llamaban «indio blanco», una expresión que en este caso describía al blanco bobo que hace una mala imitación de la cultura de los nativos americanos. Al oírlo, Jonathan tuvo que soltar una carcajada; al fin y al cabo, y en gran medida, aquello era tristemente cierto. Los Boy Scouts de Estados Unidos nunca habían destacado por su sutileza, ni tampoco por su sensibilidad. Un *scout* es: *digno de confianza, leal, servicial, simpático, educado, amable, obediente, ahorrador, valiente, limpio y respetuoso*. Pero gay no, por ejemplo, ni chica, ni ateo, por lo visto. Jonathan tenía una opinión sombría y pesimista respecto al mundo, pero no era dogmático. Los Boy Scouts, como organización, le parecían una terca hermandad de jóvenes republicanos paramilitares que se aferraban desesperados a una noción decimonónica de lo bueno, en un mundo moderno en el que existían los misiles balísticos intercontinentales, Jerry Springer, Unabomber y, ahora, para rematarlo, una oveja clonada llamada *Dolly*.

Llama a Deanna, que se aloja en la habitación 1 del mismo motel. El teléfono suena cinco veces antes de que lo coja.

—¿Por qué has tardado tanto? —pregunta Jonathan, aunque se enfada consigo mismo en cuanto pronuncia estas palabras.

—Es que acabo de salir de la ducha.

—¡No me digas!

—Pues sí.

«Flirteando —piensa Jonathan—. *Estoy..., estamos flirteando.*»

—Qué pena —dice él.

—¿Por qué?

—Estaba a punto de meterme también en la ducha.

—Ah, mira —dice Deanna muy despacio—. Es posible que me haya olvidado de algunos rincones.

—Zonas a las que cuesta llegar —añade Jonathan mientras asiente con la cabeza y se pasa la lengua por los labios cuarteados.

—Eso es. ¿Te apetece pasarte por mi habitación?

—Puede.

—Dejaré el pestillo sin echar.

—Da igual —dice él—. Ahora mismo tengo el pene tan duro que lo podría utilizar como ariete.

Enseguida lamenta estas palabras. Además, no es tan cierto como le gustaría, no lo ha sido durante los últimos cinco años, más o menos.

Un silencio; después: «Vaya, tú sí que sabes seducir a una chica, ¿eh?». Deanna suelta una risita.

—Voy ya mismo —dice él.

Están juntos y tumbados en la cama; ven a *Oprah* en un televisor destartado.

—¿Estás nervioso? —le pregunta Deanna.

—¿Por qué?

—Por mí. Bueno, por lo de presentarme a tu hijo y viceversa. —¿Trevor? —dice Jonathan con un bostezo—. Es tan educado, tan correcto... Yo no me preocuparía. Estoy tratando de prepararlo para el mundo real. Ahora está colado por una chica, una niña de dieciséis años, y no dejo de repetirle que no se lo tome tan en serio.

—Está enamorado —dice Deanna con cariño.

—Sí —reconoce Jonathan—, lo está. ¿Te preparo una copa de brandy?

—Ay, no sé, Jonathan. Me da miedo quedarme dormida. A todo esto, ¿cuándo es la cena?

Él llena un vaso de plástico del motel con Korbel, separa las cortinas con dos dedos y contempla la piscina. Una de las dueñas del lugar, una mujer que rondará la edad de la madre de Jonathan, arrastra con elegancia una red enorme por la piscina y recoge agujas de pino y hojas. Lleva una camiseta sin mangas con los colores del arcoíris, unos *shorts* de chico amarillos y tirando a largos, y unas chancletas de un violeta intensísimo. De tanto en tanto dirige la mirada a la ventana de Jonathan. Él la saluda con un ademán culpable.

—¿Jonathan?

—Lo siento. A las cinco. Hemos quedado con el Cor..., esto, con mi amigo Nelson, a las cinco en el bar. El trayecto es un poco largo para él, y no sale mucho a cenar, por lo que se ve. Menudo rollo: estar encerrado en un campamento de los Boy Scouts cuando eres un hombre de casi cincuenta años. Jonathan ni se lo imagina. Vendría a ser un poco como estar en un monasterio; y, por lo menos, en un monasterio no hay niños, solo docenas de hombres hastiados de la vida que quieren estar tranquilos, que los dejen en paz para dedicarse a leer, entonar cánticos, ingerir comida insulsa, cuidar sus colmenas, hacer cerveza... Si te paras a pensarlo, tampoco está tan mal, la verdad... Sin recibos que pagar, sin responsabilidades, cuatro paredes, una cama...

—Tu amigo Nelson, ¿de verdad es director de un campamento?

—Pues sí.

—¿Está casado?

Jonathan niega con la cabeza y contesta:

—No, no se ha casado. Volvió de Vietnam bastante tocado. Se pasó como una década viviendo en el oeste, trabajando en ranchos, llevando balsas por el Gran Cañón, haciendo algunas chapuzas, y entonces Wilbur Whiteside, el antiguo director, murió. El Cor... Nelson era algo así como su protegido.

—¿Tiene algún apodo? No dejas de corregirte.

—Bueno, lo llamábamos «Corneta», pero ahora... bueno, ya es un hombre adulto. Imagino que no le haría mucha gracia.

—No —dice ella—, seguramente no.

Deanna se ha puesto boca abajo y lo mira con el cuello girado. —¿Qué pasa? —pregunta él.

—Pues que todavía tenemos tiempo...

Él vuelve a colocarse encima de ella, prestando atención a las rodillas de Deanna y a la posición de sus piernas. Aunque en su momento esta nueva amante no le convenció demasiado, ahora se deleita en el dominio de las limitaciones de Deanna, de sus preferencias, un dominio que tanto le ha costado alcanzar: le encanta complacerla, aceptar el reto de conocer a una persona nueva.

A las cuatro y media, Jonathan llama a la puerta de Trevor. El joven abre, con la base del teléfono en una mano y el auricular, unido mediante un cordón umbilical en espiral, bien sujeto debajo de la oreja. Ya está vestido, el pelo mojado y con raya en medio. Jonathan se sienta en la cama, coge un libro de tapa dura con sobrecubierta en blanco y negro —un autobús escolar cubierto por la vegetación agreste de los Northwoods y enterrado en la nieve—; se titula *Hacia rutas salvajes*. No tiene ni la menor idea de dónde saca el muchacho esos libros, de dónde o cómo los compra. Menudo mundo en el que habita Trevor, en el que el amor verdadero sigue siendo una realidad, en el que la gente dice «¡NO a las drogas!» (en vez de «¡GRACIAS!»), que sería lo suyo), en el que los padres y las madres se quieren, y en el que un campamento de los Boy Scouts es algo por lo que ilusionarse. —... tengo que colgar, cariño. Lo siento. Ha llegado mi padre y vamos a... Ah, vale. — Trevor mira a Jonathan y repite—: Rachel dice: «¡Hola, señor Quick!».

—Hola, Rachel —contesta Jonathan, inexpresivo.

Trevor le da la espalda a su padre, baja la voz, que se vuelve grave, y susurra:

—Cariño, te echo muchísimo de menos. Te quiero. Vale. Yo también te quiero. Te escribiré todos los días. Vale. Te quiero. Adiós. Y al fin cuelga, soltando un profundo y torturado suspiro de melancolía adolescente.

—Bueno —dice Jonathan muy amable—, ¿va todo fenomenal? —La echo de menos, papá.

—Ah. Ya se te pasará. Bueno, parece que estás listo para salir. El chico asiente en silencio. Tiene el gesto torcido, de hecho mira al suelo con el gesto torcido, mientras los ojos se le llenan de lágrimas.

—Ay, Dios —musita Jonathan.

Se pone en pie y abraza al adolescente, que aún no llega al metro ochenta, pero poco le falta. *Su pequeño*, este Goliat con pelo en las axilas, un atisbo de suave bigote, olor corporal, una pequeña constelación de granos en

la barbilla, talla cuarenta y cinco de zapatos y un corazón que se desangra y se desgarran al pensar en Rachel Gunderson. Le da unos golpecitos en la espalda a este zoquete y dice:

—Vamos, quiero presentarte a alguien.

—Vale —farfulla el chico, sin soltarlo.

—¿Quieres mi pañuelo?

—No —contesta mientras se sorbe los mocos.

Deanna ya está al lado de la furgoneta; a Jonathan le parece que está muy guapa. Pantalón pirata de color blanco, chaqueta del mismo tono, una camiseta sin mangas de color rosa y corte estiloso, sandalias blancas. En cuestión de joyas le gusta el oro, por lo visto, a diferencia de Sarah, quien, afortunadamente (así lo ve Jonathan) nunca ha sido mucho de enojarse, la verdad, a excepción del fino anillo de plata y el diamante minúsculo que él le compró en una tienda de pedruscos cuando se prometieron, hace tantos años.

—Hola —dice Deanna, acercándose a Trevor mientras arrastra las sandalias—. Me alegro muchísimo de conocerte. La verdad es que es como si ya te conociera. Tu padre no para de presumir de ti, y ahora lo entiendo. Eres guapo, como él.

Trevor le da la mano con educación y se pone tan rojo que a Jonathan le preocupa que no le quede suficiente sangre para el resto del cuerpo. *A lo mejor esto es pan comido —piensa—. A lo mejor el chico tiene más mundo del que creo.*

Es una noche de domingo de finales de julio, y el bar del club nocturno está tranquilo, aunque en absoluto vacío. Los viejos suelos de pino, los paneles de madera de pino nudosa de las paredes, los animales disecados, los brillantes tiradores de cerveza hechos de latón que hay en la barra, las botellas de alcohol retroiluminadas por neones, todo ello emite un resplandor dorado que parece de mantequilla; el techo es bajo y cálido, y, mientras se dirigen a la barra, con Deanna sutilmente cogida del brazo y Trevor delante de ellos, Jonathan nota el carácter atemporal de aquel sitio. Se sabe que en su día Al

Capone y John Dillinger frecuentaron muchos establecimientos parecidos de Wisconsin. Cualquiera se lo puede imaginar: una docena de hombres con trajes de raya diplomática, cada uno provisto de dos o tres pistolas, y, desplegados en la barra, metralletas y fajos de billetes, mientras el whisky corría libre como el jazz que convertía el humo del tabaco en espirales que se precipitaban en el aire cargado del lugar.

Los tres están ya en la barra, y Deanna pide un rosado. El camarero le dice que no con la cabeza, se echa un paño encima de un hombro y detalla:

—Chardonnay, pinot gris, champán.

Deanna da palmas de ilusión y dice:

—Ay, pues entonces un champán.

—¿Y para usted, señor?

—Un vodka Martini, muy seco, con una rodajita de limón.

—Muy bien. ¿Y usted?

El camarero alza la ceja mientras mira a Trevor.

—Yo, una Coca-Cola.

—Estupendo —dice el empleado, agachándose por debajo de la barra para buscar el champán.

—Esto... No, ¡espere un segundo! —chilla Trevor, acodándose en la barra. Acaba de soltar un gallo tremendo. Jonathan tuerce el gesto.

El camarero se vuelve para mirarlos y se levanta:

—Dígame.

—Bueno, mejor un daiquiri de fresa. Por favor.

—¿Un daiquiri de fresa? —repite el camarero, entrecerrando los ojos.

—Eso es —dice Trevor.

Jonathan se acerca al oído de su hijo y le pregunta:

—¿No te apetecería más una cerveza, una copa de vino, un gin-tonic o un vodka con naranja? Seguro que un vodka con naranja te encantaría...

Deanna le da a Jonathan un cachete en el brazo.

—Déjale que pida lo que quiera. —Luego posa la mano levemente en el hombro del muchacho y añade—: A mí me parece que has elegido muy bien. Algo ligero, refrescante, fácil de beber. —Gracias —masculla el chico.

Al cabo de unos instantes llegan las bebidas y se reparten. Jonathan alza su copa.

—Un brindis. Por otro verano.

—Por otro verano —repiten Deanna y Trevor, chocando sus copas.

—Papá, ¿dónde está Nelson?

—No sé, Trev. Ya te he comentado que no sale mucho.

—¿Crees que vendrá todo uniformado? —pregunta Deanna soltando una carcajada, tapándose la boca con la mano.

Jonathan empieza a reírse también, pero se contiene. Recuerda la letrina y la moneda de cinco centavos; piensa en Vietnam, en ese hombre que se ha pasado toda la vida metido en un uniforme u otro, tratando de observar leyes y códigos ridículos, lemas y eslóganes que solo pueden considerarse anticuados, crípticos, pasados.

—¿Qué tal el daiquiri, colega? —pregunta Jonathan mientras se vuelve hacia ese hijo suyo y se zafa de cualquier pensamiento triste y teñido de culpa.

El chico, dando sorbos a la copa balón con una capacidad de succión constante y extraordinaria, indica con la cabeza que le gusta; tiene las mejillas rojas.

—Te voy a tener que llevar en brazos a casa, ¿verdad?

—Papá...

A las cinco en punto ven a Nelson irrumpir por la puerta de entrada, todo emperifollado en un traje de lino con chaleco y zapatos del color de una madera exótica y tropical, a juego con el tono de la piel de su cara, cuello, frente y manos. Parece impulsarse hacia delante de forma metódica, con el valor y la determinación de un hombre cuyo cuerpo ha padecido las ofensas y las heridas de la guerra. No es alto, no sobrepasa el metro sesenta y cinco, pero el chaleco, pese a estar hecho a medida, parece a punto de reventar, pegado al conjunto formidable de los antebrazos, bíceps y un pecho anchísimo. Tiene la constitución de un zaguero entrado en años. Por encima del labio, un bigote cuidadísimo y encerado en las puntas, muy parecido al del bueno de Whiteside, según advierte Jonathan. Se dirige directamente a Deanna.

—Encantado de conocerla —le dice mientras hace una ligera reverencia; después le coge la mano y se la besa delicadamente. Cuando levanta de nuevo la cabeza, que se alza sobre los hombros bien ensamblados, en su centro se ven dos ojos tristes y observadores, la mirada de un hombre al que le aburre casi todo aquello que conocemos como asuntos mundanos.

—Lo mismo digo —contesta ella.

Nelson se desliza a un lado y le tiende una mano gruesa a Trevor.

—Me alegro de verlo, señor Quick. Aunque, por lo que veo, ya está usted consumiendo alcohol... —Su apretón de manos cobra una nueva intensidad mientras Nelson apoya la otra mano en el hombro del chico.

—Espero no tener que preocuparme de que beba usted en el campamento, ¿verdad?

—Desde luego que no, señor. Lo siento.

—No te disculpes, Trevor. Si quieres beber como un hombre, compórtate también como tal. Asume las consecuencias y ya está. —Bueno, Nelson —interviene Jonathan con una carcajada—, cuesta muchísimo comportarse como un hombre mientras sostienes setecientos mililitros de daiquiri de fresa.

Nelson suelta a Trevor, se desliza ahora a la izquierda y se sitúa delante de Jonathan.

—Gracias, Jon, por invitarme esta noche —dice mientras le tiende la mano.

Jonathan acepta el firme apretón que se le ofrece y dice:

—Me alegro de verte, Nelson. Qué traje tan bonito. Muy elegante. ¿Te pido algo de beber?

—Un Laphroaig. Si no tienen, un Lagavulin.

—Vaya, bombas de humo —dice Jonathan arrastrando las palabras mientras se acerca a la barra y pide las consumiciones. La situación le gusta. La idea de beber whisky de malta con el Corneta, con este hombre que tan poco se parece a sus recuerdos de infancia: ahora tan fibroso y musculado, ancho como un ñu, tan desprovisto de esa falsa campechanía omnipresente en el club de campo. Mientras desliza un billete de veinte al otro lado de la barra, Jonathan mira hacia atrás y observa a hurtadillas cómo Nelson se inclina en dirección a Deanna, cómo le habla en un volumen tan bajo que no

oye nada. Entonces, un tono rosado de placer brota en el rostro de Deanna. *¿Qué le ha dicho?* Y Trevor también se acerca al Corneta, y aguza el oído mientras una sonrisa adolescente, ridículamente infrecuente, crece bajo su nariz grasienta.

Jonathan coge los dos whiskies; le da uno a Nelson mientras propone el siguiente brindis:

—Por los viejos amigos. —Y alza su vaso.

Nelson hace un pequeño gesto con la cabeza y prepara su vaso para echárselo al colete.

—Por la amistad —dice Deanna, levantando su champán y después mirando a Trevor—. Estoy encantada de haberos conocido a los dos. ¡Sí que tengo suerte! Ceno con tres hombres guapísimos.

Entonces Trevor, que va con un poco de retraso, se detiene justo cuando está a punto de darle un sorbo al daiquiri.

—Lo siento —dice mientras roza la copa de Deanna con su gigantesco balón de cristal.

—Bueno —añade la mujer—, tu padre me ha contado que tienes novia, ¿no?

—Sí —reconoce Trevor, de pronto avergonzado, mientras se mira los cordones como si hiciera muchísima falta que se los anudara de nuevo.

—¿Cuánto tiempo lleváis saliendo?

—Seis meses —farfulla él—; unos ciento noventa y un días, en realidad. Deanna suelta una carcajada y le toca el brazo.

—¿Qué pasa? —pregunta él a la defensiva.

—Nada —contesta ella, muy dulce—. Que estás enamorado, nada más. Es muy bonito.

—¿Está usted casada, señora...? Lo siento. Mi padre no ha llegado a decirme su apellido.

—Tolbert —contesta ella en tono inexpresivo, como si el apellido fuera una insignia que llevase a disgusto, un vestido viejo o un broche heredado que no acabara de entusiasmarle—. Sí, estoy casada. En septiembre hará veinticinco años.

—¿Dónde está su marido? —Y añade enseguida—: Perdón. ¿He sido maleducado? Es que... mi padre me ha dicho que era amiga suya, pero... hasta

hace pocos días nunca había oído hablar de usted.

Nelson sostiene la copa con rostro implacable, dirigiendo sutilmente la mirada a Jonathan mientras Deanna carraspea y da un sorbo al champán; entonces, desde la cocina, al rescate, una bandeja llena choca contra el suelo en medio de una cacofonía de cristales rotos y cubiertos caídos.

—Voy a comprobar nuestra reserva —dice Jonathan mientras le da a Trevor un pellizquito en el hombro.

Su mesa está justo al lado de un conjunto de amplias ventanas desde las que se ve un lago bordeado de grandiosos pinos blancos y silvestres, y, en el agua, algún que otro catamarán que avanza de forma aletargada mientras el capitán y los pasajeros saludan alegres desde la cubierta, con una bandera estadounidense izada en la popa, que apenas se agita porque la nave discurre a un nudo o quizá dos.

Hay pocas cosas que le gusten más a Jonathan que un club nocturno. La madera caliente, el techo bajo, un bar bien surtido, una cocina más que competente... En una mesa para cuatro, con Deanna y Nelson a derecha e izquierda, Trevor al otro lado del mantel de lino blanco en el que una única y gran vela señala el centro, a Jonathan le parece que la velada es todo lo perfecta que podría haber esperado. Ahí tiene a su chico, Trevor, ya casi hecho un hombre, tomándose un daiquiri mientras estudia el menú, moviendo un poquito los labios mientras lee. Y Deanna, con las gafas de leer apoyadas en la nariz y un dedo alzado delante de la boca. Nelson, con el menú sobre la mesa y removiendo con el dedo índice el hielo del whisky escocés, la vista baja, mientras la luz de la vela crea sombras al iluminar su nariz aguileña y su bigote, con las arrugas extendiéndose en torno a esos tristes ojos suyos.

Ahora le alegra que Trevor se haya pedido el daiquiri. *Que el chico beba*, piensa. No hace ninguna falta que el chico ande fisgando en su vida sexual. Aunque, la verdad, ¿no era esa la idea? Su intención había sido que Deanna y Trevor se conociesen, y *Joder, no sé. A lo mejor, si al chico le parece bien, un divorcio no sería tan traumático. A lo mejor lo entiende, lo relativiza...*

El camarero llega, anota lo que quieren y recoge los menús con ademán decidido antes de marcharse. Nelson se va tomando el whisky; Deanna carraspea y se recoloca la servilleta en el regazo. Trevor sorbe ruidosamente lo que le queda del daiquiri con una pajita que debe de tener más de treinta centímetros de longitud; a Jonathan le lleva a pensar en el salto con pértiga.

—Tienes sed, ¿eh? —dice—. El segundo mejor tómatelo con más calma, campeón. No nos conviene que mañana haya *scouts* con resaca, ¿eh, Nelson?

—Me temo que no sería la primera vez —contesta este—. Ni la última, seguramente.

—Oh —interviene Deanna en tono cantarín—, pero seguro que no pasa mucho, ¿no, Nelson? Me refiero a esos comportamientos.

Por debajo de la mesa, su mano se coloca, leve como una mariposa, sobre la rodilla de Jonathan, donde su dedo índice traza la cifra de un ocho... y después otra...

—Todos los veranos —dice Nelson con una sonrisa triste—. Al final, Deanna, en realidad un campamento de los Boy Scouts se parece bastante a un reformatorio, o, si vamos un paso más allá, quizá a una cárcel. Tengo un cierto número de chicos de los que soy responsable. Los monitores son mis guardias, y confío en que los jefes de patrulla y los supervisores adultos actúen como líderes de la tribu, para que se mantenga el orden en todos los lugares de acampada.

Le da otro sorbo al whisky y añade:

—No se castiga a nadie, por supuesto. Y no es que aspiremos a rehabilitar a la gente... Pero, nos guste o no, son prisioneros durante una semana, su día está reglamentado, y, evidentemente, se les pide que lleven uniforme. —Esboza un gesto de indiferencia—. Todos los años me llegan al campamento chicos con contrabando. Pasa desde hace décadas. Cerveza, vodka, whisky, aguardiente... lo que hayan podido llevarse del mueble-bar de su padre. Pitillos, puros. Si hace un año hasta pillé a un monitor que había plantado en torno a cuatro mil metros cuadrados de marihuana en el interior del bosque... La verdad es que era una idea genial.

Los dedos de Deanna avanzan en la oscuridad, Jonathan bebe más whisky, mareado de impaciencia... Y el manubrio que lleva entre las piernas

todavía funciona a la perfección, le alegra constatarlo...

—¿Y qué pasó con la maría? —suelta Trevor.

—Pues que la confisqué, naturalmente —dice Nelson, revolviendo de nuevo los cubitos de hielo.

—No me cabe duda —añade Deanna con una risita, alzando la copa de champán para dar un sorbo.

—Sí, pero ¿qué hizo con ella *después*? —insiste Trevor.

—Después de que los *scouts* se marcharan aquel verano, hice una hoguera enorme. La quemé toda.

—Qué pena —dice Jonathan con un suspiro—. ¿Cuatro mil metros cuadrados de maría? Te podrías haber jubilado en Cabo San Lucas y haber montado un nuevo campamento de los Boy Scouts en alguna playa mexicana de lujo.

La mano de Deanna ya le acaricia del todo la entrepierna, el whisky empieza a hacer efecto, el calor de la sala, los olores del pan y la mantequilla; a lo lejos se ve el último esquiador acuático de la tarde, que hiende el espejo liso del lago y que, mientras desaparece, lanza una lejana cortina de agua partida hacia la orilla donde están ellos, dejando a su paso el zumbido menguante de un motor fueraborda. Y también está la banda sonora del comedor: el roce de los cubiertos, risas, voces enfrentadas que suben de volumen, una radio en algún sitio de la cocina...

—Papá, ¿estás bien? —le pregunta Trevor con tono muy sincero.

—Eso, papá —añade Deanna—, ¿qué tal va todo por ahí?

Su mano se ha retirado; ahora le toca los tobillos con los dedos de los pies, y, afortunadamente, no los quita de ahí. Jonathan advierte que ha debido de cerrar los ojos durante un instante de éxtasis.

—¿Y tú cómo vas, Jon? —pregunta Nelson como si nada, observándolo desde el otro lado de la mesa, como si todo aquello fuese un interrogatorio de lo más amistoso, sin prisas, porque tienen toda la noche por delante—. ¿Qué tal va la empresa de camiones?

—La empresa va bien —contesta Jonathan, asintiendo con la cabeza—. La verdad es que fenomenal.

Es cierto, nunca han tenido más trabajo. Camiones y Transportes Quick ha pasado de contar con una docena de conductores que cubrían un recorrido

de Chicago a Minneapolis por la autopista 94 a tener más de seis docenas de empleados repartidos por todo el país. No puede explicar cómo ha llegado a ocurrir. Un día, uno tiene veintiséis años, acaba de volver a casa después de un cómodo despliegue como reservista en Alemania y trabaja tras una mesa que le ha asignado su padre en el departamento de recepción. Al siguiente, tiene cuarenta y nueve años y es presidente de esa misma empresa, que espera facturar más de seis millones de dólares el año siguiente. A lo que hace ya ni siquiera puede llamarlo «trabajo». Tiene a otras personas que le hacen el «trabajo» de verdad. ¿Y él? Es miembro de media docena de consejos de administración, juega al golf siempre que el tiempo lo permite (al anotarlos en su agenda, su secretaria lo denomina «desarrollo de clientes»), se hace treinta largos al día en la piscina del YMCA y juega al *raquetbol* dos veces por semana con un abogado procesalista jubilado al que no ha ganado ni una sola vez.

Y ahora tiene a su lado a Deanna, una mujer cuyo papel en su vida aún está por definir. ¿Es, como le ha dicho a Trevor, «una amiga»? ¿O una «novia»? ¿Su amante? ¿Su futura esposa? De pronto ya no le convence tanto lo de la cena, haberla invitado... Ponerle una etiqueta a la diversión de ambos ha enfriado un poco su entusiasmo. Cobra conciencia, en medio de un intenso fagonazo, de que, para empezar, casarse con Deanna implica divorciarse de Sarah, y eso sí que sería pero que muy caro. Cabe la posibilidad de que tuviera que volver a trabajar.

Mueve la pierna y la aparta del pie travieso de Deanna.

—La empresa va bien —repite por tercera vez, asintiendo con la cabeza.

Se ha convertido en un magnate de los camiones o algo por el estilo. ¿Qué ha pasado? ¿Adónde han ido esos veinticinco años? ¿Una tarde estás tomándote una Kölsch en una cervecería alemana con dos mochileras colombianas de diecinueve años y a la siguiente estás gestionando un emporio del transporte desde Eau Claire, Wisconsin?

—Debes de estar muy orgulloso —prosigue Nelson—. Una familia estupenda, un hijo estupendo, una empresa estupenda. Me alegro de verdad por ti, Jonathan.

Deanna baja la vista y la dirige al plato.

Quizá porque se le ha acabado el daiquiri o quizá porque el plato de entremeses y el pan aún no han llegado, Trevor decide volver a intervenir en la conversación, ya que no hay nada en lo que entretenerse al margen de la cháchara de la mesa.

—Deanna, perdone... —dice con tiento—. ¿Cómo se conocieron mi padre y usted?

—Bueno —empieza a decir ella mientras toquetea los cubiertos—, esto, eh... Yo pensaba... que a estas alturas tu padre ya te lo había contado.

—Pues nos conocimos aquí —dice Jonathan en tono lacónico, sin añadir detalles superfluos—. Hace unos años. Deanna también había venido a dejar a su hijo en el campamento.

—Ah. ¿Conoce a mi madre? —continúa Trevor—. O sea, ¿también es usted amiga suya?

Deanna tose tapándose la boca con la mano y tirando al suelo una cuchara de forma no del todo fortuita.

—No —dice Jonathan—, mamá y Deanna no se conocen. —Hace una pausa—. Todavía no, al menos.

—Es que —añade Trevor rascándose la frente— no lo entiendo. Porque nunca he oído que le hayas hablado a mamá de Deanna. O sea, papá, ¿habláis por teléfono de vez en cuando? ¿Por qué sois amigos, exactamente? —Suelta una risita para sus adentros—. Bueno, me cuesta imaginar que mi padre haga amigos así. O sea, ¿qué hacéis juntos? ¿Salir a cenar una vez al año? Suelta otra carcajada y recorre la sala con la mirada buscando al camarero mientras sostiene en alto la copa con gesto inquisitivo.

—Mira, Trevor —dice Jonathan con un profundo suspiro—, Deanna es mi novia.

Se ha lanzado al agua y la corriente lo ha arrastrado. Ya no puede volver a nado a la orilla. Siente a la vez un alivio tonto y un miedo que lo atenaza. Y, hasta que vuelvan a casa, ahora Trevor es cómplice de este secreto. Jonathan se pregunta qué hará el chico con este descubrimiento; advierte que ha empezado a sudar. Nelson se tapa la boca con la servilleta, tose en ella y se remueve en la silla mientras el camarero les lleva una cesta de pan, un plato de mantequilla y una copiosa fuente de entremeses repleta de rábanos, apio, zanahoria, quesos, embutidos, salsas...

Trevor mira de hito en hito a su padre y pregunta:

—¿Perdona?

—Que es mi novia —repite Jonathan mientras busca torpemente la mano de Deanna.

—Papá, pero... has dicho que era tu amiga, no tu novia. Es que...

Trevor se pasa la mano por el pelo castaño, ondulado y tirando a largo. Lleva meses sin ir al peluquero, y Jonathan suele despeinárselo, adula al chico, le dice que le recuerda a los Beatles y al corte de tazón, a la época en que él también se dejó el pelo largo y a lo mucho que eso le fastidiaba a su padre. Pero Trevor no es de esos muchachos. Jonathan no recuerda ni un solo episodio en que su hijo haya tratado de fastidiarlo aposta, y menos aún de cuestionar su poder. Es un *buen chico*. Muy encaminado a convertirse en Águila de los Boy Scouts.

—¡Qué fuerte! —exclama Trevor de pronto; en el comedor se hace un silencio en el que solo se percibe un ruido de fondo de lo más leve.

—Trevor —dice Jonathan con tranquilidad, aproximándose a su hijo—, cálmate, ¿eh? Oye... ¿quieres otra copa?

—Pues sí, ¡la quiero! —chilla, y añade—: Es que... joder, papá. Que te jodan.

—Tu padre te lo tendría que haber contado —dice Deanna, acercando su silla a Trevor y extendiendo el brazo para acariciarle el hombro—. Lo siento. Imagino que esto tendría que haber pasado en casa. ¿Estás bien?

—¡No me toque! —dice el chico—. Por Dios, señora, ¿no tiene usted vergüenza?

—¿Cómo? —dice ella, apartándose.

Aunque los sermones no le van, Deanna es una mujer con agallas. Siempre se ríe cuando los tabloides tratan de hombres involucrados en escándalos de infidelidad, esos maduritos interesantes que van cumpliendo años y que se lanzan por la pendiente de la crisis de la madurez. Le hace gracia que esas aventuras siempre sean culpa de ellos, que en ellas los hombres sean tan cerdos. Lo gracioso, evidentemente, es que se acuestan con mujeres que muchas veces están casadas. Esto siempre es cosa de dos, y todo ese rollo. Su padre se casó cuatro veces antes de morir y abandonó a su madre, que tuvo que criar a tres chicas en un bungalow de Milwaukee con un

solo dormitorio y sin pasillo. Está harta de la actitud de superioridad moral de los hombres. Bueno, de la superioridad moral de cualquiera, y de la mojigatería de este chico en concreto. En cierto sentido, lamenta haberle hecho este último comentario. *¡No! Es mejor que lo sepa antes del divorcio. Que tenga que soportar la carga. Que crezca ya.*

—Bueno, es que... —prosigue Trevor—. Está usted casada, ¿no?

Ella dice que sí con la cabeza, le aprieta la mano a Jonathan y recuerda un momento previo de ese día, el encuentro entre ambos en la habitación del motel, la ternura con la que Jonathan maneja su cuerpo, los halagos que le dedica, mejores que el chocolate o las flores, cómo le dice esas... esas *palabras dulces*, esas expresiones tiernas e innecesarias que a ella ya se le habían olvidado. *Cuantísimo me gustan tus dedos de los pies* —le dice—. *Tu culo... tus labios... tu pelo. Dios, qué guapa eres. Y cómo hueles.*

De pronto, el camarero está en posición de firmes al lado de Nelson. Es un caballero de cierta edad, con el aspecto más bien regio y adusto de un mayordomo austriaco, con la espalda tiesa como un palo, enfundado en un uniforme negro, sin rastro de manchas ni arrugas, las cejas, dos setos unidos y sin recortar durante años, situadas bajo la gran cúpula de una coronilla calva. Jonathan nota que Nelson está estudiando al camarero, quizá admirando la evidente atención que el hombre presta a los detalles.

—¿Quieren algo más de beber? —pregunta.

—Ya lo creo —dice Jonathan—. Llevamos secos una eternidad.

—¿Les traigo lo mismo? —pregunta el camarero.

—¿Quieres algo menos fuerte, Trev? ¿O, ya, de perdidos...? Jonathan se recuesta un poco en la silla. La canoa va directa a las putas cataratas. ¿Y por qué no?

—Vale —dice Trevor—, sí. Me apunto.

—Muy bien —dice el camarero con un ademán de cabeza, y después se marcha.

—Lo siento, muchacho —susurra Nelson disculpándose con una mano apoyada en el hombro del chico.

—¿Que lo siente? ¡Pero si usted no es mi padre! Usted no me ha tendido una emboscada con esta... —Vacila unos instantes, duda si soltar palabrotas delante de Nelson— situación de mierda. Con esta puta mierda.

—Sé fuerte, ¿eh? —añade Nelson—. Oye, si quieres volver al motel, o incluso llegar antes al campamento, te puedo llevar en coche.

—Eh, no corras tanto, Nelson —dice Jonathan—. Que es mi hijo, ¿vale? Mi hijo, joder. Y esto lo he decidido yo.

El padre ha enderezado la postura, ha dejado de estar repantigado en la silla, ha puesto una mano en la mesa cerca del vaso de whisky de Nelson, casi vacío; las yemas de sus dedos se encuentran a doce centímetros de los gemelos que lleva Nelson, y habla con voz fría y autoritaria, un tono que ya casi nunca le hace falta utilizar, pero al que puede recurrir sin el menor problema. ¿Cuántas veces ha tenido que meterles el miedo en el cuerpo a políticos locales, camioneros, supervisores de turno, etcétera?

Nelson, con cara de perplejidad, alza las manos como si se estuviera rindiendo y luego apoya un brazo en los hombros de Trevor, como si fuera su tío preferido.

Entonces, Jonathan suelta el discurso que ha estado preparando en secreto desde la primera noche en que se acostó con Deanna y advirtió, con un sobresalto, que era posible que su vida estuviera avanzando en una dirección distinta de la de su mujer y su único hijo.

—Trevor, a ver, la cosa es que tu madre me saca de quicio. Está loca. Ya no es la mujer con la que me casé. Y joder, yo qué sé. Imagino que tú te enteras ahora de todo esto, pero la cosa es que la mujer con la que me casé era una tía llena de vida, y era la época en que empezaba la música disco, y salíamos todas las noches —dice, dando puñetazos en la mesa con una vehemencia repentina—, *todas las putas noches* salíamos a bailar. Y las noches en que no bailábamos, pues también salíamos. Tomábamos copas o cenábamos o íbamos a ver un espectáculo o un concierto.

»Pero luego, en algún momento, todo eso... se acabó. Los viajes, la cultura, la comida, los bailes, el sexo... Se fue desvaneciendo hasta desaparecer. Y la decisión no fue mía, ¿eh? No tuvimos ninguna conversación al respecto.

Ahora se señala el pecho, nota cómo se le sube la sangre, cómo le corre el alcohol por las venas.

—Te quiero —le dice a Trevor—. Eres lo mejor que tu madre y yo hemos hecho juntos. Y nada de lo que ha pasado está relacionado contigo.

Eso no lo va a cambiar nada ni nadie. Siempre te querré. En cierto sentido, siempre querré a tu madre. Pero nuestra tarea ha terminado. Mírate. —Alarga el brazo, coge... agarra a Trevor por un brazo tenso—. Ya eres un hombre. ¿O no? Seguro que acabarás llegando a Águila, nada menos. —Suelta una carcajada—. Mi tarea ha terminado.

La mesa queda en silencio, solo se oye el estruendo del comedor. Delante de la ventana, las sombras vespertinas han formado manchas oscuras debajo de los pinos y la luna está a poca distancia del horizonte, delgada y creciente.

Trevor se ha llevado las manos a la cabeza.

—¿Qué pasa, hijo? Dime qué piensas.

«Pues que...», empieza a decir el chico. Su voz se desvanece, desaparece. No puede mirar a estos adultos, a este padre suyo apenas recostado en la silla, con el sosiego de un jugador de póquer que tiene una escalera de color. Ni a esta mujer de brazos cruzados que no le dirige la mirada. Deanna se pone en pie de repente, la servilleta blanca cae al suelo, y se dirige al baño con paso enérgico mientras las sandalias se deslizan bajo unas contundentes pantorrillas, con el bolso bien agarrado en la mano derecha.

Nelson se queda mirándola; después dirige de nuevo la vista a la mesa y se rasca mansamente la parte posterior de la cabeza. Saca un mondadientes de plástico de su navaja suiza y se rasca la línea de las encías...

—No entiendo por qué me haces esto —farfulla Trevor.

—Te lo voy a decir —contesta el padre, echándose hacia delante—. Porque eres un ingenuo, Trev. Porque estás saliendo con la chica esa y... lo veo venir, vas a acabar con el corazón roto. Tienes lo que los loqueros llaman codependencia. Así que... ¿para qué esperar? ¿Habría sido mejor hacer esto en casa? ¿Durante el curso escolar? ¿Eh? ¿Crees que la cosa funciona así? ¿Crees que habría que celebrar una asamblea familiar para que tu madre y yo expliquemos de manera amistosa que nuestro matrimonio es una mierda, que lo es desde hace años? Vamos, Trev. Crece un poco.

—¿Y esto qué tiene que ver con Rachel? —dice Trevor alzando la voz; ya no está triste, sino a la defensiva, enfadado, dispuesto a atacar.

Su padre esboza un gesto de indiferencia.

—¿Qué pasa? ¿Quieres que te haga un esquema de todo el asunto? ¿Que te lo desarrolle entero? ¿Qué quieres? ¿El mejor de los casos o el peor? Vale, empecemos por el peor y nos lo quitamos de encima. A ver: los dos vais a la misma universidad. Todo es de un romántico que lo flipas y va fenomenal. Durante un año, año y medio, quizá. Entonces ella se da cuenta de que se ha enamorado de otro. Nadie tiene la culpa, pero... hay otro chico. Que, además, vive en la misma residencia que tú. Habla con ella en los pasillos cuando Rachel sale para ir a clase. Es más guapo que tú, tiene más aplomo y resulta más excitante. Ella es incapaz de contártelo, de decirte que ya no le interesas, así que empieza a enrollarse con este otro tío a tus espaldas. Empiezas a notarla algo distante, tirando a fría. Tienes veinte años y, por algún motivo, no te estás acostando con nadie. Y la colmas de cariño, de devoción. Le compras flores todas las semanas, luego cada dos días. Pero cuantas más cosas haces, cuanto más te esfuerzas, menos atractivo parece encontrarte. Ahora escucha otro tipo de música, música que tú no conoces, que es posible que esté en otro idioma, y ella se pone muy pesada con esta música, habla de letras concretas que tú ni entiendes. Hasta que un día te abres en canal, le haces una emotiva confesión que es un harakiri de los de toda la vida. Y ella te contesta: «Trevor, ya no estoy enamorada de ti». ¿Ahora qué? Tantos años. Tantas oportunidades que has rechazado para preservar no sé qué idea romántica del amor de juventud. ¿Por qué?

El chico se ha puesto rojo, lanza un profundo suspiro mientras se agita con la mano el denso pelo castaño y dice:

—Es que no lo entiendo. No entiendo por qué me cuentas esto.

—Porque así es el mundo real —contesta su padre.

—Entonces, ¿no quieres que crea en el amor? ¿En serio? ¿No quieres que sea una persona buena o decente...? ¿Es eso? Qué fuerte, papá.

—Solo quiero que te quites la puta venda de los ojos, nada más.

—Ya, pero si no puedo ser bueno ahora, si no puedo creer en el amor ahora, ¿cuándo voy a hacerlo? Es evidente que tú no lo haces, que Deanna tampoco. El señor Doughty no está casado. Joder, ¿de qué vas? ¿La moraleja cuál es? ¿Que no hay que casarse? ¿O hay que casarse y después engañar a tu mujer cuando te apetezca? En ese caso, ¿se puede saber para qué me has metido en los Boy Scouts? ¿Qué hago aquí?

—Eres buen chico, y serás un hombre todavía mejor. Mejor que yo, de lejos —dice Jonathan—. Quiero que vivas la vida al máximo. No quiero que te rompan el corazón.

—Ah... ¿Y te ha parecido que denostar mi relación con Rachel, y también reconocer que no estás enamorado de mamá, todo en la misma noche... que eso no me iba a partir el corazón? Pero ¿de qué vas, papá?

Nelson acerca la mano a una cesta de mimbre en la que una servilleta de color burdeos cubre a medias seis panecillos calientes, cuyo vapor desaparece rápidamente en el comedor mientras él elige uno y vuelve a colocar la servilleta; después extiende un poco de mantequilla en el pan y mastica impertérrito mientras contempla por la ventana la tranquilidad nocturna del lago.

—Nelson, ¿tú qué piensas? —pregunta Jonathan—. ¿Le recomendarías a un chico de dieciséis años que lo apostara todo por su novia del instituto? ¿Te parece una decisión prudente?

Nelson mete la mano en la fuente de entremeses, coge unas mini zanahorias, apio, rábanos, y echa una cucharada de salsa de eneldo en un platito. Come con lentitud, con paciencia, dándole sorbos al whisky, claramente sin prisa por responder a su viejo amigo.

—Creo —dice al fin— que no sé mucho de por qué una persona se enamora de otra. Según mi experiencia, tratar de hacer razonar a un hombre o una mujer enamorados es inútil. Pero también es verdad —añade, masticando el panecillo— que el amor no tiene sentido. El amor es una emoción.

Wilbur Whiteside llegó a casa de Nelson a última hora de esa noche, mucho después de que el sol se hubiera puesto, cuando las farolas cobraban vida con un zumbido e iluminaban las bicicletas y los bates de béisbol usados aquel día, tirados de cualquier manera en los jardines de entrada, cuando el rocío ya empezaba a brillar en los radios detenidos de las ruedas.

Llamó con suavidad a la puerta mosquitera y fue Nelson quien acudió al recibidor y lo vio, bañado en la luz amarillenta del porche, con las polillas volando desordenadamente en torno a su cabeza canosa. Sostenía el sombrero entre las manos, retorció el ala con los dedos.

—Nelson —dijo abatido. Después, al cabo de unos instantes—: ¿Puedo pasar?

Nelson abrió la puerta y condujo a Wilbur al salón, donde estaba su madre, sentada en la mecedora, enjugándose los ojos con los dedos pulgar e índice, primero el lado derecho, luego el izquierdo.

Wilbur se sentó en el sofá, sosteniendo el sombrero por debajo de las rodillas. Estuvo mucho rato callado. Después dijo:

—Mi padre murió antes de que yo naciera.

A la madre se le volvieron a llenar los ojos de lágrimas.

Wilbur se miró los zapatos mientras añadía:

—Trabajaba en una mina de carbón en Ohio; según me han contado, un túnel se vino abajo, una roca enorme le dio en la parte de atrás de la cabeza y lo mató. En ese momento, mi madre estaba embarazada de mí, de ocho meses.

»Supongo que éramos pobres, pero yo no lo recuerdo así. Me acuerdo de que ayudaba a mi madre a preparar chucrut, que lo guardaba en un barril enorme, debajo de las escaleras del sótano, de cómo olía. Recuerdo que cogía el carbón que caía de los trenes, lo cual era robar desde un punto de vista técnico, pero también es verdad que la mina de carbón me había robado a mi

padre, así que, si soy sincero, no me importaba un carajo lo que pensara la gente.

La madre de Nelson soltó una risa triste mientras se tapaba la boca con el pañuelo.

—Recuerdo las conservas de mora y el pan de centeno recién hecho de mi madre. Recuerdo que sus padres, mis abuelos, hablaban en alemán. Recuerdo un día en que hicimos un pícnic al lado de un arroyo y mi madre me dio un trozo de chocolate. Recuerdo que me habían contado lo de la inundación de Johnstown; también sabía todo lo relacionado con Noé, que había aprendido al estudiar la Biblia, recuerdo que me dio miedo que el agua nos pudiera arrastrar. Recuerdo que nos trasladamos a Wisconsin. Me acuerdo de haber visto el lago Michigan por primera vez.

»Pero no tengo el menor recuerdo de mi padre, ni tampoco lamenté ni una sola vez no tener padre, y quiero contaros por qué. La cosa es que había muchos chicos en mi barrio a los que sus padres pegaban todas las noches. Y no solo a ellos. También pegaban a las madres, de eso sí que me acuerdo. Esas mujeres cariñosas que me daban manzanas, uvas y queso casero, y que después, un día, quizá me sonreían, pero al abrir la boca se veía que les faltaban dos o tres dientes, o que un párpado nunca se les volvía a abrir del todo, y la culpa era de aquellos padres, lo sabía, que salían de la mina borrachos de whisky, que destrozaban todo lo que se ponía a su paso, y, señora, no miento cuando le digo que hubo muchísimas noches en que, al irme a la cama, le di gracias al cielo por no tener padre, porque en mi casa había felicidad, y calidez, y solo estábamos mi madre y yo.

»No pretendo restarle importancia a lo que Nelson y usted están viviendo ahora, y tampoco quiero dar a entender que sus vidas vayan a ser fáciles sin su marido en casa, pero sí quiero garantizarle que puede lograrlo, y no solo eso, sino que además cabe la posibilidad de que esto los haga más fuertes, tanto a su hijo como a usted.

»También he venido esta noche porque quiero ofrecerme a mandar a Nelson a la Academia Militar St. John, cerca de Milwaukee. Yo le pagaré el importe de las clases y el alojamiento. Nelson es un buen chico, eso lo veo, y creo en su futuro. Poder hacerlo me produciría gran placer, señora, y espero que no solo lo considere algo sensato, sino que piense también en la libertad

que le brindaría a usted, al poder manejarse en el mundo sin la tensión de tener que alimentar a Nelson y cuidarlo sin un padre en casa. Ah, y también me gustaría darle esto, si lo acepta.

Le tendió un sobre, lleno de lo que a Nelson le pareció un buen fajo de billetes.

La madre de Nelson se tapó la boca con las dos manos mientras se echaba a llorar sin reservas. Los hombros le empezaron a temblar. El salón estaba oscuro, únicamente la luz del porche de entrada iluminaba el suelo del recibidor, y, al otro lado de la sala, un resplandor procedente de la cocina proyectaba un rombo de luz indirecta en el sofá. Dorothy se mecía; Wilbur estaba sentado al borde del sofá, y Nelson de pie a un lado, escuchándolo todo.

—¿Qué pasa si él llama a su hijo? ¿Si no está de acuerdo? —preguntó la madre—. No puedo despachar así al hijo de un hombre, sin su permiso..., sin tener ni una conversación, ¿no le parece? Por lo que sabemos, podría volver esta noche. Cuando le haya dado tiempo a... tranquilizarse.

Wilbur apoyó el sombrero en una rodilla, tiró de los extremos de su bigote y dijo:

—Eso ya lo he pensado, señora. Por eso, con su permiso, me gustaría hacer vivac en el jardín trasero de su casa, al menos esta noche. Esto podría haber sido un arrebató pasional, y es posible que su marido vuelva esta noche cuando haya podido calmarse. A lo mejor ahora está en algún tugurio de la zona esperando a que se le pase el enfado. Aunque ese sea el caso, quiero hablar con él de todos modos, de St. John, me refiero.

Dorothy observó al anciano unos instantes y después preguntó: —¿Vivac?

Esa noche, Nelson estuvo despierto durante horas, tumbado en la cama, mirando a la ventana, medio queriendo no ver nunca más a su padre, medio deseando oír cómo la furgoneta de la familia avanzaba por la calle metiendo ruido. En una ocasión, mucho después de medianoche, un motor viejo y ronco sí que pasó dando resoplidos por la calle, pero siguió avanzando entre traqueteos, sin ni siquiera reducir la velocidad. Y fugazmente, desde el jardín de atrás le pareció que le llegaban los ronquidos de Wilbur, unas oleadas de

sonido suave que casi le resultaron reconfortantes, como un viento insignificante que agitara la descuidada vela de un barco.

Y luego llegó la mañana. Desde la cama, Nelson oyó que Wilbur y su madre hablaban en voz baja, aunque también percibió risas poco sonoras, el goteo del café, los chasquidos y el chisporroteo del beicon al freírse, y, en el exterior, el canto de los pájaros y los sonidos imprecisos de un mundo que se despertaba: portazos de coches, puertas de garajes que se abrían y se cerraban, perros que ladraban para que los dejasen entrar, la ruta constantemente interrumpida de un camión de la basura, y el silbido, lanzamiento y choque de grandes cubos de aluminio que volaban por el aire de la mañana y que caían de nuevo en el césped de las avenidas. Se vistió enseguida y fue a la cocina. Estaban los dos sentados a la mesa de la cocina, Wilbur y su madre. Él ya vestía el immaculado uniforme; su madre, cosa muy poco frecuente en ella, lucía uno de sus mejores vestidos para ir a la iglesia, e iba peinada y maquillada. Giraron el cuello para verlo entrar.

Ese día Nelson volvió al campamento con Wilbur y, pocas semanas después, en septiembre, se matriculó en la Academia Militar St. John, en la que su primer año de clases fue un periodo frío, cruel y atroz de novatadas intermitentes que rayaban en la tortura. Uno de los juegos preferidos de los chicos mayores consistía en obligar a un grupo de unos cinco o seis alumnos menores a que sostuviesen una guinda entre las nalgas mientras corrían por el resbaladizo pasillo de granito. Si un corredor «tiraba» la guinda, tenía que comérsela. A los mayores les encantaba hacer apuestas con este juego.

Sin embargo, en el verano y otoño siguientes, el cuerpo de Nelson empezó a estirarse, como si se estuviera adaptando a las múltiples amenazas de su nueva circunstancia. Nunca llegaría a medir metro ochenta, pero tampoco sería un enano de metro y medio. Y todos los veranos se esforzaba en convertirse en alguien más fuerte, más corpulento, más competente. Cuando volvió a St. John en septiembre para empezar el segundo curso, Nelson parecía un tejón o un glotón: un centro de gravedad bajo, envuelto en una armadura de músculo y con la piel curtida, el pelo muy rapado y una mirada que ya no transmitía calidez ni compasión, ni pedía perdón, sino que

solo expresaba una paciencia recelosa, ¿o no sería en realidad una rabia latente que esperaba el momento para explotar?

Una semana después de que empezara el segundo trimestre de otoño, en el vestuario lleno de vapor, un chico mayor le tiró las gafas al suelo de una bofetada. Al cabo de tres segundos, Nelson ya lo había dejado inmobilizado contra las resbaladizas baldosas de cerámica; le retorció el brazo por detrás de la espalda hasta que oyó unos crujidos poco naturales acompañados de gritos. Se produjeron otros tres ataques después de aquello, pero todos acabaron igual, hasta que, al fin, lo dejaron en paz. Y entonces, misterio, empezó a hacer amigos. Al principio solo fueron un par de alumnos marginados y solitarios, a los que Nelson acabó respetando por su inteligencia, su bondad, su callada fuerza interior. Al graduarse, salió elegido en una votación como el estudiante con más probabilidades de triunfar en la vida.

Años después, tras licenciarse en West Point, lo destinaron a Vietnam, pues sus superiores consideraron que su experiencia en los Boy Scouts era muy útil, y, posteriormente, llegó a ser una excelente rata de túnel gracias a su estatura relativamente baja; podían mandarlo al sistema de túneles subterráneos del Viet Cong, al pobre cabrón, solo con una linterna y una pistola.

Deanna vuelve a la mesa totalmente serena y se encuentra con Nelson, que ya se ha puesto en pie para apartarle la silla y deslizársela por debajo mientras ella se recoloca una servilleta en el regazo. Jonathan se echa al coleteo el whisky, sumergiéndose en la semioscuridad del comedor, las sombras acogedoras, la luz dorada, el olor familiar de los panecillos recién horneados, de los bollos huecos y de la mantequilla derretida. Ni siquiera parece darse cuenta de que Deanna ha regresado hasta que esta le pone una mano en la frente, gesto que devuelve a Jonathan a la mesa. Valora la suave caricia de Deanna, ese pequeño acto de solidaridad. Al otro lado de la mesa, resulta evidente que su hijo sigue enfadadísimo.

—Trevor, quiero decirte una cosa —dice ahora Deanna, dándole un sorbo al champán—. No llega a ser una disculpa, porque... bueno, porque estoy contenta de veras de estar aquí contigo, de haberte conocido, y creo que lo sabes. Eso sí, espero que también encuentres el modo de... bueno, de tranquilizarte. De pasar una velada agradable. Reconoce lo que es en sí este momento: un rato con tu padre, con el señor Doughty, dos hombres que evidentemente te quieren... Lo que tu padre quiere decirte, y ya sé que no es fácil escucharlo... La verdad es que seguramente tiene razón, Rachel y tú no duraréis. ¡Y no pasa nada! Nadie tiene la culpa, esto forma parte de lo que supone madurar, convertirse en adulto.

Trevor inclina la silla sobre las dos patas traseras con la postura desconsolada de un adolescente al que le está a punto de estallar un oído.

—Lo que pasa con el amor, Trevor, es que la persona debe fomentar ese sentimiento, fomentarlo todo el tiempo que pueda. Por eso, si ahora estás enamorado, debes entregarte al amor con todas las consecuencias. Y te deseo la mejor de las suertes. Pero eres un *scout*, también tienes que estar listo..., listo para entender la realidad. No voy a añadir nada más esta noche que vaya a frenarte o hacer que te sientas mal, porque es obvio que eres buen chico, tienes buen corazón. Veo que tus padres te han educado muy bien.

Deanna vuelve a apoyar la espalda en la silla; por lo visto, ya ha terminado. En el exterior del restaurante, la noche ha devorado el paisaje y solo ha dejado un pálido collar de luces que brillan a lo largo de la orilla más alejada del lago. La luna parece haberse perdido entre los árboles.

—Ah, ¿sí? ¿Y usted qué sabe de mis padres? —pregunta Trevor—. ¿Acaso sabe algo de mi madre? Desde luego... no, en serio. Está en casa, seguramente... joder, no sé, doblando nuestra ropa limpia, asegurándose de que la empresa de mi padre funciona bien. ¿Quién cree usted que fue su primera contable? ¿Quién cree que despidió a los empleados de mi padre en los inicios, eh? Ah, ¿mi padre no le ha contado esta parte? ¿Que no era lo bastante hombre para poner en la calle a alguien? ¿Que tuvo que mandar a mi madre para que le hiciera el trabajo sucio? ¿Y para qué? ¿Para que mi padre pueda verse con su novia mientras estamos aquí, en teoría para aprender a ser hombres mejores, *scouts* mejores? Menuda sarta de gilipolces, joder.

—A esto me refería exactamente —añade Deanna con toda tranquilidad—. Ya me gustaría que mi hijo me defendiera a mí como estás defendiendo ahora a tu madre.

Pero Trevor no ha terminado.

—¿Sabía que sus padres se murieron antes de que cumpliera los veinte? Los dos. De cáncer. Más o menos con un año de diferencia. —Trevor agarra el tenedor y dirige la vista a la mesa—. ¿Eso lo sabía? ¿Y que sufrió tres abortos antes de poder tenerme a mí? Tres. Quiero que lo sepa, señora. Usted cree que está enamorada de mi padre, o a lo mejor, yo qué sé, creéis que estáis viviendo una... aventura, o como queráis llamarla... Pero mi madre solo nos tiene a nosotros. Somos su familia. Y esto no me lo había planteado hasta ahora. No lo había pillado hasta este momento, pero... —Señala a su padre con los dientes del tenedor—. Segurísimo que ella nunca te haría algo así, joder. Dos camareros se acercan a ellos, sosteniendo los platos, y a continuación colocan la comida en la mesa mientras los cuatro comensales se quedan más o menos inmóviles y se llevan despacio las copas a los labios hasta que al fin, cuando los camareros se han marchado de nuevo, Nelson posa una mano en el hombro de Trevor e, inclinándose en dirección al chico, dice con cariño: —Vamos, tienes que comer algo. Te encontrarás mejor. Algo con que absorber el daiquiri que corre por tu interior.

Muerto de hambre y afligido, el muchacho coge los cubiertos y empieza a zamparse la comida que tiene delante mientras Jonathan, Deanna y Nelson lo contemplan, perplejos al ver lo rápidamente que engulle. En un rincón del local, un trío de jazz comienza a interpretar una versión del *Take Five* de Dave Brubeck, al tiempo que la intensidad de las voces de los comensales va aumentando, pues ahora el comedor se encuentra atestado de veras. En la barra la gente está codo con codo y en algunos sitios en dos filas; la cocina funciona a toda pastilla, y casi todos los clientes van puestos.

—Te propongo una cosa —dice Jonathan, inclinándose hacia su hijo—: vamos a hacer una apuesta.

—Jon, córtate —dice Deanna—. No seas cruel.

—¿Por qué? El chico está muy seguro, así que ¿qué más da? No le costará ganarse un dinerillo.

Nelson cruza los brazos.

—Te apuesto cien pavos a que Racquel y tú ya no estáis juntos al acabar el instituto.

—Se llama Rachel, papá. Rachel. Lo sabes muy bien.

Jonathan mete la mano en el bolsillo de atrás, saca una abultada cartera, se humedece los dedos con la lengua, saca un billete de cien dólares y lo deja sobre el mantel blanco, tan cerca de la vela que la luz atraviesa sin problemas el fino papel.

—Cien pavos.

—La apuesta consiste en que me partan el corazón, ¿no? —pregunta Trevor—. ¿De verdad que vas a hacer una apuesta a ver si rompemos? Por Dios, ¿por qué te importa tanto el tema? Jonathan se agacha en dirección al centro de la mesa, con dos puntas de espárrago en el tenedor.

—Porque no quiero que te pierdas cosas, Trev. ¿Lo entiendes? Quiero que lo vivas todo. No quiero que te comprometas con algo por estar tan chapado a la antigua, por ser un condenado ejemplo de bondad. Ahora divides el mundo en bueno y malo, blanco y negro, pero cuando llegues a nuestra edad verás que las cosas no son tan simples. Todos estamos jodidos. Todos se tiran a las mujeres de otros, roban cosas en el trabajo, defraudan en sus impuestos. Si intentas no engañar nunca, te conviertes en un imbécil, más bien, un panoli. ¿Qué quieres que haga, que te deje entrar sin armas en un

mundo así? ¿Como si fuéramos paseando tan tranquilos por Disneylandia, como si en la vida todo fuera algodón de azúcar y Mickey Mouse? ¿Los dibujos animados, la catequesis y el rollo ese de comer perdices? Trevor, mírame.

Pero Trevor se niega a apartar la vista del plato vacío.

—¡Que me mires, joder! —le ordena Jonathan, lo bastante fuerte para acallar las conversaciones de cuatro mesas cercanas, lo bastante fuerte para que Deanna le ponga una mano en el antebrazo.

Trevor mira a su padre.

—Trev, eres buen chico, pero la verdad es que el mundo va a acabar contigo si no abres los ojos, colega. Por Dios, si es que me recuerdas al Cor... En ti hay algo del carácter de Nelson.

—¿Y eso qué tiene de malo? —pregunta el hijo—. ¿Eh? La gente admira al señor Doughty. Es un héroe de guerra. Ha conseguido vivir todo el año en un campamento de los Boy Scouts.

—¿Que ha conseguido qué? —contesta Jonathan con una carcajada—. ¿Eso es conseguir algo? Trev, a casi ningún hombre adulto le parecería... Bueno, está muy bien y tal, pero...

—Jonathan, que estoy aquí —dice Nelson quedamente, con una voz que es un gruñido grave por debajo del estrépito de la sala cacofónica.

—Ya, sé dónde estás, Nelson —replica Jonathan, desprendiéndose de cualquier vestigio de cortesía que pudiera quedarle—. ¿Podrías explicarnos mejor tu estatus de «héroe de guerra»? Estoy seguro de que al joven Trevor le encantaría que lo deleitaras con anécdotas de la época que pasaste en «La Mierda».

Nelson coge la agonizante vela y sostiene la lucecita entre las manos; parece que lleva una chispa pequeña y blanca destinada a una hoguera que espera a ser encendida.

—Siento defraudarte, amigo —dice, contemplando la vela—, pero no tengo anécdotas de guerra que contar.

—Oh... ¿no tienes? —dice Jonathan entre sonoras carcajadas, levantando el vaso de whisky para que el camarero lo vea—. No me lo creo en absoluto. ¿Cuántas veces te destinaron allí, dos, tres?

—Tres —contesta Nelson en voz queda.

—Papá, por Dios —dice Trevor—. No quiere hablar del tema. —Pero ¿no eras tú el que me preguntabas esta mañana por la época que el Corneta pasó en Vietnam? Bueno, pues esta es tu oportunidad. Vamos, Nelson, deléitanos. Pero que sea algo tirando a limpio. O sea, una educada charla bélica. Nada de orejas cortadas ni de abuelas atacadas con napalm, ya me entiendes.

—Por Dios, Jonathan —dice Deanna—, tranquilo.

—Oye, mejor no te calles nada, Corneta. Pensándolo mejor, qué narices, cuéntaselo tal cual. No querrás que el chico se presente de voluntario para participar en otra estúpida guerra, ¿no? —No. No quiero.

Ahí estaba Nelson, con veinticinco años, en la destartalada escalera de entrada de la diminuta casa estilo Cape Cod que su madre tenía en el barrio de East Hill, en Eau Claire. Era el mes de mayo, en el aire flotaba el perfume de las lilas y, de forma discordante, también el hedor del caucho y el fuego que salía de la fábrica de Uniroyal, al otro lado del río; el mundo incluso vibraba por la febril actividad industrial y los esfuerzos que no cesaban en las veinticuatro horas del día: de las carretillas elevadoras salían gases de propano, los trenes iban pasando con sigilo y lentitud, algunos camiones de dieciocho ruedas holgazaneaban en los muelles de carga, y se oía el zumbido constante de cientos de pares de manos que sudaban la gota gorda dentro del enorme edificio de ladrillo.

Nelson estaba un poco borracho. Una barba entre castaña y pelirroja se extendía por la parte inferior de su rostro, y llevaba colgada del hombro una mochila de color verde aceituna. Había vuelto a Wisconsin haciendo dedo desde Fort Bragg, en Carolina del Norte, un viaje de tres días animado en parte por un hachís potente, cerveza barata estadounidense y pesada comida de cafetería ingerida en todas las paradas del trayecto: estofado de ternera en conserva, beicon, bollitos con salsa, huevos fritos, tostadas, hamburguesas con queso, chuletas de cerdo, filete con cebolla y salsa de tomate, helados, tarta de merengue con plátano... El mejor trayecto lo había vivido en un autobús de jugadores de *softball* que viajaban al norte desde su localidad natal de Rockford, en Illinois, para ir a un campeonato en Duluth, Minnesota. El vehículo iba atestado de neveras portátiles llenas de cerveza Schlitz fría, y algunos de los más jóvenes del equipo también habían estado en Vietnam. Mientras comían salchichas frías Oscar Mayer y bebían cerveza, le hicieron preguntas educadas pero concretas sobre el sitio en que Nelson había estado destinado, durante cuánto tiempo, y si había visto bajas.

El autobús lo dejó en la autopista 53, cerca del instituto católico de enseñanza secundaria y de un McDonald's llenísimo. Justo antes de echarse

la mochila al hombro para bajar, uno de los jugadores mayores del equipo le dio un fajo de billetes de cinco y diez dólares muy sujetos con una goma elástica.

—Si en algún momento te hace falta un sitio en el que dormir —le dijo—, tienes amigos en Illinois. Somos los Rockford Redbirds, de la liga independiente de *softball* del norte. Nos patrocina Motores y Transmisiones Rockford. Si preguntas, seguro que a alguno encontrarás.

Nelson le estrechó la mano y el hombre hizo un brusco movimiento de cabeza. Entonces el autobús siguió hacia el norte, pero antes los jugadores se pusieron en posición de firmes en el interior del vehículo y estuvieron haciéndole el saludo militar a Nelson mientras avanzaban por la autopista hasta desaparecer.

Primero se encendió la luz del porche, después su madre abrió la puerta de la calle y se quedó mirando de hito en hito a su hijo, a ese hombre al que apenas había visto desde los trece años, cuando, sencillamente, se marchó de su casa.

—Qué hay, mamá —dijo Nelson, más o menos con el mismo tono y la misma alegría incómoda que podría haber teñido su voz cuando tenía doce años—. Ya estoy en casa.

Ella rompió instantáneamente en un fortísimo llanto; cayó de rodillas mientras sollozaba y se tapaba los ojos con las manos. —Mamá —dijo Nelson mientras dejaba la mochila, abrió la puerta y se agachaba al lado de aquella mujer, su madre, que ahora, curiosamente, ya tenía más de cincuenta años, que estaba mucho más canosa, mucho más pálida que la mañana en que Wilbur lo había abducido, esa primera mañana en que su padre ya no estaba presente en sus vidas.

La rodeó con los brazos; le alegró hacerlo después de tantos años de estar arrastrando a sus amigos mutilados o descuartizados muertos por arrozales y claros abiertos entre la espadaña. Su cuerpo le resultaba familiar, y también su olor, el mismo perfume soso y barato de *drugstore* que llevaba desde hacía décadas, y sus brazos finos y sus piernas finas, todo aquel cuerpo que temblaba de alivio al poder por fin verlo.

La llevó al saloncito, que estaba a un nivel más bajo y en cuyo techo giraba un ventilador; la dejó en el sofá, aún sollozando. Ella volvió la cara,

como si sintiera vergüenza. Él se sentó en la butaca con demasiado relleno que normalmente había utilizado su padre, se hundió en los cojines, apoyó los brazos en los de la butaca y notó que se le acompasaba la respiración.

—Creía que nunca ibas a volver —dijo su madre—. Muchas veces me preocupaba que estuvieras muerto.

Él cerró los ojos y trató de percibir, de forma instintiva, cualquier sonido que fuese una señal de peligro. Trató de visualizar toda la estancia: los rincones, los puntos ciegos, posibles sitios en que quedar a cubierto. Alargó un brazo en dirección al suelo del salón para coger el M16 que sabía que no iba a estar; sus dedos solo rozaron la desgastada y vieja moqueta de hilo largo. Notó de pronto que su cuerpo solo era cierta cantidad de cemento aún húmedo, una bolsa de piel que contenía casi ochenta kilos de cemento húmedo. Luego, sin querer, se quedó dormido mientras de vez en cuando le llegaba la voz de su madre, que le planteaba preguntas que él no entendía, o que, con determinada frecuencia, lloraba de nuevo y después roncaba. En cierto momento lo despertó la continua cháchara de las cigarras en el exterior, un muro de sonido que se filtraba por las ventanas con mosquitera, que le recordaba la jungla en la que había dormido durante los tres años anteriores sin llegar a considerarla nunca su «hogar», pero donde le había tocado vivir, en una hamaca situada por encima del suelo de un bosque rebosante de millones de insectos y serpientes invisibles; su pelotón estaba desplegado en torno a él, dormido, mientras algunos roncaban con tanta fuerza como lo hacía ahora su madre, otros lloriqueaban al acordarse de las novias a las que habían dejado en Marion, Iowa, o en Iron River, Michigan, o al pensar en la prometida con la que se habían comprometido a última hora en Hoboken, Nueva Jersey, o en Tempe, Arizona. A Nelson le había dado por hacer el mismo ejercicio todas las noches: en tono muy bajo, en un susurro que casi no era suyo, recitaba el alfabeto vietnamita (primero del derecho, luego del revés, como si desanduviera lo andado: A, Â, Ã, B, C, D, Đ, E, Ê, G, H, I, K, L, M, N, O, Ô, O', P, Q, R, S, T, U, U', V, X, Y...), y entonces su voz se convertía en su canción de cuna y a veces incluso solapaba este ritual con el recuerdo de estar tumbado en la cama de un remoto burdel camboyano mientras una prostituta le pasaba sus cortos dedos por el pelo grasiento y le tarareaba una canción desconocida mientras él iba recitando el alfabeto.

Tenía cara de sueño, aquella mujer, y debía de haber dado a luz hacía poco, cosa que no habría sido obvia si, al hundir la boca en sus pechos, de estos no hubiera salido aquella leche dulce que Nelson bebió, sin el menor reparo, toda la noche, hasta que sus compañeros y él se marcharon a primera hora de la mañana sin decir ni mu, reducidos a una reunión colectiva de bandoleras, metralletas y petates de nuevo al hombro. Después desaparecieron para volver hacia la frontera, hacia el peligro seguro de una jungla infinita.

Al día siguiente se despertó sobresaltado y estuvo a punto de caerse de la butaca. Su madre estaba en la cocina, la oía, también oía el sonido de las suelas de sus zapatos ortopédicos en el linóleo, que crujían cada vez que ella movía el talón. Frotándose los ojos, Nelson se puso en pie, se estiró y después fue a donde estaba ella.

—Buenos días —le dijo.

Llevaban más de diez años sin vivir juntos en la misma casa, sin dormir y despertarse bajo el mismo techo, sin desayunar a la vez. Evidentemente, él había vuelto a pasar las vacaciones, pero en todos los veranos entre su decimotercer cumpleaños y su ingreso en West Point había trabajado de cocinero o de monitor en el campamento Chippewa; su vínculo con su madre se había vuelto cada vez más impreciso, apenas lo definían las escasas cartas que se mandaban o las visitas mensuales que ella hacía al campamento, entre junio y septiembre, ocasiones en que Wilbur los llevaba en coche a un restaurante o un club nocturno de la zona y los invitaba a cenar mientras describía los logros de Nelson con el tipo de elogiosos adjetivos que solo suelen emplear los abuelos devotos, los mentores o los entrenadores a quienes impresiona una persona mucho menor que ellos.

—A mí lo que me impresiona de Nelson, señora, no es solo su pericia con una soga o una brújula, ni que se haya convertido en el mejor nadador del campamento o en el que mejor puntería tiene con un rifle del veintidós. Si soy sincero, espero que todos los chicos alcancen estos objetivos, y, para mi desgracia, me acaban defraudando cuando los muchachos no destacan en estas actividades. No, lo que me impresiona tanto de Nelson es haber visto cómo se convierte en líder. Los otros se fijan en él, casi por defecto. Y tiene capacidad de resistencia, señora; una resistencia infrecuente en los chicos de su edad, incluso en la mayoría de los hombres adultos. Tiene principios; sabe

distinguir el bien del mal y no tolera ni los abusos ni la crueldad. Lo he visto, y también me han hablado de sus actos otros monitores y jefes de patrulla. Un ejemplo: hace una semana, Nelson estuvo observando a un muchacho mayor, corpulento, a quien se le ocurrió la idea de divertirse un rato haciéndole una aguadilla a otro chico en el lago. No creo que quisiera hacerle daño en serio, pero eso da igual: hablamos de un comportamiento impropio en un *scout* y completamente fuera de lugar. De hecho, era una tortura. El socorrista que estaba de guardia no vio lo que pasaba, porque las aguas del lago bullían de actividad, los muchachos nadaban y se salpicaban, pero Nelson lo detectó enseguida. Pues bien, señora, me alegra decirle que Nelson frenó al chico mayor, al que después se expulsó del campamento. Y los padres del muchacho menor, cosa nada sorprendente, me escribieron una carta para elogiar la intervención de Nelson.

Wilbur metió la mano en un bolsillo del traje de lana y sacó un sobre doblado una vez por la mitad.

—Esta es la carta, señora. En ella dicen que su hijo es un héroe. Nelson observó cómo su madre extendía el brazo para coger el sobre cálido, con la muñeca muy cerca de la llama de la vela. La mujer desdobló la carta y se puso a leer con labios trémulos mientras sus ojos se desplazaban de izquierda a derecha y vuelta a empezar. Leyó con lentitud, casi como si aquella acción fuese una lucha para ella. Luego dobló el papel, lo volvió a meter en el sobre, se lo guardó en el bolso y dijo:

—Señor Whiteside, ha orientado usted a mi hijo de un modo espléndido, y yo... estoy en deuda con usted. Sin duda.

—Es usted quien debería sentir orgullo, señora Doughty —dijo Wilbur—. Ha tomado decisiones complicadas para garantizar el éxito de su hijo, su futuro, han sido una muestra de gran valentía.

A la madre le temblaba la mano cuando se llevó un vaso de agua a los labios; primero chocaron los cubitos de hielo contra sus dientes, luego el vaso húmedo.

—Ah, no me diga —farfulló al cabo de unos instantes mientras metía la mano en el bolso para sacar un pañuelo con el que sonarse la nariz.

—Hay café en el termo, si te apetece —dijo Dorothy—. Me tengo que ir a trabajar.

Llevaba una especie de uniforme: medias blancas, una falda y una blusa de color gris claro, el cabello canoso recogido en un moño prieto, dos círculos de colorete en las mejillas debajo de unos ojos ojerosos y unas cejas muy marcadas por la tristeza.

—Esto... ¿dónde trabajas? —preguntó Nelson entre toses. Se dio cuenta, muy de repente, de que no sabía prácticamente nada sobre la mujer entrada en años en que se había convertido su madre.

—En la tintorería Becker's de Barstow.

—Ah. ¿Y a qué hora acabas?

Ella apretó el bolso contra el pecho, se puso muy erguida.

—Depende. A las cinco y media o seis.

—Podría preparar la cena —propuso él, mirándose los pies, aunque entonces no se le ocurrió ni un plato que supiese hacer, después de tanto tiempo comiendo raciones de campaña envasadas en plástico marrón, el contenido frío de pequeñas latas. De pronto se acordó del *chow mein* de su madre.

—Ah, pero ¿sabes cocinar? —preguntó ella.

—Un poco —mintió él.

—Bueno —prosiguió ella; metió la mano en el bolso, sacó un billete de cinco dólares y lo dejó en la encimera, a la izquierda del fregadero—, pues aquí tienes dinero para hacer la compra. Pero si no te apetece, o estás muy cansado, basta con que compres unos filetes y ya los preparo yo cuando...

Entonces se quedó callada, se tapó la boca con la mano, cerró los ojos.

—Mamá —empezó a decir él, y se planteó acercarse a ella, pero no supo cómo.

Ella hizo un ademán con la mano, como para indicar que aquello era una bobada, una tontería comparada con todo lo demás. Terminó de hacer el gesto y añadió:

—Te veo esta noche.

—Mamá...

Pero ella ya estaba abriendo la puerta de la calle; la mosquitera también se abrió y luego se cerró de un portazo. Él se quedó en la entrada, contemplando cómo su madre avanzaba con decisión por la acera, cómo se

alejaba de él, y oyó que se sonaba la nariz, vio que los hombros aún le temblaban un poco.

En cierta época había sido su niño, y después algo más parecido a un fantasma. Ahora ¿qué era para ella? Un hombre, un hombre con barba, de casi veinticinco años, con el fuerte olor del hachís impregnado quizá en las fibras de la ropa y en el descuidado bigote, con la mirada siempre vidriosa, y, ahora, además, con una historia de secretos que jamás podría contarle: los túneles excavados de un color negro ataúd, las docenas de asesinatos (¿cuántos habían sido?), las innumerables maneras en que había presenciado cómo mataban a sus amigos, a sus compañeros. Incluso las cosas que le inspiraban algo menos de vergüenza, como los fumaderos de opio, los prostíbulos, los niños de ojos azules que podría haber dejado a su paso... ¿Cómo explicar todo aquello? Era mejor ser discreto. El silencio. Eso, al menos, podía sustituir hasta cierto punto a la virtud.

La vela se apaga al fin entre chisporroteos, ahogada en su cera blancuzca.

—Aun así, quiero hacer una apuesta —dice Jonathan, apoyándose con despreocupación en la silla—. Deanna, ¿te animas? ¿Y tú, Nelson? ¿O va contra el código de los Boy Scouts? No me acuerdo de las putas leyes, ni de las reglas de los cojones ni de todo ese rollo.

—Papá... —gime Trevor—, estás borracho. ¿Podemos volver al motel, por favor?

—No —contesta Jonathan, contundente—. La noche no ha hecho más que empezar. A que sí, ¿Nelson? Ya estamos por encima del cuarenta y cinco, Trev. Aquí nadie se acuesta temprano. No hay clase por las mañanas, ni una novia a la que darle el parte. No, esta noche nos lo vamos a pasar bien, qué narices.

Arrastra la silla en dirección a Deanna y le apoya el brazo en el respaldo. Al principio, Deanna tuerce el gesto cuando él la toca, le da un manotazo a algo que tiene en el regazo, luego alza la vista, la dirige a Trevor y esboza una sonrisa.

—Siempre estás borracho —añade el hijo—. ¿Te das cuenta? ¿O ya no notas la diferencia?

Jonathan levanta un dedo, suelta un pequeño eructo y se inclina hacia el centro de la mesa.

—Tengo que mear —dice muy despacio—, y después voy fuera a fumarme un cigarrillo y a hablar con las estrellas.

Echa hacia atrás la silla, que se cae lentamente, y hay un momento, mientras Jonathan está en pie, en que parece perfectamente posible que él también se desplome y acabe entrelazado con la silla, como dos matones de bar fundidos en un abrazo incómodo. Pero recobra el equilibrio y se alza casi de forma majestuosa mientras un camarero se aproxima a toda prisa, endereza la silla y se lleva las copas vacías. «Tengo que empolvarme la nariz», añade mientras guiña un ojo y se dirige tambaleante al baño. Con su pelo canoso,

pantalones caqui, camisa de color azul celeste y sus náuticos Sperry, podría pasar por un regatista que estudia el cabeceo y la inclinación del barco sobre el mar que tiene por debajo. Trevor ha cruzado los brazos sobre el pecho y mira el mantel con cara de pocos amigos. Da la impresión de que Nelson ha clavado la vista en el mismo y extraordinario punto de la mesa. Alrededor de ellos, bullen en el comedor las risas, la posibilidad de un romance, el cómodo silencio de ciertas parejas casadas desde hace mucho que ocupan mesas de dos, las voces quedas de las discusiones políticas o las negociaciones empresariales, los brindis llenos de optimismo; en una mesa cantan sin gran precisión el simple estribillo de *Piano Man*.

—Pues me alegro muchísimo de haberte conocido —dice Deanna al fin, juntando las manos y situándolas cerca del corazón, del mismo modo, según imagina Trevor, en que lo haría un misionero antes de elevar el rostro a Dios para rezar—. Sé que esta cena ha ido..., bueno, un poco de puta pena, pero... Eres tal como te describe tu padre.

—Ah, qué bien —responde Trevor muy hosco, sosteniéndole la mirada a Deanna, implacable—. ¿Y cómo me describe?

Ella baja la vista, también las manos, y contesta en voz baja: —Dice que eres guapo. Y bueno.

—¿Bueno? —repite él con un fingido tono de diversión—. ¡Bueno...! Ya le ha oído. Cree que soy un simplón.

—De eso nada. Cree que eres de lo más inteligente. A mí me parece... que le preocupa que puedas ser un poco... ingenuo, nada más.

—¿Ingenuo? ¡Ingenuo! ¡Pues claro que lo soy! ¡Tengo dieciséis años, joder! No lo entiendo. Qué pasa, ¿quiere que sea malo o qué? ¿De eso se trata? ¿De que acabe hecho un amargado antes incluso de llegar a la universidad? Lo que hay que hacer qué es, ¿encontrar a alguien con quien conspirar o qué? —El chico se lleva la parte inferior de las palmas de las manos a los ojos y suelta un profundo suspiro adolescente—. Es que no lo entiendo. Creo que no me educaron para faltarle al respeto a mi madre. ¿Se puede saber qué mierda está pasando? ¿Qué quiere mi padre de mí? ¿El visto bueno?

—Puede —dice ella—, o es posible que...

—¡Pues me la suda! —exclama Trevor—. ¡Y él también me la suda!

De pronto, el camarero aparece tras el hombro de Deanna, en posición de firmes como cualquier buen soldado, con un abanico de menús en las manos y un gesto de educada inquietud.

—¿Alguno de ustedes desea tomar postre? —pregunta.

—Espere un momento, por favor —dice Nelson mientras se inclina en dirección al centro de la mesa, desde las sombras en las que ha estado esperando su momento. Tose en la flor blanca que forma su servilleta—. Deanna, ¿te importaría dejarme un momento con Trevor? —añade mientras le guiña un ojo a la mujer y acerca su silla a la del joven, que no podría parecer más incómodo.

—Claro —contesta ella; se aparta de la mesa y, tras coger el bolso, se encamina al baño.

Cuando ha desaparecido, Nelson apoya una mano maciza en la espalda de Trevor; el chico contempla el mantel mientras con las uñas hace pequeñas incisiones en la tela.

—Entonces, ¿mis padres se van a divorciar? —pregunta Trevor—. ¿Eso es lo que implica todo esto?

—No lo sé, muchacho. Pero me temo que tiene toda la pinta. —No lo entiendo —añade el joven, levantando la vista para fijarse en Nelson—. Porque ni siquiera es guapa. No es que mi padre vaya a dejar a mi madre por una modelo de biquinis de veintipocos años, la verdad. Tampoco es que me fuera a dar igual en ese caso, pero al menos lo podría entender. Una crisis de la mediana edad o como la llamen. Pero yo es que esto... No sé. —Entrelaza los dedos detrás de la cabeza—. ¿Para qué ha tenido que organizar todo esto? ¿Usted lo entiende?

Nelson se apoya en el respaldo y mira por la ventana, tras la cual están Jonathan y Deanna en un pasaje estrecho, bajo el resplandor del restaurante, compartiendo un cigarrillo. Juntos ofrecen un aspecto natural. Él se apoya en una barandilla de madera y ella se encuentra a su lado, con la mano izquierda en la espalda de él; en la derecha sostiene un pitillo. Esta pareja elegante podría estar en la cubierta de un transatlántico, cómoda en su silencio, con sus pequeños gestos despreocupados.

—Yo tampoco lo sé, muchacho —prosigue Nelson—, pero quiero que sepas una cosa.

El chico mira fijamente la mesa.

—¿Me estás escuchando?

Trevor asiente.

—Eres un joven espléndido.

Trevor suelta una risa de desdén. Nelson le agarra la muñeca, la sostiene con cierta presión y añade:

—Lo digo en serio.

—Vale, ya me he enterado —contesta el chico en tono de burla—. Soy un joven espléndido. Pues qué bien. Mi padre se está tirando a otra, odia a mi novia, y esta noche tengo un lío de tres pares de cojones, pero usted piensa que soy espléndido. Cuánto me alegro.

—Trevor —dice Nelson con seriedad—, he tenido la malísima suerte de ver cómo morían docenas y docenas de amigos míos. —Ahora ha bajado la voz, que atraviesa el barullo del restaurante—. Supongo que muchos de ellos no eran tan brillantes como tú, quizá, ni tan sensibles. Eran más niños. Y vi cómo acababan hechos pedazos. ¿Me entiendes?

Trevor casi dice que no con la cabeza.

Nelson posa la mano sobre el corazón del chico. La deja en ese punto, cálida y recia, y, aunque el primer impulso de Trevor consiste en alejarse de ese contacto, no lo hace, y le da la impresión de que esa mano es una colcha, un consuelo. La mirada de Nelson es imperturbable, intensa, atormentada.

—He conocido a cobardes y he conocido a héroes —prosigue el hombre—. A todos los héroes los guía su corazón; a los cobardes, la cabeza. No lo olvides. Los héroes no calculan ni evalúan. Hacen lo que está bien.

Jonathan y Deanna vuelven cruzando el restaurante en zigzag, arrastrando un aroma a humo de tabaco y a aire fresco impregnado de pino. Jonathan se sienta alegre y pesadamente, pone una mano en el hombro de Trevor.

—¿Nos habéis pedido postre? —pregunta.

—No —contesta el joven.

—Bueno, pues ahora es el momento. Vamos a dejar a Deanna en el motel y luego te voy a llevar a un sitio superespecial, pero en él no tendrán postre, eso te lo garantizo.

—No sé, papá... ¿No puedo volver yo también al motel? Estoy más bien agotado.

Jonathan mete la mano en la cartera, saca un billete de cien dólares y lo sostiene delante de su hijo.

—La cosa es que el trayecto es algo largo. Por eso creo que lo que más nos convendría sería pedir café, un postrecito y tranquilizarnos un poco antes de marcharnos. Te doy cien dólares si vienes.

—Papá... Es que lo único que quiero es volver al motel, ¿vale? El dinero no tiene nada que ver con el tema.

Jonathan saca otro billete de cien del bolsillo y coge uno con cada mano, como si fueran boletos de lotería premiados.

—En ese caso, ¿qué te parecen doscientos? —pregunta. Enarca las cejas y aprieta los labios como un presentador chalado de un concurso televisivo que quiere cerrar un trato.

—Papá...

Jonathan suelta una carcajada, mira a Deanna y levanta una ceja. «El chico es duro negociando.» Se incorpora un poco en la silla, coge la cartera, estudia el contenido, se humedece los dedos con la lengua y saca otro billete de cien.

—Trescientos dólares. ¿Esto qué te parece?

—Lo que parece es que Trevor domina los principios de toda negociación —interviene Nelson, cruzando los brazos—. Quedarse callado y aparentar desinterés. También ha creado cierta sensación de urgencia al afirmar que se quiere retirar. Su madre debe de ser inteligente.

Deanna mira a Nelson y se muerde las uñas con benevolencia. Parece que el restaurante ha bajado el ritmo y todo va a otra velocidad, más lento. La música adquiere un tono menos animado, ahora ya se permiten esos tristes temas de gente desgraciada y de lágrima en el Martini que Sinatra podría haber cantado si se hubiera quedado solo en la barra, Sinatra y el camarero, *I could tell you a lot, but you have to be true to your code...**

Ahora sale otro billete de cien, hay dos en cada mano.

—Imagina la cita que podrías tener con la nena esa, como se llame, con este dinero —dice Jonathan con una sonrisa—. Con cuatrocientos dólares podrías alquilar una limusina, cenar en Minneapolis, o en el infierno, reservar

una habitación en un hotel de Milwaukee o Chicago y masturbaros mutuamente, o lo que hagáis los jóvenes en la actualidad.

Trevor ha cruzado los brazos y pone cara de muy pocos amigos.

—Rachel.

—Por otro lado —continúa Jonathan—, aún tenemos pendiente lo de la apuesta. Conseguiré que esta misma noche Nelson acabe aflojando la pasta.

—¿Él también viene al siguiente local? —pregunta Trevor, esperanzado.

Nelson se inclina hacia el centro de la mesa y dice:

—Alguien tiene que vigilar la decencia de tu padre.

—Última oportunidad —dice Jonathan—. ¿Qué decides? ¿Cuatrocientos dólares y diversión sorpresa, o volver al motel para ponerse a ver la tele en un aparato de mierda, esperando que tu Rochelle esté en casa? Debo añadir que creo que te gustará bastante el sitio al que vamos. Si no puedo educarte yo, a lo mejor otra persona sí puede, qué diablos.

—Se llama Rachel, papá. Rachel. Y, si vamos a hacer esta chorrada, quiero quinientos. Quinientos. Ahora mismo y en efectivo.

Jonathan sonrío bajo la luz dorada; le brillan los dientes.

Nelson vivió dos meses con su madre; empezó a ahogarse en el tedio de la vida cotidiana de forma casi inmediata. Sin ningún sitio al que ir, sin nada que hacer, sin nadie que entendiera bien de dónde venía, lo que había visto, lo que había hecho. Durante el primer mes se conformó con dormir dieciséis horas al día, levantarse solo para comer helado, luego acercarse caminando al centro y beber con el entusiasmo y la premura de alguien resuelto a desaparecer en una eterna y aterciopelada noche de Johnnie Walker. La mayoría de las veces ni siquiera encontraba a alguien con quien pelear; todos los insultos que soltaba, todos los pechos a los que daba un puñetazo, todas las cervezas que lanzaba a una cara desprevenida... todo aquello era ignorado. Soñaba despierto con su adolescencia, cuando los chicos lo acosaban, cuando sus puños le acribillaban el cuerpo, cuando sus pies le daban patadas como si fuera una pelota en medio de una melé. Su parte preferida del día llegaba cuando un camarero o el portero de un local lo amenazaban brutalmente, o cuando lo agarraban con una mano gruesa por el amarillento y arrugado cuello de la camisa, o de un enmarañado mechón de pelo, y lo arrastraban al húmedo abrazo de la tarde azul y tenue, o hasta el halo que formaba en la acera una farola que montaba guardia. Cuántas veces se quedó tirado en el cemento, riendo y pensando: *Estoy vivo, estoy vivo, joder, la vida es esto, estoy vivo y borracho en Wisconsin*. Tirado, en el cemento, fumando un Marlboro doblado y toqueteando la moneda de cinco centavos que llevaba colgada al cuello.

El primer día de agosto, muy temprano, entró en el cuarto de su madre, se sentó con delicadeza en la cama y dijo en voz baja: —Mamá, despierta. Despierta.

Ella lo hizo, sobresaltada, y se incorporó. Tenía el aspecto de una anciana.

—No, no te preocupes —prosiguió él—, vuelve a tumbarte. No pasa nada. Siento despertarte. Es que...

Ella sostuvo el dobladillo de las sábanas por debajo de la barbilla y estudió a Nelson con gesto de miedo y perplejidad. Las cortinas de encaje que enmarcaban su ventana ondeaban al viento; ya no eran blancas, sino del amarillo manchado del filtro de un cigarrillo, el color, en realidad... del tiempo.

—Mamá, me marcho —le anunció—. Lo siento.

—¿Por qué? —graznó ella.

—No sé —contestó—. Me da miedo... Me da miedo que pase algo malo si me quedo.

En su fantasía preferida, en su sueño preferido había una pelea de bar en la que él no dejaba de darle puñetazos en la cara de su rival, no dejaba de lanzarle golpes directos a la cara esa, hasta que prácticamente quedaba hecha picadillo, una plasta de espagueti y salsa de carne. Era un sueño que tenía con frecuencia, pero que no le inspiraba el menor terror, solo una magnífica sensación de alivio, más alivio del que conseguía ingiriendo el calmante que fuese. Le horrorizaba la idea de que su madre fuera a visitarlo a la cárcel del condado, de que acudiera a un tribunal, mientras Nelson no tenía nada que alegar al margen de que quizá lo iban a mandar al sitio que le correspondía, la cárcel. Al fin y al cabo, había matado a muchísimos seres humanos en Vietnam. ¿Acaso no era, de hecho, un asesino?

—Bueno, tienes que hacer lo que consideres que es mejor, Nelson —logró decir ella.

Se quedaron en silencio unos instantes antes de que él continuara; le preguntó:

—¿Lo has vuelto a ver? ¿Ha llamado alguna vez?

Ella dijo que no con la cabeza, se tapó la boca y se echó a llorar con la facilidad con que parecía hacerlo siempre, a sollozar dando la misma sensación de resignación.

—En el sótano hay una caja. Imagino que son cartas que te mandó después de que te fueras de St. John. Parece que llegaban en torno a tu cumpleaños.

—Está en Chicago, ¿verdad?

—Sí, bueno... No lo sé. ¿Eso importa, Nelson? ¿Tanto importaría? ¿No te das cuenta? Y ahora te marchas... Ay, por favor... vete. ¡Vete ya!

Le dio un cachete bastante flojo.

—¿Tienes su dirección?

—No —contestó ella sorbiéndose la nariz—, ni me interesa. Habría quemado esas cartas si no fueran para ti.

—¿Por qué Chicago?

—A veces comentaba la posibilidad de vivir ahí, hablaba del lago y los trenes, creo que tenía un primo que era conductor de autobús, o algo por el estilo. Pero bueno, aquí feliz no era. Eso no me hace falta recordártelo. —Le dio la espalda—. ¿Adónde vas a ir? —preguntó al cabo de unos instantes.

—Al oeste. A algún sitio del oeste.

—¿Me haces un favor?

—Lo intentaré.

—En realidad son dos. Mándame una postal, si no te importa, para que sepa que estás vivo. Y vuelve por Navidad, ¿eh? Llévame a la iglesia. ¿Es mucho pedir?

—No, no es mucho pedir. Lo puedo hacer.

—Y llévate esa caja de cartas. La quiero fuera de mi casa.

Nelson se inclinó y le besó la parte superior de la cabeza. La verdad era que una parte de su interior deseaba, más que ninguna otra cosa, hacerse un ovillo junto a ella en la cama y ver cómo el día se iba iluminando. Pero se puso en pie, cogió una mochila pequeña, encontró la caja en el sótano, vació su contenido en la mochila y se dirigió caminando al centro, a la estación de autobuses que estaba al lado del río Eau Claire; compró un billete en dirección al oeste para Albuquerque, Nuevo México, un destino que le resultaba atractivo por varios motivos, uno de los cuales (y no el menos importante) era que no conocía a nadie en esa ciudad.

Empezó a trabajar en ranchos, limpiando establos, arreglando vallas: todas las tareas típicamente masculinas de un jornalero novato. A Nelson le encantaba el trabajo: se despertaba pronto, comía en silencio y los otros peones lo dejaban bastante en paz. Por las noches se acostaba cansado, y algunas tardes se acercaba a una fogata en la que algunos de los hombres se sentaban en tocones, donde se dedicaban a reír y a contar historias; al cabo del tiempo, le preguntaron de dónde venía, y fue a ellos a quienes les habló por primera vez de Vietnam.

A principios de octubre le mandó a su madre una postal que decía lo siguiente: «Querida madre: Trabajo en un rancho al norte de Santa Fe. No te preocupes por mí, por favor. Hasta pronto. Con cariño, Nelson».

No volvió a casa por Navidad ese año. Ni ningún otro, de hecho. No regresó a Wisconsin hasta el otoño de su trigésimo cumpleaños, cuando le llamaron al rancho desde el hospital Sagrado Corazón de Eau Claire. Estaba en el establo hablando con el herrero, alargándole herramientas y herraduras, cuando la dueña del rancho, una mujer mayor llamada Maria, entró a toda prisa por las puertas abiertas y, con un tono preocupado y una mano sobre el corazón, le dijo:

—Tienes una llamada.

La enterró en un frío día de octubre en el que cruzaban el cielo unas nubes bajas, grises y erizadas. Acudieron al funeral catorce personas; tuvo que pedirles con insistencia a los vecinos que asistieran, pues no estaba seguro de que hubiera suficientes portadores si no lo hacían.

El pastor, tras leer la liturgia y dirigir la oración de los dolientes junto a la tumba, se quedó el rato de cortesía, estrechó la mano de los asistentes y después, mientras pasaba por delante de Nelson de camino al coche, dijo en voz baja:

—Quiero que sepa que no sufrió, si eso le consuela. Estuve a su lado en los últimos momentos. Sufrió un ataque de algo. Pero no creo que llegara a sentir dolor.

Nelson contempló el ataúd que estaba al pie de la sepultura, el que había elegido a toda prisa en la funeraria y en cuya madera brillante ahora se veían perlas de lluvia. La mujer del director de la funeraria había ido en persona a casa de la madre de Nelson para escoger la ropa para amortajarla. Los parientes se persignaron y se subieron a sus coches, la mayoría sin siquiera estrecharle la mano ni molestarse en darle el pésame. A quince metros de distancia, vio a un hombre que iba en un pequeño tractor Bobcat, el ascua de un cigarrillo entre los labios, un montículo de tierra negra al lado de la máquina.

Jonathan y Deanna van en la furgoneta; Trevor, con Nelson, en ese Land Rover tan guay que está hecho una carraca.

—¿Tiene usted la menor idea de adónde nos lleva mi padre? —pregunta Trevor mientras entran en el aparcamiento del motel y Deanna, conduciendo la Astro, dirige el vehículo hasta un sitio que queda justo delante de la habitación de Jonathan.

Trevor observa cómo su padre se inclina desde el asiento del copiloto, por encima de la consola central, para besar a Deanna, que le coge la cara con las manos mientras los faros les iluminan la cabeza desde atrás. El beso es tremendamente lento y real; al cabo de unos instantes, el chico vuelve la cabeza para fijarse en el brillo pálido y desagradable de la piscina.

Nelson mueve la cabeza y dice con frialdad:

—Si yo fuera tú, me limitaría a pensar en los quinientos dólares. Céntrate en tu novia, en lo que sientes por ella. Parece que a tu padre se le ha metido entre ceja y ceja empezar a hacer numeritos de adolescente, pero eso no significa que tú tengas que participar en ellos. Y, Trevor...

—¿Qué?

—Es posible que ahora no lo entiendas, incluso que tardes varios años, pero... trata de no ser muy duro con tu padre, si puedes. Sé un poco comprensivo con él.

—¿Me lo dice en serio? ¡Precisamente usted! Pensaba que estaría..., no sé, ¡escandalizado! Y ahora ¿qué? ¿Se ha convertido en su cómplice, o algo así? O sea, ¿aprueba usted este tinglado? ¡Mírelos! ¡Mire lo que hacen! — Señala a los tortolitos, que se morrean a la vista de todos—. ¡Es mi padre, joder! Que está casado, por cierto. ¡Casado!

—Lo siento, Trevor. De veras. Siento muchísimo lo de tus padres.

El chico hace un ademán decidido con la cabeza y dice:

—Esto es una puta mierda.

—Bueno, tú lo único que puedes hacer es tratar de ser un hombre mejor. Los momentos como este los aceptas y aprendes de ellos. Piensas: «No quiero ser un padre así. No quiero ser un marido así». Y guardas eso en tu interior, como un recuerdo, pero también como algo más grande. Un código.

Trevor tiene la vista clavada en la piscina.

Nelson aparca el Land Rover, apaga el motor y añade:

—Trevor, ¿tú crees que soy un buen hombre? ¿Ahora mismo crees que soy mejor que tu padre? ¿Que soy mejor, una especie de ejemplo? ¿Es eso lo que piensas?

El chico se vuelve para mirarlo.

—No sé. Bueno, diría que sí. Porque usted no es un hombre casado que se está besuqueando con una mujer casada justo delante de su hijo, así que... eso es un punto a su favor. Sí, creo que es mejor que él.

Deanna sale de la furgoneta y se acerca con gran elegancia al viejo vehículo de Nelson, aparcado a pocas plazas de distancia. Rápidamente, Trevor echa el asiento hacia atrás, gira la cabeza y finge dormir, también cuando la mujer da unos golpes suaves en la ventanilla con los nudillos, el anillo de su dedo anular produciendo un sonido distinto. Nelson se inclina por encima del adolescente y baja la ventanilla en su lugar.

—Oh —dice Deanna, fijándose en Trevor y en los suaves ronquidos que simula emitir—. Bueno, Nelson, ha sido un placer conocerte esta noche. Espero que podamos vernos en otra ocasión.

—Voy a salir a despedirme como es debido —dice él.

Abre la puerta, rodea el Land Rover, le da a la mujer un beso cortés en la mejilla y un cariñoso abrazo.

Ella le coge los dos codos y se acerca a su rostro.

—Por favor, dile a Trevor que también me ha encantado conocerlo. Siento que esta noche haya acabado siendo tan... incómoda para todos.

—Es buen chico, ¿verdad? —dice Nelson—. Estoy seguro de que lo asimilará todo con gran madurez. Creo que estas cosas cuesta comprenderlas, con independencia de la edad de la persona.

—Estamos enamorados —afirma Deanna mientras se encoge de hombros—. No puedo decir nada más.

—Se nota —dice Nelson con una sonrisa.

Por detrás de Deanna, Nelson ha estado observando cómo a Jonathan le cuesta acertar con la llave de la habitación, como si la cerradura de su puerta fuera una especie de blanco móvil. Por fin, y con las dos manos, la llave da en la diana y Jonathan abre empujando con el hombro, pero aparece al cabo de unos instantes con el cinturón desabrochado y la camisa por fuera. Ofrecer un aspecto digno cuando se está borracho puede llegar a ser muy complicado, piensa Nelson.

—¿Cuándo vuelves a casa? —pregunta Nelson para matar el tiempo.

—Mañana por la mañana. Deséame suerte.

—Que tengas suerte, Deanna.

—Y tú cuida de estos dos —le recomienda ella mientras señala con la barbilla a Trevor; después mete la mano por la ventanilla abierta y acaricia el hombro del joven.

Este se sobresalta en cuanto la mano lo toca, lo que muy probablemente deja su truco al descubierto.

—Buenas noches, Trevor —le dice Deanna; cada una de sus palabras es suave como un pétalo que cae de una flor—. De verdad, me ha gustado muchísimo conocerte. A lo mejor conoces pronto a mi hijo.

Jonathan, que al fin ha cruzado el aparcamiento haciendo eses, está al lado de Deanna.

—¿Te acompaño a tu habitación? —le propone con voz de borracho.

—No, no hace falta —contesta ella, apoyándole una mano en el pecho—. No seas muy malo esta noche —añade, y le da un pequeño beso en la mejilla.

—Huy —dice él—, ni se nos pasa por la cabeza.

Jonathan le hace un guiño a Nelson, un guiño lento que no tarda en degradar cerrando los dos ojos.

Se besan otra vez y ella se marcha a su habitación.

—¿El chico está dormido? —pregunta Jonathan—. ¿Se han despedido?

—Sube atrás y cierra el pico —dice Nelson mientras vuelve al asiento del conductor—. Mi buga, mis reglas.

—En ese caso, vamos en mi furgó. Míralo así: es muchísimo menos probable que la poli pare a una camioneta en un control de alcoholemia, ¿no crees?

Jonathan le da las llaves a Nelson. Este esboza una media sonrisa, asiente con la cabeza y menea el hombro del chico. «Despierta», le ordena. Se apretujan en el vehículo. Al momento, Trevor finge que se ha vuelto a dormir.

—¿Sabes por dónde se va? —pregunta Jonathan mientras se echa en el asiento trasero, se estira y cierra los ojos.

—Creo que puedo llegar —contesta Nelson, dirigiendo la Astro hacia el norte y después hacia el este, en dirección a Hurley, una población de unos mil cien habitantes en la que hay seis locales de *striptease* a lo largo de la calle principal y poco más que sea digno de mención.

Cuando ya han salido del motel y llevan unos cinco minutos avanzando por la carretera, con Jonathan dormitando con gran estruendo en el asiento de atrás, Nelson dice con un gruñido:

—Ya puedes dejar de fingir que duermes.

Trevor se incorpora y dice:

—¿Ah, sí? ¿Para que me pueda explicar lo de que el mundo no es blanco y negro, lo de que todos estamos condenados a tener unos principios morales mediocres y todo ese rollo? A lo mejor me conviene más dormirme.

Nelson se ríe entre dientes y echa un vistazo al asiento de atrás por el retrovisor.

—¡Eh, Jon! —exclama—. ¿Tienes tabaco?

—Mira en la guantera —farfulla Jonathan.

—Trevor, hazme el favor, pásame un cigarrillo, anda.

—No sabía que fumaba —dice el chico mientras hace lo que le pide.

Nelson baja la ventanilla y saca un codo al aire nocturno. Ya han salido de las autopistas principales, están en lo profundo de una espesura que representa de veras lo que son los Northwoods: tupidos y oscuros bosques de alerces y pantanos, pinos blancos y rojos, ni el menor rastro de civilización. Las estrellas se observan de forma ininterrumpida, un circuito perfecto que titila y que, constante, levemente, va girando, como el mecanismo iluminado de la más espléndida de las máquinas. Nelson enciende un cigarrillo, da una

profunda calada, se frota la sien con los dedos corazón e índice y echa el humo.

—Tu padre ha sido el único amigo que he tenido en toda mi vida — comienza a decir—, y, aunque no se note especialmente esta noche, también es una de las personas más buenas que he conocido jamás. No sé si hoy estaría vivo de no haber sido por él.

Deja de fijarse en la carretera y clava la vista en Trevor hasta que el joven dirige la mirada a su regazo.

Le habla a Trevor de su infancia, del acoso, del aislamiento; de su padre, del abandono; de la depresión y de la desesperación que empezaron a adueñarse de su madre; de los años en la academia militar, lejos de casa. En este relato, Jonathan es el único amigo de Nelson, lo cual no es del todo cierto, porque tuvo otros, especialmente en St. John, y después, por supuesto, en los Boinas Verdes. Pero eso no importa esta noche. Esta noche, piensa Nelson, el joven debe saber que su padre salvó a otro chico de los horrores del infierno de una letrina, que su padre le escribió cartas a Vietnam, que su padre fue el único que se presentó en aquella fiesta de cumpleaños...

Se inventa otras leyendas, otros heroicos cuentos chinos, nada tan dramático que Jonathan lo pueda negar automáticamente si alguna vez se le pregunta por los detalles. Pero Nelson sabe lo suficiente. Se quita la cadena del cuello y se la alarga a Trevor; la vieja moneda de cinco centavos en la que aparece un búfalo, con un agujerito practicado en el centro para que pase la cadena: su amuleto de la suerte durante su época en Vietnam. Le cuenta a Trevor que, viajando por España cuando era universitario, Jonathan corrió los encierros de San Fermín y salvó a otro corredor de ser corneado (todo lo cual lo había leído en esas infrecuentes cartas de sus días en Vietnam). Nelson exagera los detalles: que el corredor al que Jonathan salvó era un anciano que se había roto el tobillo por culpa de un adoquín que sobresalía, que Jonathan había sacado al hombre de la calle, en brazos y con una fuerza sobrehumana; que la familia de este hombre le había organizado una fiesta a Jonathan, en la que la joven y guapa sobrina del anciano se había comprometido a casarse con él... También hubo otras anécdotas, todas ellas pensadas para explicar indirectamente el comportamiento de Jonathan esa noche: sobre su gran corazón, vulnerable y romántico, sobre su desapego al dinero y su

extraordinaria generosidad, sobre el orgullo que le inspira Trevor y lo mucho que quiere al chico.

El Jonathan que Nelson construye es un hombre de una bondad y una decencia imposibles, cuyos únicos defectos son aquellos que tienen todos los hombres adultos: son vulnerables a los ardidés de las mujeres, siempre se están sacrificando, siempre están pendientes del futuro de sus hijos. Si Jonathan se ha desenamorado de la madre de Trevor..., bueno, no cabe duda de que se trata de algo tan natural como el hecho de que el litoral acabe desmoronándose sobre el mar, resulta algo casi inevitable, y, a saber, a saber de quién ha sido la culpa...

Nelson procura no presentar a Sarah Quick de forma que pueda parecer mala. En absoluto, pues no se le escapa lo probable que resulta que Jonathan sea el responsable de esta ruptura matrimonial, la verdad. Tampoco se molesta en inventarse la idea de que la madre no va a sufrir un golpe, una conmoción, una gran pena. Pero lo cierto es que Jonathan no es un hombre malo, no piensa abandonar al muchacho, y es muy posible que mantenga a Sarah de forma más que generosa: los dos estarán atendidos. Y, en todo caso, ¿no son así las cosas en la Norteamérica de hoy? Ningún matrimonio dura; nadie es inocente; y los Boy Scouts, como les pasa a todos los códigos morales, solo presentan un conjunto anticuado de tablas de la ley cuyas palabras se deshacen y se desdibujan por el efecto de una lluvia ácida que vuelve a transformar la piedra en arena, hasta que todo queda reducido a un sinfín de partículas minúsculas que no dejan de moverse bajo nuestros pies.

Parece que Trevor se incorpora mientras la carretera sigue desplegándose y Nelson fuma sin parar. El muchacho baja la ventanilla y contempla las estrellas.

—Creía que me iba a hablar de usted —dice al cabo de un rato—. Que me iba a contar lo malo que es usted, todas las cosas malas que ha hecho. — Apoya el mentón en la mano ahuecada—. Ya puedo esperar sentado.

Entonces, por primera vez desde que estuvo trabajando en el rancho de Nuevo México, Nelson le habla de su época en Vietnam, sobre el horrible zumbido de las moscas que se posaban en niños de ojos abiertos, sobre las cicatrices del napalm en las piernas de las niñas; sobre los prostíbulos, las pipas de opio y las pesadillas lisérgicas; le habla de las muertes lentísimas de

sus amigos, de las heridas que estos tenían en el pecho, unas lesiones que aspiraban aire y resoplaban; sobre las cartas que les mandaban novias y esposas que habían cambiado de pareja, sobre padres que habían muerto, monaguillos que habían olvidado a Dios, antiguos *scouts* que ya solo hacían nudos para una horca; sobre los hombres a los que mataban, que no eran hombres sino muchachos, como Trevor, unos niños.

También le habla a Trevor de sus padres. Por impreciso que haya sido respecto a los hechos de la vida de Jonathan, se muestra brutalmente concreto en su autobiografía, del todo veraz. Le cuenta al chico lo del armario que descubrió en casa de su madre antes de vender la residencia, el armario en el que estaban todos los regalos de Navidad que ella le había comprado mientras él vivía en Nuevo México y estaba encantado de haberla olvidado, de haber olvidado esa casa. Botas camperas, corbatas de bolo, libros, guantes de piel de becerro, un reloj, y, por cada año que había pasado fuera, una serie de cromos de béisbol de los Topps envueltos en celofán, intactos.

Llegan a Hurley, al único conjunto de semáforos y a la gasolinera de la esquina, en la que cuatro moteros se apiñan formando un corro impreciso, fumando pitillos y mesándose la barba.

—Pues ya estamos —dice Nelson con retintín—. ¡Hurley!

El semáforo se pone en verde y Nelson gira despacio a la izquierda.

—Locales de *striptease* —dice Trevor—. Lo único que veo es un montón de locales de *striptease*.

Oyen cómo Jonathan se incorpora de golpe en el asiento de atrás; se inclina entre sus asientos, se pasa una mano por la boca, se saca un peine de un bolsillo trasero y empieza a peinarse la espesa mata de pelo.

—Un consejo —dice, con la mano en el respaldo del asiento de Trevor—. Llevas quinientos dólares encima. Gástatelos como te apetezca. Pero sí es cierto que a lo mejor les sacas más partido cuando estés con Rachel. Así que... aprieta los dientes. Nos tomamos un par de cervezas y ya está. Seguiré maleducándote antes de entregarte —una palabra que tarda una incómoda eternidad en pronunciar— a la policía de la moral, mañana.

—Un segundo, papá; tengo dieciséis años —dice Trevor, casi con una risa nerviosa—. No me van a dejar entrar ni de coña. Ni siquiera puedo fumar.

—Ah, ¿no? —dice Jonathan—. Nelson, por favor, pásame uno de esos cigarrillos.

Tras alargarle la cajetilla por encima del hombro derecho, Nelson aparca la furgoneta en una calle anónima, resbaladiza por culpa de un chaparrón reciente llegado desde el cercano lago Superior. Las luces de neón se reflejan chillonas en el asfalto, como un caleidoscopio circense.

Podría dar la sensación de que al portero se le da mucho peor negociar que a Trevor, porque al chico se le permite entrar en el club tras un simple apretón de manos acompañado de veinte dólares y tras un apresurado recorrido visual por la calle principal para ver si hay coches de la poli, que no es el caso.

El interior del local es un estridente caos en el que se funden AC/DC, colores estroboscópicos, una nube densa y baja de humo de tabaco y, evidentemente, carne, carne y más carne. Mujeres en la barra, largas piernas cruzadas, tacones de una altura desmesurada que cuelgan sobre el suelo como si fueran puñales, melenas voluminosas profusamente perfumadas y fijadas con espray para lograr libertad de movimientos en el resto del cuerpo. Habrá unos diez o doce clientes, repartidos por toda la sala larga y estrecha, algunos desperdigados por la barra, unos pocos en las mesas altas de los márgenes, mirando fijamente el escenario, en el que una mujer que está cabeza abajo se desliza despacio por una barra de latón, con las piernas cerradas como tijeras, mientras los cinco hombres que se encuentran más cerca de la tarima aplauden complacidos con cigarrillos apretados bajo los bigotes, sobre perillas con manchas de color amarillo.

Lo único que Trevor consigue decir es un débil y aturdido «Qué fuerte».

Jonathan se queda al lado de su hijo, le da una palmada en la espalda, también da una última calada al cigarrillo, lo tira al suelo y lo aplasta con el extremo del zapato.

—Pues sí, señor... Según mi experiencia, uno no cobra conciencia del pecado hasta la mañana siguiente, así que, por ahora, te recomendaría que disfrutases de este gran epicentro cultural de los espléndidos Northwoods.

—¿Cómo? —pregunta el chico, todavía con los ojos como platos y conmocionado.

—Bueno, en este pueblo no tienen ballet, pero yo diría que eso de ahí se parece mucho a la danza moderna.

Nelson se une a ellos con tres botellas de cerveza Leinenkugel's fría y propone, con un gruñido bastante simpático:

—Vamos a buscar mesa.

AC/DC le cede el paso a Whitesnake: *Here I am again on my own...**
Ahora la bailarina transpira, y Trevor la contempla de verdad, la estudia de verdad. Se da cuenta de que nunca ha visto desnuda a Rachel, por mucho que pueda sentir su cuerpo a más de trescientos kilómetros de distancia: sus pechos tirando a pequeños, el vello suave y casi invisible de sus muslos, la parte anterior del pie, las uñas que se muerde hasta dejarlas reducidas a la mínima expresión, mientras está en clase o en el banquillo durante un partido de *softball*. Lo que tiene delante, en cambio, es una mujer, y su cuerpo ofrece un aspecto... absolutamente distinto; es asombroso, un milagro.

Esos ejercicios gimnásticos tan tan descarnados que está llevando a cabo, y sus pechos..., no, solo pueden llamarse tetas, tiene las tetas grandes y da la impresión de que se ha puesto en ellas un poco de purpurina o algo parecido. Es la cosa más brillante y centelleante que ha visto en su vida, y más o menos se enamora de todo en ella: los *piercings* de su ombligo, los pezones anchos y oscuros, los sitios en que sus pliegues se encuentran, donde queda recogido el sudor para después deslizarse al suelo, donde los billetes de dólar llegan volando como aviones de papel, bolitas verdes. Cuando se tumba boca arriba, levanta las largas piernas y se deshace de las bragas, lo hace como si estuviera despegando el precio de un libro que fuera a regalar..., se tapa con las dos manos durante cinco segundos y después abre las piernas, y entonces el misterio del cosmos se despliega ante Trevor: su vagina. No: su coño.

El chico nota un nudo en la garganta, de pronto no recuerda nada del aspecto de Rachel.

—Me voy a sentar al lado del escenario —les dice a su padre y a Nelson, cogiendo la botella de cerveza como si estuviera harto de hacer aquello.

—Vale —dice Jonathan adormilado, con la silla apoyada en la pared. Luego decide sentarse derecho, coge la cartera, saca diez billetes de un dólar y se los entrega a Trevor—. Por favor, no le des uno de los de cien, ¿eh?

Cuando quieres dejar una propina a las bailarinas, lo haces con billetes de uno. Que estamos en Hurley, Wisconsin, no en Las Vegas. *Capisce?*

—Bueno, ¿y qué hago? —pregunta Trevor—. ¿Lo tiro al escenario sin más?

Jonathan cierra los ojos, bosteza y contesta:

—Ella te ayudará, ya verás.

El chico encuentra un sitio cerca del escenario; no sabe muy bien cómo sentarse, si echarse hacia delante como un alumno entusiasmado (porque entusiasmado está) o si repantigarse con toda la tranquilidad del mundo, como si ya hubiera visto aquello un montón de veces. Además, está el endurecimiento visible que se ha producido en sus pantalones y que preferiría camuflar. Mientras se remueve, se recoloca y trata de decidir dónde guardar los diez billetes, tira la botella de cerveza y parte del contenido se le derrama en la entrepierna, lo que pone un rápido fin a ese problema. Pero no hay servilletas de papel, y la única camarera está haciendo globos de chicle y explotándolos mientras habla con Nelson... ¡¿con Nelson?!

—Vaya, parece que te has puesto perdido —le dice una voz zalamera, justo por encima.

Es ella. Está a cuatro patas, con la cara a escasos quince centímetros de Trevor, y su perfume es lo más embriagador que él ha oído en la vida. Rachel no lleva perfume; normalmente huele a Dove o Irish Spring, o a veces a los caballos en los que monta los domingos por la tarde, después de ir a la iglesia.

—Lo siento —dice Trevor, soltando un gallo.

No es capaz de más. Las manos le huelen a cerveza y tiene la cabeza tan embotada como una radio mal sintonizada; una nueva frecuencia vibra en su interior.

Ella avanza, saca el pecho, la cabeza y los brazos por el borde del escenario y endereza a Trevor en la silla de un empujón, con el pelo suelto en torno a él. Su aliento, le parece al chico, huele a tequila y lima, seguramente también a Doritos. Su lengua parece tan brillante como una cuchara para la miel, y él quiere probar su sabor, nunca ha tenido tantísimas ganas de besar a alguien como a esa desconocida que lanza destellos. Ella le echa el aliento en las orejas (cosa que Rachel nunca ha hecho), le pasa las manos por el pecho,

y el cuerpo de Trevor se contrae como una bobina mientras ella se va acercando sin cesar a su pene cada vez más erecto, que le da la sensación de que es un secreto que tiene que guardar y a la vez contar al mundo. El suministro de sangre de su cuerpo está abandonando su corazón a gran velocidad e inundando su rostro con un sonrojo tan intenso que le parece que las orejas le van a salir despedidas; entretanto, también le da la impresión de que una tremenda cantidad de sangre se desplaza hacia abajo; literalmente, ha perdido el control de sí mismo. La sensación es maravillosa: como si en este sitio, debajo de esa mujer, él fuera el objeto más inamovible del universo, y, sin embargo, todas las células de su cuerpo fuesen tan livianas y efervescentes como una burbuja errante.

Entonces, con la misma rapidez, la música cesa y ella se encuentra de rodillas sobre el escenario, como si estuvieran jugando a las canicas. Lo mira de hito en hito.

—Ay, Dios —dice él—. Eres... increíble.

—Esto... increíble ¿en qué sentido?

La joven enarca una ceja con un *piercing* y dirige la vista sin tapujos al bolsillo izquierdo del pantalón de Trevor, en el que sobresalen las esquinas de al menos cuatro billetes de dólar, como revistas dispuestas en abanico en la consulta de un dentista.

—Ah, sí —dice el chico—, perdón por esto.

—Qué mono —dice ella con una sonrisa de suficiencia—. Bueno, ¿cuántos años tienes?

—Pues... hoy cumpla veintiuno.

Trevor miente fatal, trata de darle un sorbo a la cerveza, pero está, como era de esperar, vacía.

—Tú no eres muy de jugar al póquer, ¿no? —pregunta ella con una risita.

—Lo que me gusta es el *cribbage* —anuncia él con una seriedad auténtica, como si pudieran echar una partida ahora que ella ha acabado de bailar.

La chica suelta una carcajada tan fuerte que, durante un instante, se convierte en el sonido más fuerte del local, lo que hace que las cabezas se

vuelvan hacia donde están ellos; a continuación emite unas risotadas que a Trevor le desgarran de veras el corazón. Ella se tapa la boca.

—Tienes dieciséis años, ¿verdad? ¿O diecisiete? Eres demasiado simpático para tener veintiuno, eso está claro —dice mientras parpadea despacio; sus pestañas son dos exquisitas cortinas de ónix.

Él le da dos billetes como si estuviera comprando un batido o una Coca-Cola; ella se levanta, apoyándose en los talones con cierta torpeza, y empieza a recoger el resto del dinero que hay sobre el escenario, arrugado como un sinfín de servilletas de cóctel o de flores de papel. Alguien ha lanzado incluso lo que parece ser una tarjeta de felicitación de Hallmark, un sobre de color morado oscuro que ella coge ahora como si fuera una carta entregada, y dice, mirando hacia atrás:

—Luego te busco. A lo mejor te apetece un baile privado.

—Vale —dice él—. Un placer conocerte.

Ahora ella se da la vuelta, se acerca a él y le da un beso en la mejilla.

Trevor observa cómo sale del escenario y desaparece en una sala adyacente. Se ha quedado embelesado, quiere seguirla hasta los confines del mundo, pero se limita a permanecer donde está, lleva a cabo ciertas operaciones en los bolsillos para colocarse todo en su sitio y se reúne, tambaleándose, con su padre y Nelson, que juegan al *cribbage* sin prestar la menor atención al entorno, por lo visto.

—¿Has hecho una amiga? —pregunta Jonathan.

—Sí —contesta Trevor, rozándose la mejilla.

Ella no ha besado a nadie más del bar; eso tiene que significar algo, ¿no? El chico se deja caer en una silla.

—Bueno, ¿qué te parece? —pregunta el padre—. ¿Quieres volver ya al motel? ¿O te apetece otra cerveza?

Trevor suelta un suspiro y dirige la vista al escenario. Suena a todo volumen *Paradise City*, de los Guns N' Roses, mientras una nueva bailarina irrumpe en el escenario con lo que parece ser el característico sombrero negro de Slash, fingiendo rasguear con ahínco una guitarra imaginaria que sostiene estratégicamente delante de un tanga de color naranja cazador.

—Pues... creo que me voy a pedir otra cerveza. Gracias, papá. Nelson meneaba la cabeza, se levanta de la mesa y dice:

—Esta la pago yo.

Hay una viuda que vive en una casita de una planta situada a las afueras del pueblo de Haugen, Wisconsin, que no queda lejos del límite meridional de la Reserva Whiteside de los Boy Scouts. Se llama Lorraine, y trabaja en la recepción de una fábrica de tacos de billar que está en las inmediaciones; en ella atiende llamadas de todo el mundo; los clientes hacen pedidos, confirman envíos, presentan quejas y compran suministros como tiza, polvos de talco o punteras para los tacos.

Vive en un prado que ocupa un terreno de dos hectáreas, rodeado de campos de maíz. Su marido murió en un accidente de tráfico cuando conducía, con cuarenta y ocho años. Todos los días se siente afortunada por que haya muerto; también le parece afortunado que los pasajeros del otro vehículo, una familia de cuatro personas que iban al sur, de vuelta de unas vacaciones en Bayfield, se salvaran; la hija solo se rompió la clavícula, al padre se le hundió la cuenca del ojo izquierdo de forma irremediable, y la madre y el hijo salieron ilesos, con unos pocos rasguños. En el funeral de su difunto marido, recuerda haber estado junto a la tumba de este pensando: «Idiota y egoísta hijo de puta».

En verano se ocupa de un trabajadísimo huerto de tomates, guisantes, judías, brécol, coliflor, berza, calabacines, calabazas y pimientos. De junio a octubre los dedos le huelen a tomatera, se le forman medias lunas de mugre en las uñas de los pies y la piel de cuello, brazos y piernas se le quema hasta tomar un oscuro tono castaño. Le gusta llevar camisetas sin mangas; imagina que cada peca que le motea el pecho representa un largo día estival en el que ha trabajado duramente bajo el sol castigador pero benéfico. En el margen meridional del huerto hay una destartalada tumbona de aluminio, con un asiento de plástico trenzado, en el que se sienta, debajo de una desvaída sombrilla de playa con el logo de la cerveza Corona, a tomar té helado, limonada o quizá una cerveza de baja graduación. Y, cuando cierra los ojos y mete los dedos de los pies en la tierra, distingue el zumbido de las abejas que

pasan, nota cómo alguna mariposa o polilla se posa de vez en cuando en sus antebrazos.

Vive para ocuparse del huerto. Y también para cogerse sus dos semanas de vacaciones en Costa Rica todos los inviernos, ocasión en la que llena una maleta con libros de bolsillo —de misterio y románticos—, dos trajes de baño, tres vestidos veraniegos, mucha ropa interior y dos pares de chancletas bonitas. Juega en una liga de voleibol con algunas compañeras de trabajo, va al mismo bar casi todos los viernes, a tomar pescado frito y un Old Fashioned Brandy, y después vuelve a casa, donde ve la tele y teje mantas de ganchillo para un mercadillo benéfico que se celebra en una iglesia local en el mes de diciembre.

Y otra cosa: dos o tres veces por semana, él llama a su puerta. En verano, siempre cuando ya ha oscurecido, a veces sosteniendo una película de VHS o una botella de tibio vino blanco. De septiembre a mayo, es posible que la visite con mayor frecuencia, muchas veces antes del ocaso. Ella observa cómo avanza por Whiteside Road, para después coger un atajo que él mismo ha creado al pasar por el prado que lleva al jardín posterior de la viuda; de ahí se dirige a la puerta de entrada, siempre a la de entrada, donde espera con la paciencia de un niño, sin entrar jamás él solo, por muchas veces que ella le haya invitado a hacerlo, se lo haya rogado. Hasta le ha dado una llave.

Cenan juntos, y después él siempre friega y seca los platos. Casi todas las noches ven la tele o juegan a las cartas. A veces él le arregla el lavabo, repara unas goteras del tejado, le cambia el aceite al coche. Entonces, ella le coge la mano y lo lleva al dormitorio.

La primera vez, tuvo miedo del cuerpo del hombre. El sinfín de cicatrices, cada una de las cuales formaba un pliegue de una tosquedad brutal. Pero él era muy considerado, muy considerado con el cuerpo de ella. Con sus pechos, sus pezones, su columna vertebral, sus hombros. Él olía a agua del lago y a tabaco, a café quemado y a la colonia de los campos abiertos, de los pantanos del norte. Fue la primera vez en su vida en que ella se planteó que la ropa podía ser un método para ocultar nuestras cicatrices, los traumas de nuestras vidas. A él ya lo había visto en Haugen: llenando el depósito de gasolina de una vieja camioneta International de color azul o de un desgastado Land Rover, recogiendo la basura de las cunetas de la autopista

53 y, en una ocasión, delante de la iglesia luterana en el día de Nochebuena, con un gesto algo triste mientras estudiaba los copos de nieve que caían bajo el brillo de una farola.

Ella es un secreto, o eso se imagina, aunque pensarlo es una bobada, desde luego: no hay ningún secreto que guardar. Si hubiera querido, él podría haberse casado o echado novia. Ella podría vivir con él en el campamento, en su cabañita, una construcción en la que solo ha estado dos veces, fuera de temporada; en ella impera el ambiente de un club social para ancianos: todo colocado en su sitio, el suelo muy bien barrido, hasta los trastos presentan cierta utilidad: viejas nasas y cañas de pescar, raquetas para la nieve, dos rifles que claramente llevaban décadas sin dispararse. Ella recuerda haberse quedado mirando la manta de lana que había en la cama, lo perfecta y pulcra que era, con una superficie plana tan lisa como el fieltro de una mesa de billar. Cuando él tiene pesadillas, como le suele pasar casi todas las noches, ella lo abraza más fuerte de lo que nunca estrechó a su marido, porque los sonidos que él emite son los gemidos de un niño asustado que está muy lejos de casa, a quien le dan muchísimo miedo la oscuridad y los secretos que se ocultan en ella; le inspiran mucha pena las cosas malas que él debe de haber hecho.

Da la impresión de que hay un sueño que lo atormenta más que los otros. Algunas mañanas se lo comenta mientras desayunan con una taza de café delante.

Descubren un túnel a las afueras de un pueblo; cuando retiran la trampilla de bambú que cubre la entrada, de él sale un olor a muerte. Esto no es infrecuente. Los hombres de su pelotón lo ayudan a deshacerse del petate y del M16, y le entregan otras dos pistolas y cuatro cargadores adicionales. No hay espacio suficiente para entrar en el túnel con los pies por delante, así que se ve obligado a adentrarse en la oscuridad reptando como una serpiente. Gatea y gatea. Nota cómo unas raíces peludas le rozan la cara y las orejas; unos insectos secos y escurridizos le recorren a toda velocidad los antebrazos, las manos. Sigue arrastrándose durante minutos, horas, días; el aire es un gas nocivo en el que se asfixia.

Entonces nota una presencia, otra criatura en el túnel, por delante de él. No es algo pequeño, ni un roedor ni una serpiente. Se trata de una persona. Se

oye una respiración entrecortada. Pero es posible que sea la suya propia; o no, no está seguro. No hay luz por delante y la entrada queda a una eternidad por detrás. Lleva una linterna pequeña colgada al cuello de un cordón, el mismo cordón en el que está su moneda de la suerte, pero la otra persona del sueño es siempre miembro del Viet Cong. Es la primera vez que se encuentra a alguien vivo dentro de un túnel, si es que ambos están vivos, claro, si los sentidos, la mente, la imaginación no le fallan. Los túneles siempre desembocan en cámaras, en escondites de armas o munición, mapas, documentos o comida. A veces, llevan a otros túneles o a pueblos. A veces ni siquiera están terminados, acaban sin salida en una mera pared de tierra húmeda: el último y peor sitio del planeta. Aunque en realidad el túnel no acaba ahí. Extiende el brazo en la oscuridad y, al tocar una cara, chillá, al mismo tiempo que lo hace el otro. Sin dudarlo, apunta con la pistola hacia delante, aprieta el gatillo y nota cómo el rostro y los sesos del hombre le chorrean por la cara mientras la ensordecedora detonación del arma resuena en sus tímpanos destrozados. Está llorando y el planeta trata de aplastarlo.

Son los miembros de su pelotón quienes lo sacan. Hruska, un corpulento muchacho de ascendencia polaca y oriundo de Vermont, sin duda demasiado alto para el túnel pero el más valiente del grupo, se mete de lleno, coge a Nelson por los tobillos y lo va arrastrando hacia atrás hasta que, al cabo de una eternidad, los dos hombres han salido del túnel y se abrazan mientras una lluvia caliente cae sobre ellos, quitándole a Nelson el barro y la sangre de la cara.

—Pobrecito —dice ella para tranquilizarlo—, ay, pobrecito. Le acaricia el pelo y le frota los lóbulos de las orejas mientras él, este niño herido, no deja de sollozar. En ciertas ocasiones, mientras duerme, en sueños, llama a su madre.

Trevor recorre la sala con la mirada, con el entusiasmo de un observador de aves pero sin la ayuda de unos prismáticos. Ya ha visto a otras tres bailarinas que han subido al escenario después de ella, pero ninguna era aquella mujer, ninguna tenía ni la mitad de su belleza. Dos de las que bailan ahora aparentan la edad aproximada de su madre, y, cuando le pregunta a su padre si esto es normal, este se limita a esbozar un gesto de indiferencia.

—Trev, estamos en la parte norte de Wisconsin. Esto no es Wall Street, precisamente. Tendrán hijos que alimentar. La gente tiene que buscarse la vida.

Y eso es toda una revelación. Que en el mundo haya madres sin marido. Trevor se acuerda de su ordenado vecindario: los jardines verdes como el jade, los padres que salen a la calle a lavar los coches nuevos los domingos por la mañana, las fogatas de los fines de semana en los jardines traseros, en torno a las cuales los padres se van pasando petacas de whisky mientras las madres ocupan unas sillas Adirondack, con las piernas dobladas por debajo del trasero y unas elegantes mantas de la Hudson Bay Company extendidas sobre el regazo. No puede llegar a imaginarse a esas mujeres viviendo allí, en ese barrio mísero que no es más que un cruce de carreteras con neones, situado en Hurley, Wisconsin.

—Eh, qué tal.

De la nada. Es ella. *Joder, joder*. Trevor se da la vuelta y logra decir torpemente:

—Ah, qué hay.

—Me llamo Aspen —añade ella de pie delante de su padre, *delante de su jefe de tropa*, tendiéndole una mano para que se la estreche.

Él se la da. *Ay, Dios*.

—Yo, Trevor. Trevor Quick.

—Bueno, la verdad es que los apellidos tampoco sirven de mucho en sitios como este —dice Jonathan, alargándole una mano entusiasta—. Yo soy

Jonathan. El padre de Trevor. Y este es Nelson, líder tribal del clan de los Boy Scouts que ocupa las tierras salvajes del norte.

Nelson le hace un ademán de cabeza a Aspen, le dirige un pequeño saludo.

—Ya, ya nos conocemos —dice la chica con una risita.

Jonathan se aparta de su viejo amigo, suelta un silbido y exclama:

—¡Pero qué perro!

Nelson se encoge de hombros y le da un trago largo a la cerveza. Trevor lo mira de hito en hito mientras las orejas le arden de celos, envidia, incredulidad.

Aspen rodea los hombros de Trevor con un brazo y pregunta: —¿Te apetece un baile privado?

—Esto... vale —logra contestar el chico mientras ella se lo lleva del bar a rastras.

—¡Que no se te olvide lo que te he dicho! —grita Jonathan al mismo tiempo que suena con gran estruendo *Sweet Emotion*, de Aerosmith—. ¡Que si no te va a desplumar!

Trevor dice que no con la cabeza; Aspen suelta una carcajada, se da la vuelta y les hace a los dos hombres un gesto obsceno con un dedo índice largo y de manicura impecable.

Cerca del fondo del local abordan a otro gorila, un hombre fornido que está sentado en un taburete muy pequeño y de aspecto frágil. Lee una revista de armas, *Guns & Ammo*, parece.

—Veinticinco dólares —musita el hombre sin levantar la vista, extendiendo una mano llena de callos que recuerda una gruesa chuleta de cerdo.

—Eh... —dice Trevor, trabándose.

—Es para el baile —le explica Aspen, al tiempo que aprieta el cuerpo contra el suyo.

Todas esas curvas suaves, el olor... Con tacones, la chica tiene más o menos la misma altura que él, y ahora le apoya la cabeza en el hombro, contra el cuello. Él no recuerda que Rachel haya hecho eso jamás.

Saca la cartera, la mira en medio de la penumbra, solo distingue billetes de cien.

—Si quieres —insiste ella—, puedes pagar dos bailes... o más. Así no nos interrumpen...

Lo cual a Trevor le parece bien. Encuentra un billete de cien para dárselo al hombre y se lo pone en la enorme palma de la mano abierta.

—¿Cuánto dura cada baile? —pregunta.

Se imagina la fiesta de graduación del instituto, espera que los cien dólares le garanticen que van a pasar varias horas haciendo algo más que bailar agarrados bajo una centelleante bola de discoteca.

—Unas tres canciones —anuncia el hombre con un gruñido—. Pásalo bien.

Trevor hace los cálculos. Unos doce, igual trece o catorce minutos.

—¿Puedo elegir yo las canciones? —pregunta bruscamente.

«Hay que aprovechar el dinero al máximo —piensa—: *American Pie*, de Don McLean, *Mountain Jam*, de los Allman Brothers, y la versión de *I Heard It Through the Grapevine* que hicieron los Creedence Clearwater Revival, todos auténticos temazos.» Pero ella ya lo está llevando por unas cortinas de terciopelo, a través de las cuales se llega a una oscuridad más densa y cercana. En ella, la música es más tenue, y hay unas cinco o seis cabinas de madera con las puertas batientes que se ven en los *spaghetti westerns*. La joven lo conduce a una de ellas.

—El pinchadiscos se ocupa de eso —le dice—. Tú siéntate. Y relájate. Empieza a quitarse la ropa con lentitud.

—¿Conoces las reglas? —le pregunta con voz sensual.

—No —contesta él, jadeando.

Trevor nota cómo se va sumergiendo en un mar muy cálido y lánguido. Parece que la oscuridad da vueltas. Ella le pasa las piernas por encima de los muslos, se sienta con cuidado encima de él, le pasa los dedos por el pelo. Él le toca las caderas con delicadeza.

—Esa es la primera regla —susurra Aspen—. Tú no me tocas. Te toco yo a ti. Y no puedes besar, ni chupar —dice, y le lame el lóbulo de la oreja.

Él le mira los pechos; se aprecia apenas una cicatriz de una única incisión, como una pequeña U alargada, por debajo de la pendiente de cada

uno de ellos.

—¿Qué te ha pasado ahí, has tenido un accidente? —le pregunta.

—¿Cómo? —dice ella, incorporándose.

—Esto... Bueno, tus... —aclara él, señalando con el dedo.

—¿Mis tetas? —Le da un travieso cachete—. Me las he operado.

—Ah.

La purpurina del pecho de Aspen lanza destellos, le recuerda un acantilado de cuarzo o el callejón situado al lado del State Theatre, en el centro de Eau Claire, siempre lleno de cristales rotos que brillan bajo la luna de medianoche, los faros de los coches que se reflejan en ellos, el naranja furtivo de los cigarrillos tirados.

Le mira las muñecas.

—¿Y esto?

Se las toca levemente, con la misma presión con que se alisa un sello, la solapa de un sobre.

Ella dice que no con la cabeza y le pregunta:

—¿Por qué no dejamos de hablar?

—Vale —accede él—. Perdona.

—Qué mono eres —le susurra la chica—. Nadie me pide perdón nunca.

—Eres muy guapa —le dice él, por mucho que le vea el denso maquillaje, los diminutos bultos de acné de la barbilla, las arrugas de la frente.

No podría decir si tiene veinticinco o treinta y cinco años. Es mayor que él, eso seguro, e indudablemente menor que sus padres.

—¿Tienes hijos? —se atreve a preguntarle.

Ella sonríe, se sale un momento del papel y contesta:

—Un niño.

—Seguro que eres buena madre.

Aspen cierra los ojos y se mueve en la oscuridad que hay por encima de él, pero sin decir nada, y Trevor la contempla como el ser suplicante en que se ha convertido, el adorador de esta diosa de la zona reservada.

Un ejército de olas cálidas y espumosas le recorren la cabeza, rompen en sus hombros, y él solo piensa en esta mujer, Aspen, en su peso y su olor. La música de heavy metal, que funciona como un reloj exasperante y agradable

que hace tictac, y, en el exterior, todavía audibles, las risas y el estrépito de las botellas de cerveza de hombres adultos, la lejana aceleración de las HarleyDavidson, el estruendo y las toses de los silenciadores de mala calidad... todo ello forma el ruido aislado de un mar situado en las profundidades de una caracola que está junto a su oído.

—¿Te llamas Aspen de verdad? —logra decir al cabo de un rato.

—Calla, es mucho mejor que no hablemos.

La mujer se mueve, con el cuerpo muy cerca del suyo, siguiendo un ritmo que tiene poco que ver con el de la canción que acaban de poner, *Sister Christian*, de Night Ranger, cosa que a él le alegra.

—¿Cuántos años tienes? —insiste Trevor mientras algo parecido a la esperanza crece en su garganta.

—¿Y tú? —contesta ella echándole el aliento en el cuello, levantándole los brazos por encima de la cabeza.

—Ya te lo he dicho —contesta, y después, con la valentía de varios daiquiris y un par de cervezas, añade—: veinticinco.

—Ahora empiezas a pillarle el truco a esto —dice ella con una carcajada—. ¿Y cómo te ganas la vida, joven amante mío de veinticinco años?

A Trevor se le quiebra la voz, pero piensa que puede jugar a ese juego si con eso consigue oír cómo se ríe ella y alargar el momento.

—Pues soy corresponsal de guerra de la BBC.

Ella se incorpora y sus pechos quedan delante de él. Justo delante.

—Esto no me lo habían dicho nunca.

—Es verdad —prosigue él con dificultad, hablando despacio mientras se lo va inventando todo—. Irak, Ruanda, Argelia, Afganistán... Es posible que hayas visto mi trabajo en el *National Geographic*. ¿O lo que lees es el *Times*?

—Sí, eso —dice ella con voz seductora—. Tienes que ser muy maduro para tu edad —añade mientras se da un leve tirón de los pezones.

—Sí, pero... seguro que podrías enseñarme algunas cosillas —dice Trevor, echándose hacia delante.

—El problema —contesta ella, llevándose un dedo al labio inferior, con una mirada traviesa y triste en la oscuridad— es que se nos ha acabado el tiempo.

Él mete la mano en el bolsillo y saca un billete de cien dólares, como si fuera algo igual de habitual que una moneda de veinticinco centavos.

—Quizá podrías pedirnos unas cervezas —sugiere Trevor—, o unos daiquiris. Suelo tomar daiquiris cuando estoy... —titubea unos instantes, luego se endereza— en el extranjero.

Ella coge el dinero, se vuelve a vestir y dice:

—Ahora mismo vuelvo.

Entonces, se inclina sobre él, le pasa la mano por la nuca, el pelo, y lo besa en los labios como nunca lo han besado.

Cuando se encienden las luces, hasta en los rincones más alejados del local, Trevor tiene los labios rojos de carmín y está impregnado del perfume de Aspen, que lo vuelve a conducir a la barra, en la que están apoyados algunos moteros irredentos a los que el camarero observa con desdén mientras lava vasos. Las bailarinas exhiben una mezcla desigual de energía nueva y agotamiento absoluto, y toman café con nata o chupitos de Jameson y Jägermeister.

Aspen le da a Trevor el abrazo propio de dos amantes a los que quizá espera un destino fatal, luego se incorpora con las manos en las caderas y lo contempla, llena de despreocupación y despidiendo cierto brillo. Él advierte que ya no lleva tacones, que ahora es bastante más baja que él, en apariencia más frágil. La observa, trata de imaginar la edad de su hijo, cómo se llama el niño, dónde está durmiendo en ese momento... *¿En el camerino de Aspen? ¿En casa de una amiga? A lo mejor está casada y todo...* Entonces recorre el local con la mirada para buscar a su padre, que ha desaparecido. Se acerca a ella y le pregunta:

—Oye, ¿has visto a mi padre?

—¿No tenías veinticinco años? —responde ella mirando a su alrededor y encogiéndose de hombros.

—Echa un vistazo en la calle —ladra el camarero—. Han salido hará unos quince o veinte minutos.

Trevor roza el hombro de Aspen, se agacha y, corriendo el mayor riesgo de su joven vida, le da un beso en la mejilla.

—Gracias —le dice.

«Cuídate», le aconseja ella lanzándole un beso desganado con la mano mientras frota los pies contra la sucia madera del suelo, llena de colillas, cajas de cerillas gastadas y boletos de lotería rascados. Ya no suena la música, y ahora, en la parte delantera del local, alguien va apagando las luces de neón una por una.

En el exterior, todos los bares se están vaciando, algunos hombres se tambalean en aceras de hormigón resquebrajado, sostienen con dificultad mecheros y tabaco mientras, por encima de ellos, las polillas y los melolontas siguen orbitando en torno a las farolas. En la calle principal, a cierta distancia, dos púgiles se lanzan golpes cruzados de forma atolondrada; uno de los dos se tambalea, se cae del bordillo y se desploma en la calzada. El otro luchador empieza a darle patadas en las costillas como si fueran una detestada pelota de fútbol, un grupo de gente les rodea y sanciona la violenta escena, formando una piña de puños en alto, insultos burlones y un charco de sangre cada vez mayor. Al fin llega la poli; los agentes dispersan a la multitud, aunque el que aún pelea sigue dando patadas. El hombre abatido no se mueve. A Trevor se le desboca el corazón. Tiene ganas de estar en casa; no en Hurley, ni en el motel, ni en el campamento. Quiere estar en su casa, en la cama que parece que se le ha quedado pequeña, con las suaves y deshilachadas sábanas de los Green Bay Packers de las que Rachel se ríe, con los pósters de Brett Favre pegados con celo en la pared, con las tortitas de trigo sarraceno que le prepara su madre y que le esperan por la mañana mientras esta sostiene una humeante taza de café y le pregunta por sus imprecisos planes respecto a la universidad, le pregunta también por Rachel pese a que él sospecha que a ella tampoco le cae bien, aunque de un modo distinto al de su padre; y entonces este baja por las escaleras que crujen, vestido con sus *shorts* caqui, un polo rosa y una visera negra, oliendo a colonia, preparado para una ronda de fin de semana en el club de campo. Hace poco, Trevor ha observado que los tobillos de su padre están extrañamente desprovistos de vello, y se ha preguntado si aquello será una señal distintiva del envejecimiento, de ser padre; si tantos años de llevar calcetines y botas de invierno te acaban desgastando, y ha pensado que quizá eso es lo que le pasa a la cabeza de los hombres, que el pelo se cae por la erosión de las preocupaciones.

Dirige la vista al sitio de la calle en que está la furgoneta. Las bicis han desaparecido.

—Uf, mierda —musita Trevor mientras aprieta el paso.

El soporte sigue alzándose por encima del enganche para remolques de la parte posterior del vehículo, y no parece que haya sucedido nada más: no

hay ventanillas rotas ni se han dejado puertas entreabiertas. El chico se sienta en el bordillo, con la barbilla entre las manos. Se nota el olor de Aspen y eso, al menos, le hace feliz. A lo mejor espera unos días antes de ducharse en el campamento.

Otro coche de la policía y una ambulancia se han acercado al escenario de la pelea, y al combatiente victorioso dos polis lo han metido en el asiento de atrás de un coche patrulla, mientras que el vencido ocupa una camilla, inmóvil; las luces rojas y azules le recorren el rostro ensangrentado, le han colocado un estetoscopio en el pecho.

—A la de tres —dice un técnico de urgencias.

El hombre desaparece en el interior de la ambulancia, cuyas puertas se cierran; enseguida ululan las sirenas; el vehículo da media vuelta de forma brusca en la calle ancha y se interna en la noche, en dirección al hospital regional que puedan tener en una zona situada tan al norte.

Un último agente sigue tan tranquilo en la acera, con los pulgares enganchados en el cinturón, lo cual basta para que se marchen la mayoría de los curiosos que quedan, aunque un par de moteros no se mueven de donde están y le devuelven la mirada al agente a través de sus oscuras gafas de sol, hasta que el último coche policial lanza un único destello con las luces, emite un tímido hipido con la sirena y desaparece en la oscuridad. Cinco minutos después, los moteros suben a sus vehículos y se marchan con gran estruendo, satisfechos a su manera.

Trevor se pone en pie, avanza por la calle y contempla el charco de sangre del bordillo que se va coagulando oscuro en la calzada. Nunca había visto una pelea, sin contar las de la televisión. Algunos empujones en los pasillos del instituto, eso sí, pero nada semejante a aquello. Se agacha y coge un diente que está en la acera, luego otros cuatro, uno de ellos de oro. Por algún motivo, se los mete en el bolsillo, todos ellos.

Hay neblina y el aire de la noche se ha enfriado. Vuelve a la furgoneta. Se sienta. Cierra los ojos. Entonces oye su nombre, repetido, en un tono agudo y alegre, como burlón: «¡Trevoooooor!». Cuantísimo le gustaría que fuera Aspen, que hubiera dejado el coche al ralentí en esa calle principal, que le estuviese hablando a través de la ventanilla abierta del copiloto,

invitándolo a enrollarse en un Camaro último modelo de ventanillas empañadas en una perdida carretera forestal.

Pero es la voz de su padre, lógicamente, lejana pero acercándose; Trevor abre los ojos impregnados de humo del bar y observa el inseguro trayecto de dos hombres maduros en bicicleta, que avanzan poniendo los pies en los pedales y después quitándolos, con unos cigarrillos precariamente colgados de los labios. Pasan por delante de él y lo saludan como si participasen en un trágico desfile de locos; el chico observa cómo siguen avanzando a duras penas, a través de la niebla de la madrugada, ahora poniéndose en pie sobre los pedales y berreando lo que parece ser, lo que suena a, lo que podría ser... ¿*Wonderwall*? Trevor se incorpora; la juerga de la noche ha dejado reducido el mundo a un frenesí desdibujado; se vuelve a sentar pesadamente y vacía el estómago entre las zapatillas, agradecidísimo de que Aspen no haya parado el coche delante de él en ese momento. La voz de su padre vuelve hacia él; entonces oye cómo las dos bicicletas chocan contra el suelo, el desplome sordo de dos adultos que caen más o menos a cámara lenta. Ahora se están riendo, despatarrados en la calzada.

—¿Has echado la pota? —le pregunta Jonathan en medio de varias carcajadas consecutivas.

—Qué va —miente Trevor, limpiándose las comisuras de la boca con la camisa.

—Será mejor, seguro —dice Jonathan—. Mañana te levantarás sobrio y espabilado para ir al campamento.

—Por Dios bendito —gruñe Nelson.

—Él no nos puede ayudar ahora —comenta Jonathan.

—Un *scout* no blasfema —le recuerda Nelson—. Se muestra respetuoso, por si no te acordabas.

—¿Te queda dinero? —le pregunta Jonathan a su hijo.

Trevor baja la cabeza y decide desplazarse a otro trozo de bordillo. Escupe en dirección a la calle.

—Y por eso voy a ganar la apuesta —añade el padre.

—Ya, bueno, sigo enamorado de Rachel —protesta Trevor, aunque quizá sin la misma determinación que sentía esa misma noche.

Huele al perfume de otra mujer, nota incluso el sabor de su lápiz de labios, sabe que uno de sus pechos es ligeramente más grande que el otro. Que cuando se broncea, y lo hará en algún sucio salón de belleza de Hurley, no se pone la braga del bikini. Por algún motivo, saber todo eso hace que se sienta a la vez mundano y sucio.

—Crees que esta noche he sido un gilipollas, ¿no? —pregunta Jonathan—. Que soy el demonio.

Al principio de la noche, es posible que Trevor hubiera respondido que sí; ahora solo está hecho un lío, agotado.

—Es que no lo entiendo —dice Trevor—. No lo pillo. ¿Por qué quieres que yo también fracase? ¿Por qué no quieres que saque lo mejor de mí? ¿Que sea todo lo bueno que puedo ser? ¿Para qué voy a los Boy Scouts? ¿Qué sentido tiene todo esto si al final vamos a aceptar lo malo?

Tampoco es que crea que un encuentro carnal con una mujer guapa deba constituir, por fuerza, algo malo, pero... El mundo es un sitio de lo más embrollado.

Jonathan se levanta con cansancio, enciende un cigarrillo que está un poco doblado por la parte del filtro.

—Pues mira, Trevor. Porque no quiero que me juzgues. Nada más. Acabas de conocer por ti mismo lo fácil que es caer. Pasa todos los días. Como los nacimientos o las muertes. La gente se enamora. La gente se desenamora. Nadie tiene la culpa. Oye, sabía qué iba a pasar esta noche si te traíamos a este sitio. No has hecho nada que cualquier otro chico, ni que ninguna otra chica, qué coño, no hubiera hecho.

—Pero ¿y mamá, qué?

Jonathan se agacha a su lado, en la acera; Trevor no está acostumbrado a ver a su padre fumar.

—No le va a pasar nada malo. Joder, si igual hasta está mejor sin mí.

Jonathan le acaricia la cabeza a su hijo.

—¿Ella también te ha puesto los cuernos? O sea, ¿todo el mundo se engaña? —pregunta Trevor, cogiendo una piedra del bordillo y lanzándola a una alcantarilla que queda a unos tres metros.

—No creo. Aunque tendría todo el derecho, desde luego. Si quieres que sea del todo sincero...

—Papá, creo que lo que quiero es irme a dormir. Si no te molesta. Es que... esta noche no me hace ninguna falta oír más confesiones.

—Vale —dice Jonathan.

—Yo sigo creyendo en este chico —afirma Nelson desde la acera—. Puede aprender de esto, de ti.

—Eso espero —dice el padre—. Yo también creo en él. Estoy seguro de que algún día será mejor que yo.

Y de eso se trata —piensa Jonathan—. De educar a un hombre que sea mejor que tú, así sucesivamente y por los siglos de los siglos. Es la segunda vez en ese día que se plantea la posibilidad de llegar a ser abuelo.

Nelson, nombrado el conductor menos ebrio, los lleva al motel. El trayecto es silencioso, serio, mientras el vehículo va atravesando bancos de niebla baja y pasa junto a ejércitos de luciérnagas en los pantanos. Desde la cuneta, un ciervo de un blanco puro se queda contemplando los faros de la furgoneta y después se marcha tan tranquilo. No cabe duda de que es uno de los del bueno de Wilbur. Aunque se ha alejado mucho del campamento. Nelson espera que no corra peligro.

En el aparcamiento, Nelson se sitúa al lado del vehículo y les estrecha la mano a ambos. «Mañana os veo.» Se pone en rígida posición de firmes, les hace un saludo militar, da media vuelta, se dirige al Land Rover, sube al coche, pone en marcha el enorme motor y al fin se va.

—Buenas noches, colega —dice Jonathan.

—Buenas noches, papá.

En la habitación del motel, Trevor marca el número de Rachel, esperando contra toda esperanza que también esté despierta, inquieta al lado del teléfono, esperando oír su voz. Pero el aparato suena y suena; justo cuando se le ocurre que su llamada de madrugada puede ser una molestia intempestiva (ya son más de las tres), lo coge el padre de Rachel.

—¿Dígame? —gruñe—. ¿Quién es?

—Eh, hola, señor Gunderson, soy Trevor. Trev...

—Son las tres de la mañana. ¿Ha pasado algo? ¿Te han metido en la cárcel? ¿Estás herido? ¿En algún apuro?

Las preguntas del señor Gunderson son sorprendentemente rápidas. Entrecortadas, como una ráfaga de disparos.

—Esto..., no, pero... ¿cree que puedo hablar con Rachel?

Trevor sabe que los Gunderson solo tienen tres teléfonos: uno en la cocina, otro en el salón, otro en el cuarto de la lavadora, en el sótano. El del salón es inalámbrico, y confiaba en la posibilidad de que Rachel se lo hubiera subido a su cuarto.

—No, Trevor. Está durmiendo. Y yo estaba haciendo lo mismo hasta que has llamado, mira por dónde. Me vuelvo a la cama. Hala, buenas noches.

Tras esas palabras, el señor Gunderson cuelga.

Trevor se incorpora en la cama y exhala un profundo suspiro. Se siente solo, casi tanto como para ir a hablar con su padre, pero no cabe duda de que este ya se habrá ido de puntillas a la habitación de Deanna, en plan Pantera Rosa, lo cual es algo que no quiere ver, interrumpir ni, la verdad, siquiera plantearse. Enciende el televisor, pero casi todos los canales han dejado de emitir hasta el día siguiente. Ni siquiera se ven los faros de un vehículo abriéndose camino en la noche. Piensa en Aspen, se lleva el antebrazo a la nariz y respira. En él todavía le queda un rastro de ella.

Por la mañana, la claridad atraviesa las cortinas como una espada blanca y se despierta con la boca pastosa. Una limpiadora empuja un carrito por delante de su ventana mientras va escuchando un radiocasete. *Suite: Judy Blue Eyes*, de Crosby, Stills & Nash. Saca las piernas de la cama, apoya la cabeza en las manos; no le duele ni la mitad de lo que temía; de hecho, no tiene nada de resaca. Se pone en pie, se rasca la pequeña franja de vello del vientre y se estira. Muchas mañanas, cuando está en casa, ese es el momento en que su madre embiste contra él, lo tira al sofá y le hace cosquillas. Es una de las cosas que hace para fastidiarlo y también para causarle una felicidad inexplicable. Aunque es más baja que él, siempre logra sorprenderlo con esos placajes, que lleva a cabo tras estudiar que no va a tirar una mesita, un jarrón ni una lámpara, obstáculos que solo puede detectar el radar vigilante de una madre, incluso en el fragor de la lucha.

Decide llamarla. Ella lo coge al segundo timbrazo.

—¿Dígame? —contesta su madre, en tono alegre.

Trevor la imagina en la cocina, con las gafas de vista cansada, la cadera apoyada en una encimera, un pie sobre el otro, una taza de café a mano.

—Hola, mamá.

Al llamarla, se siente viejo. Como si aquello fuera algo que podría hacer durante el primer curso de universidad, en el Día de la Madre o con treinta años, o todavía después, cuando quizá ella viva en una residencia de ancianos. La idea de que es muy probable que sus padres se divorcien en un futuro no muy lejano lo deja taciturno enseguida; no le gusta pensar que ella pueda pasar sola sus últimos años.

—¿Trevor? —pregunta ella, claramente sorprendida—. ¿Va todo bien por ahí? ¿Papá está bien?

Él se pasa el auricular al otro oído, lleva el vetusto teléfono junto a la ventana y abre las cortinas. Su padre está al lado del coche de Deanna, que rodea con los brazos la esbelta cintura de Jonathan y tiene la cara vuelta hacia

arriba, hacia la de él. Ahora se besan como dos novios, como unos enamorados recientes; hasta Trevor lo percibe. Deja que las cortinas se cierren.

—No, estamos bien —dice, desplomándose en la cama.

Ella se queda callada unos instantes.

—¿Seguro? ¿Trevor?

A él le entran ganas de llorar. Se siente muy lejos de casa, muy lejos del joven que creía ser. Echa de menos a Rachel, el olor raro de la colada de los Gunderson, ese detergente de marca chungu. Quiere estar en la cocina de su familia, con su madre, esperando a que le ponga delante un montón de tortitas.

—Estamos bien —afirma—. Todos estamos bien.

Nelson guarda su colección en un armario que compró en cierta ocasión cuando liquidaban una herencia. El dueño anterior era muy aficionado a las rocas y había llenado el mueble con cientos de ejemplares geológicos procedentes de innumerables viajes por todo el mundo, y estos ejemplares resultaban muy prácticos para dar las clases en que se conseguía la insignia al mérito en geología. Lo bastante para que Nelson mandara que le fabricaran una pequeña vitrina para albergar la colección, para que no estuviera escondida en esos cajones viejos y polvorientos. Con su propio dinero, compró incluso una pieza bastante grande de fulgurita (un rayo fosilizado), que es una de las preferidas de los muchachos.

Ahora, llenan los cajones del viejo armario de arce, ya liberado de rocas y minerales, docenas y docenas de los más valiosos y apreciados cromos de béisbol de Nelson, coleccionados a lo largo de los años, desde que él tenía ocho y hacía acopio de las monedas de cinco y diez centavos que encontraba, como si fueran tesoros, entre los cojines del sofá, en la moqueta del salón, en los resquicios oscuros de la furgoneta familiar, o que robaba de la superficie de encima de los cajones de la cómoda de su padre. Mickey Mantle, Willie Mays, Satchel Paige, Larry Doby, Yogi Berra, Phil Rizzuto, Bob Gibson, Jackie Robinson, Frank Robinson, Harmon Killebrew, incluso un cromo de Lou Gehrig que su abuelo le había dado en cierta ocasión como si tal cosa mientras decía: «Esto solo sirve de marcapáginas».

En otro armario, que en otra época había servido para aplicar el sistema de clasificación decimal de Dewey en la biblioteca, ya desaparecida, de un pueblecito, Nelson guarda otra colección de cromos, una que no ha tenido que crear, sino que le ha ido llegando misteriosamente por correo, sin fallar nunca, todos los años en el día de su cumpleaños: un cromo de béisbol, protegido con esmero entre dos cartones gruesos y rígidos, colocado de tal modo que los bordes del cromo no se doblen sobre el adhesivo que lo fija en su sitio. Esos sobres primero se enviaron a St. John, después a West Point,

luego a casa de su madre, y, los últimos, a la Reserva Whiteside de los Boy Scouts.

Y todos los años, el cromo es de un jugador de los Chicago Cubs, firmado y con la siguiente dedicatoria: «Para Nelson, Feliz cumpleaños, 19__».

A lo largo de los años: Ernie Banks, Ron Santo, Shawon Dunston, Jose Cardenal, Rick Sutcliffe, Bill Madlock, Rick Reuschel, Bruce Sutter, Lee Smith, Andre Dawson, Mark Grace, Greg Maddux, Ryne Sandberg, Fergie Jenkins, Billy Williams, Dwight Smith, Jerome Walton...

La misma inscripción: «Para Nelson, Feliz cumpleaños, 1962, 1963, 1964..., 1975, 1976, 1977...». Todos los años hasta 1994, el de la huelga en el béisbol, cuando los cromos dejaron de llegar.

Los Chicago Cubs nunca fueron su equipo preferido; ese honor les correspondió en primer lugar a los Milwaukee Braves y, después, a los Milwaukee Brewers, un equipo cuyas andanzas puede seguir por radio, cuyas victorias y adversidades se pueden consultar en el *Eau Claire Leader-Telegram* o en el *Rice Lake Chronotype*.

Por eso, después de volver a la Reserva Whiteside, después de dejar el Land Rover en el aparcamiento más alejado, cerca del comedor, y de volver a su cabaña en lo más oscuro de la noche, se dirige al archivador, saca los primeros cinco cromos que le llegaron por correo, hace tantos años, y, tras encender una lámpara de pie, se deja caer en una vieja butaca de cuero que recibe su peso con gran facilidad, con gran generosidad.

El primer cromo lleva la firma de Ken Hubbs, quien en 1962, con veinte años, se estrenó como segunda base de los Cubs. Aquel fue un año espectacular para Hubbs: el primer novato que consiguió un Guante de Oro por su rendimiento en el cuadro interior; también recibió el premio Novato del Año, a pesar de haber sido el jugador más veces eliminado por *strikes* en toda la Liga Nacional.

El cromo de novato de Hubbs forma parte de la mítica colección de Topps, con un diseño que imita cómo eran muchos cuartos de estar de los sótanos de aquella época, un panel de madera falsa que enmarca un juvenil retrato del segunda base sobre un fondo de color calabaza, que parece enroscarse hacia arriba en la esquina inferior derecha. Por encima y a la

izquierda de su rostro aparece una estrella amarilla en la que se lee: «NOVATO DE 1962».

Hace mucho que se le han doblado las esquinas al primer cromo que Nelson recibió por su cumpleaños, hace ya tantos años; el roce casi ha borrado la oreja izquierda de Hubbs, que se ha desgastado con el tiempo. Lo mismo le ha pasado a parte de la dedicatoria: la palabra «cumpleaños» apenas se distingue. Cuántas noches estuvo un Nelson mucho más joven tumbado en la cama, frotando el cromo con los dedos pulgar e índice, contemplando ese extraño recuerdo que le había llegado por correo, sin remitente, con su nombre mecanografiado en el sobre, como si lo hubiera hecho una secretaria.

Ken Hubbs, a quien Nelson siguió con un fanatismo casi religioso, tanto que estuvo incordiando al pobre Whiteside hasta que este le compró una radio de onda corta para poder sintonizar los partidos de los Cubs desde su cabaña, a finales del verano de 1963. Aquel atrevido segunda base a quien le aterraba coger aviones, pero que, decidido a superar su miedo, dio clases de pilotaje. Aquel jugador que tan bien devolvía la pelota, un ejemplo de felicidad y salud, ensalzado por su generosidad y bondad. Ese joven miembro de los Cubs, que, en el verano anterior a la temporada de 1964, murió en un accidente de avión ocurrido en su Utah natal. Ese joven deportista cuyo féretro llevaron, entre otros, Ernie Banks, Don Elston, Glen Hobbie y Ron Santo: todos consumados Cubs.

La noticia de la muerte de Hubbs llegó el 15 de febrero de 1964. Esa noche, Nelson lloró hasta quedarse dormido, aferrando el cromo, que era uno de los dos recuerdos que se había llevado a St. John de la casa de su madre en Eau Claire; el otro era otro cromo, firmado por el gran primera base de los Cubs, con las siguientes palabras: «Para Nelson, Feliz cumpleaños, 1963, Ernie Banks».

Este cromo está casi en perfecto estado, a pesar de los años que estuvo guardado en el desván de su madre mientras él estudiaba en West Point, o estaba en Vietnam o Nuevo México. Durante más de treinta años, Nelson ha imaginado a su padre asistiendo a los partidos en Wrigley Field. Quizá junto a su nueva familia, quizá sentado detrás del banquillo de la primera o tercera base, o de pie cerca de las barandillas, llamando a los jugadores en las

prácticas de bateo o entre una manga y otra, preguntando: «Oiga, ¿le importa firmarle un cromó a mi hijo? Es su cumpleaños, se llama Nelson».

Durante más de treinta años, de forma intermitente, Nelson se ha quedado dormido en camas o, a medida que iba haciéndose mayor, en butacas, con las botas aún anudadas, sosteniendo entre los dedos ese pequeño y fino rectángulo de cartón, o metido en la mano, imaginando el gran campo de color esmeralda con su ladrillo y sus paredes de hiedra, sus atestadas galerías en las que aparece la marca Budweiser, sus paredes de piedra rojiza que se van alzando hasta quedar coronadas por palcos atestados de hombres y mujeres de negocios que contemplan el espectáculo, lanzando vítores, ese campo rodeado por kilómetros y kilómetros de metrópolis, que se extiende en todas las direcciones a excepción del este, donde el gran lago Michigan lanza un destello tras otro, en el que cada ola se convierte en una centelleante falange de espuma de agua dulce que se precipita y rompe en la orilla.

TERCERA PARTE

Verano, 2019

Orientación

Últimamente solo se comunican con teléfonos y tabletas, en un idioma tan precario que hace cien años lo habrían calificado de chapurreo idiota, aunque los teléfonos hacen maravillas y, caramba, poco les falta para adivinar el pensamiento. En esta vieja casa, la comunicación viaja a través de mensajes de texto. Y el caso es que sin esos mensajes ella no sabría casi nada de la vida de su hijo, salvo lo que pudiera espigar revolviendo su armario, los cajones de su cómoda o los bolsillos de sus pantalones al hacer la colada.

Dónde estás? Se hace tarde.

Me quedo en casa de Jim.
Nos vemos mañana para la cena.

Le gustaría coger una de sus largas agujas de hacer punto y pinchar esos globos —*pop pop pop*—, de modo que en lugar de leer sus pensamientos, pudiera oír su voz, llenar el silencio de la casa con ruido y conversaciones. Dentro de dos años él se irá a la universidad, y ella tiene serias dudas de si volverá a saber nada más de él.

Mañana nos vamos de campamento, te acuerdas?

Mierda, en serio?

Has preparado la mochila? No la veo...

Tengo que ir? Tengo 16 años.
Ir de campamento es de lerdos.

He aquí la única ocasión en la que él se comunica con pensamientos completos e inteligentes: cuando discute. Entonces su intelecto adolescente, dado a llevar la contraria, se convierte en un palo afilado, y a veces la ensarta, sí, desgarrándole el corazón.

No pienso discutir. Te faltan ocho insignias al mérito para llegar a Águila. No te pido mucho. Hazlo por mí.

Aunque perfectamente podría haber dicho: «Hazlo por tu padre».

Puedes prepararme la mochila?
Estaré en casa antes de comer.

Te quiero. Cuídate.

En estos tiempos no es necesario esconder en un armario un alijo de *Playboys* o las fotos picantes de una novia: ahora todo eso está bien seguro tras una contraseña en el teléfono móvil. Con todo, su habitación no consigue ocultar algunos de sus secretos: una bolsa hermética de marihuana, una pipa, la pulsera de un concierto en Minneapolis del que ella no sabía nada, un surtido arcoíris de condones, la cuenta de un café de Milwaukee... Quizá algún día inventen las drogas digitales, pero de momento se alegra de que la marihuana todavía parezca analógica. Encuentra todas estas cosas mientras prepara la mochila para el campamento. Ropa interior de hombre, calcetines, pantalones cortos, pantalones largos, camisas, su uniforme de *boy scout*. Va echando todo eso en la mochila. Su desodorante, el cepillo de dientes y la pasta. Sabe que se va a cabrear, pero olvida a propósito la tableta. La tableta no pinta nada en el campamento.

Se echa en la cama y se queda mirando el techo, donde el póster de una actriz que no puede identificar le devuelve la mirada, lasciva. La cama huele a adolescente masculino: pies sudados, pedos de comida rápida, desodorante superperfumado, masturbación rancia. Qué distinto era meterse en la cama

con él cuando tenía cinco o seis años y mirar las estrellas que él había pedido que le pegara en el techo del dormitorio —*le di las estrellas*— y oler aquel pelo de niño pequeño, todo él aire puro, rayos de sol y champú. Se sacude la nostalgia, se levanta, baja con la mochila y empieza a preparar la suya.

Siempre le ha gustado llevar a Thomas de campamento. Empezó de pequeña y llegó a Exploradora, y lo detestaba con toda el alma, pues envidiaba a los chicos, que hacían excursiones semipeligrosas y salían en canoa. Ellas solo hacían acampadas en el monte en las que a veces sufrían lesiones espantosas, y al volver a la escuela aquellos chicos contaban historias increíbles en las que nunca faltaban osos, lobos y coyotes. Aprendían a usar armas de fuego, a hacer puentes de cuerda, practicar torniquetes y pescar con mosca. Rachel no quería vender galletas, morir de aburrimiento en casa de las amigas donde pasaba la noche y dedicarse a contar chismes sobre chicos. Así, en un intento por recuperar el tiempo perdido, se ha pasado casi diez años participando en esas excursiones a la Reserva Scout de Whiteside. Algunos años ha habido otras guías femeninas: una madre o dos, una abuela joven, una tía. Otros años ha sido la única mujer en el campamento, una sensación extraña, sin duda, viéndose rodeada de cientos de chicos en pugna con sus hormonas adolescentes, y, para qué engañarse, de docenas de hombres maduros que sin duda fantaseaban con la idea de perderse en el bosque con ella. Sigue siendo bastante atractiva, nunca se ha abandonado, ni aun cuando hubo momentos, bien lo sabe Dios, en los que hubiera sido lo más fácil.

Saca del armario de Trevor su camisa de *scout* y se la prueba. Le queda bastante bien, aunque no la favorezca demasiado, desde luego. La tela le cae plana sobre el pecho y las mangas son un pelín demasiado anchas y largas, pero no le ve sentido a comprarse un uniforme más ceñido: no va a esas excursiones a lucir palmito ni pescar amante o marido. No, a los treinta y nueve, y con tres matrimonios a sus espaldas, ha renunciado a una institución que parece que esté maldita. Es posible que Trevor haya sido el último hombre bueno, piensa; o, como mínimo, el último hombre bueno para ella.

No, si Rachel va a las excursiones es por otras razones. Le encanta el aire matutino en los Northwoods, las serenas aguas del lago donde nada cada día, poder remar en viejas barcas y canoas de madera, los talleres para las

insignias al mérito, siempre sentada al fondo, o el tiempo que dedica a perfeccionar su técnica de hacer nudos o de practicar primeros auxilios. Y, por supuesto, los atardeceres en la cabaña de Nelson, cuando juegan al ajedrez o a las cartas, y beben de su reserva de buenos whiskies escoceses: Laphroaig, Talisker, Lagavulin...

Nelson ya casi tiene setenta años, y el tiempo no lo ha tratado con demasiada benevolencia. A pesar de los años pasados con los Boinas Verdes, ha empezado a echarse hacia delante, arqueando y encorvando la columna vertebral, y en los últimos años ha sufrido algunas caídas y los estragos de las consiguientes fracturas de cadera. Tiene el pelo blanco, pero siempre lo lleva cortado al rape. Y aunque no lo reconocerá, debe de haber sufrido un ataque de apoplejía, porque su ojo izquierdo parece un poco apagado, un poco deforme, y ya no nada con ella por las mañanas, sino que se sienta en una silla de madera y se limita a mirarla desde la orilla con una taza de café.

Se esfuerza por hacer un equipaje ligero, llenando una única mochila grande con bastante ropa para los seis días del viaje, un bañador, una manta playera, dos sábanas, una pequeña cámara, algunos artículos de aseo, unas cuantas novelas y algo de poesía. Se reserva dos horas cada día para echarse junto al lago y leer los libros que siempre acaban amontonados en pilas imposibles en su mesilla de noche sin que consiga leerlos. Acarrea las dos mochilas a la puerta delantera, donde esperan los sacos de dormir.

Son poco más de las nueve de la noche, y el horizonte de poniente está manchado de rosas y púrpuras, como un maquillaje aplicado a toda prisa. La casa es demasiado grande para ellos dos. Es la casa que Trevor y ella compraron antes de que lo mataran, cuando el mundo aún parecía lleno de posibilidades y tenían la esperanza de crear una familia, de viajar, de asistir a reuniones de la asociación de padres y a comidas familiares, de envejecer juntos...

Qué emocionante esa época, distinta de todas las demás, poco después de que decidieran comprar una casa, empezar una nueva vida, crear una familia juntos en esta vieja casa de labranza en las afueras de Menomonie. Quedarse en Wisconsin también fue una decisión muy consciente. Como habría de marcharse tan a menudo por sus destinos militares, Trevor insistió en que ella tuviera cerca a su familia para que pudieran echarle una mano.

Eso sí, ella se negó a vivir en la misma Eau Claire; prefería alejarse un poco, lo suficiente para que su madre no pudiera presentarse en cualquier momento sin avisar.

No había transcurrido ni un año desde que compraron la casa cuando mataron a Trevor. El último recuerdo claro que ella guardaba de él era el fin de semana que pasaron en París, cuando en algún momento de aquellos días que ocuparon principalmente en hacer el amor, parando solamente para pasear por la ciudad, comer y beber y cogerse de la mano, concibieron a su hijo. Trevor parecía tan fuera de lugar con su larga barba, el pelo largo, la piel quemada por el sol (los miembros de su unidad de Fuerzas Especiales se enorgullecían de ese aspecto montañés, de sus barbas). A ella le había sorprendido ese nuevo aspecto, la había fascinado. Que ese hombre al que conocía desde hacía más de una década se hubiera convertido en un soldado de élite, en ese hombre-oso, con ese pecho tan ancho y peludo, tan callado y fuerte; en cierto modo no era más que una versión más verdadera, más intensa, de quien había sido a los dieciséis o diecisiete años; y, sin embargo, buena parte de esa suavidad anterior se había esfumado por completo, junto con la frecuencia de sus sonrisas, su risa y sus chistes. Era un hombre distinto.

Estaba recostada sobre su pecho en aquella cama de hotel de París. Él la abrazaba con su antebrazo peludo, con aquel reloj técnico tan grande en la muñeca.

—¿Quieres entender la guerra? —le preguntó, ya no recuerda a propósito de qué—. ¿La política? Consulta un libro sobre termodinámica. Se pueden aplicar las mismas leyes. De lo que estás hablando es, en esencia, de energía, o de su ausencia. Porque en la mayoría de los casos, el poder político es totalmente congruente con la energía, con el calor. Durante más de cien años Afganistán parece un patrón climático muy imprevisible, ¿verdad? La única constante son los propios afganos. Por lo demás están los británicos, los rusos, los talibanes, y ahora nosotros: el caos y el colonialismo. Y algún día nos marcharemos, y volverá a abrirse el vacío, y alguien tendrá que llenarlo.

Le había dicho, con pasión, que no deseaba que lo enterrasen en Fort Snelling, en las afueras de Minneapolis y bajo las trayectorias de vuelo de los cientos de aviones que despegaban y aterrizaban en el aeropuerto de St. Paul.

Ni tampoco en Arlington. Era muy extraño aquel desencanto con el ejército, la política exterior, la política en general, que lo había invadido casi desde el mismo momento en que se incorporó a las Fuerzas Especiales. Y no lo era menos el modo en que había llegado a aceptar su destino, o, por lo menos, a preverlo; una realidad, suponía ella, de esa vida misteriosa que ahora vivía él, tan cerca de la violencia extrema.

No es que ella dijera: «Vamos a hacer un hijo», pero eso era lo que parecía que estuvieran haciendo: algo desesperado, algo extático, sí, alguna transferencia de energía. Aquellas manos recias revolviéndole el pelo, agarrándole el pelo, mientras se besaban con ansia, con brusquedad... Cuando Thomas nació, ella empezó a sentirse culpable, como si le hubiera arrebatado a Trevor su luz, su poder, como si en cierto modo lo hubiera vuelto vulnerable.

Thomas regresa justo antes de la hora de comer, con los ojos enrojecidos y la ropa apestando a tabaco.

—Estaba a punto de mandarte un mensaje —dice ella—. Tenemos que irnos. Tenemos que llegar a las tres.

—Ya —responde él—. ¿Queda zumo de naranja?

Registra la nevera.

—¿Estás colocado, Thomas?

—Mamá —suspira—, hemos estado fumando puros.

—Ah, qué bien, pues ya me quedo más tranquila —dice ella, exasperada—. Sé que eres muy listo. Así que, cuando te digo que esas cosas van a matarte, espero que ya sepas de lo que te estoy hablando. ¿Y de dónde sacas el dinero? ¿Cuánto cuestan ahora, veinte dólares el paquete?

Thomas agarra el asa del envase de plástico con un dedo y se pone a beber como un campesino sediento. El zumo de naranja se le escurre por las comisuras de la boca, le resbala por la barbilla y cae al suelo. A veces ella tiene la sensación de que su hijo se ha confabulado con las hormigas y los ratones que cada día amenazan con invadir la casa. Humedece un trozo de papel de cocina, se agacha y limpia el suelo.

—Ve a ducharte —le ordena.

—Recibido, capitán —dice él, eructando.

—Y de verdad que tenemos que irnos pronto.

—La verdad es que no tenemos por qué ir —dice él, deteniéndose en la escalera—. Ya nadie se hace *scout*. No tiene ningún sentido. Ahora es una especie de fraternidad cristiana paramilitar, una chorrada. Una panda de republicanos paranoicos que practican con las armas y se preparan para el apocalipsis de los cojones. Vaya coñazo.

Ya han tenido esta discusión, y cada vez, a ella se le parte el corazón. No por las palabras que salen de la boca adolescente de su hijo; no, esa pirotecnia no la sorprende. Lo que la destroza es que este chico no tiene ningún recuerdo de su padre, solo imágenes de un extraño. No entiende, por ejemplo, que su padre llegó a acumular más de ochenta insignias al mérito, que con dieciocho años podrían haberlo dejado en cualquier monte de cualquier continente y se las habría apañado para sobrevivir por sus propios medios. Que siempre dijo que su época de *scout* lo ayudó más tarde en la instrucción militar, en el entrenamiento de las Fuerzas Especiales, y también en otras cosas. Se lo imagina ahora en la cocina, a ese hombre hirsuto e imponente, sosteniendo un tazón de café que en sus manos parece diminuto. Imagina el entusiasmo de Thomas al irse los dos juntos al campamento, luego a Trevor rodeado de un grupo de chicos a los que enseña a usar la brújula mientras les explica que la orientación es una de las destrezas más prácticas que se pueden llegar a adquirir.

Pero todo cuanto puede decir es «Sube», en un tono que da a entender que está a punto de echarse a llorar o a lanzarle algún objeto, y las dos cosas son ciertas ahora mismo.

Al cabo de una hora, van en el Cherokee por la autopista 53, hacia el norte, envueltos en un sonoro y completo silencio, y ella solo puede pensar en preguntarle: «No habrás cogido cigarrillos, ¿verdad?». Aunque no tiene costumbre de fumar, los cigarrillos a veces son una buena válvula de escape. En el asiento trasero del jeep, Thomas desliza el pulgar sobre la pantalla del móvil. Ni siquiera puede sentarse al lado de su madre. Así que ella baja la ventanilla, y el aire le levanta la manga izquierda, y se siente como el taxista más triste de todo el norte de Wisconsin.

La tropa Cuarenta y dos reserva el mismo campamento de Whiteside desde que el abuelo de Thomas, Jonathan, era un niño. Así, después de dejar el jeep en el aparcamiento, Rachel y Thomas cargan sus pertenencias al hombro y emprenden la caminata de un kilómetro y medio que, tras pasar por la explanada y el campamento de los supervisores, sigue el sombreado camino con roderas que lleva hasta su destino, Arrowhead.

Rachel se da manotazos en las piernas, los brazos, la cabeza. —Qué pesadas están este año las moscas.

—Podrías haberte quedado en casa —dice Thomas con tono inexpresivo—. Todavía estás a tiempo.

Fastidiada, Rachel se esfuerza por abstraerse de los mosquitos y las moscas que se abren camino por su cabello para hincar los dientes en su cuero cabelludo.

—En fin, estas incomodidades nos curten, ¿no? —dice ella, apretando los dientes—. Nos hemos vuelto todos demasiado blandos, claro, porque, vamos a ver, ¿cuántas personas habrá que estén haciendo lo mismo que nosotros ahora? Ir a un campamento aislado, sin tabletas, ordenadores portátiles ni redes sociales, sin ninguna distracción moderna.

—¿Cómo? —Thomas ha dejado de andar y la fulmina con la mirada; ella lo nota.

Rachel se estremece e insiste:

—Decía que nos hemos ablandado, y que tenemos mucha suerte de estar aquí... —acaba diciendo con un hilo de voz.

—¿Me estás diciendo que se te ha olvidado coger mi iPad? —le grita Thomas.

Rachel se acomoda la mochila en los hombros y se da un manotazo en la frente.

—La verdad es que no se me ha olvidado, Thomas.

La mira horrorizado.

—¿Me estás diciendo que dejaste mis cosas en casa para tocarme los cojones? —grita Thomas—. ¿Para restregarme todo esto por las narices? ¡Para hacerme venir hasta aquí como si fuera un niño pequeño! ¿Y todo porque Trevor era Águila o lo que fuera? ¡Joder, mamá!

Rachel se abalanza sobre él, y aunque él es más alto y más fuerte, ella es su madre, y no le tiene miedo, nunca le tendrá miedo. Porque ella lo engendró, ella engendró a este niño, y lo cuidó, y, por muy impertinente que sea, por muy grosero o desagradable que pueda llegar a ser, lo que siente por él, más que cualquier otra cosa, es amor, un amor que la abruma.

Levanta la mano como para abofetearlo, pero acaba escondiendo su cara caliente entre las manos y diciendo:

—Fue tu padre. Y siento no haber sido mejor madre, siento que te hayas criado sin un padre. Y también lamento algunas de mis decisiones, esos hombres...

Sacude la cabeza, como para aclararse las ideas o calmarse.

—Pero tu padre no tiene ninguna culpa. Él lo hizo lo mejor que pudo. Pero... —Empieza a llorar. Hacía meses que no se desmoronaba de esta forma, pero sus emociones han entrado en ebullición, le queman las mejillas, le hacen sentir una fuerte presión en la cabeza, derramar lágrimas—. Y sé que ahora mismo te estará mirando. Estoy segura. —Y quisiera añadir: «Procura que esté orgulloso de ti».

Le da un abrazo, el abrazo fuerte y torpe que puede darse a un adolescente cargado con una mochila y no acostumbrado a esos breves instantes de afecto maternal.

—Lo siento, mamá —dice él, echándole en la oreja su aliento de tabaco—. ¿Estás bien?... Para de llorar, ¿vale? De verdad que lo siento.

Rachel se suena la nariz con un clínex, le da un golpecito en el pecho, se aparta despacio y luego lo señala con el dedo.

—No me gusta que me faltes al respeto —le dice con voz firme y tranquila—. Pero nunca, nunca toleraré que desprecies a tu padre. ¿Me-has-en-ten-di-do?

Thomas asiente con la cabeza, y dice en voz baja:

—¿Nos vamos?

Ser la única mujer en un campamento lleno de hombres tiene algunas ventajas, como la de disponer de una pequeña cabaña para ella sola. No es una cabaña «de verdad», claro está: las paredes son mallas de aluminio con marcos de madera; el suelo, hojas de madera contrachapada; el techo, un trozo de plástico corrugado, y la puerta de tela metálica está medio desgoznada y llena de agujeros «parcheados» con chicle de color púrpura, verde o rosa. No disfruta de más seguridad que la que ofrece un pequeño pestillo en la puerta, ni de más intimidad que la que resulta de los paneles de lona medio podridos, de color verde oliva, que caen ante las paredes.

Pero a ella le encanta su cabaña, oír los ruidos de los niños fuera, a su alrededor, en los raros momentos en los que no está sometida a la obligación de ser la madre que cuida, vigila, castiga. La cabaña tiene cuatro catres individuales con colchones muy usados, y ahí dentro el aire es denso, pesado. Apenas se nota la brisa; solamente los vientos fuertes parecen traspasar las pantallas algo oxidadas.

Cuando saca sus cosas, Rachel tiene cuidado de no dejar las bragas y los sujetadores a la vista; eso se quedará en la mochila. Junta dos catres y, con uno de los pocos lujos que se ha traído de casa, envuelve los dos colchones en una funda y una sábana *queen-size*; luego desenrolla el saco de dormir, se echa en la cama y cierra los ojos.

Su mundo suena así: mosquitos, puertas de tela metálica que se cierran de golpe, correteo de niños excitados, un hacha cortando leña, el viento susurrando en la alameda.

Las únicas responsabilidades, este primer lunes, son la cena en el comedor y una *tarea* vespertina: una especie de prueba que Nelson siempre les plantea a los chicos: ¿qué clase de hombre quieren llegar a ser? ¿Cómo alcanzarán sus objetivos (esta semana, este año y más tarde)? Normalmente, el grupo entero

se reúne en un anfiteatro contiguo al lago Bass y pasan una película o un PowerPoint antes de dejar marchar a los chicos. Esta primera noche las reservas de caramelos parecerán infinitas, el aire fresco, vigorizante, y en los campamentos resonarán las risas y las chanzas hasta las primeras horas de la madrugada.

Durante la cena, el padre de uno de los chicos del grupo de Thomas se sienta enfrente de Rachel. Es un hombre alto que supera de largo el metro ochenta. La bandeja de plástico que lleva en las manos parece muy pequeña, como si fuera un coqueto plato de postres, o incluso un platillo de café. Tarda lo suyo en pasar una pierna por encima del banco de la mesa, y luego la otra, y cuando ya está sentado, su barriga excede hasta tal punto la estrechez del espacio de que dispone, que tiene que retirar el banco algunos centímetros para poder llegar a la comida.

—Joder, Bill —se ríe entre dientes otro de los padres—, ese banco está hecho para niños de cuarenta y cinco kilos, no para un grandullón como tú.

Toda la mesa se ríe con una risa tonta, puro síntoma de nerviosismo, timidez, deseo de integrarse. Rachel ve que circulan no solo una, sino dos petacas de plata, de donde los padres vierten en sus tazas de café algo que huele a coñac. Se da cuenta de que algunos ya están borrachos: bajo las frentes quemadas por el sol, los ojos tienen esa mirada vidriosa y aturdida de quienes van bien borrachos.

El grandullón que tiene enfrente, Bill, mira a Rachel y, sin siquiera pestañear, le dice:

—Quizá cuando esto sea un campamento de Exploradoras también traigan algunos bancos más femeninos.

Pese a que Rachel suele considerarse una mujer fuerte, no puede sostenerle la mirada a este hombre feo, y baja la vista hacia la comida, aunque acaba de perder el apetito.

Un par de hombres se ríen a carcajadas, y a continuación se acercan la taza de café a los labios. La mayoría de los padres de la mesa no dice nada.

—A lo que me refiero... —continúa Bill— es que parece que todas las instituciones de este país están jodidas. Gays en el ejército. Gays en los Boy Scouts. Gays casándose. Esos bichos raros, los trans, o como se llamen... — Hace desaparecer un panecillo de un solo bocado, sin apartar los ojos de

Rachel—. A veces me cuesta reconocer este país. Ya no es mi país, eso seguro. Tierra de hombres libres, pero —se cubre la cara con sus manazas, fingiendo un gesto de horror— que no se te ocurra decir lo que piensas, decir lo que opinas. No le vayas a herir los sentimientos a alguien. No vayas a ofender a alguien. Y que la bandera china ondee en la ONU, pero no la de las barras y estrellas. No me parece normal.

Rachel piensa que es uno de esos momentos en los que debería decir algo, levantarse, marcharse, luchar... Pero no se le ocurre nada que decir, ni siquiera puede moverse, la inmoviliza la mirada de ese hombre, su tamaño, y en todo el grupo no parece que haya ni una sola persona que esté de su parte. Piensa que tiene ante ella a una clase especial de habitante de Wisconsin. El mundo es un tren bala que ha pasado junto a él a tanta velocidad que lo ha dejado al lado de las vías girando como una veleta.

—Oye —logra decir por fin—, hace una generación, o más, que las mujeres vienen a los campamentos de los Boy Scouts, guían grupos, trabajan en recepción...

Es una réplica floja, lo sabe, pero en momentos así su cerebro nunca ha disparado tan deprisa como le habría gustado, y ya sabe que se va a pasar la noche en blanco, pensando en todo lo que no ha dicho, en todo lo que no ha defendido. El caso es que ese lerdo la ha dejado sin palabras y no puede reclamar la superioridad intelectual que sabe que posee, aunque ahora mismo no sabe dónde la tiene. Levanta la cabeza para mirarlo... *superioridad intelectual*, por el amor de Dios.

Cuando el hombre se acerca a la boca la cuchara llena de maíz, le caen algunos granos sobre el pecho, sobre el regazo, como si estuviera sembrando a voleo. Se limpia la cara con una servilleta de papel, la señala con un dedo gordo y dice:

—¿Y hay más *scouts* ahora que hace treinta años? No. Esto se está muriendo. Y es por las mujeres, por los gays, porque hemos abierto las puertas a todas las religiones que viven bajo el sol. Cojones, seguro que hasta hay *scouts* musulmanes. ¿Te parece normal? Joder, es que estamos entrenando a Al-Qaeda, al Estado Islámico, aquí, en nuestra casa.

Ahora está furiosa, nota que aprieta los puños. *¿Por qué nadie dice nada?*

—Si todo esto se está muriendo —acierta a decir, con voz trémula—, quizá es porque tardamos demasiado en aceptar a esa gente. —«Imbécil», le encantaría añadir, pero es solo el primer día en el campamento—. No estamos en 1950. Vamos a ver, ¿cuándo naciste? ¿A principios de los ochenta? ¿Exactamente cuál es el país que crees recordar? —Le arde la cara, pero está orgullosa de sí misma, orgullosa de enfrentarse a esa ignorancia. —En esto estoy con Bill —dice otro hombre.

Rachel lo mira. Tiene el pelo rojo, denso y abundante, gafas de diseñador, dedos delgados que están haciendo girar una manzana verde por el rabo. Tiene facciones delicadas, no es un hombre grande: la antítesis de Bill. Ella lo reconoce vagamente como el padre de un niño llamado Ulysses. Es un cirujano de Eau Claire, el doctor Platz, si no le falla la memoria.

—Creo que nos estamos pasando un poco de sensibles —dice, ágil—. ¿Es la mejor manera de preparar a los niños para el mundo? ¿Para el mal que los está esperando ahí fuera? ¿Para la competencia, la brutalidad? ¡Venga ya!

Le da un trago a la petaca, con tanta naturalidad como si estuviera en una cantina, ahí mismo, a la vista de todo el mundo. Nadie parece advertirlo.

Rachel piensa: *Ya tenemos otro argumento...*

Pero el doctor se inclina sobre la mesa, mira a los hombres que lo rodean, como evitando a propósito los ojos de Rachel.

—El caso —dice— es que en el mundo real no te invitan a todas las fiestas, ¿verdad? No te dejan hacerte socio de todos los clubes. No todo el mundo quiere ser tu amigo. Y para seros sincero, hay gente que no quiero que vaya a la escuela con mi hijo. Hay gente a la que no quiero ver los fines de semana, durante la cena.

¿De qué está hablando ahora?

—Pero —interviene Rachel, decidida a reconducir la conversación— estábamos hablando de las mujeres en los Boy Scouts. Supongo que estás de acuerdo en que hay que admitir a las mujeres en los campamentos. —Hace una pausa—. ¿Verdad?

—Bueno —dice el cirujano—, ¿no están las Exploradoras?

—Pero mi hijo... —empieza a decir ella— tengo un hijo. ¿Qué pasa con los padres como yo?

Viudas, le gustaría decir. Y: *¿Dónde está la caballerosidad? ¿Dónde están los caballeros? ¿Y las otras madres, las esposas?*

—¿No tiene un padre? ¿O un abuelo? ¿O un tío? ¿Algún amigo de la familia? —insiste el doctor, entre amable y cruel.

Se ha quitado las gafas, se frota el puente de la nariz y la mira con la condescendencia de alguien que goza de poder en el mundo, de una parcelita de poder, pequeña pero cierta. Es la actitud del encargado del puesto de control de un lugar dejado de la mano de Dios, de un recepcionista hastiado, un cajero descontento o el operador de una cabina de peaje, de un hombre con un poder minúsculo y, a la vez, definitivo.

Su tono y su forma de hablar, tan sensatos, parecen dar cierta credibilidad a su argumento, y por un momento ella se pregunta: *¿Todo esto va por mí? ¿Es mi problema? Thomas ni siquiera quiere estar aquí... O quizá Jonathan podría...*

Pero Jonathan Quick ahora es una especie de recluso, un eremita con recursos. Vive en una cabaña, a orillas de un pequeño lago del norte de Wisconsin. Se pasa el día bebiendo Baileys con café, y por la noche come pizza congelada y palitos de pescado, y bebe *bourbon*. Durante el día trastea en una carpintería, donde en teoría vende muebles, pero en realidad se dedica a leer novelas de espías. Está divorciado por segunda vez, y no lo ve mucho, solo a veces en Acción de Gracias, cuando él se aventura hasta Menomonie con una botella de un burdeos caro y algún regalo excéntrico para Thomas: una cesta trenzada a mano, una navaja francesa, una bicicleta italiana, una pequeña participación en alguna empresa tecnológica recién creada... La primera esposa de Jonathan, Sarah, se casó con un hombre al que conoció por internet, y se fue a vivir a Hawái. Una vez cada dos años, Sarah les paga los billetes de avión a Rachel y Thomas, y ellos se deslizan por la selva en tirolina, surfean sobre las olas del Pacífico y, durante una semana entera, Thomas no come otra cosa que no sean gambas.

El padre de ella, un pastor luterano jubilado, se ha pasado una década luchando contra el cáncer. Ahora está tan débil, tan frágil, tan cansado. La madre de Rachel es su fiel cuidadora. No hay tíos ni primos. Tanto Trevor como ella fueron hijos únicos. Tras este inventario de su familia y la de Trevor, se pone triste y entiende lo sola que se siente y lo mucho que Thomas

significa para ella, lo enorme que es la ausencia de Trevor. Baja la cabeza por un segundo y piensa: «Algunos de estos hombres debieron de conocer a Trevor». Examina sus caras: juraría que Trevor y ella fueron al instituto con uno o dos de ellos, como mínimo.

—No —acaba diciendo—, no hay nadie más. El padre de Thomas murió. Estamos solos. —Se levanta de la mesa y, cogiendo su bandeja, dice—: Perdón.

Mientras sale del comedor ve a Nelson, que está sentado al extremo de otra mesa, cerca de un niño en silla de ruedas que le habla muy animado, gesticulando como si recreara alguna batalla épica. Es la primera vez que lo ve desde que ha llegado, y en este momento siente una gran necesidad de una cara amable. Se acerca a su viejo amigo, que sigue prestando atención a ese niño tan desgarbado, con esa desafortunada combinación de grasa infantil, gafas y acné. Se le ve muy emocionado por disfrutar de la atención de Nelson.

—Perdón —le dice Rachel al niño en un tono amable, y luego añade—: Jefe de tropa Doughty.

Posa una mano suave en el hombro del viejo, y este da un respingo, como sobresaltándose un poco, antes de volver la cabeza para mirarla.

—Rachel —dice, y empieza a levantarse, muy despacio, como si tuviera los pies atados debajo de la mesa, y vuelca un vaso de agua—. Diablos —murmura.

—Por favor —lo apremia ella—, siéntate.

Limpia el agua deprisa con un puñado de servilletas de papel, luego le da un abrazo y, al instante, siente su cuerpo caliente, calmado, como si acabara de meter el pie en un calcetín abrigado o en una pantufla. Siempre ha sido tan amable con ella. Aunque no llegó a conocer a su abuelo, lo imagina como un hombre parecido a Nelson Doughty, con ese olor a tabaco, a virutas de madera, jabón de pino y alguna pomada de viejo con la que se enrosca el bigote blanco.

—¿Vendrás a mi cabaña esta noche? —le pregunta a Rachel con voz ansiosa, trémula. Inclínándose hacia ella, le pone una mano temblorosa en el hombro y susurra—: Tengo una botella de tu whisky favorito.

—¿Oban? —le pregunta ella, sonriendo, y entonces se acuerda de los padres de su mesa, de cómo bebían.

Los censura por beber en público, una conducta irresponsable que merecería un castigo, como una pandilla de vagabundos que beben en el patio de una escuela a pleno día.

Él asiente, le guiña el ojo, le coge las manos, como a una hija que hubiera venido a hacerle una visita largamente esperada.

—Esta noche mejor no —dice ella frunciendo el ceño—. No sería muy buena compañía.

—Bobadas —insiste él, apretándole las manos—. Es sobre todo en noches como esta cuando no deberíamos estar solos. —Le suelta las manos, levanta un dedo—. Un trago. Con un viejo.

Ella sonrío.

—Está bien. Un trago.

Él levanta otro dedo y le guiña el ojo.

—O tal vez dos.

Antes de dirigirse a la cabaña de Nelson, pasa por la de Thomas. Llama a la puerta. No responde nadie. Mira por la puerta mosquitera. No se ve a nadie. Teclea en su móvil.

Dónde estás?

Campamento, mamá. Tranki.

Voy a la cabaña del señor Doughty.
Pásalo bien esta noche, cielo!

No hay respuesta. Típico. Parece que solo responde a las amenazas, reales o imaginarias. O a las ofertas de comida. Ante este comportamiento, ella se siente como el guardia de una cárcel. A veces se pregunta cómo sería tener hijos antes del advenimiento de los móviles, los mensajes de texto, Facebook, Twitter, los *chats* y todos los demás medios tecnológicos y sociales de los que ahora parecen depender todos los padres.

La noche está algo fresca, así que pasa por su cabaña para co-

ger un jersey ligero y la linterna, antes de emprender el camino hacia la explanada.

La cena la ha dejado descolocada, inquieta. Nunca antes había encontrado esa reticencia, esa hostilidad en el campamento, y Nelson siempre ha acogido de buen grado su presencia, qué duda cabe. Pero entonces piensa que no se trata solo de este pequeño lugar: en todo el país hay una atmósfera enrarecida, una vibración malévola en el aire; la gente está a la que salta, se

indigna, monta en cólera; se atrinchera en sus prejuicios tribales, se fija en los fallos de los argumentos de los demás en vez de buscar un terreno común sobre el que llegar a algún tipo de acuerdo o consenso.

Al otro lado de la explanada ve la cabaña de Nelson, que brilla en la oscuridad; acelera el paso, como una chica que fuera a visitar a un abuelo o un tío querido. Cuánta razón tenía Nelson. De repente se da cuenta de cuánto necesita una interacción adulta, una conversación buena y sincera. Al llegar a la puerta, llama suavemente, y oye un lejano: «Entra».

La cabaña es como un diorama del país de principios del siglo xx, tenuemente iluminado por bombillas polvorientas; no hay mueble que no sea de mimbre o del más viejo y suave de los cueros, ni un solo libro en los estantes que se haya publicado después de 1970, por lo visto; las paredes están adornadas con frágiles y curtidas raquetas de nieve, redes y cañas de pescar, palos de *lacrosse*, esquís de fondo, al lado de vetustos animales disecados. Un lince cuyas carismáticas orejas asoman raquílicas, un lucio en plena arremetida al que le faltan algunos dientes afilados, un imponente ciervo de dieciséis puntas, con un único ojo brillante, como de mármol.

Nelson está en la diminuta cocina, poco más que una pared que aloja la nevera, los fogones y el fregadero, y retira de un fogón un hervidor. Huele a papel podrido, a cuero y polvo, y en ese olor se mezcla el aroma de las rodajas de limón recién cortadas que descansan en la encimera. De repente, se siente pesada, como si todos sus huesos y músculos fueran de plomo; no desea más que desplomarse en uno de los sillones de la cabaña y cerrar los ojos. Nelson tiene encendida su vieja Grundig, y ella reconoce la voz de la WOJB, la emisora de radio de los Anishinaabe de la tribu Lac Courte Oreilles del Lago Superior. No tarda en oírse otra voz, la de George Jones.

—¿Qué tal ha ido el día? —pregunta Nelson de buen humor, trasteando en la cocina.

Ella suspira.

—Dejando de lado que Thomas me odia y le fastidia estar aquí, y que los demás padres son una pandilla de fascistas...

Nelson frunce el ceño.

—¿Fascistas?

Rachel piensa: *No, lo más exacto, seguramente, sería «tarados de derechas»*, y da un manotazo en el aire para zanjar el asunto.

—Digamos que... me alegro de verte.

—Yo también, mi niña —dice, sonriendo—. Yo también.

Escuchan country clásico —Merle Haggard, Johnny Paycheck, Patsy Cline, Johnny Cash, Hank Williams—, beben whisky escocés y contemplan la noche, los murciélagos lanzándose en picado sobre el lago a la caza de insectos, las estrellas perfectamente reflejadas en el agua.

—Es extraño, no se oye ningún niño —dice ella, haciendo girar los cubitos de hielo de su vaso.

Se sienta sobre sus pies para estar más caliente. Es como si estuviera disfrutando de una velada muy sofisticada en casa de su *sensei* o gurú espiritual. Siempre ha evitado el término *life coach*, que le parece patético: ¿necesitas que alguien te entrene para vivir? ¿Que te ayude a vivir? ¿A poder levantarte por la mañana?

—Los niños te mantienen joven —dice Nelson—. Es lo que creo. —Toma un sorbo de Orban—. Pero, demonios, también te hacen sentir viejo.

—¿Cuánto tiempo piensas seguir haciendo esto? —pregunta ella.

—Este será mi último verano —contesta él, mirando al suelo—. Aún no se lo he dicho a nadie. Eres la primera en saberlo. Pero no quiero morirme aquí, como Wilbur. Me encantan los Boy Scouts, todo esto, pero... No tengo intención de morirme en un campamento de los Boy Scouts. Tengo una novia y estamos pensando en comprarnos algo en Costa Rica, o quizá en Belice. Y al invierno, que le den. Quiero palmarla con una cerveza fría en la mano.

Sorprendida por la noticia, incluso triste, Rachel le dirige una sonrisa de aliento y propone un brindis.

—Por las bebidas frías y las playas cálidas —dice, acercándole el vaso.

—Brindo por ello —dice Nelson.

Es incapaz de pensar en la reserva de Whiteside sin Nelson Doughty, y no puede reprimir una profunda sensación de abandono. ¿Quién le quedará, entonces? ¿Thomas? ¿Jonathan?

—Te echaré de menos —dice, sin mirarle a los ojos.

—Hay que dejar paso a la savia joven. Ideas nuevas, energía nueva. —Y Nelson bebe otro sorbo de whisky.

Hoy en día los niños vienen al campamento con sus ordenadores portátiles y tabletas, sus teléfonos móviles, videoconsolas y auriculares, y es un auténtico milagro que oigan el graznido de un somormujo o vean caer una estrella. Al pasar junto a sus cabañas después del anochecer, ha visto un fuego ficticio en las tabletas de cuatro niños que toquetean el móvil en sus respectivos catres. En algunos campamentos los espacios para fogatas están siempre fríos, cubiertos de musgo, y el sedal de las cañas está desgastado por el paso del tiempo. La podredumbre seca corroe las hermosas canoas de madera, como una infección. Nelson ha oído decir a algunos niños que quemar leña no está bien.

—¿Por qué? —les pregunta.

—Para empezar, porque acaba con los árboles. Y, además, echa más mierda a la atmósfera —le contestan con engreimiento.

—¿Y los árboles que ya están muertos?

Ante lo cual se encogen de hombros. Son pocos los que miran a los ojos, entrenados como están para controlar ese móvil con el que no se pierden una novedad del mundo. Sospecha que muchos de ellos no han tocado nunca un hacha ni una motosierra, por no hablar de una navaja.

En los últimos cinco años ni un solo *scout* se ha apuntado a la insignia al mérito en orientación. Tardó algún tiempo en entender por qué, tuvo que caer en la cuenta de que los niños de hoy en día llevan siempre su brújula consigo, vayan donde vayan, en su teléfono, con su cámara, su televisión, sus películas, su música, su reloj, sus mapas, sus libretas de notas, sus calculadoras... No es un mal sistema, piensa, a menos que llueva. A menos que no haya electricidad en la zona. O que estén combatiendo en una guerra y no quieran transmitir su posición al enemigo. Y tampoco nadie escoge ya la insignia de numismática (todo el mundo compra con tarjeta o con el teléfono, ¿por qué llevar un monedero? ¿Por qué molestarse en coleccionar monedas?), ni tampoco la de coleccionismo, ni la de radio, ni la de señales, ni la de filatelia (¿Quién es el dinosaurio que sigue comprando sellos hoy en día?)...

Nelson se pasó algunos años combatiendo la arremetida de la tecnología del único modo que sabía, prohibiéndola, y viendo cómo la asistencia a su campamento caía en picado mientras otros campamentos instalaban wifi, cantinas conectadas a internet y salas de cine. Por fin acabaron permitiendo la construcción de una antena de telefonía móvil en el extremo más alejado del campamento, sobre una cumbre. En el campamento, la señal es debilísima. Es cierto que le aconsejaron que la instalara en el centro de la explanada, donde las interferencias serían mínimas, sin bosques o colinas que cortaran la señal; pero él prefiere esta solución: los chicos pueden conectarse a internet, pero a una velocidad desesperante, y la antena parpadea al noreste, con lo que la vista del lago desde su cabaña no ha sufrido ningún daño. A los chicos se les cobra veinticinco dólares por el acceso a internet, y eso los enfurece, por no hablar de sus padres, que suelen estar aún más enganchados a la tecnología que sus hijos. La verdad es que eso le trae sin cuidado. Ese dinero compensa el descenso constante de la asistencia. El próximo jefe de tropa ya se encargará de situar Whiteside en el siglo XXI.

Está tan harto del mundo. Al sur y el oeste, las estrellas van desapareciendo eclipsadas por la emisión lumínica cada vez más extensa de ciudades como Minneapolis y St. Paul, o incluso Eau Claire y Rice Lake. Hay demasiados ciervos, muchos de ellos enfermos. Menos aves cada año. El agua del lago es cada vez más ácida. El año pasado encontró la carcasa de un lobo muerto en los márgenes del campamento; encontró el radiocollar del Departamento de Recursos Naturales en la cuneta de un camino que lleva a casa de Lorraine. Debió de matarlo un granjero de la zona o algún paleta que hubiera salido de noche a cazar con las luces del vehículo encendidas, de un disparo cobarde en la tripa. Solo espera que no fuera un *scout*, y mucho menos un monitor. A Nelson siempre le han gustado los lobos, los depredadores. Después de todo, en su juventud fue uno de ellos.

—¿Estás...? Ejem... no sé muy bien cómo preguntarte esto educadamente... —dice Nelson, y se incorpora.

—Lléname el vaso —ordena ella—, luego pregúntame lo que sea.

Él se ríe, alcanza la botella, le echa medio dedo.

—¿Estás saliendo con alguien? —le pregunta reclinándose en el sillón.

Ella niega con la cabeza. Aunque una respuesta más exacta sería: quizá. Spencer siempre está ahí, esperando en la sombra, paciente. Si llevara sombrero de copa, se pasaría el día entero asiendo el ala y frunciendo el ceño, seguro, como un leal y paciente pretendiente victoriano.

—¿Por qué no? —dice Nelson, inclinándose hacia delante—. Eres guapa. Inteligente. Una buena madre. Créeme, si tuviera treinta años menos... qué digo treinta, si tuviera diez años menos... —Se sirve otro dedo de Oban.

—Qué amable.

—No has respondido a mi pregunta.

—No sé. Me he casado tres veces, Nelson. Quizá significa algo, ¿no? Que soy una esposa horrible, por ejemplo. —Se ríe, bebe un sorbo de whisky.

—No es culpa tuya —insiste Nelson—. Ya lo sabes, ¿verdad? Dime que lo sabes.

Ella vuelve a negar con la cabeza, luego deja el vaso en la mesa de centro, se tapa los ojos, se muerde el labio inferior.

Él también deja su vaso, se levanta despacio, se acerca a ella, se inclina y, arrodillándose, la envuelve con los brazos. Ella lo abraza con desesperación.

—Era un buen chico —dice Nelson—. Un chico excelente. Te quería más que nada en el mundo.

—Lo echo de menos cada día —solloza ella—. No pasa ni un puto día sin que lo eche de menos.

Se quedan los dos así un buen rato, bastantes minutos, hasta que Rachel se endereza, vuelve a secarse los ojos con el pañuelo de Nelson y luego se suena la nariz con mucho ruido.

—¿Puedo tomar un té? —pregunta.

—Desde luego —dice él, levantando despacio del suelo sus viejas rodillas—. Yo lo tomo con un poco de *bourbon*. ¿Quieres? Ella se ríe.

—No, creo que ya estoy servida por esta noche, gracias.

Cogiendo la taza de té y soplando el vapor con aroma a miel y limón, dice:

—Quizá no tendría que haberme vuelto a casar, la verdad. Solo que mi situación me parecía un poco comprometida. —Da un sorbo a su té—. No, en serio, también quería conocer a otras personas. A otros hombres. Estuve con Trevor desde que los dos teníamos dieciséis años. En fin, no sé... ¿Soy una persona horrible por pensar eso? ¿Por sentir curiosidad?

—Claro que no —dice Nelson.

Surge un recuerdo borroso que llevaba mucho tiempo dormido, y recuerda una noche en Hurley, hace años, en que vio a Trevor desaparecer en las regiones tenebrosas de cierto bar, de la mano de una mujer que no se llamaba Rachel.

—Pero la realidad —continúa— es que no había nadie que estuviera a la altura de Trevor. Nadie. Esos otros hombres no estaban mal, pero la verdad es que la mayoría de ellos eran unos blandengues. No eran... no sé, no eran hombres de verdad. No te abrían las puertas ni te compraban flores; no eran amables, y sin duda no eran duros ni fuertes. Y al cabo de un tiempo todo aquello empezó a repugnarme. Los polos ridículos, el gimnasio, los músculos y bronceados de mentira, los teléfonos móviles, los coches nuevos. A Trevor no le importaban todas esas chorradas. Lo que él quería es un jardín. ¿No te parece divertido?

»En realidad, la caballerosidad me da igual —continúa, y tras una breve pausa—: Lo que me importa es la fuerza. La consideración. La amabilidad. Todos esos otros tipos parece que han confundido la fuerza con... no sé... con los músculos. La autoridad. El poder. La vileza. Eso es lo peor. Trevor nunca fue así. Decididamente, nunca lo fue conmigo. Me adoraba. Tal vez demasiado, a veces.

Le da otro sorbo al té.

—No es más que la impresión de un hombre viejo y soltero —dice Nelson por fin—, pero a mí me parece que todos deberíamos adorar a nuestras esposas, a nuestras compañeras. —Se quedan un momento en silencio, los dos—. ¿No se trata de eso? Ella niega con la cabeza.

—Ojalá lo supiera. Ojalá hubiera sabido el curso que tomarían las cosas, pero desde luego... no podemos; yo no pude.

Cuando tenía veintiún años, en el penúltimo curso de la carrera, a Rachel le dieron una beca, fue a Botsuana y se enamoró de un afrikáner, un hombre enorme y bronceado que jugaba en una liga de rugby semiprofesional, levantaba ciento ochenta kilos en *press* de banca y hablaba cuatro idiomas. Tenía una gran cicatriz en el antebrazo, recuerdo de una pelea en un bar, y podía beberse una caja de cervezas en una larga noche en la sabana. Era Willem, aunque todos lo llamaban «Crepúsculo», apodo ridículo donde los haya.

Trevor se había quedado en Wisconsin. Estudiaba en Madison y había aceptado dos empleos a tiempo parcial para no tener que depender del dinero de su padre, con las servidumbres que eso entrañaba. Vivía en una casa antigua y destartada en St. James Court, donde los murciélagos migraban desde el campanario de la iglesia que daba nombre a la calle hasta el desván de la casa, y bajaban arrastrándose literalmente por las escaleras de madera. No era raro que Trevor anduviera por la casa armado con una sartén o una raqueta de tenis.

Le mandaba a Rachel cartas de amor bellísimas y tristísimas, cartas de varias páginas que escribía por la noche desde el hotel donde trabajaba de auditor nocturno, o por la mañana, en la cocina del Mickey's Dairy Bar, donde servía las mesas y donde llegaba pronto para tomar café con los cocineros. Ella se lo imaginaba todo, ese viejo café cerca del estadio Camp Randall, la tranquilidad que se apoderaba de Madison las mañanas de los fines de semana, cuando las estudiantes sufrían unas resacas espantosas o volvían a casa avergonzadas, con los zapatos de tacón en la mano y agarrándose los hombros para protegerse del frío, tras dejarse la chaqueta en la habitación de algún nuevo amante. Imaginaba los camiones de la basura moviéndose despacio a través de la mañana, unos cuantos taxis, el edificio del capitolio iluminado como una ciudadela blanca, los primeros corredores

pateando las aceras, la panadería Greenbusch, con sus bandejas de donuts tentando a los borrachos y porretas y vagabundos insomnes...

Las cartas llegaban dos veces a la semana, o incluso con más frecuencia. Y eran intensas, a veces hasta profundas; Trevor siempre había sido así. Su forma de amar era casi como un torno de banco, un peso; a veces a ella le parecía que rayaba en la dependencia: que su identidad, su sistema de valores, su personalidad entera giraba en torno a ella. ¿Y quién era ella? Una chica de veintiún años de Eau Claire, Wisconsin, que había visto muy poco mundo, que solo había conocido a un amante, cuyo libro favorito hasta la universidad había sido un libro infantil sobre caballos.

¡Dios, qué vergüenza! Llegar a la universidad sin haber leído a Kerouac, Steinbeck, Flannery O'Connor, ni siquiera a Ayn Rand. Habiendo viajado solo a Cancún. ¡Sin haber comido nunca sushi!

La familia de Willem era riquísima. Poseían bodegas en Stellenbosch, iban de vacaciones a Mónaco. De vez en cuando la madre se la llevaba de compras a Ciudad del Cabo, donde los dependientes de las tiendas les prodigaban sus mejores atenciones. En una ocasión cometió el error de preguntar cuánto costaba un vestido.

—Diez mil rands —contestó el dependiente—. Unos mil dólares.

Rachel se murió de vergüenza.

—Te han dado una buena lección, chica —le había dicho la madre de Willem, divertida y cordial, dando un sorbo a una copa de Veuve Clicquot mientras evaluaba el cuerpo de Rachel fuera del probador—. Ya ves lo que pasa cuando preguntas.

Había conocido a Willem en un bar de americanos de Gaborone. Ella hablaba sobre el rinoceronte negro a un grupo de zoólogos, y él, apoyado en la barra, no le quitaba los ojos de encima.

Avanzada la noche, borracho, cruzó el bar y le dijo:

—¿Has visto alguna vez un rinoceronte negro, querida?

Se quedó muda, sintió curiosidad, y su cuerpo vibró con una excitación que no estaba segura de haber sentido nunca antes. Nadie la había abordado nunca de esa manera, nadie le había hablado así.

—Lo siento —dijo—. Hummm... ¿me has llamado querida?

Él le sonrió burlón, le dio un sorbo a su botella de Tusker.

—Vámonos —le dijo.

—Ni hablar —protestó ella—. Estoy con mis amigos; quiero decir, acabo de llegar.

Él dejó su botella y le tendió la mano.

—Por favor, ven conmigo —le dijo—. Quiero enseñarte algo. Y, sin saber por qué, ella se fue con él.

Su coche atravesó la noche oscura, bajo un cielo meridional que para ella era totalmente desconocido. Él conducía un Range Rover descapotable, le puso la mano en el muslo, luego subió los dedos por su pierna. Ella sintió que se le cerraban los ojos, el vehículo aminoraba la velocidad, se le disparaba la respiración, sus pies en el suelo del Rover, sus pies descalzos contra el salpicadero, y luego los labios de él en los suyos, su lengua. Sus manos apretándole las caderas.

No vio ningún rinoceronte negro esa noche, ni tampoco durante la semana siguiente. No miró el buzón, ni su cuenta de correo electrónico. No respondió al teléfono. No comía nada hasta la noche, cuando iban a restaurantes, y ella estaba impaciente porque la cena se terminara y volvieran al piso de Willem. No se sentía feliz ni triste, ni nostálgica ni culpable. Se sentía libre, viva, resucitada, nueva.

Todo siguió así durante semanas, con la única novedad de que las comunicaciones de Trevor se volvían más desesperadas, más sumisas. Ella veía las cartas amontonándose en su cama; el cartero había empezado a atarlas con una goma elástica, no recibía más correspondencia que la suya. Se le llenó el buzón de voz, hasta que ya no pudo recibir más mensajes.

Y entonces, una noche en la que fue a su apartamento a recoger algunos libros y artículos de aseo, y a darse una ducha rápida, sonó su teléfono. Era Trevor. Decidió contestar. Quizá no iba a ser tan doloroso, al fin y al cabo. Después de la rutinaria letanía de dulces naderías, y de lo que parecía un desfile interminable de «¿qué tal?» y «¿cómo estás?», se lo dijo de sopetón. —Ya no estoy enamorada de ti. Lo siento, Trevor.

Hasta su nombre le parecía ridículo, ese nombre tan típico de la América profunda. Trevor. Parecía un nombre de planta: hoja, árbol, hierba, trevor. Y, francamente, no lo sentía, no lo sentía en absoluto. No recordaba habérselo pasado nunca tan bien. Ni la voz alegre de Trevor, ni su acento familiar (el de

ella había desaparecido hacía tiempo, durante las dos primeras semanas que pasó en África), ni las noticias de casa podían impedir la ruptura.

—¿Cómo?

—Que no estoy enamorada de ti —repitió—. Así que, por favor, Trev, ¿puedes dejar de enviarme esas estúpidas cartas de amor? Ni siquiera tengo tiempo de leerlas.

—Ah —aventuró tímidamente—. Porque estás teniendo... eso... una aventura. Con otro tío.

Si ella se hubiera tomado la molestia de escuchar con atención, habría oído cómo a él se le partía el corazón en ese mismo instante. Solo que no era así como ella se lo había imaginado; se imaginaba que le gritaría, le haría preguntas infantiles sobre su nuevo amante: sobre el tamaño de su pene, cuántas veces habían hecho el amor, si se la chupaba. Pero solo parecía... aturdido. Aturdido y en cierto modo... aceptándolo todo.

—Bueno, Trevor —le dijo—, no sé si puede decirse que sea una aventura, puesto que tú y yo no estamos casados, ni siquiera comprometidos. Y él es afrikáner, así que no es un «tío», sino más bien un hombre.

Podía oír sus manos sudorosas en el auricular, cómo se secaba las lágrimas... Qué poderosa se sentía. Vivir aquí, en África. Dormir con quien se le antojaba. Estudiar una de las últimas zonas salvajes del continente...

—Hummm, bueno —tartamudeó él.

Trevor sorbía como un niño pequeño. Rachel soltó un suspiro de exasperación y empezó a meter libros en un talego.

—Bueno, hummm, te dará igual, seguro, pero quería decirte que voy a alistarme de voluntario en los Marines —dijo—. He tratado de llamarte antes, y te he escrito, pero... Joder, Rachel, vaya mierda.

—¿Cómo? Vamos, Trevor, ¡no te pongas tan dramático! —Se hundió en la cama, se cogió el pelo con la mano, apartándose de la cara.

Ahora él cambió de tono.

—No has leído mis cartas, ¿verdad? Ni una sola de las últimas semanas, ¿no?

—No —contestó ella—. No las he leído. He estado viviendo... —*Mi vida*, iba a decir—... He estado ocupada.

—¿Recibiste el ejemplar de *A Sand County Almanac*? Te lo mandé hará cosa de un mes.

Era su libro favorito. Lo había descubierto en su primer año en la universidad, y desde entonces Aldo Leopold era su escritor preferido, una de las razones por las que había continuado su carrera de biología. Pero Leopold era de Wisconsin, y en ese momento ella no quería pensar en Wisconsin.

—Quizá. No sé, Trevor. Joder. ¿Qué más da?

—¡Vaya! Quizá mi padre tenía razón. —Una larga pausa—. Quizá es verdad que eres una zorra.

Que Trevor la insultara produjo en Rachel cierta satisfacción. Trevor no era muy dado a insultar. Aunque no le hizo mucha gracia que Jonathan, el padre de Trevor, hubiera visto venir aquel desenlace como una tormenta que se acercaba despacio, ni imaginar su sonrisa de satisfacción por haber acertado.

—Que tu padre... ¿qué? —dijo ella, mordiendo el anzuelo.

—Ahora da igual —dijo Trevor—, pero me lo advirtió. Hace cuatro o cinco años ya me dijo que esto acabaría ocurriendo. Lo que me dijo se parecía mucho a esto.

—Nunca le he gustado a tu padre. Ni siquiera sabía mi nombre. Hasta el año pasado, me llamaba «Racquel» o «Rochelle». ¿Cómo crees que me sentía, eh?

—Acabo de decirte que ya da igual, ¿no?

—Así que... espera, ¿vas a alistarte en los Marines? Trevor, es una estupidez.

—No lo creo —dijo él tranquilamente—. He pensado mucho en ello.

—¿Pensado en qué?

—Después del 11 de septiembre —continuó él— me parecía inconcebible no alistarme de voluntario. No podía quedarme al margen. Siempre he querido ser algo más de lo que soy.

—Es rarísimo —murmuró ella—, porque aquí nadie habla del 11 de septiembre. Dicen que si Bush esto, que si Cheney lo otro, y a veces hablan de Halliburton, o del petróleo, claro... pero me parece que no es lo mismo. La gente no está tan conectada.

Sintió una punzada de culpabilidad por su ignorancia sobre lo que estaba ocurriendo en su país, pero lo cierto era que le gustaba no estar indignada con Bush, le gustaba sentirse lejos de las brasas aún calientes del World Trade Center. Ella pensaba en el cielo nocturno, en la llanura infinita de Botsuana, en las dunas arenosas de Namibia y en dormir con Willem en un albergue de allí, en la bandera canadiense que había cosido a su mochila.

—Supongo que no —dijo él.

—¿Ya has firmado los papeles?

—Sí, iré a Fort Benning este verano, cuando termine el curso. —Ay, Trevor.

Lo oía sonándose la nariz en silencio, se lo imaginaba negando con la cabeza.

—No te culpo —le dijo con algún esfuerzo—. Creo que siempre te querré, pero no te culpo por esto.

—Me tengo que ir —dijo ella.

—De acuerdo.

Y Rachel colgó. Sin decirle «buena suerte» ni «sigamos en contacto» ni nada. Por lo que sabía, él se podía morir antes de que ella regresara a Estados Unidos. Aquello le dio que pensar, se dio cuenta de que ahora seguían caminos completamente separados. Su cama estaba llena de sobres, pequeños paquetes. Abrió varios de ellos antes de encontrar el ejemplar de *A Sand County Almanac*. De entre sus páginas cayeron algunas hojas: roble, arce, álamo, fresno, abedul, catalpa, cerezo, almez, nogal, palo fierro...

Seis meses después, vivía en el piso de Willem, pasaba la aspiradora, fregaba los platos y dedicaba la mayor parte del tiempo a esperar a que él volviera del monte, del bar, de algún viaje. Rachel había interrumpido su investigación, no tenía amigos y estaba perdidamente enamorada de Willem.

—¿Por qué no puedo ir contigo? —le preguntó—. ¿Por qué no puedo ir al monte? No me digas que no te sientes solo ahí arriba, en tu tienda. ¿No me echas de menos?

Sus conversaciones se habían vuelto monótonas: ella suplicaba, mientras que él, estoico, distante, a menudo borracho, toleraba sus súplicas hasta que

se le agotaba la paciencia, momento en que se excusaba y se iba a correr, o al garaje a levantar pesas. —La cosa no funciona así —le dijo—. La gente paga miles de dólares por esos safaris, cariño. No puedo llevarte conmigo. Si todos los guías hicieran lo mismo, los campamentos se llenarían de novias y esposas, y de toda clase de lapas. No puede ser.

—¿No podrías conseguirme algún trabajo? —le preguntó—. ¿De cocinera o algo así? ¿Alguna tarea en la oficina? Así podría visitar tus campamentos, incluso trabajaría en mi investigación. Puedo hacer lo que sea. —Trataba de encontrar un asidero—. ¿Tu familia no tiene ninguna influencia? ¿No podrían ayudar...?

—¡No pienses que conoces a mi familia! —le gritó—. Y relájate un poco, ¿vale? No estamos casados. Empezamos esta historia como dos personas con vidas separadas. Yo no te digo lo que tienes que hacer. No te pido que me dejes seguirte a todas partes, como un perrito americano perdido.

—¿Qué has dicho? —saltó ella.

—Me voy a fumar un cigarro —musitó él. Y luego, como para sí—: Coñazo de tía.

—Fuiste tú el que me abordaste, ¡gilipollas! —le gritó a sus espaldas—. Me prometiste rinocerontes y leones y elefantes. ¡Fuiste tú el que me metiste la mano en las bragas!

Willem se volvió para mirarla por encima del hombro, lanzó una bocanada de humo hacia ella, y dijo:

—Ya, bueno... todos nos equivocamos alguna vez, ¿verdad, amor? Así que quizá lo mejor es que te vayas.

—¿Cómo?

—Que te largues. ¿No soy lo bastante claro? Si no te largas, yo mismo echaré a la puta calle todas tus cosas.

Así fue como volvió a su antigua casa, donde sus tres compañeros de piso la trataron como a una desconocida, donde muchas de sus pertenencias habían desaparecido y donde no solo parecía que hubieran dormido en su cama, sino también que hubieran follado en ella.

—No creíamos que fueras a volver —dijo uno de sus compañeros de piso—, así que un colega pasó un par de meses aquí. Luego se dio media

vuelta y se fue a la cocina, donde él y su novia se rieron con complicidad. Y al momento ya se estaban besando.

Se despierta con un sobresalto y mira su reloj. Es casi la una de la madrugada. Debe de haberse quedado dormida. Los dos se habrán quedado dormidos. La WOJB parece encallada en un hipnótico grupo de tambores acompañados de cantos tribales. Se levanta entumecida del sillón, se estira, lleva las dos tazas al fregadero, y allí deja correr el agua del grifo. Se lava la cara y las manos, luego bebe un largo trago de agua fría, muy fría, mientras desde fuera le llega el repiquetear y el croar de las ranas. Mira por el ventanuco de la cocina. Aquí y allá, entre los árboles, aún se ve el destello de algunas luciérnagas.

Antes había muchísimas más, piensa.

Mira el teléfono. A pesar de que hay tan poca cobertura, ahí están, cuatro mensajes seguidos de Thomas:

Estamos haciendo una hoguera.
Otros padres se preguntan dónde
estás...

???

Hola, McFly???

Este último mensaje la hace reír. Cuando Thomas era pequeño, vieron varias veces *Regreso al futuro*. Todavía hoy le gusta recordarle que Steven Spielberg, el genio que produjo esa película, era Águila. David Lynch también lo fue, aunque el nombre todavía no le suena demasiado, por lo visto.

Trabajando en la insignia al mérito
en cocción de metanfetamina.
Hasta mañana. Novio de campamento?

En cierto modo, Thomas tal vez no se equivoque al reprenderla. No parece muy apropiado beber whisky con el jefe de tropa después de medianoche, sin duda; ni la imagen de una mujer soltera dentro de esa cabaña. Y, sin embargo, ¿*qué diablos*? Nelson ha sido como de la familia desde la muerte de Trevor, y sin duda tienen derecho a disfrutar de algunas bebidas de adulto y de un poco de conversación.

El viejo ronca ruidosamente en su sillón. Rachel lo tapa con una manta, y luego, sin apenas pensarlo, le besa la frente y le pasa un dedo por el corto y fino pelo blanco.

—Buenas noches —le dice.

Él sigue roncando.

Encuentra la hierba húmeda de rocío cuando cruza la explanada en dirección al camino que atraviesa el bosque. El campamento está en silencio. Se abraza los hombros, sabe que esos vasos de whisky la perseguirán por la mañana. Al entrar en el bosque, el cielo nocturno desaparece, reducido a los estrechos resquicios que abre y cierra el levísimo balanceo del follaje. Apenas puede distinguir, en la espesura del bosque, la blanca corteza de los álamos, las acrobáticas sombras de los pequeños murciélagos surcando la oscuridad como al impulso de trapecios invisibles.

Está cerca del campamento cuando ve aparecer una figura más adelante, fumando un cigarrillo en la oscuridad, una gota de luz naranja que brilla y palpita, y que se mete entre los helechos cuando ella se acerca.

—¿Hola? —grita, con voz firme y simpática.

La figura no contesta. No importa, piensa; todos estos chicos van con los malditos auriculares. A los cincuenta años, todos sordos.

—¿Hola? —vuelve a gritar.

—Un poco tarde para andar por ahí, ¿no te parece? —Es Bill, el hombre de la cena.

Ella se ríe, aunque siente escalofríos y se le eriza el vello de los brazos y la nuca.

—Usted perdone —dice, con cortesía jovialmente exagerada—. Me parece que no nos hemos presentado en la cena. Me llamo Rachel. —Tiende la mano en la oscuridad.

—Bill —dice él.

Su enorme mano primero no encuentra la de ella, y luego, después de tocarse torpemente con los dedos, su mano se traga la mano de Rachel. Tiene la piel callosa, el brazo peludo. Es como si ella estuviera tocando algún animal de circo gigantesco, y puede olerlo en el aire limpio de la noche: un olor rancio, como un sótano húmedo, o un armario que lleva años sin abrirse. No sabría decir si es su aliento o su cuerpo, pero al instante lamenta no haber pasado de largo. Y él no la suelta; de hecho, sus dedos parecen subir lentamente por su muñeca. Rachel retira la mano.

—Me estaba poniendo al día con el jefe de tropa Doughty —le dice, por lo que ese nombre, esa autoridad, pudiera valer ante este hombre. Si pasara algo, la comisaría de policía más cercana queda lejísimos.

—No pensaba que el viejo tuviera tanta marcha —gruñe Bill. —En fin, buenas noches —dice ella, pasando por alto la grosería.

—¡Eh! —grita él, sin importarle aparentemente la posibilidad de despertar al campamento más cercano.

Ella se vuelve rápidamente.

—Bill, estoy muy cansada, ¿vale? Quiero meterme en la cama. —Solo quería decirte —continúa diciendo Bill— que lamento lo de tu marido. Aunque me parezca que este no es lugar para mujeres, eso no quita...

Se queda anonadada, como si hubiera recibido una pedrada en la frente.

—Gracias —acierta a decir—. Te lo... agradezco. Buenas noches, pues.

Oye su encendedor detrás de ella: el raspado de la rueda, el chasquido del gas, una pequeña luz en la noche, y su cigarrillo ardiendo, la nube de humo flotando hacia ella, y luego sus grandes pies, andando despacio por el sendero de grava, en la otra dirección, y una tos profunda, viscosa.

Al llegar a Arrowhead, avanza a tientas en la oscuridad, entre troncos de árbol, mesas de pícnic, cuerdas de tender improvisadas. La hoguera está completamente apagada, y solo unas cuantas linternas proyectan tenues

manchas de luz a través de las paredes de lona de las cabañas y los gruesos techos de plástico. Tras encontrar su cabaña, echa el pestillo de la puerta y se mete en la cama, menos exhausta que agradecida por haber llegado a su santuario. Tiene la respiración agitada. No duerme nada bien, y luego, demasiado pronto, ya es de día.

Thomas llama a la tela metálica de la puerta de la cabaña. El ruido y la actividad se han adueñado del campamento. Hay niños correteando como perros sueltos, padres gritando órdenes, chapoteo de agua; incluso se oye música.

—Mamá —dice Thomas—, tienes la puerta cerrada.

Con un fuerte martilleo en la cabeza, se levanta de la cama, retira el pestillo y vuelve a echarse en su catre doble.

—¿Tienes resaca, mamá? —le pregunta. Y luego, divertido de verdad, clavándole un dedo en el hombro—: Mamáaaa... ¿tienes una resaca de campeonato? ¿Ayer por la noche estuviste de juerga?

Le da con el dedo en las axilas, la barriga, la nuca. Le entran ganas de matarlo, pero ella tiene la culpa, desde luego. Se sienta en la cama.

—¿Qué quieres? —pregunta, recordando de repente la garrafa de agua que guardó debajo de uno de los catres. Se inclina para llenar una gran taza de hojalata y, echando la cabeza hacia atrás, empieza a dar grandes tragos, como si llevara rato corriendo y hubiera acabado reventada.

—Ayer te estuve buscando —dice Thomas.

—¿Por qué?

—Necesitaba dinero para la cantina —le explica con desenvoltura; ese chico de dieciséis años se parece cada vez más a un hombre joven.

—¿No tienes dinero?

—La cosa es que, si me has arrastrado al campamento, supongo que también puedes financiarlo —responde—. Por cierto, la bandera se iza dentro de diez minutos.

De un brinco, Thomas sale de la cabaña dando un portazo que parece la explosión de una bomba atómica, por las punzadas de dolor que le retumban en las sienas, dentro de su pobre cráneo. Suelta un gemido, luego se recompone y empieza a vestirse. Tendrá que ducharse más tarde; tampoco es que tenga que impresionar a nadie, por otra parte.

Ya no se encarga de tocar diana un corneta de carne y hueso, algún chico que toque la trompeta en la banda del instituto. Hace algunos años el campamento no pudo encontrar a ninguno, y Nelson optó por instalar unas sirenas que además hacen la función de sistema de alarma, y de este modo, mientras Rachel anda a paso ligero por el sendero del bosque en dirección a la explanada, la saluda de repente la grabación exultante de una corneta matutina cuyo eco resuena por los bosques de arces y los ejércitos de robles.

Se queda de pie en el sitio, cierra los ojos, respira hondo. *Qué bien sienta estar aquí* —piensa—. *Qué bien sienta estar aquí con mi hijo. Y ver a Nelson.* De improviso, hace la postura del perro boca abajo, notando pedacitos de corteza, piedras diminutas y barro en las palmas de las manos. Ahí, sola en el bosque, mientras Nelson va soltando los avisos de la mañana con voz cantarina y distante, practica cinco minutos de yoga. Cuando Nelson llama a los chicos para el desayuno, se siente renovada, y se imagina por un momento que está en un lujoso refugio donde ricos alcohólicos, adictos al sexo y a las pastillas pagan dos mil dólares al día para desintoxicarse y todo lo demás.

—Namasté —susurra al bosque.

Sería imposible conservar el escepticismo vital, piensa, desayunando cada mañana aquí con estos chicos. Se siente serena, totalmente relajada, y hay algo muy reconfortante en el simple hecho de estar ahí, delante de la cafetería, oyendo las risas y las conversaciones de los niños. No se oyen teléfonos, alertas de mensajes, solo la charla, que de vez en cuando sube de volumen pero no pasa de ser nunca una alegre algarabía. Entra en el comedor, se sienta frente a los padres del grupo de su hijo.

—Buenos días —saluda, pasando primero una pierna por encima del banco, luego la otra.

—¿Café? —pregunta uno de los padres, y ella asiente, agradecida, mientras le acercan una taza. Los hombres no parecen muy habladores; tiene

la sensación de que quizá estaban hablando de ella, y luego, violentándose un poco, piensa: *Pues claro que estaban hablando de mí.*

Uno de ellos se inclina hacia la mesa y dice:

—Perdone, señorita Quick. Espero no parecerle grosero, pero me preguntaba dónde sirvió su marido. En los Marines, ¿verdad?

Ella sopla su café y asiente, pensativa. No es una pregunta tan extraña, aunque se la hagan así, no con grosería exactamente, aunque quizá sí con cierto descaro.

—En los SEALS —explica—. Estuvo dos veces en Afganistán, y también en otros países. Para serte sincera, no le hacía muchas preguntas, porque no podía contarme nada aunque quisiera. —Dirige una sonrisa forzada a su interrogador—. Desde luego que sentía curiosidad, pero... me alegraba de tenerlo en casa, eso es todo.

—Información confidencial, ¿eh? —dice el hombre.

—Sí. —Presiona con un dedo su anillo de bodas, lo hace girar sobre la carne de su dedo—. Era un militar de élite.

La mesa vuelve a quedarse en silencio. Le pasan una bandeja de tortas, luego un plato de margarina, un poco de sirope Aunt Jemima. Detesta esta cosa falsificada: *sirope de maíz, diabetes en botella*. Suspira. Entre los hombres de su mesa y ante las dos tortas secas de su plato, se permite soñar con un fin de semana de acampada con Thomas en la Península Superior de Michigan, quizá en los montes Porcupine. Se imagina a los dos despertándose por la mañana, friendo tortas en una vieja sartén de hierro; mantequilla de manzana y auténtico sirope de arce, arándanos y beicon. Café lo bastante fuerte para comerse el esmalte de los dientes. Gruesas camisas de franela y la emisora más cercana sonando en la radio del Cherokee. ¿O no es más que el sueño de un momento idílico con el marido que perdió? Tiene que procurar no mezclar sus responsabilidades con Thomas con sus deseos insatisfechos respecto al padre de su hijo. No es culpa del chico que ella se haya quedado viuda.

—Mira —dice el bueno del doctor Platz, rascando la madera rayada de la mesa—, los chicos y yo lo estuvimos hablando ayer por la noche, y solo queremos reiterar que, en fin, que podemos echarle un ojo a Thomas, si prefieres, ya sabes... si te resulta más cómodo volver a casa. Para relajarte y

eso, o para hacer algunas tareas. —Señala toda la mesa—. Este año el grupo tiene un montón de acompañantes, así que tu hijo estará bien vigilado.

—Perdona, me parece que no lo entiendo —dice Rachel, dejando el cuchillo y el tenedor en la mesa.

—Solo que —continúa el doctor—, en fin, que estamos todos de acuerdo en que esto es como un tiempo sagrado para nosotros, entre padres e hijos. Es el único lugar en el que muchos de nosotros podemos escapar de todo, ya me entiendes, estar solos. —¿Escapar? —pregunta Rachel.

El doctor se sube las gafas, sonrío con condescendencia.

—Eso es, como una evasión.

—¿De qué, exactamente? ¿De quién? —Le dan ganas de gritar: *¿Te refieres a las mujeres?*

El doctor se separa un poco de la mesa y cruza los brazos.

—Está bien, también pensamos que tal vez te tomarías esto como una especie de vacaciones, y por eso estaremos encantados de alquilarte una cabaña en Roger's Island. Tengo amigos allí, ¿sabes? Es un lugar muy exclusivo, pero lo haremos con mucho gusto. Vas a estar la mar de bien. Es un lugar tranquilo. Y allí miman a la gente. Sirven una comida excelente. — Se ríe y señala su plato—. Nada que ver con esta porquería.

Los demás hombres de la mesa se ríen, nerviosos y cobardes, cubriéndose con la mano la cara de póquer.

Lo único que se le ocurre decir a Rachel es:

—¡Uau!

El doctor se ríe con efusividad.

—Ya imaginábamos que estar aquí no sería tu primera opción. O sea, ¿qué mujer querría pasar una semana en un campamento de los Boy Scouts, dormir en una sórdida cabaña y pasar el rato con una pandilla de adolescentes apestosos? —Le pone la mano en el hombro y le da varios apretones—. Es lo mínimo que podemos hacer.

Rachel aparta el hombro.

—Me estáis tomando el pelo, ¿verdad?

Él niega con la cabeza.

—No te entiendo.

—¿De verdad queréis que me vaya? ¿No me estáis gastando una broma de mal gusto?

El doctor suelta una risa entre nerviosa y arrogante.

—Bueno, no es que queramos que te vayas, así, por fuerza; es que, en fin, pensábamos que estarías más cómoda en otro lugar. Relajándote y todo eso. En Roger's Island tienen una masajista en plantilla. Y seguramente también habrá manicura. Como decía, pagaremos los gastos con mucho gusto.

—Oh, qué amable. ¿Sabías que trabajo de bióloga de campo para el Departamento de Recursos Naturales? Quizá me guste pasar el tiempo al aire libre.

Se levanta de la mesa sin haber dado ni un solo bocado a las tortas.

—Perdonadme —dice—, creo que es mejor que me vaya a nadar un rato. Para librarme un poco de la rabia que siento ahora mismo.

—Entonces, ¿te hacemos la reserva? —dice el doctor, bastante satisfecho con el curso de la negociación.

Rachel le pone una mano en el hombro con mucha delicadeza y se le acerca al oído.

—Eres un encanto, de verdad —dice—. Pero creo que me quedaré aquí, muchísimas gracias.

Sale del comedor furiosa, andando a toda prisa y con una necesidad imperiosa de dar un portazo a alguna puerta, un buen portazo que deje los goznes destrozados.

Diez años; lleva *diez años* viniendo al campamento Whiteside, y parece que hayan sido más, francamente, por todo lo que le oyó contar a Trevor sobre el campamento desde antes de los veinte años, mucho antes de que se casaran, por no hablar de sus viejos álbumes de fotos, la parafernalia *scout* y todos los recuerdos y equipamiento que se remontaban hasta la infancia del padrastro de Rachel. Ha venido aquí en todas las estaciones. Ha dormido en una tienda con temperaturas bajo cero, cuando la hoguera de su grupo derretía más de medio metro de hielo y nieve, creando un cráter. Ha caminado por el bosque en primavera, cuando, justo después del deshielo, los trilios cubren la tierra con su manto de flores blancas; ha cogido brotes de helecho y colmenillas. Y en otoño se ha quedado despierta hasta muy tarde

para ver la aurora boreal, o ha recogido hojas del suelo con Thomas, para reunir una ristra amarilla o naranja como en las fotografías de la obra de Andy Goldsworthy que vio en un libro de arte ilustrado.

—Capullos —dice en voz alta. Y le sienta bien llamarlos así. Llamarles exactamente lo que son.

El calor de la mañana empieza a disipar la neblina sobre el follaje del bosque. Decide ir a nadar mientras el resto del campamento sigue desayunando. Este es otro de los placeres del campamento, del tiempo que ella pasa aquí: nadar en el agua fresca del lago sin temor a las lanchas ni a las motos acuáticas, a los borrachos a bordo de un pontón ni a los eslálones de los practicantes de esquí acuático.

En la cabaña se pone un bañador azul marino que tiene el efecto invariable de hacerla sentir una «mamá». Incluso su madre y su madrastra, Sarah, todavía llevan biquinis, y las dos se jactan de estar en mejor forma ahora que cuando tenían cuarenta y cinco años. Claro que «¿a quién quiero impresionar?».

Su teléfono vibra ahí donde lo dejó, sobre uno de los colchones vacíos.

Me siento como un padre...

Rachel sonrío.

Y eso?

Nunca te veo. Soy yo el que tengo que vigilarte! No desayunas? Dónde estás?

He ido a nadar. Te apuntas?

Pasan los minutos en la cabaña. Por fin, el teléfono vuelve a vibrar.

Ja. Un chiste muy bueno.

Al llegar a los juncas de la orilla del lago Bass, se estira, dobla la espalda para tocar los guijarros entre los dedos de sus pies, levanta los brazos hacia el cielo azul para acariciar las nubes. Respira hondo, entra en el agua fría andando despacio y, por fin, se zambulle de cabeza.

Después de medio minuto aguantando la respiración y dando brazadas bajo el agua, mucho más fría algunos centímetros por debajo de la superficie, vuelve a salir a unos veinte metros de la orilla. Se quita el agua de los ojos, manteniéndose a flote con las piernas. Sobre la costa se ve una neblina trémula. Oye el ruido de los chicos, cada vez más fuerte, risas. Se sumerge de nuevo y nada hacia una islita a unos quinientos metros lago adentro. Qué alivio siente al hacer pie, a unos diez metros de la isla, y andar hasta la orilla, resbalando de vez en cuando sobre piedras cubiertas de algas o troncos sumergidos, lisos como la esteatita. Por fin se sienta en una gran losa de granito y se escurre el pelo. Ahora el sol ya está muy alto, encima del bosque, la niebla matutina se ha esfumado, y a lo lejos alcanza a ver unos chicos corriendo por el bosque.

Nunca volverá a casarse. ¿Por qué iba a hacerlo? Y tampoco es que desee otro marido; ni, si a eso vamos, un hombre, un amante. Los hombres la aburren, la verdad. Si la lucha de la madre soltera no fuera tan agotadora... ¿No sería agradable, piensa, tener a alguien en quien poder confiar? Que hubiera preparado la cena cuando ella llegase del trabajo. Y que la ayudara a educar a Thomas, para no tener que ser la única mala, la detestada Voz de la Autoridad. Y que la ayudara a pagar los recibos, a sacar la basura, a retirar los ratones muertos del sótano. Alguien a quien llamar por teléfono y decirle: *¿Puedes creerte lo que me han dicho estos capullos? ¡Estamos en el siglo XXI! ¡Solo faltaría que las mujeres no pudieran pisar los campamentos de los Boy Scouts!*

Ha salido tres veces con un compañero de trabajo. Spencer. Es diez años más joven que ella. También es biólogo de campo, y hace veinte años le habría parecido irresistible: metro noventa, caderas estrechas, larga melena

rizada, bronceado permanente (excepto alrededor de los ojos, donde unas gafas de sol sujetas a la sien le mantienen la piel siempre blanca). Tiene los pies larguísimos y lleva sandalias en la oficina; su colonia parece una mezcla de repelente de insectos y savia de pino.

En su primera cita, fueron a remar al río Chippewa. Salieron del centro de Eau Claire, donde el Chippewa y el Eau Claire confluyen cerca del nuevo edificio del Mercado Campesino y el del Mercado del Heno. Al cargar la canoa con una sola mano desde un parking cercano, se le marcaron los músculos del hombro y el bíceps, lo que tal vez fuera su intención: exhibir la mercancía, por decirlo así.

—Puedo ayudarte, ¿sabes? —se ofreció ella.

—Y yo te dejaría —dijo él—, pero alguien tiene que llevar la cesta del pícnic y la nevera.

Ella se rio.

—Si piensas que he traído una cesta de pícnic, estás apañado. No soy esa clase de mujer.

Era un sábado a las ocho de la mañana y el centro de la ciudad estaba lleno de gente que iba al mercado. Rachel acababa de levantarse, con el tiempo justo para llegar a la cita. Valoraba mucho las mañanas de los sábados, las saboreaba; solía quedarse en la cama hasta las diez o las diez y media, y luego se levantaba para preparar café y escuchar la radio pública. Thomas rara vez se levantaba antes del mediodía.

Spencer sonrió.

—Ya me he encargado yo.

—Oh —exclamó.

Remaron durante toda la mañana y la conversación fluyó sin obstáculos. Era agradable hablar con Spencer: sobre el trabajo, Thomas, la vieja casa donde ella vivía y todos sus trabajos de mantenimiento.

—No soy carpintero —dijo él desde la popa—, pero si necesitas una mano, podría pasarme con mi padre. Es bastante mañoso con el martillo.

Ella se volvió.

—¿Debería salir con tu padre, pues?

Él sonrió.

—No sé... la verdad es que sí que eres un poco mayor que yo... Le echó agua con el remo, dejándole la cara y la camisa empapadas.

—¿Es una estratagema para que me quite la camisa?

Ella volvió la vista hacia delante, ocultándole la sonrisa y el rubor que le había producido aquel flirteo.

—No, aún estoy pensando en tu padre y en su martillo.

Pero lo cierto es que la atraía más el tipo de hombre mañoso, práctico, serio. Mucho más que los hombres que dedican tiempo a arreglarse el pelo del cuerpo y cosas así, a esculpir sus abdominales. A los treinta y nueve años, lo que Rachel parecía buscar en los hombres, sobre todo, era que tuvieran interés en la acampada, la radio pública, los libros, capacidad de preparar una jarra de café fuerte, inclinación al silencio y una verdadera preocupación por el bienestar de Thomas. Miró el reloj, y decidió poner a prueba la aptitud de Spencer para el silencio.

El río fluía al lado de la canoa.

Pasaron por debajo del puente de Water Street y del puente de peatones de la Universidad de Wisconsin-Eau Claire, junto al barrio comercial y de bares de Water Street, bajo el puente Clairemont, junto a Shawtown, bajo el puente de la Autopista 94, donde las golondrinas hacían picados y el tráfico bramaba encima de sus cabezas... Por fin salieron de la ciudad. Su compañero de canoa había permanecido en silencio casi media hora.

—*Lycaeides melissa samuelis* —dijo por fin—. Creo.

Señaló con el remo hacia una abertura en el bosque de la orilla, lo que parecía un trozo perdido de pradera.

Se acercaron a la orilla, y ella miró la vegetación entornando los ojos.

—Si no me falla la memoria —empezó a decir—, eso en latín significa «te estás quedando conmigo».

Él se rio.

—No. Estoy seguro de haberla visto, una mariposa Karner azul, ahí arriba, en lo alto de aquella rampa. Un destello azul. —Volvió a señalar con el remo—. Mira... ¡ahí!

Rachel no veía nada. Otro síntoma de la edad. Un mes antes le habían examinado la vista y le habían actualizado la graduación. Incluso había ido al

Walmart a comprarse unas gafas de leer, lo que parecía fijar en su mente la idea de la mortalidad como una realidad concreta.

—No la veo —reconoció—. El sol brilla demasiado.

—O tus ojos son demasiado viejos —bromeó él, echándole una cantidad de agua discreta con el remo.

Rachel dejó escapar un suspiro sonoro.

—¿Ahora chistecitos sobre la edad? Muy sobado todo. Esto es una cita, ¿recuerdas?

—Lo siento —aceptó él la reprimenda, remando en silencio. —No pasa nada. Lo triste es que es verdad. Uf... Con las aves no tiene mucha importancia. Me las apaño con lo que aprendí en clase de ornitología en la universidad. Los cantos. Pero una mariposa...

—Si me permites que te lo diga —dijo Spencer en voz baja—, estás muy bien.

Rachel se volvió.

—Gracias.

Se permitió disfrutar el momento. Se sintió bien. Luego, como cosa de un minuto más tarde, añadió:

—Pensaba que no quedaban muchas de esas mariposas.

—Lo sé —dijo él—. Para serte sincero, estoy alucinando. ¿Te importa si paramos un momento? Me gustaría fotografiar a ese bicho, si lo encontramos.

—Vamos allá —dijo ella, remando hacia delante.

Subieron a gatas un talud muy empinado. Spencer primero, y al llegar arriba le tendió la mano. Un simple gesto, pero la clase de cosa que habría hecho Trevor. Nada condescendiente, nada sexista; tan solo una cortesía algo anticuada, señal de consideración con los demás.

—¿Llevas cámara? —le preguntó a Spencer.

Él le mostró el teléfono y dijo:

—Dios, sí que eres vieja.

Rachel negó con la cabeza.

Deambularon por los pastos y los matorrales en busca del insecto de alas brillantes.

—No pueden quedar muchas mariposas de esas —dijo Rachel, en tono despreocupado, dejando que la bergamota y el algodoncillo le cosquillearan las palmas.

—Es probable —dijo Spencer, encogiéndose de hombros—. Pero sería estupendo que hubiera muchas más.

—¿Crees que quedará algo? —le preguntó—. Pongamos, dentro de cien años o así.

—No sé. Desde luego que quedará algo. La pregunta es: ¿qué? Si te refieres a leones y orangutanes y mariposas Karner azules, seguramente no. Pero creo que no tenemos que preocuparnos por los cuervos, por ejemplo, ni por los ciervos ni los coyotes. —¿Te lo imaginas? —continuó ella—. ¿Ser un niño en un mundo sin elefantes? ¿O sin ballenas? ¿O incluso sin mariposas monarca?

Habían llegado a la linde del pasto, donde una pared de piedra que les llegaba a las rodillas los separaba de un mar de maíz suavemente ondulado. Con el viento, las hojas tiesas, de un lustroso verde oliva, emitían un sonido de lo más agradable.

—Cuando tenía dieciséis años —dijo Spencer, contemplando el maíz—, mis padres nos llevaron de viaje a Alaska. Antes de eso siempre había detestado los viajes familiares. Estaba en la fase de adolescente gruñón. Lo único que quería hacer era ver la tele y jugar con los videojuegos. Pero un día fui a pescar con mi padre, y nunca lo olvidaré: una hembra de grizzly bajó al río con sus dos cachorros, y al principio yo estaba aterrorizado. Nunca he pasado tanto miedo. Pero mi padre me calmó. Era la época de la migración del salmón, y los osos estaban bastante contentos, dóciles. Así que recogimos el sedal y nos quedamos mirando cómo pescaban y jugaban. Y creo... —Se calló de repente.

—¿Qué? —lo espoléó Rachel.

—Es que... ya sé que parecerá cursi, pero al menos para mí es verdad. Fue la primera vez que recuerdo haberme sentido vivo. Esa emoción...

—¿Y por eso te hiciste biólogo?

Él asintió y se volvió hacia ella.

—Y para ligar con nenas.

Ella se rio por la nariz.

—Eso, nenas.

—Bromas aparte —dijo él, levantando los brazos al cielo—, puede que el maíz sea la epidemia que nos mate, pero siempre me ha encantado contemplar los grandes campos de maíz, tan bien cultivados.

—La soja es peor, supongo —convino ella, sin mucho entusiasmo.

—Si plantas un campo de maíz sobre un terreno ondulado, es como un mapa topográfico.

—Desde luego, y por eso también estamos buscando una mariposa —dijo ella—, en lugar de ver cientos de ellas.

—Claro, claro —le dio la razón—. El maíz es el rey.

Volvieron andando al río, y desde lo alto de la cuesta de la orilla, él vio una mariposa azul sobre una de las bordas de la canoa. Se sentaron despacio sin decir palabra, con los pies colgando sobre el borde de la pendiente, para ver cómo aquella criatura, al descansar, plegaba y desplegaba las alas.

Le susurró al oído:

—¿No vas a hacerle una foto?

Él volvió la cabeza, y con los pelos cortos y negros de la barbilla rozó su hombro desnudo y bronceado.

—Preferiría besarte.

Ella miró los destellos de luz que moteaban el río, la simetría de la canoa, la mariposa. Hizo un gesto negativo con la cabeza. —Todavía no —susurró.

Pasaron unos instantes antes de que Spencer se llevara la mano despacio al bolsillo para sacar su teléfono. Movié una piedrecita que fue rodando hasta la orilla y tintineó contra la fibra de vidrio de la canoa, haciendo que la mariposa echara a volar, bamboleándose, hacia la otra orilla.

—Mierda —dijo—. Lo siento. —Batió el aire con las manos, como la mariposa al escapar—. Soy tan... en fin... perdona. Perdóname por... no sé, por todo.

—No hay nada que perdonar —contestó ella, empezando a bajar la pendiente—. Vamos.

Río abajo, él volvió a romper el silencio.

—No sé cómo preguntarte esto.

Ella ya sabía lo que diría. Una de dos.

—No te preocupes —le dijo—. No me importa.

—Pero si todavía no sabes lo que te voy a preguntar. —Se rio. Ella miró el sol con los ojos entornados, notaba el sudor resbalándole por la columna vertebral, en la frente.

—Me parece que sí.

Él volvió a guardar silencio durante un momento.

—Sí —dijo al fin—, supongo que ya lo sabes. Pero tengo curiosidad. ¿Has estado casada alguna vez?

Rachel dejó el remo sobre las rodillas y se volvió hacia él.

—Me he casado tres veces, de hecho —dijo—. Mi primer marido murió con veinticuatro años. Los otros dos maridos fueron... en fin, dos errores garrafales. Digámoslo así. Uno de ellos tenía un problema con el juego. Creía que tenía dotes de adivino cuando se trataba de apostar en el baloncesto universitario. Se fue a Phoenix con todo nuestro dinero. El tercero no era más que un borracho. Y con mal vino. Le gustaba tirar cosas para oír cómo se rompían. Pegaba puñetazos a las paredes y las puertas. Cosas así. Un día que los Packers perdieron un partido de *playoff*, vi cómo cogía todas mis tazas de café y salía a la calle con un bate de béisbol. Luego fue lanzándolas al aire y bateándolas como si fueran pelotas. Cerré la puerta con llave y llamé a la policía antes de que pudiera echar mano a la porcelana de mi abuela.

—¿Cómo murió tu primer marido?

Rachel suspiró profundamente.

—Estaba en Eau Claire, de permiso. Un chico más joven, uno de sus antiguos vecinos, estaba emocionado de que Trevor hubiera vuelto a casa, y se fueron juntos al cine. Era uno de los chicos de su grupo de los Boy Scouts. Fue en 2003.

»Fueron a ver una de las películas de *Matrix*. Un viernes. El cine estaba a reventar, y al principio un poco alborotado. Creo que la gente tenía ganas de ver algo revolucionario, algo incendiario, ya me entiendes. Fue durante los años de Bush, ya sabes. Todo el mundo estaba enfadado, tanto la derecha como la izquierda.

»Por lo visto había un borracho en la fila de atrás de la de ellos, silbando la película, montando una escena. Estaba borracho, hacía como que disparaba a la pantalla, juntando las manos como si fueran pistolas mientras gritaba: Bumbumbum. Había muchas personas asustadas, pero no sabían qué hacer. Ese borracho era muy alto, medía casi dos metros, me parece, con el pelo largo y revuelto. Todo el mundo estaba paralizado. Nadie hacía nada. Al final Trevor se hartó, advirtió al tipo y fue a quejarse a seguridad. Llegaron el director del cine y un policía y sacaron al tipo de la sala. Cuando la película terminó, la gente se puso a aplaudir a Trevor. El chico con el que había ido al cine me contó que una muchedumbre fue a darle la mano.

»En fin, que salieron del cine y casi habían llegado al coche cuando ese chiflado, bueno...

Se tapó la boca, cerró los ojos, respiró hondo.

—Eso... el tipo disparó a Trevor en la cabeza. Lo mató. Delante de ese chico. O sea, allí mismo. De un disparo. —Puso la mano detrás de la cabeza y luego la abrió de golpe, imitando la explosión subsiguiente—. Muerto.

—Caramba, Rachel —empezó a decir Spencer—, lo... lo siento mucho. No... no quería...

Los dos habían dejado de remar. Spencer se echó hacia delante y le puso una mano cálida en el hombro.

—El caso es que —dijo ella, librándose de su apretón leve y sincero— así es como era Trevor. Era un héroe, en el sentido más literal de la palabra. Y detesto esa palabra, la odio... Pero... es lo que era. De verdad. No sé de qué otra forma decirlo. Era justo. Tenía el sentido del deber, de lo que estaba bien y lo que estaba mal en el mundo, y no lo digo en el sentido evangélico de la palabra. Y tampoco quiero decir que su mundo fuera todo blanco y negro. Solo que tenía un código, ¿sabes? Solía hablar de ello, decía que quedaban muy pocas personas que se rigieran por códigos. Era su tema. Siempre estaba leyendo libros sobre samuráis, sobre la cultura japonesa.

El río los conducía al sur y al oeste, hacia el Misisipi, esa gran yugular que atraviesa el país de norte a sur para desembocar en el golfo de México.

—Parece un tipo increíble.

—Lo era.

—Algún día me gustaría ver una foto suya.

—En la última época parecía un oso, llevaba una barba enorme. — Rachel se rio, tocándose la cara—. Esa es otra de las cosas del día que lo mataron. Acababa de afeitarse la barba. Recuerdo que esa mañana entré en el cuarto de baño y encontré todos esos pelos en el lavabo, como el nido de un pájaro loco.

»¿Te lo imaginas? Sirvió como soldado en los lugares más peligrosos del mundo, luchó contra terroristas, se lanzó en paracaídas en zonas de guerra, escaló montañas, anduvo kilómetros cargando con compañeros en la espalda. Y lo matan en el puto parking de un cine de Eau Claire, Wisconsin. Un gilipollas borracho que aquel día había perdido un partido de *softball*. Va y mata a mi marido, a mi guapísimo marido.

En ese instante la canoa chocó con un banco de arena y se quedaron ahí parados, bajo la luz blanca del sol de mediodía. Rachel miró las aguas poco profundas de la orilla, las huellas diminutas de las aves acuáticas, los juncos doblados por el viento.

—¿Y entonces estabas embarazada? —le preguntó Spencer.

Ella asintió.

—Caramba, lo siento —dijo él—. Cuánto lo siento.

Ella apoyó las manos en las bordas, levantó la cabeza para mirar las nubes errantes, algún avión de pasajeros que salía de Wisconsin.

—No pienses que soy una bruja —dijo al fin—. De hecho, no soy una bruja, y lo sé. Pero cuando has querido besarme... Compréndeme: Trevor es mi patrón oro. No hay más. Quizá por eso no funcionaron mis otros matrimonios. ¿Quién sabe? Quizá por eso estoy soltera. Así que supongo que la pregunta es la siguiente: ¿quieres salir con una mujer tan obsesionada como yo, a la que persigue ese fantasma brillante y resplandeciente, ese ideal inalcanzable? Porque la mayor parte del tiempo, la verdad, ni siquiera sé por qué estoy saliendo con alguien; se me olvida. Se me olvida lo que estoy haciendo, lo que busco. ¿Te parece que eso tiene algún sentido?

Spencer sacó primero una pierna de la canoa, después la otra, y, con el agua hasta los tobillos, dijo:

—Entonces, quizá lo mejor que puedo ofrecerte sea mi amistad. Así que te pido perdón por... ya sabes, por querer besarte. Lo siento. —Se le

desplomaron los hombros, como si hubiera pasado un día entero remando y le quedara por delante un largo camino cargando con la canoa.

Rachel salió de la embarcación y la arrastró para sacarla del agua y subirla a la orilla. Estiró el cuerpo y dijo:

—No te disculpes, Spencer. La culpa ha sido del ardor de tus hormonas adolescentes, está claro.

—Eh —dijo él, animándose un poco—, solo me faltan cuatro meses para cumplir los treinta.

Rachel le dio unos golpecitos en el pecho, demorándose un poco en su pectoral izquierdo, abultadísimo, quizá como consecuencia del ejercicio de remo de la mañana.

—Voy a buscar una sombra. ¿Por qué no traes tu cesta de pícnic? Espero que haya una botella de rosado bien fría.

Él se puso pálido, volvió a dejar caer los hombros.

—Cuatro botellas de Leinie's, ¿te apetece cerveza?

—Error de novato —mintió ella, impresionada con el detalle de que hubiera pensado en traer la comida. Le dio un beso rápido en la mejilla.

Cuando vuelve a meterse en el lago, ve alejarse de la orilla un somormujo, una de sus aves favoritas. Parece mirarla antes de zambullirse en el agua y desaparecer; no lo ve volver a salir a la superficie. El lago está calmado y Rachel regresa al campamento nadando despacio, poniéndose de vez en cuando boca arriba para notar la luz del sol en los párpados cerrados. A unos treinta metros de la orilla, deja de nadar y toca con los pies el suelo suave y limoso. Se yergue, se echa el pelo hacia atrás, se ajusta las tiras del bañador y, quitándose el agua de los ojos con la mano, mira hacia delante.

Ve al doctor Platz en la orilla, saludándola con la mano. Está fumando un cigarrillo con aire despreocupado, como un entrenador algo aburrido valorando una competición de natación particularmente deslucida.

—Hola otra vez —grita con energía, sin apartar los ojos de su cuerpo.

Con repentina conciencia de que se le marcan los pezones, Rachel se cubre el pecho con las manos, piensa en la posibilidad de quedarse en el agua o nadar hasta otra parte del lago; pero, en realidad, qué infantil ese impulso

de huir de aquel hombre tan pequeño. Y, sin embargo, ¿qué está haciendo ahí? No le da buena espina.

Su toalla está liada en un arbusto, y él la coge con delicadeza, se acerca a ella y se la da. Ella se envuelve deprisa con la toalla, como si fuera una capa, pasa junto a él y se detiene cerca del sendero, arrepintiéndose de no haber traído nada para vestirse, un espray de autodefensa o un espray antiosos. *Qué tío más asqueroso.*

—¿Cómo estaba el agua? —le pregunta, dejando caer el cigarro y aplastándolo en la tierra húmeda de la orilla—. ¿Todavía un poco fría?

—No —contesta ella—, el agua está bien. —Y luego, antes de volverse para marcharse—: ¿Qué estás haciendo aquí?

Él se encoge de hombros.

—Vi algo que nadaba y era incapaz de adivinar lo que era, así que vine para verlo más de cerca. —Sus ojos parecían buscar su cuerpo—. Mira quién ha resultado ser, ¿eh?

Mirón, piensa ella, y empieza a alejarse en dirección a Arrowhead. No le gusta ese hombre ni una pizca, y su extraña presencia aquí, en esta orilla desierta, la pone nerviosa. Siente una necesidad imperiosa de estar cerca de su hijo, de otros chicos, de Nelson... de cualquiera. Si estaba espiando, y ella está bastante segura de que es así, nada en su lenguaje corporal parece indicar que se avergüence de ello lo más mínimo.

—Quizá estaba equivocado —dice—. No sé. Quizá sí que tengas algo que hacer aquí. Quizá sea una idea estupenda, eso de que hombres y mujeres vayan juntos de acampada. —Sonríe satisfecho, se acerca a ella como reptando.

Despacio, Rachel da marcha atrás hacia el sendero; le hace falta una buena dosis de autocontrol para no echar a correr, pero son adultos, después de todo, y él aún no ha hecho nada grave. Solo las habituales insinuaciones masculinas que una mujer tiene que aguantar continuamente hasta que, con la edad, su cuerpo se vuelve invisible.

—¿No estás casado? —le pregunta, tratando de tomárselo a broma, a pesar de la repugnancia que siente.

—Bueno, aquí estamos. Solos, junto a un lago, en este bosque tan hermoso. Tú no tienes marido... Mi esposa no se enterará nunca. —Sonríe y

canturrea entre dientes, es *Grease*—: *Summer lovin', happened so fast...**

—Compórtate —le dice en un tono no lo bastante violento, en un volumen demasiado bajo. Da marcha atrás sintiéndose muy vulnerable, sin siquiera un teléfono, una navaja, un maldito silbato. —Eres guapísima —le dice, acercándose a ella, casi hasta poder agarrarla por la muñeca, con sus pequeños ojos verdes fijos en ella—. Al principio no me di cuenta, pero vaya si lo eres. Tienes un cuerpo increíble.

—Vete a tomar por el culo —dice, furiosa.

—Vamos, mujer, pero si te lo digo como un cumplido. Aunque, en serio... Caramba. Entiéndeme, ¿qué esperas que diga después de verte en bañador?

—Espero que te comportes como un adulto, que me trates como a los demás padres de este campamento.

—Ah, pero es que tú no eres como los demás padres. Esta es la cosa. Y te estoy tratando como a un adulto.

—Se lo diré a Nelson —dice por fin, con firmeza—. Si das un paso más, te pondré de patitas en la calle. ¿Me oyes?

Eso parece sobresaltar a Platz, como si antes hubiera estado hechizado. Levanta las dos manos.

—Está bien —susurra—, relajémonos un poco, ¿eh? Calmémonos. ¿Por qué no te lo tomas como un cumplido? Está bien, lo reconozco, me pareces muy sexy. Me declaro culpable. Pero, vamos a ver, no he hecho nada, ¿no? ¿Qué he hecho? Que ni siquiera te he tocado. ¿Te he tocado?

—Eres un cerdo asqueroso. Me da pena tu mujer.

Sin bajar las manos, en un ademán despreocupado, como si hubiera ganado incluso cuando pierde, se encoge de hombros. —No soy más que un hombre —dice. Como si eso fuera disculpa suficiente.

Rachel se vuelve y se dirige deprisa hacia su cabaña, temblando de repente, y muy cerca de la náusea.

Dentro de su cabaña, desenrolla los paneles de lona antes de despojarse del bañador, con una dolorosa consciencia de su desnudez. De repente se le ocurre también echar el pestillo, para mayor seguridad. *¿Qué debe hacer? ¿Marcharse? ¿Contárselo a Nelson? ¿Contarle qué? ¿Que Platz es un perverso? ¿De verdad está en peligro? Lo duda.*

Se sobresalta cuando unos golpes fuertes e insistentes hacen vibrar la puerta y rebotar el endeble pestillo, y luego oye la voz de Thomas, bendito sea:

—¿Mamá? ¿Estás ahí?

—Un momento —le dice con voz trémula y manos inquietas. Se viste de prisa, abre la puerta.

—Joder —dice Thomas—. Llevo toda la mañana tratando de enviarte mensajes. Llevo dos días sin verte el pelo.

Rachel se sienta en un catre, se cubre la cara con las manos, intenta recobrar la voz, centrándose en su respiración. Coge el teléfono y luego vuelve a taparse la cara. Sus manos son como colibríes que vibran con la adrenalina, ansiosas por salir volando.

—Mamá, ¿estás bien?

Ella asiente muy decidida, pero miente. No está bien.

Thomas da un paso hacia ella, como si una parte de él quisiera sentarse a su lado, rodearla acaso con un brazo; pero no lo hace, se queda de pie en el umbral, abrazando sus propios hombros con cara de preocupación. *No es más que un adolescente —piensa ella—. No tiene que resolver estos problemas, ni siquiera tiene que ser consciente de ellos.*

Respira hondo, da una palmada y levanta la vista hacia él.

—Lo siento —dice, esforzándose por parecer alegre—. Una mañana extraña, eso es todo.

Thomas duda, toquetea el pestillo.

—¿Estás segura?

—Completamente. Estoy bien, Thomas —dice, imprimiendo a su voz, ahora sí, un tono verdaderamente animado—. Bueno. ¿Qué me cuentas?

—Hummm, iba a las prácticas para la insignia al mérito de tiro y me preguntaba si querías venir a vernos. —Continúa mirándola con auténtica preocupación—. Mamá, ¿de verdad que estás bien?

Ella mueve la cabeza, quiere centrarse.

—Sí, solo que... lo siento. Creo que tengo una bajada de azúcar o algo así. No debería haberme saltado el desayuno esta mañana. En cualquier caso, sí, voy contigo, gracias por preguntar. —Asiente con repentino entusiasmo. *Dame algo que hacer... Alguien de quien preocuparme que no sea Platz...*

—Tendríamos que ir saliendo, mamá, ahora mismo.

—De acuerdo —suspira—. Deja que coja un bolso.

Coge el teléfono, un libro (está relejendo por tercera vez *Al este del Edén*), bronceador, una botella de agua, una gorra de béisbol y una mezcla de frutos secos («las pasas y los cacahuetes de toda la vida»).

Está tan poco acostumbrada a pasear con su hijo que al principio la sorprende que no vaya corriendo delante de ella, o baje la cabeza para mirar su teléfono o su reloj o algún otro artilugio. Que no vaya andando por los márgenes del sendero, manteniendo una zona neutral de diez pasos a su derecha o izquierda. No, aquí está, dando zancadas a su lado, balanceando los largos brazos animadamente. Lleva el uniforme hecho un espanto, todo arrugado y manchado, y no hay forma de quitarle las All Star para que se ponga unas botas o incluso unas sandalias. Tiene el pelo grasiento y flácido, la piel brillante con una cantidad de aceite con la que se podría abrillantar una silla de montar.

—¿Mamá? —le pregunta.

Rachel lo mira.

—Esto... ¿tendré que venir al campamento el año que viene? Quiero decir que, si me esfuerzo durante todo el año y consigo el rango de Águila, o casi, no tendría mucho sentido volver, ¿verdad?

Ella se esfuerza en sonreír.

Su tarea como madre se va reduciendo en ciertos aspectos, aunque sabe que siempre será su madre, la madre de ese adolescente larguirucho que da grandes zancadas a su lado, moviendo la cabeza al compás de un ritmo desconocido, alguna música interior, del todo ajena a ella. Le echa una ojeada, se pregunta qué misterios albergarán su corazón y su cerebro. De qué chicas estará enamorado secretamente. Con qué drogas estará experimentando. Qué libros estará descubriendo. Qué música. En qué universidades estará pensando.

Este ser humano que en gran parte ha criado ella sola, este organismo que un día fue tan pequeño que pesaba menos que una sandía grande. Y cómo cargaba con él a todas partes en aquellos primeros años: a la tienda, en las excursiones, al mercado campesino, a la biblioteca. Él iba a todas partes pegado a su pecho, mirándola a los ojos o mirando el mundo. Qué compenetrados estaban. Más unidos que dos esposos, que dos amantes o dos amigos. Ese niño pequeño que se quedaba dormido en su pecho, que le acariciaba la cara, esos deditos frágiles cerca de sus labios, de sus orejas, agarrándole el pelo. Su vida entera, ese niño.

—Thomas —le dice.

Él la mira.

—¿Qué?

—Estoy orgullosa de ti.

—Mamá...

—No, de verdad. A ver, claro que puedes ser un capullo total, y muchas veces me decepcionas, sí. Con frecuencia, de hecho. Pero... La verdad es que estoy muy orgullosa de ti. —*Eres lo único que tengo en el mundo*, quiere decirle.

—Bueno... ¿Y qué pasa con el campamento, entonces? ¿Tengo que venir el año que viene?

La respuesta sale de sus labios más fácilmente de lo que hubiera creído.

—No —dice—, no tienes que volver. Si no quieres, no.

Las únicas personas del mundo que notarían su ausencia son Nelson y ella, tal vez Jonathan, quien a veces se interesa por los progresos de Thomas en la consecución del rango de Águila. Al mundo, según parece, ya no le importa demasiado si llegas a ser Águila o Principiante. Ahora solo se trata

de cuántos «seguidores» tienes, de la perfección de tus abdominales bronceados con espray; de si has tenido la brillante idea de vender una *start-up* que no ha producido ni un solo producto viable.

Quizá ella tampoco lo echará de menos, con Nelson jubilado e imbéciles como Platz rondando por ahí. No, estará mucho mejor en casa, lo sabe, cuidando el jardín o desconchando la pintura de las paredes, tal vez preparándola para ponerla a la venta. Al fin y al cabo, es una casa para una familia, no para una madre que no tardará en quedarse sola.

—¿Mamá? —pregunta Thomas.

—¿Sí?

—Mira, sé que te parecerá un poco raro y eso, pero ¿sería posible que no volvieras a la cabaña del jefe Doughty? Algunos chicos estuvieron hablando de ello y... ya sé que solo sois amigos, pero...

Rachel deja de andar de repente, confundida por estos chicos, sus padres.

—Thomas —dice—, el señor Doughty tiene setenta años. ¿De verdad crees que el interés que me despierta es de naturaleza romántica?

El chico se encoge de hombros.

—Alguien dijo que te fuiste de su cabaña a eso de las cinco de la mañana. Eso parece una noche de juerga, mamá.

No quiere discutir sobre la hora a la que se fue de la cabaña de Nelson o lo lícito de su visita. Es más fácil asentir, aceptar su petición, como está a punto de hacer, cuando se acuerda de que también son sus vacaciones, su tiempo, su campamento. Ella también quiere este lugar. Quiere a Nelson, y puede que sea el último año que viene aquí. No; no dejará que la traten como a un paria solo por ser mujer. Eso no les pondría las cosas nada fáciles a las madres, las tías y las abuelas que vinieran después de ella.

—No, Thomas. No. Mira, si quiero visitar al señor Doughty, es asunto mío y de él. Somos adultos y resulta que somos viejos amigos. Sé que te cuesta entenderlo, porque eres un adolescente, pero, lo creas o no, los hombres y las mujeres pueden ser amigos sin que se interponga el deseo sexual. —Rachel se da cuenta de que ha ido subiendo el volumen de la voz—. Hasta ahí podíamos llegar...

—Lo siento, mamá —masculla Thomas, y luego la mira—. Pero ¿a que no te haría gracia que yo volviera de casa de una chica a las cinco de la mañana?

En teoría, tiene razón, desde luego. La diferencia es que Thomas no ha tenido nunca ninguna amiga con la que no quisiera retozar, mientras que ella no puede pensar en Nelson desde un punto de vista romántico sin que le dé la risa.

—Te propongo lo siguiente —le dice—. Si le hago otra visita al señor Doughy, volveré al campamento antes de medianoche. Me parece razonable. La mayoría de vosotros todavía no os habréis dormido a esa hora, estaréis mirando vuestros teléfonos o tabletas o lo que sea. —No se para a pensar en lo que puedan mirar en sus teléfonos y tabletas, abstrayéndose del mundo natural.

—De acuerdo —dice él.

El campo de tiro no es mucho más que un pabellón al aire libre con algunas mesas de pícnic y un claro donde los tiradores apuntan a las palomas de arcilla «lanzadas» desde un búnker abierto en el suelo rocoso. Rachel saca su libro y se sienta en un banco, desde donde escucha como quien no quiere la cosa al monitor pasando lista. Luego los chicos de la clase empiezan a hablar sobre la seguridad y el protocolo de las armas. Delante de ellos, sobre la mesa, hay una escopeta, y el instructor (que no llega a los veintiún años de edad) señala la culata, el cañón, el cargador...

Rachel abre el libro, pero sigue distraída por la instrucción; los chicos prestan mucha atención, ninguno de ellos mira su móvil ni hace fotos, todos están en silencio. Una de las razones por las que se fueron a vivir al campo fue la afición de Trevor por las armas de fuego, algo que al principio dejó estupefacta a Rachel, por no decir que la incomodaba bastante. Verlo sentarse a la mesa del comedor en invierno, desmontar una de sus escopetas, limpiar las piezas, o salir con uno de sus fusiles de asalto para practicar el tiro al blanco. Todo aquello era nuevo para ella; su padre nunca había tenido armas, ni siquiera había ido ni una sola vez a cazar, que ella supiese.

Pero nunca le decía nada a Trevor porque, al fin y al cabo, las armas eran sus herramientas. Y cuando estaba de servicio, quería que fuera el mayor experto en armas del mundo, el tirador de mejor puntería.

La invitaba a ir al campo de tiro que había creado en la parte sur de la propiedad, aunque pasó algún tiempo antes de que ella aceptara su oferta. El campo no era más que una pequeña elevación cubierta de zumaque y alejada de la carretera, más allá de la cual no había otra cosa que campos de maíz y algunas áreas boscosas descuidadas; las pocas casas de la zona estaban muy alejadas entre sí, el tráfico era escaso. Trevor se construyó una mesa de tiro con madera contrachapada y tablones sobrantes, y en ella colocaba su munición y las armas que no usara en ese momento. Rachel lo miraba desde el segundo piso de la casa, con tapones en los oídos: ese hombre barbudo a quinientos metros de distancia, que inspiraba el aire frío del otoño, del invierno y de la primavera, rompía botellas de cerveza o hacía estallar la fruta podrida que le daban en las tiendas de comestibles. Al explotar las sandías, quedaba al descubierto la carne rosa del interior, las semillas negras, y los trozos de fruta salían volando y caían en la nieve. Melones, cantalupos, piñas. Veía a Trevor ahí fuera, a veces con un termo de café detrás de él, escupiendo de vez en cuando su tabaco de mascar, aunque casi siempre, como ella sabía, se tragaba los jugos marrones.

La primera piña la colocaba a unos cincuenta metros de distancia. Luego llevaba otra el doble de lejos, y pasaba la mano por el tocón de las hojas antes de volver andando hasta el lugar donde lo esperaba su arma. Cuando le parecía que ya tenía el arma bien apuntada, dejaba una naranja encima de un poste y se alejaba unos ciento cincuenta metros. En aquel dormitorio con tantas corrientes de aire, donde a veces las cortinas se agitaban a su lado incluso con las ventanas bien cerradas, ella contenía la respiración. La naranja estallaba sin falta, manchando la nieve, y a veces un cuervo salía volando de la copa de un pino blanco. El ruido hacía vibrar el vidrio de las ventanas.

Se pasaba horas practicando, parando solo para comer en la cocina, o para ir al cuarto de baño, y siempre la invitaba a ir a disparar con él.

—Mira —le decía—, entiendo que no te sientas cómoda cerca de las armas. Y en cierto modo me parece bien. Desde luego, el mundo sería un

lugar mejor si no hubiese armas.

Se apoyaba en la encimera, y se le marcaban los antebrazos debajo de una camisa de franela arremangada. Le soltó este discurso cinco veces, lo recuerda, sin dejar de mirarla a los ojos en ningún momento, sin alzar el tono de voz ni quitarle al discurso ni un ápice de la seriedad que él creía que merecía.

—Pero no es así —proseguía—. Las armas están por todas partes. Y, en caso de emergencia, hay que saber usarlas.

Durante su discurso, a veces ella se lo quedaba mirando con gesto inexpresivo, otras se limitaba a asentir muy atenta mientras untaba una tostada con mantequilla o mermelada.

—Mira, Rachel, el mundo no está hecho de gente buena y gente mala. El mundo lo componen los que tienen hambre y los que no. Todo es cuestión de energía, o de entropía. Si tienes hambre de comida, también tendrás hambre de Dios. O de política, o de alguna clase de amor. Las personas hambrientas tienen en su interior unos agujeros que no se pueden llenar. Entiéndeme. He visto a personas famélicas que estaban en paz con el mundo. He estado en pueblos donde la gente famélica me dio su cena. No me refiero a la comida, sino a una clase de hambre más profunda, esos agujeros.

»Por lo tanto, si quiero que aprendas a disparar no es para que compartamos un pasatiempo ni porque me parezca divertido, sino porque quiero que estés lista.

Las primeras dos veces que oyó ese discurso, se rio.

—El viejo lema de los Boy Scouts —dijo Rachel con un ligero empujón antes de volver a lo que estuviera haciendo.

—Así es —decía él con tono solemne.

—¿Lista para qué? —le había preguntado Rachel la primera vez.

—Para cualquier cosa.

—No, en serio. ¿Para qué? —insistió.

Él apuntó con el dedo a su barriga, luego la miró a los ojos, sin ninguna expresión en la mirada, y dijo:

—Quien se vea poseído por el hambre, por una idea, por una compulsión, por una perversión, quien necesite una droga, quien llegue a tu puerta en plena noche... no verás ninguna luz en sus ojos. Y así es como lo

sabrás. Es lo que yo miro. No les miro la boca. La gente miente con la boca. Les miro a los ojos. Fue la única vez en toda su relación en que le dio miedo, en que comprendió de repente lo que él entendía sobre el mundo, la política, la guerra. Sobre el mal.

—Imagina que desaparezco —le dijo retirando el dedo—. ¿Qué harías? ¿Qué harías si fueras a la puerta de entrada y te enfrentaras a esa mirada en la oscuridad? Y lo único que te separa de esa oscuridad es una tabla de madera. Una pequeña ventana.

—Me estás asustando de verdad, Trev. —Estaba nerviosa.

Lo decía en serio. Había pasado decenas y decenas de noches solitarias, y era consciente de que en el futuro le esperaban cientos de ellas, tal vez miles. Noches en las que se había despertado asustada por el ruido de la rama de un árbol rascando su tejado de madera, por los faros de un coche entrando en el sendero de su casa, el ruido de un gorrión en el desván.

—¿Estarías lista?

—Déjalo.

—¿Estarías lista, Rachel, para esa clase de hambre? ¿Para esa clase de oscuridad?

Al otro lado de la ventana de la cocina hacía una mañana de noviembre oscura, gris. Los cuervos volaban con sus negras alas sobre los campos de maíz segados.

Aún no sabía que estaba embarazada.

—¡Déjalo ya! —dijo—. ¿De acuerdo? ¡No... no sigas!

Él se dirigió a la puerta del porche trasero, se quedó ahí un momento mirando sus botas. No estaba enfadado ni alterado. Lo que había dicho, ella se daba cuenta, era algo en lo que había pensado durante horas, quizá días, y no solo allí, en la casa donde vivían, en la cama donde dormían, o cuando los dos andaban por los caminos de grava cogidos de la mano, sino también en el campo, con sus camaradas o sin ellos, andando por las cumbres de las montañas o por barrancos empinados, entrando en un poblado tras otro, en un edificio tras otro, en busca de la misma oscuridad, de esa hambre espantosa.

Entonces la miró, y ella lo miró a los ojos, y podrían haberse quedado así minutos enteros. Ella no estaba segura. No había felicidad en sus ojos, pero tampoco estaban llenos de oscuridad. Eran un pozo profundo de tristeza;

eso es lo que ella pensaría más tarde, mucho después de su funeral. Y que su tristeza era el conocimiento de esa ausencia de luz, esa hambre, tan opuesta al optimismo y la bondad del Trevor que ella había conocido, tan ajena a las cartas que le mandó aquel adolescente del que se había enamorado tantos años atrás.

—El mundo está lleno de hombres malos —le dijo por fin—, pero si estás preparada, si eres fuerte, nunca te sorprenderán con la guardia baja, y no te asustarás. Y cuando vengan a tu puerta en plena noche y los recibas con toda la luz, con toda la fuerza que hay en tu interior, serán ellos los que se irán corriendo a refugiarse en las sombras. Yo lo he visto.

»Tienes que convertir tu luz en fuego —dijo.

Rachel estaba temblando.

—Lo siento, Trevor. Siento lo que has visto. Siento lo que has tenido que hacer.

—No lo sientas —le dijo él con tono amable—. Si quieres ser considerada conmigo, piensa que cuando te hablo de estas cosas, de estar preparada, lo hago porque te quiero más que nada en el mundo. Y sé que eres dura. Pero me preocupo. Me preocupo por si no vuelvo y...

—¡No digas eso, por favor! —dijo Rachel—. ¡No lo digas!

—Lo siento.

Trevor se arrodilló para atarse los cordones de las botas y ella pasó junto a él para ir al vestíbulo. Cogió sus botas de goma, una cazadora, un gorro de lana, y luego fue a la puerta trasera y bajó la vista hacia él.

—¿Qué? —preguntó Trevor.

—Está bien —dijo—. Enséñame a disparar.

Se convirtió en una de las cosas que más les gustaba hacer, algo que compartían las mañanas de sábado o domingo. Salían y se dirigían a los pastos del sur mientras el terreno se deslizaba bajo sus pies conduciéndolos suavemente colina abajo. De vez en cuando asustaban a un faisán o a un urogallo, a un grupo de palomas. Trevor llevaba una escopeta con la mano derecha y una mochila con munición en el mismo hombro, y Rachel cargaba con otra mochila con los termos de café caliente y cuatro bocadillos pequeños

de beicon, a veces también un plátano o una tableta de chocolate. Cuando él estaba en casa, las cosas siempre eran así, siempre iban de la mano.

—Tanta historia con la segunda enmienda, los fusiles de asalto, los cargadores de alta capacidad —dijo Trevor formando una nubecilla en el aire de la mañana—, chorradas, nada más. Una pandilla de ignorantes que juegan a soldados y se hacen los duros. Una milicia no tiene nada que hacer contra un ataque con drones o con misiles o contra una unidad de Fuerzas Especiales. Pero sí que te digo que no hay nada que supere a una escopeta de doble cañón de las de toda la vida. Con el calibre del 12 no queda en pie ni el tío más duro. Te lo aseguro.

Ella asintió, le sonrió.

—¿En qué momento exacto te convertiste en... ya sabes, en un tipo tan chungo?

Él se encogió de hombros, le dio un sorbo al café.

—Cuando me rompiste el corazón, probablemente.

Rachel le dio un cachete en el culo.

—Siempre decías que te alistaste por el 11 de septiembre. Imbécil.

—Bueno, sí. Aunque cuando estabas en África y empecé a entender lo que estaba pasando, que quizá ya no estabas enamorada de mí, fue como... no sé, como si se me cayera el mundo encima. Todos los colores del arcoíris se destiñeron. No sabía qué hacer con mi vida. Y tampoco es que con mi *cum laude* en inglés se me abrieran muchas puertas.

—Lo siento —dijo Rachel, frotándole la espalda, acercándolo a ella, abrazándolo, sintiendo la barba incipiente de su mentón en su cráneo, a través del pelo. El aire húmedo de la mañana, una insinuación de humo de leña, el intenso aroma de las hierbas campestres.

—No me vino mal. Antes era un pánfilo rematado, seguro. Un niño pequeño.

—Eras dulce. Siempre me lo pareciste. Echo de menos esas cartas que me escribías.

—¿Cómo es posible que pudieras volverte a enamorar de mí? ¿Cómo se hace eso? —Trevor la apartó en broma—. Quizá eres una impostora. Una farsante. Una espía. Un puto topo de los talibanes.

—No lo sé —respondió ella, aunque guardaba algunos recuerdos de esa época: cuando lo visitó en Fort Bragg, en Carolina del Norte, después de conducir más de dieciocho horas seguidas, y cuando se encontraron luego en el Holiday Inn, le tocó la cara, que parecía cincelada, el redescubrimiento de su cuerpo, incluso esos espantosos callos amarillentos de sus pies, las palmas de sus manos. Recuerda aquella cama de hotel, cómo se lo folló, cómo sintió que se corría dentro de ella, la liberación de años de ira y afecto, pérdida y amor, cómo lo rodeó con las piernas juntando los pies a su espalda, cerrando los ojos y doblando todo su cuerpo contra él.

Y luego el desayuno al día siguiente, la lluvia barriendo el aparcamiento mientras iban corriendo al Perkins. Cómo se apretujaron en uno de los bancos de un compartimento, el cuero artificial que se combó con negligencia, Trevor apilando inestables montones de envases de gelatina y mermelada, haciendo torres con los pequeños recipientes de plástico de la crema, unas torres temblorosas que se acababan derrumbando siempre. Bebieron una taza tras otra de café barato y caliente, devoraron platos de tortas y salchichas y huevos revueltos, y después, cuando por fin paró de llover, volvieron al hotel y durmieron juntos la siesta en la habitación oscura y aireada, aunque todavía se detectaba un rastro de olor a sexo en aquel pequeño cuarto.

Antes de cenar volvieron a hacer el amor, y luego, mientras se cepillaba el pelo sentada en el borde de la cama, le preguntó: —¿Saliste con alguna otra chica cuando, ya sabes, cuando no estábamos juntos?

Él se rio mientras se lavaba los dientes apoyado en una pared. — ¿Cómo? ¿Es que ahora volvemos a estar juntos?

Rachel arrugó la nariz sin querer.

—Tal vez quisiera reconsiderar nuestra situación.

Él asintió sin dejar de cepillarse los dientes, estiró una pierna. —Eso quieres.

—Tal vez.

—Pero ahora soy un agente libre. Tengo una mujer en cada puerto de aquí a Kabul. ¿Por qué iba a querer comprometerme con la única persona del mundo capaz de destrozarme, eh?

Ella dejó el peine a un lado.

—En primer lugar, espero de verdad que no tengas una mujer en cada puerto de aquí a Kabul, porque acabamos de hacer el amor como unas quince veces. —Soltó una risa nerviosa y luego, tras una breve pausa, añadió—: Lo siento. Me equivoqué, ¿de acuerdo? —Se estremeció solo de pensar en Willem. *Vaya imbécil*. —Lo siento, Trev. No sé qué más puedo decir.

Él escupe en el lavabo, se lava la cara, vuelve a apoyarse en la pared, cruza los brazos con una diminuta toalla de hotel atada alrededor de la estrecha cintura, las esbeltas caderas.

—En serio, Rach. ¿Cómo voy a volver a confiar en ti?

De repente ella lo quiere con desesperación.

—No lo sé, la verdad. Quizá es demasiado tarde. Quizá nunca pueda arreglarlo. —Sus manos revolotean en el aire y se desploma en la cama.

—No hice nada mal —dice él—. Nunca te maltraté ni te engañé. Estoy seguro de que te agobié, y seguro que mi forma de expresarme parecería infantil. Pero era incapaz de hacerte daño.

—Lo sé.

—Y tú... tú me jodiste bien jodido, Rachel. —La fría risita que soltó entonces, mientras negaba con la cabeza, le rompió el corazón.

Ella asintió, limpiándose la nariz con el dorso de la mano.

—Y ahora —dijo él, moviendo la cabeza despacio—, ahora tengo compromisos. No puedo dejar el ejército. A mis hermanos. Y, francamente, no quiero dejarlo. Me gusta lo que hago. Así que, si estamos juntos, eso significa que vamos a estar separados la mayor parte del tiempo, ¿de acuerdo? O sea, ¿eso no será un problema? ¿O vas a volver a pegármela? Porque no puedo estar liado mientras pienso que estarás con otro tipo, ni aguantar que me llames por teléfono o me escribas correos electrónicos diciéndome que estás muy triste mientras trato de concentrarme en una misión. Tengo algunos amigos que pasan por esto, los que están casados, y es muy duro. Para serte sincero, no me parece que sea sostenible. Para serte totalmente sincero, creo que eso puede haberles costado la vida a alguno de ellos.

Esta nueva realidad, este nuevo Trevor le rompía todos los esquemas, era surrealista.

—¿En serio?

—Sí, en serio.

—Me gustaría intentarlo —dijo con dulzura, mirándolo fijamente—. Quiero intentarlo.

—¿Intentarlo? Eso no es suficiente. Hace falta un compromiso. —De acuerdo, lo entiendo.

—¿Por qué? ¿Por qué ahora?

—Porque te quiero, siempre te he querido.

—Cuando estabas en África no, eso seguro.

—A la mierda África, ¿vale? Me equivoqué. Lo siento. ¿O es que tú nunca te equivocas? ¿Siempre tienes tanta confianza?

Él se quedó mirándose los pies.

—No. He cometido errores.

—¿Como cuál?

Él suspiró.

—No quiero contártelo.

—Tienes que hacerlo. Si no, no voy a creerte. Seguirás siendo este horrible prototipo de ética y bondad. Seguirás siendo intocable.

—Muy bien —le dijo—. Siéntate.

Ella le sonrió desde la cama.

—Bien —continuó—. Quizá yo también debería sentarme. Tengo que recordarlo todo. —Se frotó la frente.

Un hombre vestido de agente de policía afgano entró en el cuartel, lo que, aun siendo inusual, no debía excluirse del reino de lo posible, y fue Otter, el más joven de todos, que solía estar enchufado a su videoconsola o escuchando metal, entregadísimo, a un volumen tremendo, quien lo interceptó en la puerta y salió volando, irreconocible ya como ser humano, convertido en una materia caliente, húmeda, roja, en una metralla de carne, sangre y huesos que quedó esparcida por los catres y las caras de todos ellos. No pasó un solo día en el resto de su vida en que Trevor no se acordara con repulsión y horror de ese momento, de la sangre en su cara, de su amigo. Después de aquello le costó hasta mirarse al espejo.

El terrorista, Trevor nunca lo olvidaría, tenía exactamente la misma expresión que un defensa de fútbol americano a punto de placar a un receptor confiado que le mostraba las costillas estiradas y totalmente desprotegidas. Tenía los ojos muy abiertos, y en ellos había furia y un extraño júbilo. Sin duda lo estaban esperando en el paraíso una cantidad absurda de vírgenes, una esperanza ridícula a ojos de los miembros de mayor edad de la unidad de Trevor, para quienes las vírgenes eran unas tías aburridísimas que distaban mucho de ser la compañía ideal con la que pasar la eternidad. Los hombres casados de la unidad decían que el Valhala lo habitarían madres solteras que superasen los treinta o los cuarenta, con toda la experiencia del mundo y muchas noches yermas y solitarias en las que planear su siguiente incursión. Eso sí que sería el paraíso.

Como Otter detuvo al intruso impidiéndole llegar al centro de la habitación, donde la unidad entera habría formado una melé encima del atacante, la bomba detonó en la entrada y sus efectos fueron limitados. De ese modo, aquel día solo hubo dos muertes, en lugar de diez o veinte, o más. Esa es más o menos la definición de la Medalla al Honor del Congreso, pero la prometida de Otter estaba demasiado nerviosa para aceptarla en su nombre. Tampoco se podía confiar para esa ceremonia en sus padres, demasiado

furiosos con el gobierno, con Halliburton, con los saudíes, con Dios. El supuesto honor recayó en el hermano menor de Otter, un chico de trece años llamado Mickey, nombre que le habían puesto en homenaje al ídolo de infancia de su padre, el bateador Mickey Mantle, quien durante la pretemporada de primavera solía pescar en la costa de Florida, doblando al sol aquellos enormes antebrazos cubiertos de pelo rubio que tantos *home runs* anotaron.

Otter tenía que casarse al mes siguiente, durante el permiso, con una chica de Florida de la que siempre hablaba, una preciosidad de veinte años llamada Brittany. Decía que el pelo le olía a mandarina, y la piel a fresa y vainilla. Decía que le gustaba broncearse en Tallahassee; que, echada sobre un colchón, en la parte trasera de la furgoneta de Otter, se pegaba una pequeña calcomanía de Playboy justo encima del hueso pélvico y se la quitaba al terminar de tomar el sol. Le gustaba besarla allí. Decía que le recordaba al sol poniéndose en el océano, ese beso estelar de la luz y el infinito azul del mar; la piel que le olía a Hawaiian Tropic y el triángulo de la parte de abajo del biquini. Ese era el alcance de la poética de Otter.

La mayoría de ellos ya tenía billete para ir a la boda que se celebraría en Florida, y después de enterrarlo en el cementerio asistieron a una especie de celebración. La «recepción» tuvo lugar en el patio del complejo de apartamentos de Brittany, un rectángulo ligeramente claustrofóbico con unas cuantas barbacoas oxidadas, una pequeña piscina climatizada por lo menos a cuarenta grados y una palmera roñosa a la que apenas se oía susurrar en aquel aire cerrado y húmedo. Brittany llevaba el vestido de boda, chancletas rosas, la cara llena de maquillaje brillante, el pelo levantado con mil agujas y dos botes de espray fijador. Vestidos con sus uniformes de gala, los chicos bebían Bud Light en vasos de plástico rojos, tenían el labio inferior abultado por grandes bolas de tabaco de mascar, se balanceaban displicentes sobre sus zapatos de vestir y se iban emborrachando rápidamente en aquel aire casi tropical. No estuvieron presentes ni los familiares de Brittany ni los de Otter; a todos ellos aquella celebración les pareció «morbosa, macabra y trágica». Quizá tuvieran razón, pero, por otro lado, ellos se habían jugado la vida en Afganistán.

El «catering» consistía en Pizza Hut en abundancia, cerveza fría, vino con refresco y ocho botellas de Jack Daniel's. A nadie parecía importarle; al fin y al cabo, aquello no era una boda, sino el funeral de un hermano. No había pinchadiscos ni banda de música. Había una docena de amigas y primas de Brittany, y alguien enchufó un iPod a unos altavoces desproporcionados. La comida estaba expuesta en una mesa plegable de la que todos se iban sirviendo en plan bufet. Trevor había sido el mejor amigo de Otter, al menos dentro de su unidad, aunque solo fuera porque eran los más jóvenes. Otter siempre le daba la tabarra con los Gators de Florida y Trevor ponía los ojos en blanco y trataba de leer un libro.

Brittany no se despegó de Trevor en toda la noche, rozándole los codos o moviendo el pelo para rozarle la barbilla o las orejas. Lo fue informando con regularidad sobre su embriaguez, y le susurraba: «Qué triste estoy. Estoy hecha polvo».

Entonces empezó a sonar Outkast y las chicas comenzaron a bailar restregándose contra los hombres y los hombres miraron a su alrededor en busca de alguna señal de autoridad, desesperados por quitarse los trajes, y unas cuantas chicas saltaron a la piscina y al salir del agua parecían sirenas con esos vestidos de playa y de cóctel pegados a la piel morena de Florida, esos pezones que eran la cosa más bonita que aquellos hombres habían visto en meses. Los hombres casados no apartaban los ojos de aquel espectáculo y sus mujeres les propinaban unos codazos cada vez menos amistosos, y al momento se estaba besando todo el mundo, lenguas con lenguas con sabor a Bartles & Jaymes, Bud Light y lima, whisky de Tennessee.

Brittany se acercó a Trevor y le dijo:

—Estaré en mi apartamento. Dejaré la puerta abierta. —Luego le dio algo muy suave y él pensó que se trataba de un pañuelo de seda, pero al fijarse en su mano se dio cuenta de que era su ropa interior, de un blanco resplandeciente, de encaje, suave... —Joder —murmuró, rascándose la cara.

—Ya sabes —dijo uno de los hombres mayores de su unidad, Barnes, casado y con cinco hijos pequeños—, solo nos arrepentimos de las cosas que no hacemos. Y con «cosas» me refiero a mujeres. —Puso la mano en el hombro de Trevor y apoyó en él todo su peso, abriendo mucho los ojos, con una seriedad y sobriedad exageradas, como si hablara con un policía.

—¿De verdad? ¿En eso se resume tu sabiduría paternal? —preguntó Trevor—. ¿Tú no tendrías escrúpulos?

—Todo forma parte del duelo —terció Chowda—. Quiere olvidar su tristeza —aclaró con esa sabiduría de la calle impecablemente bostoniana—. Le harás un gran favor a Otter. Créeme. —Esbozó una sonrisa amplia y mellada.

—Si no vas tú, fijo que voy yo —dijo Wiggins—. Venga, tío.

El apartamento estaba oscuro, iluminado tenuemente con velas, las cortinas corridas apenas amortiguaban la música que resonaba en el exterior. Una televisión, una videoconsola, una caja para guardar videojuegos, una mesa de juego que habría comprado en el Walmart, dos sillas, un sofá de cuero sintético blanco con un cubresofá de piel de tigre falsa. Una pequeña cocina: microondas, unas cuantas sartenes baratas, un rollo de papel. Se abrió paso despacio entre ese olor a perfume dulce y fijador de pelo.

—¿Brittany?

—Estoy aquí —dijo con voz baja y ronca.

Entró con cautela en su dormitorio, el de ellos dos. Todavía llevaba su vestido de boda, aunque con los tirantes caídos sobre los hombros. La luz de las velas ponía unas sombras dulces y misteriosas en sus clavículas, su garganta, sus pechos. Sombras hermosas. Se quedó sin aliento. No estaba con una mujer desde que Rachel se había ido a Botsuana. Es verdad que había tenido algunos escarceos inocentes, ciertos magreos a la salida de un bar. Pero todos esos episodios terminaban siempre igual: acompañando a la chica a su casa, o a un taxi, o aguantándole el pelo mientras ella vomitaba en el retrete de su casa. Pero ahora había dos puertas detrás de él, y notó que se le encogía el corazón, se le encendía la cara, la sangre se le desbocaba en las venas.

Ella abrió las piernas levantándose un poco el vestido, y él casi sintió un vahído. Hacía mucho calor en el apartamento y aquel uniforme lo asfixiaba.

Empezó a desabotonarse, con dedos cada vez más seguros. Enseguida estuvo desnudo delante de ella, a los pies de la cama. Se dio cuenta de que se

estaba cubriendo la entrepierna con las manos, como si estuviera en la barrera de una falta.

A ella le dio la risa.

—Eres muy guapa —dijo él.

—Ven aquí —dijo ella.

—Estoy nervioso.

—No lo estés.

—Siento lo de...

Brittany lo abofeteó con suavidad.

—No —dijo con severidad—. ¡No!

Y luego se besaron, los brazos de él llenos de los volantes, los pliegues y el tejido delicado de su vestido, de aquella prenda que no le quitó del todo. Ella lo rodeó con las piernas mientras la unidad de Trevor tarareaba a coro una canción que parecía de Bon Jovi, y de vez en cuando se oía el estrépito de alguien que se tiraba de bomba en la piscina. *Take my hand, we'll make it I swear...* *

—Vaya, vaya —dijo Rachel—, así que ya tuviste una noche de bodas.

Él reprimió la risa, se frotó la nariz.

—Supongo. Algo así.

—¿Fue la única vez?

Él negó con la cabeza.

—No, se podría decir que estuvimos saliendo unos cuantos meses. Está un poco loca, al parecer.

—¿Al parecer?

—Sí.

—Hmmm. Así que te follaste a la mujer de tu difunto amigo; este es tu pecado mortal, ¿eh?

—No estaban casados.

—Cierto.

—Pero, en resumen, sí.

—Es bastante feo.

—Lo sé.

—Así que entonces hay una posibilidad de que no seas el portavoz de la decencia cósmica, una especie de Caballero de la Mesa Redonda. Puede que seas más o menos humano.

—No estoy orgulloso de... lo que hice esa noche, no. Pero con el tiempo llegamos a ser algo más que eso. Sin duda estaba loca, pero también era buena gente. La verdad es que todavía pienso en ella. Quizá no te apetezca saberlo, pero es así. Cuando volvía de permiso, paseábamos en coche por el pueblo de Otter, por Apalachicola, al oeste de Florida. Los padres de él nunca supieron que Brittany y yo estábamos juntos. O quizá no les importaba, no lo sé. Recuerdo que me invitaron a su dormitorio, ya te imaginas, el dormitorio de su infancia. Y resultó que también era *scout*, Águila, de hecho. Otter nunca hablaba de eso. Hablaba mucho de fútbol americano, pero nunca dijo nada sobre los Boy Scouts.

»Pero entonces me acordé de que por la noche, acostados en nuestros catres, muchas veces hacíamos competiciones para ver quién hacía los nudos más raros. El nudo de cornamusa. El nudo de bolina. El nudo de margarita. El nudo de ocho. Y el cabronazo también se los sabía casi todos. Luego el juego consistía en ver quién era capaz de hacer más rápido tal o cual nudo...

»Era un atontado, ¿sabes? Y pienso en eso. En que, en realidad, no era más que un crío. Un puto crío. Con toda la vida por delante. A punto de casarse. Y lo que más le gustaba era jugar a videojuegos y hablar de fútbol americano. O hacer esas estúpidas imitaciones de Steve Spurrier o de algún otro jugador. Entonces se calló. Rachel esperó a que continuara, pero él se limitó a lanzar un largo y triste suspiro.

—Lo siento —murmuró Rachel. Le cogió la mano.

—Me preguntabas si había hecho algo mal, si alguna vez me había acostado con otra. —La miró a los ojos—. La verdad es que no me arrepiento de haberme acostado con Brittany. La considero una amiga. Quizá hasta me enamoré de ella. Porque, para serte sincero, ella siempre estaba allí, ¿sabes? Cuando yo necesitaba a alguien. Parecía entender mi situación. Casi todo. Incluso el haber perdido a mi colega. A mi amigo.

Hay cinco estaciones de disparo dispuestas delante del búnker, y detrás de las estaciones hay una silla elevada donde se sienta el supervisor, como un juez, y va anotando las puntuaciones. Cada *scout* dispara a veinticinco palomas de arcilla. En sus estrechas cinturas los chicos llevan cartucheras para guardar la munición gastada y la cargada.

—¿Lanzador preparado? —grita el supervisor—. ¿Tiradores preparados? Muy bien, primera tanda.

Un supervisor auxiliar escondido en el búnker activa la máquina de lanzamiento y una paloma de arcilla sale volando delante de los tiradores antes de caer entre las hierbas a unos cincuenta metros de distancia. El chico del extremo de la izquierda se coloca el rifle contra la axila sudorosa y grita:

—¡Tira!

Una paloma de arcilla se eleva con una corriente de aire caliente, y el disparo del chico la volatiliza.

Rachel levanta la vista del libro, consciente de que aun con los tapones en los oídos va a ser imposible concentrarse en la lectura. Así que se sienta en la sombra y los mira disparar. Trevor habría sido un entrenador o supervisor de primera, piensa. Siempre fue muy paciente con ella cuando le enseñaba a usar un arma, usaba un tono de voz algo más suave, más grave, y cuando tenía que acercarse a ella para mostrarle cómo seguir la trayectoria de un blanco con su escopeta, con el cañón, nunca se ponía tonto, nunca hacía la niñería de pegarse contra su cuerpo, y cuando era ella quien le arrimaba las caderas o el culo, él decía: «Rachel, por favor. Que esto es serio».

Así pues, cuando Thomas acierta sobre veinte de veinticinco palomas de arcilla y se vuelve sonriéndole porque es sin duda uno de los mejores tiradores de su grupo, y quizá de todo el campamento, ella le responde con un gesto y una sonrisa alegres. Porque con tanto disparo, tanta paloma de arcilla estallando, tanto muchacho, de repente siente el temor de que su hijo deje los

estudios y, siguiendo el fantasma de su padre, se alistó en el ejército para combatir alguna derivación del mismo enemigo que combatió Trevor.

Mira debajo de la mesa de pícnic. Una oruga se desliza tenazmente por el cemento resquebrajado y las manchas de chicle reseco.

Veinte años —piensa—, y seguimos luchando contra la misma gente en los mismos países. Veinte años.

Saber que una persona es un posible enemigo a veces es más eficaz que alejarse de ella, y eso es exactamente lo que Rachel siente sobre Platz. *Mantente cerca de tus amigos, y más cerca aún de tus enemigos.* Mientras pueda verlo, o verlo venir, se siente segura. Por desgracia, eso ha significado tener que dejar de nadar hasta la isla al amanecer, pero lo ha compensado apuntándose a la natación de la mañana y la tarde; y aunque es triste ver que la mayoría de los chicos da la espalda a un lago norteño tan prístino como aquel para jugar a videojuegos en cabañas que apestan a pies, comida basura e incienso de pachulí, se alegra de que la dejen prácticamente sola, con la excepción de las miradas lascivas aunque inofensivas que le lanzan los jóvenes socorristas desde detrás de sus Ray-Ban de imitación.

En las comidas se sienta al lado de Nelson, lo que es una delicia. Nunca se había dado cuenta del tiempo que les dedicaba, aposta, a los chicos cuyos padres estaban en proceso de divorcio, o a los hijos de familias con pocos recursos. Uno de los supervisores le dijo que Nelson tenía la costumbre de regalar a esos chicos manuales del Boy Scout nuevos, y no era extraño que al abrir su libro esos chicos encontrarán un billete de cincuenta dólares y algún cromó de béisbol antiguo, bien protegido con dos láminas de plástico.

—Lo de los cromos de béisbol es nuevo —le dijo el supervisor a Rachel—, pero supongo que lleva siglos regalando libros y dinero. He oído contar que a veces va a Rice Lake para comprar mochilas, material escolar, ropa o incluso zapatos.

—La verdad es que no me sorprende —dijo Rachel, sintiendo una oleada de calor en el pecho.

—Para serte sincero —continuó el supervisor—, a todos nos extrañó un poco lo de los cromos de béisbol. Sobre todo al principio. Muchos niños no sabían lo que eran. Algunos hasta los tiraron a la basura, o a las hogueras. — Se acercó a Rachel—. Pero no se lo digas al jefe Doughty, por favor. Le partiría el corazón.

—No se lo diré —le aseguró.

—Pero entonces algún chico buscó en su ordenador o donde fuera el cromó que le había dado Doughty, y resultó que aquel cromó valía unos ciento cincuenta dólares, o más. Creemos que lo que quiere es darnos una especie de inversión. O tal vez quiera que empecemos a coleccionar cromos. Nadie lo sabe a ciencia cierta, porque el señor Doughty nunca habla de sus regalos. Los chicos encuentran paquetes delante de la cabaña. Suelen ser los niños que se portan mejor. O alguno del que han abusado. Por lo visto, no soporta los abusos.

Rachel mira al supervisor.

—Es raro, ¿verdad? —continúa el chico—. Un hombre como el jefe de tropa Doughty, un héroe de guerra. He oído contar que de él también abusaron, aunque cuesta imaginarlo, ¿no?

Rachel asiente.

—Todos hemos sido niños pequeños.

Durante tres noches seguidas ha vuelto al campamento después de la cena, se ha metido en su saco de dormir y, a la luz de un farol, ha leído la mar de contenta *Al este del Edén* mientras fuera de su pequeña cabaña quemaba una pequeña hoguera y se oía a hombres reír en voz baja, sentados en corro. Y cada noche, al entrar en su cabaña, ha tenido cuidado de cerrar el pestillo de la puerta, para poder quedarse dormida sin miedo a que Platz se cuele sigilosamente mientras ella sueña.

Ahora ya podría volver a casa. Hubiera vuelto desde aquella caminata con Thomas, quizá desde la primera noche en el campamento, cuando Nelson le dijo que se iba a jubilar. Tiene la sensación de estar asistiendo al final agri dulce de una época, y no le apetece quedarse llorando en la orilla de esos lagos que tanto ha querido. No, cuando la semana esté terminando, dará un buen paseo por el campamento deteniéndose en cada edificio, se comprará una Coca-Cola en la cantina y, cuando llegue el momento de volver a subir al jeep el sábado por la mañana, estará preparada para decir adiós a la Reserva Scout de Whiteside y volver a su destartalada casa, a los recibos que se amontonan en la mesa de su cocina, a la invasión de verde en los canalones y

al sinnúmero de nidos de avispa que aparecen debajo de su porche. *A lo mejor —piensa—, Thomas y yo nos acercamos a la tumba de Trevor. Plantaremos unas flores.* Siempre ha procurado que esos viajes al cementerio no parecieran deberes, pero es consciente de que hubo momentos en que eso es lo que fueron para el adolescente abatido que iba sentado en el asiento del copiloto.

Así, el viernes por la noche, habiéndose duchado después de la cena, y una vez metida dentro del saco de dormir, con todas sus cosas ya guardadas en la mochila, a Rachel la sorprende el ruido de alguien que llama a la puerta de su cabaña. Tras un momento de vacilación, decide no moverse de la cama.

—Thomas —grita—, ¿eres tú?

Se oye una risa sarcástica en la oscuridad de fuera.

—Siento decepcionarte —dice Platz.

—¿Qué ocurre, señor Platz? —pregunta con tono severo, dejando caer la cabeza en la almohada, con el libro abierto sobre el pecho.

Le produce cierta satisfacción negarle el honorífico título de «doctor» delante de su apellido, pues sabe que eso exaspera a algunos médicos. Además, no es su doctor, una idea inquietante, por cierto.

—Bueno... —Y tras una pausa—: ¿Puedes dejarme entrar, por favor? Me siento bastante estúpido hablando a través de esta puerta de tela metálica.

—Me parece que no sería buena idea —contesta ella con frialdad—. Te oigo perfectamente. ¿En qué puedo ayudarte?

No le importa en absoluto que su tono sea glacial, sin rastro alguno de simpatía. De todos modos, este podría ser su último año con los Boy Scouts, y ese hombre no es amigo suyo. Está cansadísima y en ese momento solo quiere seguir leyendo su libro.

Lo oye suspirar, aplastar un mosquito en su nuca.

—Solo quería decir que siento lo del otro día en el lago. No fue correcto dirigirme a ti de esa forma, y te pido perdón.

Ella espera a que siga hablando. —¿Aceptas mi disculpa? Lo piensa un momento antes de contestar: —Sí.

—Bien —dice él levantando la voz—. En tal caso, algunos de los otros padres y yo vamos a hacer una fogata, prepararemos galletas con chocolate y merengue, y nos hemos propuesto sacar a esos adolescentes perezosos de la

cama para darles al menos una noche de historias de fantasmas, algunos chistes y quizá un poco de diversión a la antigua usanza.

El teléfono vibra y lo coge:

Vas a ir a la fogata? ;-)

Se sienta en la cama sin salir del saco, a la cabeza le viene la camiseta raída y fina que lleva encima de uno de sus sujetadores más castigados.

—Me parece una idea estupenda —dice muy sincera—. Voy enseguida.

—Estupendo —dice Platz, dando una palmada de contento.

Sí, y tú también! Último año de campamento, vago!

TP

Al menos no lo ha escrito entero. Falta la M. Todavía podría negarlo todo. Se ríe al acordarse de la vez que leyó ese mensaje algunos años atrás y de cuando, al no entenderlo, contestó: «¿TPM qué?». Y luego añadió algo aún más bochornoso: «¿Te pienso mucho? ¡Yo a ti también!».

Sale del saco de dormir y se quita en un abrir y cerrar de ojos los pantalones cortos de deporte y se enfunda unos vaqueros; luego se pone los calcetines, las botas, una vieja camisa de franela de Trevor, tan vieja y gastada que no resultará demasiado calurosa en una noche de verano como esta. Está entusiasmada. Aunque Platz sea el mayor imbécil del mundo, también piensa que los chicos deberían pasar esta noche junto a una hoguera, que en eso consiste precisamente un campamento de los Boy Scouts: camaradería, aire libre y sana diversión.

Varios padres la saludan inclinando la cabeza o la gorra de béisbol, sonriendo o diciendo en voz baja: «Buenas noches». Ella también los saluda con la cabeza. Uno de ellos, no recuerda su nombre, pregunta:

—¿Café?

—Suenan bien —contesta ella—. Gracias. —Y luego—: Qué bien se está aquí. ¿Por qué no habré venido todas las noches?

Los hombres se ríen y uno de ellos dice:

—No te has perdido nada. Solo una pandilla de bobos tirándose pedos y portándose como críos.

—¡Pero el café está recién hecho! —dice el primer hombre. Seca una taza de hojalata azul con su camisa—. Perdón por la taza. Ya hemos guardado casi todas las cosas.

—No te preocupes —dice ella, sorbiendo el café. Verdaderamente horrible.

—¿No está bueno el café? —pregunta el hombre, con una expresión de verdadero pesar.

—No —logra decir ella—, está muy bueno. Me siento como un machote.

Todos se ríen.

Se oye el ruido de puertas cerrándose de golpe: los chicos que empiezan a salir de sus cabañas. Unos cuantos padres vuelven del bosque con hachas en la mano y arrastrando leña. El gamberro grandullón, Bill, se ha puesto a cuatro patas para soplar la llamita que empieza a surgir de un montón de yesca y astillas. Los pantalones le caen cintura abajo, y parece que sus nalgas estén sonriendo en la oscuridad.

—Joder, Bill —dice alguien—. Deberías haber hecho el taller de cuero cuando eras *scout*. Habrías podido hacerte un cinturón para que te sujetara los pantalones.

Las risas en torno a la hoguera ya son constantes, jubilosas. Ella vuelve a recordar que eso era lo que tanto deseaba cuando era pequeña, en lugar de tener que contar chismes maliciosos y fingir miedo a las salamandras y las serpientes, o aprender unas destrezas tan degradantes como técnicas de *majorette*, azafata, ama de casa (auténticas insignias de Exploradora hasta 1995)... Bill se sube los pantalones y se pone de pie; se ha quedado sin resuello, y hasta en esa penumbra tiene la cara roja, pero Rachel lo ve sonreír por primera vez. Observa sus ojos y no ve en ellos esa oscuridad de la que le habló Trevor. Tan solo una chispa infantil; se está divirtiendo.

Platz da un suave codazo a Rachel, con una petaca en la mano. —
¿Animamos un poco ese café?

—No, gracias —contesta—. No lo necesito.

—Bueno... no pretendo vender el producto —dice él—, pero este *bourbon* es cosa fina. Pappy van Winkle, veinte años. En realidad, no debería compartirlo.

—Yo soy más de escocés —dice ella, lo que por otra parte es verdad.

—No insisto, pues —dice Platz, volviendo a guardar la petaca plateada en el bolsillo trasero de sus pantalones. Rachel ve otra petaca en otro bolsillo, esta de color latón.

—¿Tienes dos petacas? —pregunta sin poder reprimirse—. Caramba, ahora entiendo tanto entusiasmo con la fogata. Estáis todos entonados.

—Alto ahí —dice él—. No es justo. Además, tú te has pasado las tres últimas noches escondida en tu cabaña. No se puede decir que hayas sido la mejor compañía del mundo, ni el mejor modelo para los chicos. Por lo menos nosotros hemos estado aquí fuera, manteniendo el fuego encendido.

La hoguera ha empezado a arder, y detrás de las sillas de camping y los bancos hay un montón de leña cada vez más alto para ir alimentándola. Uno de los padres está sentado en el tocón de un árbol, con una guitarra colgada del hombro y una armónica fijada al cuello. Rasguea unas cuantas notas de prueba y se oye el cuchicheo de los chicos, entre avergonzados y burlones. Entonces el hombre se arranca con una versión bastante impresionante de *All Apologies*, y los chicos se callan de golpe, lo que sorprende a Rachel, porque parece que reconozcan esa canción; es una de sus favoritas, aunque en su día no hizo caso de Nirvana y solo los descubrió años más tarde, fisgando en los CD de Trevor cuando él estaba destinado en el extranjero.

—Venga —le dice Platz, con otro codazo—. No vas a encontrar un *bourbon* mejor. A la que los chinos y los japoneses empezaron a tener el paladar y la cartera para ponerse a comprar *bourbon*, estas cosas desaparecieron. La botella cuesta unos doscientos cincuenta dólares. Pero parece justo, ¿no? Como disculpa. De verdad que lo siento.

Ella levanta la vista hacia él. Su cara tiene una expresión de picardía: el pelo rojo y espeso, la tersa piel irlandesa-americana, gafas modernas. En otras

circunstancias, habría podido considerarlo un hombre atractivo, con un aire intelectual.

—Así que si me rindo y acepto tu *bourbon* y tus disculpas, ¿dejarás de hablar conmigo? —le pregunta cambiando su rudeza por simpatía.

Él menea la cabeza como si meditara la pregunta, como un pretendiente no correspondido en un bar.

—Trato hecho —dice por fin—. Acepta mi *bourbon* y desapareceré.

—De acuerdo, entonces —dice ella.

Él saca disimuladamente del bolsillo la petaca plateada y ella se queda mirando cómo caen en su taza dos chorros generosos. —He probado ese café —dice él, acercándosele al oído—. Esto lo mejorará mucho. Ya me darás las gracias después. —Le da un suave golpe en el hombro y luego, como ha prometido, se va.

Brindando con la oscuridad en la que él se ha perdido, Rachel se acerca la taza de hojalata a los labios y le da un sorbo. Es cierto que el café ha mejorado mucho, y a través del sabor a sogá quemada y calcetín sudado de ese maldito café de vaqueros se distinguen otras notas discordantes que se abren como flores en su estómago: la dulzura del caramelo y el azúcar moreno con vainilla.

Uno de los chicos ha echado al fuego un pedernal de magnesio, y ahora el corro de piedras y el tipi de maderos arden con un brillo blanco. Los chicos se agrupan alrededor de la fogata entre exclamaciones de asombro, fascinados ante un espectáculo que supera cualquier otra cosa que hayan visto últimamente en internet. Ella está disfrutando. Eso es lo que echaba de menos en los campamentos de Exploradoras de su niñez. El campamento, el fuego, los padres portándose mal, algún padre enrollado tocando la guitarra...

—¿Alguna petición? —grita el padre de la guitarra.

—*In-A-Gadda-Da-Vida!* —sugiere otro, y todos los hombres maduros se ríen, aunque ella sospecha que la mayoría de ellos no tiene ni idea de quiénes fueron, Iron Butterfly.

—*Oops! I Did It Again!* —grita alguien.

—*Call Me Maybe?*

—*Freebird!*

El padre de la guitarra sonrío con tristeza.

—*Freebird*, mis cojones —se queja.

Rachel se decide a hacer una petición.

—¿Qué tal *Heart of Gold*?

El hombre asiente agradecido y mira la guitarra con el ceño fruncido mientras afina las cuerdas.

—Factible.

Se ajusta la armónica y sopla unas cuantas notas a modo de prueba, ensaya algunos acordes, toma un sorbo de café, y luego empieza.

Ella se bebe el café mientras lo mira tocar y se pregunta por qué no se ha fijado antes en ese hombre, con sus sandalias Chaco gastadas y los dedos de los pies sucios y bronceados, los vaqueros en un atractivo mal estado, una chaqueta fina encima de una camiseta gris salpicada de pintura, pelo corto entrecano que brilla a la luz del fuego como una piedra de cuarzo. Quizá todavía haya tiempo para el amor, concede por un momento su corazón.

Durante lo que parecen horas, el hombre de la guitarra toca casi todas las canciones que ella o cualquier otra persona quiere escuchar, y cuando uno de los niños sabihondos le pide *The Wreck of the Edmund Fitzgerald*, él desde luego se sabe toda la letra, y los introduce en el canto fúnebre de Lightfood. Rachel se termina el café, y cuando Platz vuelve a hacer la ronda, le pide más *bourbon* con un gesto vehemente, y él la complace y vuelve a desaparecer. No dejan de alimentar el fuego, y las brasas del centro brillan como un elemento extraterrestre; los chicos van corriendo a sus cabañas y vuelven con latas de aluminio, las lanzan al fuego y contemplan cómo se derriten en cuestión de minutos. Buscan trozos de metal cada vez más grandes, hasta que algún chico lanza la cafetera a la hoguera, y todos miran, absortos, cómo el metal se deforma y, luego, como la cera, se derrite y vuelve a desaparecer en la tierra.

Siente el corazón lleno de felicidad. Busca a Thomas alrededor de la hoguera, pero como siempre ocurre con los adolescentes, nunca están cerca cuando los necesitas. Cuando deseas transmitirles tu amor. Coge su teléfono y teclea:

Te quiero mucho. Tu padre también te quiere.
Ahora mismo nos está mirando.

Se hunde en la silla de camping que debe de haber requisado en algún momento. Encima de su cabeza, las estrellas son como semillas germinando luz. Las ramas de los árboles son venas negras y hermosas. Mueve la cabeza. *Demasiado* bourbon, *seguro*. Cierra los ojos, siente bajo sus pies la tierra volando por el espacio exterior, las estrellas pasando a toda velocidad, la luna en su carrera incesante, meteoritos fugaces, satélites agotados...

Rachel sostiene el teléfono con cierto esfuerzo, con temor de que se le caiga de las manos. El fuego achicharra, nota el calor en la cara, en el pelo. Las voces que oye empiezan a confundirse y mezclarse, es incapaz de separar las conversaciones. Incluso las llamas del fuego se emborronan en una gran estela naranja. Se encuentra mal.

Espera que sus dedos no sean demasiado torpes, ni que la corrección automática haga demasiados estragos:

No me encuentro bien. Por favor.

Deja caer el teléfono en su regazo. Las voces son como humo que se arremolina a su alrededor. La silla en la que está sentada parece subir y bajar, como si la tierra firme fuera un océano furioso. Vuelve a coger el móvil y trata de escribir una palabra, confiando esta vez en que la corrección automática sea su aliada.

SOS

También trata de pronunciar la palabra, *tres letras nada más*, pero tiene los labios entumecidos como anestesiados, el mundo se escurre cada vez más lejos, un agujero negro que se ha tragado su capacidad de pensar, hablar, existir.

—¿Estás bien? —es Bill, ese zoquete gigantesco cuya voz profunda y tosca tan bien recuerda—. Eh...

Y luego en su hombro esa mano enorme, como la de André el Gigante, sacudiéndola, antes de que otra voz, mucho más aguda, más autoritaria, diga:

—Se ha puesto enferma. Ayudadme a llevarla a su cabaña. Soy médico.
*Soy médico soy médico soy médico ayudadme ayudadme ayudadme soy
ayudadme...*

Thomas ha trepado casi hasta la copa de un pino blanco a orillas del lago Bass, se sienta a horcajadas sobre una rama gruesa y fuma un cigarrillo bajo el inmenso cielo nocturno. Su amigo Dax está con él, y la brillante luz de la luna se refleja en las agujas del árbol convirtiéndolo casi en una gran cosa peluda; todas las fibras verdes proyectan a lo lejos un resplandor gris plateado, y aún se alcanza a ver, diminuta, la fogata del campamento a través de los árboles.

Thomas ha empezado a fumar Lucky Strikes sin filtro como homenaje a los escritores *beat*, a esas novelas que ha robado del despacho que su madre tiene en casa y que lee a escondidas, con las que alimenta el deseo de vivir en la carretera como Kerouac, quemando motor sobre el asfalto y el hormigón y engordando un viejo cuentakilómetros. Los altos edificios y las grandes ciudades que no ha visto nunca: San Francisco y Nueva York y Los Ángeles y Nashville y Seattle y Nueva Orleans... Chicas que aún no ha conocido, mujeres. Chicos, quizá... ¿Cómo va a saberlo? ¿Acaso no se trata justamente de eso? El misterio detrás de cada montaña, en cada desconocido, sus historias, y esos escritores *beat* registrándolo todo, *sumidos en la realidad y viviéndola a fondo, sin reparo alguno.*

Cómo aborrece estas semanas en el campamento, en las que tiene que fingir interés en este código anticuado, esos *indios blancos* con sus falsos uniformes militares y rangos inventados. ¿Y qué pasa si ni siquiera quiere ser Águila? Quizá debería haber seguido siendo un Novato, porque eso es lo que es, no un soldado chalado como su padre. ¿Acaso sirvió para algo? Luchar y sobrevivir durante años *en Irak y Afganistán* para volver a casa y recibir el balazo de un psicópata a la salida del cine. Ese día estaba con él el antiguo vecino de su padre, Kyle, y todavía va al terapeuta una vez a la semana para superar aquel horror.

La entrada de un mensaje hace vibrar su teléfono, y por un momento teme que se le caiga desde lo alto del árbol, desde lo que deben de ser cinco

pisos de altura; siente que el teléfono se le escurre del bolsillo y, sin saber qué hacer con el cigarro, lucha por no caerse del viejo pino blanco. Al final lanza el Lucky, que describe un arco a través de la noche, un diminuto punto naranja que cae y cae... Es difícil conseguir cigarros. No puede permitirse el lujo de tirarlos a medio fumar. Recuerda que Kerouac recogía colillas para reciclar el tabaco.

Es un mensaje estúpido.

Te quiero mucho. Tu padre también te quiere.
Ahora mismo nos está mirando.

La loca de su madre. La única mujer en el campamento. Que va a la cabaña de Doughty como una... Prefiere no pensar en ello.

No obstante, su madre con otro hombre... eso sería una novedad, piensa. No con otro perdedor que la abandone después de fundir los ahorros de la familia, vaciarles la despensa y robarles el coche. No un imbécil que finja ser su padre, que vele por el cumplimiento de las normas, que pretenda imponer una disciplina. O peor aún, que se comporte como su «amigo». Ya, claro... que ese adulto iba a querer ser su amigo si no se estuviera tirando a su madre... ¡uf!

Todavía se acuerda de cuando aquel asqueroso se escapó a medianoche.

Thomas debía de tener... ¿cuántos?, ¿seis, siete años? Había salido de la cama para ir a tomar un vaso de leche y bajaba despacio las escaleras. Su mano se deslizaba por la barandilla mientras sus pies tanteaban la oscuridad, y en esas le dio un puntapié a un juguete que aterrizó con estrépito en la cocina.

Eso sobresaltó al perdedor, a quien Thomas encontró llenando una caja de cartón con latas de sopa, paquetes de macarrones y queso.

—Vuelve a la cama —gruñó el hombre.

Sin decirle ni una palabra, Thomas se dirigió a la nevera, sacó la garrafa de leche, luego cogió una taza pequeña y, sentándose a la mesa de la cocina, se puso a beber sin dejar de mirarlo.

—¿Qué? ¿Te vas a quedar ahí sentado mirándome?

Thomas asintió lamiéndose el bigote blanco que le acababa de salir.

—Qué niño más raro... —dijo el hombre, levantándose y apretando los puños contra los riñones.

Alzó el brazo para coger algo de un armario, se oyó el crujido de un envoltorio de plástico, y acabaron los dos sentados a la mesa comiendo Oreos en completo silencio; la luz de la luna que entraba por una de las viejas ventanas se derramaba sobre las marchitas plantas de interior, los estantes de baratijas y figurillas, la colección de llaves maestras y espejos diminutos de su madre.

Cuando se hubieron comido dos filas de Oreos y Thomas se hubo terminado la leche, el hombre le sirvió otro vaso, se levantó, le acarició el pelo y dijo:

—Nunca habrá nadie lo bastante bueno para tu madre, Thomas. Tu padre debió de ser un fenómeno. Y para lo que le sirvió...

—¿Tú también te vas?

—Si no dices nada te daré cinco dólares.

Thomas asintió, miró cómo cargaba en el coche de su madre la caja de cartón, unas cuantas bolsas de ropa, un arma del sótano, y luego el coche arrancó con un carraspeo, las luces rojas de atrás encendidas, y desapareció lentamente en la niebla que solía cubrir de madrugada los pastos y los campos de la zona. A la mañana siguiente, su madre no reparó en la ausencia del coche hasta que salieron al caminito de entrada de la casa. Thomas agarraba las tiras de la mochila de la escuela mientras ella se rascaba la cabeza y paseaba la vista por su terreno.

—¿Dónde está el coche? —le preguntó a Thomas con las llaves en una mano, el bolso colgando de una muñeca y un humeante vaso de café de viaje en la otra.

—Se lo llevó —dijo Thomas tan tranquilo.

—¿Cuándo?

—Esta noche.

Rachel dejó caer el vaso de café y entró corriendo en casa. Sus gritos escaparon en tromba por la puerta principal, en pugna con el estrépito de platos rotos.

Él se puso a llorar, notaba el peso de aquella mochila, excesivo para sus endebles hombros. Se sentó en la hierba húmeda y se dedicó a arrancar tréboles hasta que vio a su madre salir de la casa tambaleándose.

—¿Cuándo, Thomas? ¿Cuándo se fue?

Thomas se encogió de hombros.

Ella también lloraba, se le empezaba a correr el maquillaje.

—¿Viste cómo se marchaba?

Thomas asintió.

—¿Y dejaste que se fuera? ¿Así, sin más? ¿Te quedaste mirando mientras se iba con nuestro coche?

Entonces él empezó a sollozar en serio.

—Me dio esto. —Le enseñó el billete de cinco dólares.

Ella se dejó caer a su lado y lo apretó contra su pecho.

—¿Tenemos que llamar a la policía? —dijo Thomas, sorbiendo.

Pero su madre se limitaba a mecerlo, abrazándolo con fuerza. Adelante y atrás, adelante y atrás.

Acababa de encender otro cigarrillo cuando el teléfono volvió a vibrar.

—¡Joder, mamá! ¿En serio?

—¿Qué pasa? —le pregunta Dax.

—Mi madre, joder, que no para de enviarme mensajes de texto.

—Quizá te necesita —dice Dax—. ¿Por qué iba a mandarte un mensaje tan tarde?

—No, tío —dice Thomas, encendiendo otro fósforo—. Tendrías que haber visto el que me ha mandado antes. En plan toda sensible.

—Bueno, contéstale —dice Dax—. Quítatela de encima. A las madres les encanta. Créeme.

El cigarrillo que tiene entre los labios está calentito, más apetitoso a cada momento, la luz de la luna se derrama por todas partes, y en el lago parece el glaseado de una tarta de boda, y su teléfono no deja de vibrar. Dax tiene razón. Tiene que aplacarla. Algo bonito. Mañana —es cuestión de horas— estarán en casa. Mira el teléfono.

En la palma de su mano la pantalla resplandece con un brillo blanco azulado, como una pequeña luna cuadrada con una única mancha que la desluzca, y él mira fijamente el mensaje, y luego a la luna de verdad, y luego otra vez el mensaje.

—Creo que algo va mal, Dax.

Tira el cigarro.

—¿A qué te refieres?

Pero Thomas ya está bajando del árbol, se le pega la resina al pelo de los antebrazos, a la ropa, le queman las orejas, y oye a Dax gritando por encima de él:

—¡Voy a buscar a Doughty!

Le llueve sobre la cabeza la corteza que arrancan los pies presurosos de Dax mientras los dos bajan por el ancho tronco saltando de rama en rama, agarrándose veloces a la gruesa corteza con los dedos pegajosos de resina.

Aunque no pesaba mucho, él solo no podría haber cargado con ella, pero entre Bill y otros dos padres la llevaron deprisa a su cabaña y la tendieron en una cama. No respondía.

—¿Llamamos a emergencias?

—Puedo ir a por Doughty. ¿Queréis que vaya a por Doughty? Todos lo miran con preocupación, como si él fuera la autoridad. Es como en el hospital, la emoción de dominar la sala. Pero ahora está con hombres. Hombres adultos. No con otros doctores o enfermeras, ni sanitarios, ni siquiera con sus colegas de la facultad de medicina. Está con hombres grandes y estúpidos, con unos cuantos paletos de Wisconsin. Unos tarados totalmente incapaces de hacer frente a cualquier emergencia médica, ¡ni siquiera a un pequeño contratiempo! Aunque ahora no hay emergencia alguna, podría decirles Platz. Se trata de un caso de administración encubierta de fármacos, del polvo de varios somníferos. Bien lo sabe él.

—No, no —dice serenamente, sin el menor asomo de preocupación en la voz. Le pone una mano en la frente y luego le aparta el pelo de la cara. Se sienta en la cama, le coge la muñeca con las dos manos para tomarle el pulso. Le toca el cuello de la misma forma. *Qué guapa...*

—¿Platz? —pregunta Bill—. ¿Está bien?

El zoquete parece preocupado de verdad. Este Neanderthal, este palurdo de Wisconsin que Platz ha tenido que aguantar toda la semana regurgitando las diatribas que ha aprendido en el programa de Rush Limbaugh: muros con México, muros con Canadá por gritones, armas y armas y armas, y acabar con los gays... Joder.

—Está bien, Bill. Solo está borracha. Se ha desmayado. Como una animadora de instituto que se ha pasado un poco. —Se vuelve hacia los otros padres—. Os acordaréis de vuestras noches de graduación, ¿no? Pues algo así. Todos creen que pueden beber como campeones y luego, ¡bum!, se caen

de bruces. En el hospital lo veo a diario. —Le acaricia el hombro con aire despreocupado.

—¿Podemos hacer algo? —pregunta alguien.

—Sí que podéis —dice fríamente Platz—. Mirad, chicos, voy a quedarme aquí con ella, para vigilar que no se ahogue con su propio vómito. Cuando se despierte quizá haya que darle una garrafa de agua y una aspirina. Está todo aquí. No hace falta que aviséis a Doughty. Solo serviría para avergonzarla, y por desgracia —chasquea la lengua— fui yo quien le di el whisky. Así que también tengo mi parte de responsabilidad, supongo... Asienten con la cabeza y se retiran obedientes, ordenan a los chicos que vuelvan a sus cabañas y luego apagan el fuego con agua; una enorme nube de vapor se alza en la noche con un gran siseo; no obstante, enseguida vuelven a aparecer las llamas, la mitad de altas que antes, pero igual de furiosas. «Nunca he visto un fuego como este...», oye decir Platz a lo lejos. Y: «Ya verás qué resaca mañana por la mañana...».

Le desliza los dedos por el hombro, baja la mano hacia el pecho, le pellizca los pezones y se vuelve enseguida para ver si la cara responde; pero está fundida. Sonríe. Le pasa la mano por la llanura del estómago hasta el filo de los vaqueros, debajo del ombligo. Se da cuenta de que ahí debió de llevar un *piercing* algún día, cuando era adolescente, o quizá en la universidad. Dios, qué cachondo lo pone la idea de desabrochar esos pantalones.

Justo en ese momento entra Bill con un cubo de aluminio vacío y una cantimplora.

—He encontrado esto —dice orgulloso y sin aliento. Los ojos del grandullón se posan un momento en la mano de Platz, pero parece no darse cuenta de nada.

—Perfecto —dice Platz, casi susurrando—. Buen trabajo.

—¿Estás seguro de que se pondrá bien? —insiste Bill. Parece un ogro simpático: de gran corazón, aunque con poco seso.

Platz se levanta, le pone la mano en el hombro, y luego le abre la puerta y lo acompaña afuera. Sus caras quedan a oscuras bajo el denso follaje del bosque, y Bill no puede ver el desprecio centelleando en los ojos de Platz. Y todavía: *¡Ese maldito fuego persiste!*

—Ya has hecho todo lo que podías —lo alaba Platz—. Ahora deja que se encargue un médico. ¿De acuerdo? Vete a dormir.

Bill le da la mano como un hombre encantado de salir perdiendo en un trato, como agradecido de que lo hayan engañado.

—Siempre viene bien tener a un médico cerca, ¿eh? —dice—. La verdad es que es lo que quería ser de pequeño, ¿sabes? Médico.

Platz casi se ríe, pero logra contenerse.

—Seguramente ya me lo has dicho, pero ¿a qué te dedicabas, Bill?

—A la construcción —dice Bill—, sobre todo carreteras. Es un buen trabajo. No arreglo a la gente como tú, pero... como mínimo arreglo algo.

Entonces Platz sí que se ríe, se imagina a Bill inclinado sobre una pala, escuchando una emisora de onda media con una pandilla de marginados, presos y haraganes.

—Bueno, Bill, si ves a los otros chicos, diles que yo me encargo. Todo está bajo control. Por la mañana estará como nueva. Llegan hasta el fuego, donde Platz vuelve a darle la mano a Bill y le desea buenas noches. Luego, disfrutando del calor, el fuego coloreando su rostro, se baja la cremallera y orina hacia las llamas antes de volver a la cabaña de Rachel, con el cinturón colgando. Dentro de la cabaña, echa el pestillo, deja caer las telas de las paredes, y luego, sentándose junto al cuerpo de Rachel, enciende el farol de queroseno y se recrea con esa luz anticuada, ese tono dorado, esas sombras tan prometedoras. Su piel parece un metal precioso vertido generosamente sobre esas formas encantadoras. Acaricia cada lunar, cada costilla, un lujo suntuoso.

Se desnuda.

Estaba dormido, soñando con Vietnam. Un extraño sueño, hecho de fragmentos inconexos, como una película mal montada, un vídeo casero que da saltos y brincos en el tiempo. Las hierbas de elefante giran como derviches bajo las palas de su helicóptero. Una lata de Pepsi en mitad de la jungla, azul y roja, llena, sin trampas cazabobos; ninguna huella a la vista. La cruz amarilla en el poncho verde militar del capellán. La cabeza de un hombre muy mayor, solo la cabeza, con una barba de unos quince centímetros y manchada de barro. Está trabajando en un arrozal en el que se refleja perfectamente el cielo. Un tigre muerto.

Y luego el túnel.

Se arrastra por el túnel gritando el nombre de su madre. Llamándola. Es un niño pequeño dentro del túnel frío y embarrado, y las raíces de las plantas le parecen dedos. Tiene mucho miedo. De que lo entierren vivo. De quedar atrapado durante siglos. De no encontrarla nunca. Grita su nombre entre sollozos, pero el túnel es tan denso, el suelo tan suave y húmedo, que su voz no es nada, y se pierde en esta larga garganta de la tierra.

Al tocar esa otra cara, se despierta con un grito y ve a un niño que no conoce encima de él, con una mano en su pecho. El chico está sudando y jadeando, y huele a los cigarrillos que les distribuían en Vietnam. Tiene orejas de soplillo y los ojos llenos de la preocupación y el temor que solo los niños son lo bastante valientes para mostrar con una sinceridad tan radiante.

—¿Qué ocurre? —pregunta Nelson, espabilado al instante.

—La madre de Thomas —dice el chico a bocajarro mientras Nelson se sienta con la cara bañada por la luz de la luna—. Le envió un mensaje de socorro. Thomas cree que pasa algo.

Nelson se viste a toda prisa, coge una pistola de un cajón de la mesilla de noche, mete una bala en la recámara y, ciñéndose el cinturón, se fija el arma a la espalda. Pregunta mientras sale corriendo hacia la puerta:

—Campamento Arrowhead, ¿verdad?

El chico asiente, siguiendo a duras penas el ritmo de Nelson, con la cabeza gacha e hinchando el pecho para coger aire.

Nelson se detiene, se arrodilla en la hierba húmeda de rocío, y, agarrándole la cara, dice:

—Hijo, voy a necesitar tu ayuda. ¿Harás lo que te diga?

El chico asiente con la cabeza.

—Ve al campamento de los supervisores —dice Nelson—. Despiértalos. Me da igual si te da miedo. Me da igual lo que digan. Hazlo y basta. Aunque tengas que prender fuego a sus cabañas, despiértalos. Diles que es una emergencia. Quiero que envíes a uno de los supervisores mayores a vuestro campamento. Dile que tiene que estar preparado para llamar a la policía y una ambulancia. Despiértalos a todos. Asegúrate de que te escuchan. ¿Me has entendido?

El chico tiene los ojos como platos; ha dejado de respirar.

—¿Me entiendes, chico?

El chico inclina la cabeza.

—Muy bien, hijo, corre —dice, y ve al chico adentrarse en la noche, veloz como un potro asustado.

Ahora Nelson atraviesa la explanada, andando lo más rápido que puede, y luego trata de correr con sus viejas piernas temblorosas e inseguras. Va a la carrera. Hacía décadas que no corría. La noche está sumida en un extraño silencio. No se oye el ruido de los chicos. Ni el de los búhos. Incluso las ranas han enmudecido. No hay viento. Nelson vuela por el bosque.

A doscientos metros del campamento oye voces y se acerca a ellas. Thomas está junto a una hoguera y hay dos hombres hablando con él en voz baja, con las manos extendidas, como tratando de tranquilizar al joven. Thomas retrocede, da un manotazo a los dedos que quieren tocarlo.

Nelson está sin resuello cuando llega al lugar donde está el grupo.

—¿Qué ocurre? —logra decir, alisándose la camisa—. ¿Qué significa todo esto? Thomas, ¿dónde está tu madre?

—No me dejan verla —contesta Thomas—. Creo que pasa algo y solo quiero ver a mi madre, pero ellos no paran de soltarme excusas.

—Cálmate, Thomas —dice uno de los hombres, un hombre pequeño, empapado en sudor, con gafas que parecen caras y el pelo de color rojo óxido—. Si me permite, jefe Doughty, si pudiera hablar con usted en privado... — Se lleva al viejo hacia las sombras del bosque, alejándolo del fuego.

Nelson se vuelve para ver al otro hombre, que pone una mano enorme en el hombro de Thomas, tratando de aplacarlo, y lo lleva hacia una mesa de pícnic y un banco.

—El caso es que —empieza a decir el hombre—, y, ah, por cierto, soy el doctor Phillip Platz, nos conocimos en orientación. Ejerzo en Eau Claire... En fin, he controlado desde el principio la situación de la señorita Quick y creo que está todo en orden...

—¿Su situación? ¿Dónde está? ¡Dígame dónde está enseguida! —dice Nelson, dispuesto a quitarse de en medio a ese Platz—. Sé que le envié un mensaje de socorro a su hijo, venga...

—Oiga, yo no sé nada de eso —dice Platz, riendo—, y no me he separado de ella en ningún momento. Como decía, he controlado sus constantes vitales y qué...

—Esto no me gusta nada —dice Nelson, sorteando a Platz y dirigiéndose a la cabaña de Rachel.

—Si fuera tan amable, señor, le explicaría en un momento las circunstancias, y creo que estará de acuerdo en que he controlado la situación y quizá —el doctor se toca el pelo con sus pequeñas manos— le he ahorrado cierta vergüenza al hijo de la señorita Quick. De verdad. Por favor, ¿me deja hablar? —El doctor levanta las manos con un gesto de amable sumisión mientras vuelve a ponerse delante de Nelson—. Por favor.

Nelson asiente, está *tan cansado, tan cansado, joder*. Entorna los ojos. Todavía huele el túnel del sueño: el suelo húmedo, la podredumbre, la cualidad mineral de las piedras...

—La señorita Quick se ha excedido un poco con el *bourbon* esta noche, ¿de acuerdo? —empieza el doctor—. Y se ha desmayado. La hemos llevado a su cabaña y se encuentra bien. Le he controlado la presión sanguínea y el pulso, y de verdad que está bien. Se despertará por la mañana con una resaca espantosa, pero sobrevivirá. No queríamos dejar entrar a Thomas porque

creíamos que podía preocuparse sin motivo. Ha perdido el conocimiento, y podría darle la falsa impresión de que está muy mal. Y no es así en absoluto.

»Quiero decir —el doctor suprime la distancia que los separa, y le habla al oído—, ¿querría usted ver a su madre borracha, desmayada en la cama? — Da un paso atrás—. Por otro lado, como médico, creo que es bastante posible que sea una alcohólica. En fin, su comportamiento no ha sido normal.

El viejo lo examina. Se huele algo, aunque no sabe muy bien qué. Rachel también se quedó grogui cuando estuvo bebiendo whisky en su cabaña... pero ¿habría bebido tanto, en compañía de esos hombres? ¿Delante de su hijo? ¿En el campamento, frente a los otros chicos y padres? Por otro lado, ¿la conoce de verdad? ¿Podría ser alcohólica?

No, no; es un disparate. Hay algo más. Al fin y al cabo, pidió auxilio. Por eso él está allí. Sin duda está en peligro.

—De acuerdo. Entonces al menos déjeme verla —dice Nelson sin perder la calma—. Es amiga mía, y quiero convencerme de que está bien atendida. —Mueve la mano con un gesto despreocupado, como para ahuyentar su vehemencia anterior—. Eso es todo. Y si fuera necesario, puedo encargarme de que reciba otro tratamiento médico. Es mi responsabilidad, supongo que lo entenderá. Después de todo este es mi campamento.

—Le propongo lo siguiente —dice el doctor, apoyando las manos en las caderas—, tranquilice a ese chico, llévelo a su cabaña, y luego iremos a verla juntos. De todos modos, tengo que echarle un ojo.

Nelson vuelve al fuego, donde Thomas está ahora sentado, al parecer bajo la supervisión de uno de los padres, y dice:

—Venga, hijo. Voy a acompañarte a tu cabaña.

—Entonces, ¿se encuentra bien? —pregunta Thomas—. ¿Mi madre está bien? —Se levanta del banco de madera, agitado, eso es obvio, suspicaz, incluso, mirando a un adulto y luego al otro, buscando en sus caras alguna garantía de que aquello no es el desastre que parece ser—. Pero, entonces, ¿por qué pidió auxilio? No lo entiendo.

—Está bien —miente Nelson, con una voz lo bastante fuerte para que Platz lo oiga claramente—. Venga, vamos a la cama, es demasiado tarde para tanto drama.

—Pero me envió un mensaje —suelta el chico—. ¡Lo tengo aquí! ¡Señor Doughty! ¿Por qué no podemos verla?

Nelson coge al chico por el codo y se acerca a su oído:

—Empieza a andar, ¿de acuerdo? Venga.

Rodea los hombros de Thomas con un brazo y los dos se adentran en la noche, alejándose de la pareja de hombres que los vigilan y de las rizadas llamas rojas y naranjas de la hoguera. Cuando han caminado unos veinte pasos, Nelson le susurra a Thomas:

—Lo has hecho muy bien, hijo. Yo también creo que pasa algo.

Están frente a la cabaña de Thomas, donde hay niños con la cara pegada en las ventanas de tela metálica; se ven luces de linterna bailando por todo el campamento, y se oye el débil zumbido de voces que susurran. Mirando a su alrededor, Nelson dice: —Quédate aquí un par de minutos.

Hace entrar a Thomas en la cabaña, y luego se saca la pistola de la espalda y la pone en las manos del chico. Los compañeros de cabaña de Thomas se ríen, nerviosos y confusos.

—Si dentro de dos minutos no he vuelto a buscar la pistola, será la señal de que tenemos un problema muy grave. ¿De acuerdo? Quédate aquí. ¿Me oyes? Y si vienen por ti, dispara un tiro de advertencia. El primero al aire. El segundo a sus pies. Y si no se van... —Besa a Thomas en la frente—. ¿Me has entendido? La ayuda viene de camino.

El chico asiente. La pesada pistola en sus suaves y jóvenes manos huele a lubricante de armas. No puede dejar de mirarla: el metal azulado, el mango de madera tallada.

Nelson le da una palmadita en la cara y le coloca un dedo delante de la nariz.

—Céntrate —le dice—. Mantente tranquilo. Concentrado. Tú eres el bueno. Tú eres el que está preparado. El inteligente y valiente. ¿De acuerdo? Volveré enseguida.

Cierra la puerta con suavidad y se dirige hacia el fuego, con la vacilante esperanza de que el médico le haya contado la verdad sobre Rachel. Pero si hay una emoción que entiende, es el miedo, y ahora mismo la noche está saturada de miedo. Si lo de Rachel fuera una simple borrachera, nadie tendría miedo. Si no hubiera nada que ocultar, a estas alturas ya la habría visto

alguien además de Platz. No —piensa—, *aquí pasa algo raro. Recemos porque no le haya ocurrido nada.*

En la cabaña de Rachel hace un calor pegajoso, y Nelson huele al instante el olor acre del sexo en el aire cerrado. Sin decir nada, se arrodilla junto a su cama, apoyando las viejas rodillas en el suelo lleno de guijarros y agujas de pino. Rachel está boca abajo, con una camiseta muy fina. Nelson aparta una sábana ligera de su cuerpo y ve que solo lleva bragas. Tienen una mancha.

—Aquí dentro hace un calor espantoso —masculla, volviendo a taparla con la sábana y apartándole mechones de pelo de la cara. Ella no se inmuta, no muestra la menor reacción, aunque respira débilmente, su pecho se levanta y desciende con regularidad.

—Quería ahorrarle una situación vergonzosa —dice el doctor—, por eso hemos cerrado las ventanas. Supongo que ahora ya podemos abrirlas. — Cruza los brazos y se rasca la nariz—. Créame, estas mujeres...

—Doctor Platz —dice Nelson casi susurrando—, le ruego que empiece a decirme la verdad.

—No entiendo... no entiendo a qué se refiere —tartamudea Platz—. Yo solo quería ayudarla.

—¿Se desmayó?

—Sí, como le dije, la trajimos aquí y...

—¿Y la desnudasteis?

—Como usted dice, hacía mucho calor.

—Doctor Platz, o empieza a decirme algo que tenga sentido, o ahora mismo salgo de esta cabaña y llamo al *sheriff*.

—Le repito que solo quería ayudarla —dice Platz—. Soy médico. No tengo por qué aguantar esto.

Nelson se vuelve hacia Rachel, y sin mirar a Platz, dice:

—Entonces no me deja elección. Pero le diré una cosa: si ha sido usted quien le ha hecho daño a esta mujer, le arrancaré la piel a tiras.

Pero antes de que el viejo pueda levantarse, Platz le golpea la cabeza con el farol y lo manda al mugriento suelo de madera contrachapada, desde donde Nelson, entre gemidos, desliza los pies en busca de algún punto de apoyo. El queroseno se derrama por todas partes, exhalando un fuerte olor. Platz deja caer el farol al suelo y se arrodilla junto al viejo.

—Dios mío —gime—, Dios mío. No quería... Joder, joder, joder. ¿Qué he hecho?

—¿Todo va bien ahí dentro? —grita Bill a través de la tela de la puerta.

Platz le toma apresuradamente el pulso a Doughty. Sigue vivo. —¡No! —grita—. Doughty se ha caído. Ve a buscar ayuda, ¡rápido!

Bill irrumpe en la cabaña, pero en aquella oscuridad apenas si distingue nada más que el blanco brillante de las bragas de Rachel.

Platz se levanta y se lo lleva afuera.

—¡Rápido! ¡Ve a buscar ayuda! —Sus gritos resuenan por todo el campamento—. ¡Venga, hombre! ¡Llama a una puta ambulancia!

Los chicos están fuera de sus cabañas, cogiéndose los codos, aterrorizados, dirigiendo la vista desde sus teléfonos a Platz, señalando y diciendo: «¿Es sangre?». Bill también tiene el pecho rojo por la sangre de Nelson. Da unos cuantos pasos rápidos hacia atrás, antes de meterse corriendo en el bosque. Otros padres salen de sus cabañas dando portazos, se ponen las gafas y mascullan con el teléfono en la oreja: «Creemos que hay una emergencia», mientras se rascan la cabeza, bostezan; y otros padres más despiertos agarran a los niños, les ordenan que vuelvan a sus cabañas.

—¡No os acerquéis! —grita Platz—. ¡Por Dios! ¡Se ha derramado queroseno, alejaos! —Vuelve a internarse en la cabaña, mete la mano en un bolsillo a toda prisa y saca una caja de cerillas, enciende una y la cabaña prende al instante. Vuelve a salir a toda prisa.

—Esto está ardiendo, maldita sea... ¡traed agua, agua! ¡Fuego! Pero ahora Thomas camina hacia él con la pistola en la mano, y a unos diez metros dispara dos balas por encima de la cabeza del médico. El ruido de los disparos parece partir el universo, un trueno que separa la realidad en esquirlas dentadas. Platz se sobresalta, levanta las manos, golpeándose las gafas y haciendo que caigan en la oscuridad, cerca de sus zapatos. El chico se

acerca, blande la pistola con confianza, parece decidido a dispararle entre los ojos.

Pero entonces uno de los padres sale corriendo de la oscuridad y, quitándole la pistola, le dice:

—Ve a buscar a tu madre, Thomas, ¡rápido!

El padre apunta con la pistola a Platz, que ahora parece aturdido, arrodillado en el polvo como un rehén atontado, buscando sus gafas.

Thomas va corriendo hasta la cabaña de su madre, abre la puerta de golpe y las llamas se abalanzan sobre él. Ella está en la cama, el fuego la rodea por tres lados; el único camino expedito es la gran ventana de tela metálica. Thomas rodea la cabaña, abre la ventana a puñetazos, la coge de los brazos y empieza a arrastrarla.

El cuerpo de Rachel cae al suelo como un peso muerto, pero llegan otros hombres y lo ayudan a apartarla del fuego. Entonces varios hombres arrancan la puerta de la cabaña y, abriéndose paso a través de las llamas azules de queroseno y el plástico derretido que gotea del techo, agarran las perneras de Nelson, que están ardiendo. Le quitan los zapatos, le arrancan los calcetines, también en llamas. Por último, lo sacan a rastras y empiezan a practicarle el boca a boca para reanimarlo.

Hombres adultos, con los brazos cubiertos de piel quemada, el pelo chamuscado, se sientan lejos de las llamas y rompen a llorar. Sus hijos se acercan a ellos y también lloran. La pequeña cabaña ha quedado completamente envuelta en llamas, que alcanzan las copas de los árboles, donde las hojas verdes empiezan a arder de mala gana. Tanto fuego. Tantos hombres, tantos niños llorando delante del fuego. O impertérritos, en estado de *shock*.

Thomas abraza a su madre en su regazo. Rachel mueve los labios, pero él no entiende lo que dice. Está sucísima, y se le ha quemado parte del pelo. Tiene los brazos totalmente inertes, y de repente, mientras la abraza, Thomas sabe que algún día, dentro de décadas, cuando ella se muera, él la sostendrá entre sus brazos como está haciendo ahora.

En ese momento la cabaña se desploma del todo y las llamas se elevan todavía más. Thomas ve emerger de la oscuridad a más *scouts*. Traen cubos de agua y se los entregan a sus padres para que apaguen el fuego, cubo a

cubo, pero las llamas siguen rugiendo y las copas de los árboles arden como una matriz rota de cables deshilachados.

Abraza fuerte a su madre.

Rachel está viendo un programa de entrevistas, uno de esos programas que suelen emitir por las mañanas y que ella no vería si no estuviera en la cama de un hospital, cuando llaman a la puerta.

—¿Puedo entrar? —pregunta una voz, y ella supone que, si no es un médico o una enfermera, será un policía que viene a hacerle más preguntas.

—Sí —dice con voz ronca.

Tiene la garganta seca e irritada. Le han puesto una sonda en el brazo; siente las venas frías.

Jonathan, al entrar en la habitación, parece mucho mayor de lo que ella lo recordaba; de hecho, es mucho mayor. Tiene los hombros y la columna levemente encorvados, y la piel de la cara parece caerle hacia abajo, acumulándose debajo de la barbilla. Esta mañana se ha afeitado, observa Rachel. En una mano lleva un jarrón de flores, y en la otra un termo de café. Todavía calza zapatillas Sperry, pero ahora arrastra los pies, en lugar de andar pavoneándose como un senador.

A Rachel le caen algunas lágrimas involuntarias, y, secándoselas deprisa, logra serenarse. No esperaba ver a este fantasma. Él se detiene, advirtiendo el rastro húmedo en su cara.

—Ay, puedo irme, si lo prefieres. No quería molestarte, querida. Ya sé que ha pasado mucho tiempo.

Mira a su alrededor, buscando un espacio libre para dejar el jarrón, pero hay flores por todas partes.

Estúpidas flores. Ella siempre ha deseado que la gente gastara su dinero en preservar la vida salvaje, las tierras vírgenes, en lugar de comprar flores que han llegado a Estados Unidos en avión desde África o América del Sur. Todo ese combustible, agua, calor, trabajo... ¿para qué? Para atestar con ellas los velatorios y las habitaciones de los hospitales, para que se inclinen y marchiten, y acaben dejando una aureola de pétalos que alguien barrerá y tirará a la basura.

—No, no... quédate, por favor —dice, secándose las mejillas con la sábana—. Me alegro de verte. —Y es verdad que se alegra de ver a Jonathan. Cree que ese es el aspecto que habría tenido Trevor de viejo.

Jonathan acaba dejando el jarrón en el estrecho alféizar de una ventana, y acerca una silla a su cama.

—¿Cómo te encuentras, pequeña? —le pregunta, llenando un vaso de papel con café del termo y dándoselo—. Sé que soy un ricachón viejo e imbécil, pero... no puedo renunciar al buen café. Así que aquí tienes. Estoy seguro de que el café del hospital es una porquería. —Le acaricia el brazo.

Rachel ve que a él también se le humedecen los ojos cuando la mira.

—Oh, querida —dice.

Cuando era una cría, una adolescente, con qué desesperación había deseado la aprobación de este hombre. Siempre apuesto, siempre alegre, siempre con un chiste mordaz a punto, derrochando desenvoltura y confianza. Pero siempre se había portado con ella como un capullo, nunca se acordaba de su nombre o se burlaba de ella por su pasión por los caballos o el *softball*. Pero ahora, todo lo que parece haber dejado en el mundo es un montón de dinero y una buena mata de pelo entrecano, una cabaña solitaria en el norte de Wisconsin y un armario lleno de *bourbon*.

—No estoy tan mal como pueda parecer —dice Rachel—. Creo que mañana me dejarán volver a casa.

—Ya me han contado lo que pasó, Rachel. Lo siento mucho. —No te preocupes —dice tranquilamente—. No recuerdo nada. —Se alegra de que sea así.

—Por lo menos lo han cogido. Está en la prisión de Rice Lake. Dicen que no es la primera vez. Me han contado que fueron somníferos, todo en polvo. Pero ha utilizado otras sustancias con otras mujeres...

—No quiero hablar de eso, Jon, ¿vale? No... no quiero hablar de ese hombre.

Él asiente con la cabeza.

—No, claro.

Se toman el café. A lo lejos, se oye el ruido de los rotores de un helicóptero, y luego se va apagando.

Jonathan se vuelve hacia el televisor.

—Menudos farsantes. Nunca me he creído a los que salen en esos programas de las mañanas.

Rachel coge el mando a distancia y apaga el televisor.

—¿Dónde está Thomas? —le pregunta a Jonathan.

—Con tus padres. El pobre está bastante conmocionado. Aunque se portó como un héroe.

El hijo de su padre.

—¿Cómo está Nelson? —le pregunta.

Jonathan niega con la cabeza.

—No muy bien. Se llevó un buen golpe en la cabeza. Y parece que tiene algunas quemaduras muy graves. ¿Lo has visto?

Ella niega sin decir nada.

—Yo tampoco. Creo que está en la UCI. Iré a verlo cuando salga de aquí.

Ambos se quedan callados. Ella mira por la ventana que hay detrás de él. Decide esperar a que sea él quien rompa el silencio. —Rachel —dice él por fin—, quiero pedirte perdón. Has sido una madre fantástica para Thomas, todos estos años, y, bueno, has tenido que hacerlo todo tú sola. —Mueve la cabeza—. El caso es que no sé cómo lo has hecho. Te... te admiro, de verdad. —Posa una mano en la barandilla de la cama, cerca de su brazo—. Eres una mujer maravillosa, una persona maravillosa. Trevor estaba muy enamorado de ti. Siempre lo estuvo. Quizá este sea el mejor cumplido de todos. No lo sé. Es curioso, en realidad. Yo lo quise más que a nada en toda mi vida, y él te quería a ti más que a nada en el mundo. Así que... lo siento. Lo siento muchísimo, todo.

En el pasillo: risa de enfermeras, el chirrido de las suelas de goma sobre el linóleo húmedo, las ruedas quejumbrosas del cubo de una fregona.

Le coge la mano y la mira a los ojos.

—Lo siento —vuelve a decir.

—Gracias.

—Lo siento mucho, muchísimo.

—Jonathan...

—Rachel, solo quiero decirte que, si tú y Thomas necesitáis algo, lo que sea...

Rachel le acaricia la mano con paciencia, con una cortesía que lo hace sentirse muy viejo de repente. Rachel comprende que ha venido al hospital no solo por ella, exactamente, sino también por sí mismo. Para absolverse, en cierto modo, por todos los años en que se portó mal. No es un mal hombre. De golpe, le viene a la memoria aquello que cantaba Carly Simon: *You had one eye in the mirror as you watched yourself gavotte*.*

—Gracias, Jonathan. Te lo agradezco. Saldremos adelante. Te lo aseguro. Ve a ver a Nelson. Me gustaría cerrar los ojos un momento.

—De acuerdo, cariño —dice, inclinándose para besarle la frente—. Descansa un poco.

Ella asiente con la cabeza, se sube las sábanas hasta la barbilla y cierra los ojos, escuchando los ruidos que hace él al retirarse. Le gustaría poder alargar el brazo y coger la mano de Trevor.

Nelson entra y sale de un estado de inconsciencia cuando Jonathan llega a la UCI. Las enfermeras dudan sobre si dejarlo entrar. Su primera reacción es pedirle que se vaya, pero él todavía sabe imponerse y, sin dar su brazo a torcer, explica que Nelson y él son amigos de la infancia.

Amigos de la infancia; ¿es eso lo que son? ¿Qué fueron el uno para el otro, en realidad? Los conectan unos vínculos muy tenues: días de verano, cartas de la universidad, y esos encuentros ocasionales para beber algo o cenas que para algunos son meros compromisos sociales. No obstante, en cierto modo, quiere a ese hombre. Lo quiere por su vida inverosímil, por su semirrígido código moral, y por la vieja y feroz brújula que siempre ha llevado en el pecho, señalando la buena dirección, el norte auténtico. Jonathan acerca una silla a la cama de Nelson. La habitación está en silencio; no se oye más que el siseo y el zumbido del equipo médico, los pitidos e indicadores de varios tonos. No puede creerse lo viejo que parece Nelson, con las mejillas moteadas de barba incipiente y el bigote mustio, caído, la

hinchazón en la cabeza y la cara, como un viejo luchador que acabase de perder un combate de doce asaltos. Al cogerle la mano, cohibido, la encuentra algo fría.

—Aguanta, amigo —dice—. ¿Me oyes? Tienes que aguantar. Los dos permanecen así durante casi una hora, hasta que la novia de Nelson, Lorraine, entra en la habitación y se derrumba en brazos de Jonathan, que la abraza. Hacía tanto tanto tiempo que nadie lloraba en su hombro.

Ya es de noche cuando la voz trémula de Nelson se eleva de repente en medio del silencio y despierta a Jonathan, que se acerca a su viejo amigo. Nelson sostiene una mano en el aire, como señalándolo.

—¿Qué ocurre, Nelson? Estoy aquí, amigo, soy yo, Jon. Estoy aquí, amigo. —Le coge la mano y nota que Nelson le da un apretón fuerte, tan enérgico como el suyo. Este hombre todavía no está dispuesto a marcharse.

—Muy bien —dice Jonathan—. Aguanta, amigo. Te llevaste un buen golpe, pero apostarí a un millón de dólares a que has pasado momentos peores.

—Tú siempre estás apostando —dice Nelson, tosiendo. Y luego añade —: No quiero irme.

Jonathan niega con la cabeza.

—No te vas a ir a ninguna parte, amigo. Estás bien. Lorraine también está aquí. Ha salido un momento a por un té. Me estaba contando lo de Costa Rica. Muy pronto estaréis allí. En alguna playa. Bebiendo cerveza fría.

—Estaba soñando —susurra Nelson.

—¿Ah, sí? ¿Qué soñabas, amigo?

Su voz es muy débil.

—Los ciervos de Wilbur... y mi madre.

—¿Y qué pasaba en el sueño, Nelson?

—Mi madre estaba en la cocina, canturreando una de sus canciones favoritas... —Su voz se apaga—. Y yo podía oler su cigarrillo, con total claridad.

Jonathan ve que su amigo cierra los ojos. Mira los monitores, pero las máquinas siguen constantes. Se levanta, se acerca a las cortinas y grita:

—¿Puede venir alguien a ayudarnos? —Vuelve a sentarse junto a Nelson.

—¿Tu madre? ¿Y qué más, amigo? ¿Unos ciervos? Estoy aquí. —Yo era pequeño, estábamos juntos, yo sentado en su regazo, y ella... me frotaba la cabeza... me cantaba...

—Muy bien, amigo —trata de sonsacarle Jonathan—. Te cantaba. ¿Qué canción era? ¿Te acuerdas de la canción?

—Luego había unos ciervos... Los ciervos blancos de Wilbur... Y yo estaba con ellos... En el bosque...

Jonathan espera a que le siga contando el sueño, pero Nelson se limita a respirar, y ahora aspira y espira de forma irregular, discontinua.

—¿Ciervos? ¿Amigo? Nelson. ¡Nelson! Aguanta, amigo. Voy a buscar ayuda.

—Yo estaba echado, en la nieve, y los ciervos me rodeaban... oía sus pezuñas...

De nuevo, Jonathan espera a que su amigo continúe. Le aprieta la mano, pero parece que a Nelson lo abandonan las fuerzas. —¿Nelson? ¡Nelson!

Se levanta de la silla y agarra los hombros de su amigo. Nelson abre los ojos, muy poco.

—Tienes que hacerme un favor... —Nelson se lleva la mano al pecho, debajo de la bata de hospital, y de entre los pelos blancos saca un collar, se quita la cadena del cuello—. Dale esto a Lorraine. Es mi amuleto.

—¿Nelson? Nada de eso, tú mismo se lo darás. Tú no te vas a ninguna parte. Nelson... —Jonathan tiene en la mano el níquel, después de tantos años. Una moneda con un búfalo, nada menos.

Pero Nelson ha cerrado los ojos, y una enfermera entra en la habitación dando grandes zancadas.

—Señor, debo pedirle que se vaya —le ordena—. El señor Doughty tiene que dormir.

Una semana después, lo entierran en la Reserva Scout de Whiteside, en el mismo montículo en el que se alza el asta que fue como un reloj de sol durante tantos días de su vida. Su lápida es una gran roca de granito. La

explanada —hectáreas y hectáreas de terreno abierto— y todos los senderos y carreteras colindantes están llenos de centenares de hombres adultos y no pocas mujeres. Niños, esposas, familiares. Algunos de ellos, de uniforme. Directores ejecutivos y basureros, mecánicos e ingenieros, médicos y conserjes, camareros y chefs. Profesores, pastores, sacerdotes y rabinos. Un gobernador en funciones, varios alcaldes y docenas de bomberos, policías y soldados, tanto en activo como jubilados. Un astronauta retirado, un jugador de béisbol de la liga profesional y muchísimos maestros. Hay madres y padres, niños de todas las edades y viejos en silla de ruedas o apoyados en andadores y muletas. Han venido, literalmente, de todo el mundo para dar su último adiós a Nelson Doughty. Hace un día cálido bajo un cielo azul, y Jonathan está junto a Thomas y Rachel. Un trompeta de la Filarmónica de Nueva York, que hace unos veinticinco años estuvo de campamento en Whiteside, se ha desplazado hasta Wisconsin para la ocasión, y, mientras toca su instrumento, Jonathan llora como un niño pequeño.

CUARTA PARTE

Otoño, 2019

Montes Drakensberg

Otoño. Sábado por la tarde. Los andamios rodean la vieja granja. Allí están Rachel y Thomas, bajo el sol achicharrante, y desde algún lugar una radio retransmite un partido de fútbol americano entre Wisconsin y Northwestern. Dos perros se pelean en lo que cabría llamar, sin demasiado rigor, el jardín delantero. Lo primero que hizo al llegar del hospital fue recorrer en coche los tres kilómetros de camino de grava que separaban su hogar de una casa destartada, con las tablillas del techo aplastadas, los canalones colgando como miembros rotos, algunos arbolitos, incluso, brotando espontáneamente entre ellos, la pintura desconchada y una bandera americana descolorida colgando de una ventana como un trapo hecho jirones. Debe de haber pasado por este lugar miles de veces, incluso se lo ha señalado a sus amigos y familiares, diciéndoles en broma: «¿Cuánto os apostáis a que ahí cocinan metanfetamina?». Pero alguna vez vio también un cartel que anunciaba: SE VENDEN PASTORES ALEMANES.

—¿Estás segura de que esto es buena idea? —preguntó Thomas, cuando Rachel sacó la llave de contacto y puso un pie en el camino de grava y hierbajos, cerca de colillas de cigarros y cartuchos de escopeta vacíos.

—No —contestó—, no lo estoy.

Bajó del coche despacio, sin separarse del todo del vehículo, con la mano en el techo o la ventanilla.

—¿Hola? —gritó—. ¿Hay alguien?

Se sintió casi aliviada cuando, al principio, no les recibió nada más que el silencio. Pero después oyeron los ladridos sordos de un perro, y por fin apareció un hombre grande doblando la esquina de la casa, vestido con un peto vaquero sucio, botas de trabajo desabrochadas, tosiendo en un pañuelo rojo. Los miró sin decir palabra, se les acercó con andares pesados, sin especial urgencia ni curiosidad. Mientras se acercaba, Rachel vio que era un gigante que superaba, y con mucho, el metro noventa. Con su visión periférica, advirtió que Thomas daba un paso atrás antes de mantenerse firme.

El hombre se detuvo a unos dos metros y medio de ellos, aunque parecía una distancia que sus largos brazos podían suprimir en un momento. El hombre la observó con mirada aburrida.

—¿Tienes perros en venta? —le preguntó ella con voz firme. El hombre asintió, se rascó detrás de la oreja, señaló con el dedo índice, y luego se dirigió a una cuadra ruínosa que quedaba a unos cien pasos de la casa. Había una docena de ciervos de poliestireno esparcidos por el césped, con flechas saliéndoles de los costados. Atrapada entre las ramas de un olmo muerto se veía una cometa viejísima, con la cola deshilachada. El hombre empujó una puerta corredera de madera y los hizo entrar en la cuadra, con su olor a paja y aceite de coche y algo más que Rachel no logró identificar inmediatamente, quizá excrementos de paloma acumulados durante años... ¿o era orina humana?

A cinco metros de la puerta de la cuadra, dentro de un establo, había una hembra de pastor alemán sobre un montón de mantas sucias, rodeada de una camada de seis cachorros que trataban de arrimarse a ella, maniobrando por conseguir un sitio.

Rachel se arrodilló junto a ellos y alargó el brazo para rozar sus espalditas sedosas con los nudillos. No pudo reprimir una sonrisa. *Qué cositas.*

—¿Qué par se llevaría? —preguntó, preocupada de repente por acertar en la elección.

—Da igual —respondió el hombre.

Eran las primeras palabras que pronunciaba, y su voz era extrañamente suave, casi infantil. Inclínó la cabeza y miró los perros. Rachel se preguntó si ese hombre tendría a alguien con quien hablar, y quién sería. Le pareció que ya sabía la respuesta: *estos animales.*

—No, de verdad, me gustaría que escogiera usted —insistió Rachel—. Son sus cachorros.

—La cosa no va así —protestó él, casi riéndose—. Usted es el cliente. Usted debe escoger su mercancía. —Se rascó su enorme mandíbula.

—Nunca he tenido perro —dijo Rachel—. ¿Thomas? —gritó volviendo la cara, pero el chico estaba fuera de la cuadra, moviendo la cabeza en un ademán de malestar—. ¡Ven aquí! ¿Me ayudas a escoger, por favor?

Como Thomas no se movía, se volvió otra vez hacia el hombre.

—¿No me haría el favor de ayudarme a escoger?

—Está bien. Pero ¿hago de usted o hago de mí?

Rachel lo miró. Tenía varias cicatrices circulares en la frente, como si fueran las marcas de varias docenas de inocuas vacunaciones, aunque Rachel sospechaba que se trataría de algo mucho menos benigno. Oyó a Thomas a sus espaldas:

—¿Mamá?

Se ha vuelto cada vez más protector conmigo, pensó. Tendió una mano tranquilizadora hacia atrás, como para pacificar el espacio que los separaba.

—Va a hacer de mí. Como si no pudiera dormir por la noche. El hombre sonrió mostrando unos dientes amarillos, y alargando el brazo agarró dos cachorros: negros como la pez, con la barriga marrón. Le mordisquearon sus sucios dedos con unos dientes pequeños como agujas.

—Estos dos —dijo.

—¿Por qué?

—Bueno, siempre he pensado que los más oscuros son los más feroces —dijo—. Pero lo más importante es lo que vamos a hacer a partir de ahora.

—¿Qué vamos a hacer?

Inclinó la cabeza varias veces, como un tic, chasqueó con la lengua, tosió.

—Usted volverá. Cada día, durante dos meses. Justo antes de que anochezca. Es importante —insistió—. Cada día. Más o menos al atardecer. Aquí, cuando se ponga el sol.

Le dio los dos cachorros, ladeó la cabeza a un lado y al otro, puso los ojos en blanco.

—Ahora es su mamá —dijo—. Les dará comida y agua fría. Y amor.

Rachel acarició las cabezas diminutas.

—¿Y usted? —preguntó.

El hombre sonrió con gravedad, cogió a otro de los cachorros y lo acunó en sus brazos enormes.

—Nos veremos mañana por la noche.

Ahora los perros se revuelcan en el polvo, quieren atrapar saltamontes con la boca haciendo chocar los dientes, y persiguen ratones. Rachel rasca la pintura desconchada y Thomas va siguiéndola con la brocha. Avanzan despacio, sus conversaciones son titubeantes, rara vez despreocupadas. Cuando las palabras salen con más facilidad es cuando él se atreve a preguntarle cosas sobre su padre. Cada vez muestra mayor interés por Trevor, y Rachel sospecha que se debe a la noche de la agresión. Los canales de televisión y los periódicos locales felicitaron a Thomas por su valentía, e incluso la revista *Boy's Life* está preparando un artículo en el que se relatarán sus hazañas, aunque Rachel no se imagina cómo manejarán el espinoso asunto de su violación. Así que habla y habla sobre Trevor, su tema favorito, mientras los pedacitos de pintura van cayendo desde el cielo a la lona alquitranada que han colocado en el suelo.

—Cuando nos enamoramos, tu padre era más flaco que un palo —dice, aunque ya no recuerda demasiado esa imagen de él, pues prefiere recordar al hombre en el que se convertiría más tarde, ancho de pecho, cubierto de pelo, a su lado en el fresco de la mañana, la cazadora de cuadros rojos y negros, los viejos y gastados pantalones Carhartt, el aliento de café y tabaco de mascar mentolado, susurrándole al oído y esperando a que apriete el gatillo.

Nelson dejó la mayor parte de su patrimonio a una mujer llamada Lorraine que vivía en las afueras de Haugen. Otra gran parte fue para los Boy Scouts de Estados Unidos. El resto se lo dejó a Rachel. Una suma considerable y varias cajas grandes de cromos y objetos de colección de béisbol, la mayoría de ellos relacionados, por lo visto, con los Chicago Cubs. Rachel se pasó semanas mirando los cromos. Por su parte, Thomas no parece interesado en la colección de Nelson: los cromos, los calendarios de los partidos en Wrigley Field, las pelotas de béisbol firmadas, las fotografías en papel satinado y las cartas.

—Esto va a ser un lastre —le dice a su madre. Quiere marcharse de Wisconsin, ver mundo. Siente curiosidad por el tiempo que ella pasó en África.

—Si tú fuiste —dice el—, también podría ir yo.

—Claro, deberías ir —dice ella—. No hay un lugar igual en todo el mundo.

Lo que mejor recuerda Rachel son los cielos nocturnos. El viaje de una semana desde Botsuana a Sudáfrica, a los montes Drakensberg, cuando anduvieron con una botella de vino por un puente de cuerda que se movía con la brisa del atardecer: las estrellas que caían del cielo y esos primeros besos robados a unos labios nuevos. Su antigua vida, su antigua identidad, quedaba a un océano de distancia, y allí estaba ella, era alguien nuevo, era todo lo que quería ser.

Ha pedido una excedencia en el trabajo; el dinero de Nelson le permite estar un tiempo sin trabajar. Y se dedica a pasear por los caminos vecinales con sus perros y a charlar con los granjeros que pasan despacio a su lado con sus camionetas. Siempre se ofrecen a llevarla, no les entra en la cabeza que alguien pueda querer andar tantos kilómetros por puro placer.

—Tus perros pueden subir detrás —se ofrecen, quitándose la raída gorra de béisbol del cráneo manchado por la vejez, rascándose el pelo blanco con manos estropeadas por el trabajo—. No me molesta en absoluto. —Se quedan mirándola a través de los cristales de sus gafas, lentes gruesos y llenos de arañazos. También tienen la frente grabada de preocupaciones.

—No, gracias —les dice con una sonrisa—. Estoy bien.

Algunos muestran auténtico interés.

—Eh, ¿todo bien? ¿Queréis venir a cenar?

—Gracias, muy amable —dice ella dando una patada en la grava—, pero... ya nos las apañamos.

—Está bien —dicen. O bien: «Cualquier día te va a pillar la lluvia». O: «Ya sabes dónde estamos si necesitas cualquier cosa. No me importaría nada adecentaros el camino de entrada o cortar el césped, aunque no quiero molestar». Levantan las manos, vuelven a colocarlas en el volante, se ríen a carcajadas—. De acuerdo, pues.

Ella se pregunta si estos hombres serán capaces de portarse mal, si alguna vez habrán sido capaces de hacerlo. Se sorprende pensando en sus sótanos y sus desvanes. Qué guardarán en sus graneros. Qué habrán enterrado

en sus campos. Se pregunta cómo tratarán a sus esposas, a sus hijas, a sus sobrinas. Concluye que la mayoría de esos granjeros —o todos ellos— serán amables, discretos, casi siempre silenciosos, hasta aburridos. No obstante... A veces ve a sus esposas, inclinadas en los huertos rebosantes de verduras y flores o levantándose para estirar la espalda. Las ve tender las sábanas en el tendedero. O salir del gallinero con unos huevos que aún conservan el calor de las plumas que los cubrían. Y, por un ventanal, a veces ve a esas mismas esposas sentadas en una mecedora, dentro de una habitación inundada de sol, sin hacer nada más que mirar hacia fuera, hacia el buzón, o enrollarse el pelo gris alrededor de un dedo artrítico. Con la mirada perdida.

Day is done, gone the sun,
From the lake, from the hills, from the sky;
All is well, safely rest, God is nigh.

Fading light, dims the sight,
And a star gems the sky, gleaming bright.
From afar, drawing nigh, falls the night.

Thanks and praise, for our days,
'Neath the sun, 'neath the stars, 'neath the sky;
As we go, this we know, God is nigh.

Sun has set, shadows come,
Time has fled, Scouts must go to their beds
Always true to the promise that they made.

While the light fades from sight,
And the stars gleaming rays softly send,
To thy hands we our souls, Lord, commend.

HORACE TRIM, «Taps»

El día se ha ido, se ha ido el sol
del lago, de las Colinas, del cielo;
todo va bien, descansa sin miedo, Dios está cerca.

La luz que se apaga oscurece la mirada,
y una Estrella enjoya el cielo con su vivo resplandor.
Desde lejos, acercándose, cae la noche.

Gracias y alabanzas por nuestros días,
bajo el sol, bajo las estrellas, bajo el cielo;
al marchar, sabemos que Dios está cerca.

El sol se ha puesto, llegan las sombras,
el tiempo ha huido, los *scouts* deben acostarse
fieles siempre a su promesa.

Mientras la luz se apaga ante nuestros ojos,
y las estrellas envían suaves rayos resplandecientes,
a tus manos, señor, encomendamos nuestras almas.

HORACE TRIM, «Taps»

Agradecimientos

En primer lugar, le debo agradecimiento eterno a mi agente, el *maestro** Rob McQuilkin, por no haber perdido la fe. Estoy en deuda contigo, otra vez. Por su paciencia y su amabilidad, gracias a Amanda Panitch. Al equipo de Massie McQuilkin & Co. Un agradecimiento especial a Megan Lynch por sus acertados consejos editoriales. Estoy encantado de poder trabajar contigo ahora y espero que también en el futuro. Gracias a Daniel Halpern, Sonya Cheuse y al equipo de Ecco. En Inglaterra: a Francesca Main y Lucy Cuthbertson-Twigg. En Francia: a Raphaëlle Liebaert, Camille Paulian y Mireille Vignol. A mis amigos de Villa Gillet en Lyon. En Italia: a Patricia Chendi, Chiara Tiveron, Andrea Coccia, Claudia Durastanti y Giulio D'Antona. A La Grande Invasione y Gianmario Pilo. En España: a Luis Solano. En Holanda: al festival Crossing Border y Louis Behre. A todos mis agentes, editores y traductores del extranjero, gracias por darme la oportunidad de ver mundo. Gracias por vuestra curiosidad y vuestra amabilidad. Venid a vernos a Wisconsin, por favor. Os esperamos con cerveza fresca y un buen queso.

Gracias al Iowa Writers' Workshop.

Por su inspiración musical: a Colin Stetson y Sarah Neufeld, Nick Cave, Chet Faker, Jim James y My Morning Jacket.

Esta novela es la primera que terminé después de volver a instalarme en mi ciudad, Eau Claire, Wisconsin, una comunidad que me ha aceptado y me ha apoyado en mi carrera de escritor. Muchas gracias a Nick Meyer y al equipo de *Volume One*, y sobre todo a Lindsey Quinnies y al equipo de The Local Store. A Tina Chetwood. Al *Eau Claire Leader-Telegram*. A la biblioteca L. E. Phillips. A Brady y Jeanne Foust. A los escritores de la ciudad: John Hildebrand, Max Garland, B. J. Hollars, Eric Rasmussen, Michael Perry, Julian Emerson, Joe Niese, Allyson y Jon Loomis. A Racy's y The Nucleus, donde escribí muchas de estas páginas.

A mis amigos: Josh y Charmaine Swan, Nik Novak, Marcus Burke, Scott Smith, Chanda Grubbs, Mike y Hilary Walters, Nicholas Gulig, Betsy y Sheridan Johnson, Chuck y Shannon Stewart, Sara y Chris Meeks, Bill Hogseth y Crystal Halvorson, Mike Tiboris, Tracy Hruska, Erin Celello y Aaron Olver, Ben Percy, Dean Bakopoulos, Noah Charney, Jason Gerace, Tara Mathison, Virginia Evangelist, Zac y Beth Gall, Aaron Rodgers. Un gracias muy especial a todas las librerías independientes que han apoyado mi carrera; aquí están, desordenadas (mis disculpas a las que, por torpeza, haya podido omitir): Between the Covers (Harbor Springs, Michigan), Saturn Books (Gaylord, Michigan), Joseph Beth Booksellers (Cincinnati, Ohio), Boswell Books (Milwaukee, Wisconsin), The Reader's Loft (Green Bay, Wisconsin), Anderson's Bookshop (Naperville, Illinois), The Bookstall at Chestnut Court (Winnetka, Illinois), Parnassus Books (Nashville, Tennessee), The Tattered Cover (Denver, Colorado), Apostle Islands Booksellers (Bayfield, Wisconsin), Prairie Lights (Iowa City, Iowa), Literati (Ann Arbor, Michigan), Watermark Books (Wichita, Kansas), Excelsior Bay Books (Excelsior, Minnesota), Magers & Quinn (Minneapolis, Minnesota), Arcadia Books (Spring Green, Wisconsin), A Room of One's Own (Madison, Wisconsin), The Book Shelf (Winona, Minnesota), Dulwich Books (Londres, Inglaterra), Schuler's Bookstore (Okemos, Michigan) y Mysterious Galaxy Bookstore (Redondo Beach, California).

Gracias a mi familia: a mi madre y a mi padre, a mi hermano Alex y a mi cuñada Cynthia. A Jim y Lynn. A Reidar y Kaitlen. A mis tíos, mis tías, mis primos. A mi familia política. Pero me siento particularmente bendecido por tener a Henry y Nora en mi vida, y, por supuesto, nada sería posible sin Regina. Gracias por creer en mí. Te debo las estrellas.

«El estilo no es algo neutral, el estilo marca la orientación moral.»
MARTIN AMIS

Desde LIBROS DEL ASTEROIDE queremos agradecerle el tiempo que ha dedicado a la lectura de *La acusación*. Esperamos que el libro le haya gustado y le animamos a que, si así ha sido, lo recomiende a otro lector.

Al final de este volumen nos permitimos proponerle otros títulos de nuestra colección.

Queremos animarle también a que nos visite en www.librosdelasteroide.com, en [@LibrosAsteroide](https://www.facebook.com/librosdelasteroide) o en www.facebook.com/librosdelasteroide, donde encontrará información completa y detallada sobre todas nuestras publicaciones y podrá ponerse en contacto con nosotros para hacernos llegar sus opiniones y sugerencias.

Le esperamos.



Nota biográfica

Nickolas Butler nació en Allentown, Pensilvania, y se crio en Eau Claire, Wisconsin. Es licenciado por la Universidad de Wisconsin y por el taller de escritores de la Universidad de Wisconsin. Ha trabajado en el departamento de mantenimiento de Burger King, de vendedor de perritos calientes, en una empresa de telemarketing, en una industria cárnica, en un tostadero de café y de dependiente en una licorería.

Sus textos han aparecido en *Narrative Magazine*, *Ploughshares*, *The Kenyon Review Online*, *The Christian Science Monitor* y *The Progressive*, entre otras publicaciones. Vive en Wisconsin con su mujer y sus dos hijos.

Es autor de la novela *Canciones de amor a quemarropa* (Libros del Asteroide, 2015), del libro de cuentos *Beneath the Bonfire* (2015) y de la novela *El corazón de los hombres* (Libros del Asteroide, 2017).

*** Donde las estrellas que murieron se apagaron, abandonaron, se
rindieron, / donde nadie pensó en cumplir sus promesas. / Ah, y otra cosa. Te
mando mi amor / por mucho que tarde, por lejos que esté: viaja a través de la
luz, /
del tiempo, de las deslealtades de los hombres.

* Ten fe, viejo corazón. Qué es vivir, después de todo, sino morir.

* «Voy por la calle, fumando maría, tomando ginebra con zumo / Relajado (con el dinero en la cabeza y la cabeza en el dinero).» (*N. de la T.*)

* «Podría contarte muchas cosas, pero tienes que respetar tus reglas...» (*N. de la T.*)

* «Aquí estoy solo otra vez...» (*N. de la T.*)

* «Amor de verano, pasó tan rápido...» (*N. de la T.*)

* «Dame la mano y lo lograremos, te lo juro...» (*N. de la T.*)

* «Te mirabas con un ojo en el espejo mientras bailabas la gavota». (*N. de la T.*)

* En español en el original. (*N. de la T.*)

Recomendaciones Asteroide

Si ha disfrutado con la lectura de *El corazón de los hombres*, le recomendamos los siguientes títulos de nuestra colección (en www.librosdelasteroide.com encontrará más información):

[En lugar seguro](#), Wallace Stegner

[Una temporada para silbar](#), Ivan Doig

[Algún día este dolor te será útil](#), Peter Cameron

Libros del Asteroide 

Nickolas Butler

El corazón de los hombres

Traducción de Marta Alcaraz

